MARIO PUZO

LOS DOCUMENTOS DE EL PADRINO

y otras confesiones

En marzo de 1969 el mundo vio aparecer una de las novelas más dramáticas, leídas y discutidas del siglo: «El Padrino», que se convirtió de inmediato en un *bestseller* mundial. Al salir a la luz la edición en rústica, pasó a ser, según *Life*, el libro más rápidamente vendido de la historia. Hasta ahora, y su carrera no ha terminado, la cifra de ejemplares vendidos supera los treinta millones. La presente obra es altamente personal, despreocupada y autobiográfica. En ella existen numerosas revelaciones íntimas, divertidas y sorprendentes acerca de la vida del autor. En sus páginas se habla de Hollywood, del juego, del modo de vivir de los ítalo-americanos, del arte de escribir, de la realización de la película «El Padrino», de gastronomía, del sexo, del chauvinismo masculino, de directores y estrellas de cine, etcétera. En primer lugar, descubre al hombre que existe detrás del libro y del mito. Aunque poco amante de la publicidad y las entrevistas, Mario Puzo contesta a muchas de las preguntas que se hacen los lectores de «El Padrino». En este libro vemos al escritor solitario, al insaciable lector, al trabajador infatigable, al padre de familia numerosa, al enamorado de los viajes, al aficionado a los casinos de juego, al hombre que entra y sale de los estudios de Hollywood, que juega al tenis, que disfruta comiendo spaghetti, que lucha por perder unos kilos de peso y que trabaja simultáneamente en diversos guiones cinematográficos y en su próxima novela. De éstas y muchas otras cosas se habla en esta obra amena, divertida y reveladora, escrita por uno de los más famosos novelistas actuales de Norteamérica.

Mario Puzo

Los documentos de «El Padrino» y otras confesiones

ePub r1.4
turolero 24.06.2021

Título original: *The Godfather papers & other confessions*
Mario Puzo, 1972
Traducción: Ángel Arnau

Editor digital: turolero
Informes de erratas: x35

ePub base r2.1

A Gino

PRÓLOGO

El Padrino no es en absoluto mi novela favorita, pero me disgusta que sea objeto de crítica por el solo hecho de haber sido un «*best seller*». No estoy en contra de ningún tipo de crítica, pero sí creo estar autorizado para hacer constar aquí que, desde el punto de vista técnico, *El Padrino* es una obra de la que un escritor profesional puede sentirse orgulloso. Y en modo alguno debe ser considerado un «*best seller*» de fortuna, sino más bien el producto de un escritor que ha estado trabajando en su oficio durante casi treinta años, y que, al final, ha logrado dominarlo.

El tercer capítulo de este libro, La realización de *El Padrino,* lo he escrito porque mucha gente se me ha dirigido haciéndome preguntas acerca del libro y de la película. Numerosas han sido también las peticiones de entrevistas por parte de la televisión, la radio y la prensa. Llegué a la conclusión de que, en beneficio de todos los posibles interesados, era más fácil rehusarlas todas y presentar la información contenida en este libro.

M. P.

ELECCIÓN DE UN SUEÑO: ITALIANOS EN EL «FOGÓN DEL INFIERNO»

Durante mi niñez y adolescencia, transcurridas en el corazón del *ghetto* napolitano de Nueva York, nunca oí cantar a italiano alguno. Ninguno de los adultos que yo conocía era seductor, cariñoso o comprensivo. Más bien parecían rudos, vulgares e insolentes. Y así, años más tarde, al encontrarme con la imagen de los italianos encantadores y felices siempre con una canción en los labios, no podía evitar el preguntarme de dónde diablos sacaban sus ideas los directores de cine y los escritores.

Ya a muy temprana edad decidí huir de aquellos convecinos tan poco agradables. Pensaba lograrlo convirtiéndome en artista, en escritor. Parecía entonces un sueño imposible. Mi padre y mi madre eran analfabetos, como lo habían sido también sus padres. Al comenzar a escribir traté de ver a los adultos con ojos más caritativos, y llegué a la conclusión de que su único pecado residía en el hecho de que eran extranjeros; yo era americano. Pero mi modo de pensar no sirvió de mucho, porque era cierto sólo en parte: el extranjero en realidad era yo. Ellos eran ya más «americanos» de lo que yo podría llegar a serlo en toda mi vida.

Pero entonces me parecía que los inmigrantes italianos, todos los padres y madres que yo conocía, formaban un conjunto poco halagador: siempre hablando a gritos, siempre irritados, más dispuestos a pelearse que a darse un abrazo. No comprendía que sus vidas eran un continuo penar para ganarse el pan de cada día, y tampoco podía entender que la fatiga física no ayuda a dulcificar la naturaleza humana.

De muy niño me horrorizaba ya la idea de llegar un día a ser como los adultos que me rodeaban. Les oía decir cosas muy crueles de sus más íntimos amigos, veía sus hipócritas abrazos a aquellos a quienes acababan de criticar,

observaba con horror su rabia incontrolada ante la más pequeña falta o ante la más mínima herida a su orgullo. Eran, siempre, excesivamente rencorosos. Carecían, en resumen, de la despreocupada magnanimidad de los niños.

En mi juventud desdeñaba a mis mayores, incluso a personas que no llegaban a los treinta años. Desdeñaba su forma de vivir. Más tarde, al escribir acerca de esos hombres y mujeres analfabetos, cuando pensaba que les comprendía, sentí por ellos una especie de condescendiente piedad. Habían sufrido, después de todo, habían trabajado durante todos los días de su vida. No sabían lo que era el lujo, su seguridad económica no era mucho mayor que la de los antiguos esclavos romanos, quienes, seguramente, habían sido sus antepasados. Y además, pensaba, con perspicacia recién adquirida, se veían espiritualmente separados de sus hijos a causa de la rara lengua americana, extraña para ellos, y natural, en cambio, para sus hijos e hijas.

Después, siendo ya escritor, pero no todavía marido o padre, consideraba, con suficiencia, que su tragedia era producto de las circunstancias más que una constante de la condición humana. Aún no entendía por qué aquellos hombres y mujeres se conformaban con menos de lo que merecían, como no podía tampoco explicarme el motivo de que con ese «menos» se sintieran afortunados. No comprendía que no se permitieran soñar, cuando yo podía escoger entre cien sueños diferentes. Yo tenía la seguridad de que lograría escapar de aquel mundo, de que era uno de los elegidos. Sería rico, famoso y feliz. Sería el dueño de mi destino.

Y por ello fue quizá natural que, a mi corta edad, sin padre y con mi madre como jefe de la familia, yo, al igual que todos los niños de todos los *ghettos* de América, sostuviera una amarga lucha contra las personas mayores a cuyo cargo estaba. Fue inevitable que mi madre y yo nos convirtiéramos en enemigos.

* * *

De niño, mis sueños eran los normales. Quería ser elegante, concretamente como lo eran para mí los vaqueros de las películas. Quería ser héroe en una guerra mundial. Y, si no había guerras (nuestros maestros nos decían que otra guerra era imposible), deseaba, al menos, convertirme en un

aventurero. Luego mis sueños daban un giro y me veía convertido en un gran artista, mientras que en otras ocasiones me imaginaba como un criminal.

Mi madre, sin embargo, quería que llegara a ser oficinista en una compañía ferroviaria. Y ésta era su mayor ambición; claro que se hubiera conformado con menos. A los dieciséis años, cuando les hice saber a todos mi intención de convertirme en un gran escritor, mis amigos y familiares se tomaron la noticia con calma, incluso mi madre. No se enojó. Se limitó a suponer que no estaba en mis cabales. Era analfabeta, y su vida de campesina en Italia le había hecho creer que sólo un hijo de la nobleza tenía la posibilidad de ser escritor. La belleza artística, después de todo, podía crecer únicamente en el semillero de las ropas caras, de la buena comida y de la vida regalada. En consecuencia, ¿cómo podía un hijo de ella ser artista? No quedó del todo convencida de su error ni siquiera cuando, muchos años más tarde, fueron publicados mis dos primeros libros. Fue sólo después del éxito comercial de mi tercera novela que la buena mujer me concedió el título de poeta.

Mi familia y yo vivíamos en la Décima Avenida, entre las calles Treinta y Treinta y uno, en el área llamada «Fogón del Infierno». Dicha zona hubiese sido el escenario ideal para la filmación de películas de golfillos o para el drama social del East Side, protagonizado por John Garfíeld. Nuestras casas formaban el muro occidental de la ciudad. Debajo de nuestras ventanas se veían los vastos depósitos de hierro negro del Ferrocarril Central de Nueva York, llenos de hediondos vagones recién liberados de su carga de vacas y cerdos destinados al matadero municipal. En ocasiones alguna res escapaba y atravesaba corriendo las calles de la vecindad, seguida por un grupo de asombrados muchachos que jamás habían visto una vaca viva.

Los raíles se extendían en dirección al río Hudson, más allá de cuyas sucias aguas se elevaban los riscos de Nueva Jersey. Había una vía férrea que bajaba por la Décima Avenida hacia otra estación de mercancías llamada St. Johns Park. Debido a que estos trenes cortaban la calle en dos, había un puente de madera sobre la Décima Avenida, un puente de aspecto romántico, a pesar de que por su ojo no cruzaban el agua cristalina ni los plateados peces; sólo pesadas carretas tiradas por derrengados caballos, algunos

ruidosos camiones, bastantes automóviles y, naturalmente, largas hileras de vagones de mercancías arrastradas por locomotoras negras y feas.

Lo que resultaba realmente grande, verdaderamente mágico, era sentarse sobre el puente, las piernas colgando, y dejando que la locomotora le envolviera a uno en una nube de vapor. Disipado el humo, el cuerpo y las ropas olían a hierro y carbón. Cuando tenía siete años me enamoré por vez primera. Ella era la tosca niña que, unidas nuestras manos, desaparecía en aquella mágica nube de vapor. Esta experiencia fue probablemente más traumática y perjudicial para mis ulteriores relaciones con las mujeres que cualquiera de las feas aventuras que, protagonizadas por niños, suelen utilizar los novelistas freudianos para explicar los fracasos de su héroe.

Mi padre sostenía a su mujer y a sus siete hijos gracias a su trabajo como guardavías en el Ferrocarril Central de Nueva York. El mayor de mis hermanos trabajaba para la misma compañía, pero en calidad de guardafrenos; otro hermano estaba en las oficinas de la estación de mercancías. En cuanto a mí, algunos de los peores meses de mi vida los pasé en el ferrocarril, como chico de recados, el peor que jamás tuvieron, supongo.

Mi hermana mayor, que trabajaba de modista en la industria de la confección, tampoco era más feliz. Quería ser maestra de escuela. Aunque en épocas diferentes, mis otros dos hermanos trabajaron también en el ferrocarril, es decir, que en un momento u otro, la vida de los seis varones de la familia estuvo unida al ferrocarril Central de Nueva York. Las dos chicas y mi madre lograron mantenerse fuera, si bien mi madre se sentía obligada a enviar a nuestros jefes una garrafa de vino casero al llegar la Navidad. Pero todos odiaban su empleo, excepción hecha de mi hermano mayor, que trabajaba en el turno de noche y se pasaba la mayor parte de las horas durmiendo en los vagones de carga. Finalmente, mi padre fue despedido, porque el capataz le mandó traer un cubo de agua para la dotación de una máquina, advirtiéndole que no empleara en ello todo el día. Mi padre tomó el cubo y desapareció para siempre.

Casi todos los italianos que vivían en la Décima Avenida sostenían a su numerosa familia trabajando en el ferrocarril. Sus hijos se hacían con el dinero para sus gastos sin excesivas dificultades, robando hielo de los vagones frigoríficos, en verano, y carbón, en invierno. A veces, algún

muchacho mayor rompía el precinto de un vagón y echaba un vistazo a su interior. Pero esto, generalmente, atraía a los «Toros», es decir, a la policía especial de la compañía. Además, la carga solía ser demasiado «pesada», difícil de acarrear y de vender, como carnes o cajas de azúcar de baja calidad.

Los chicos mayores, los que se acercaban a la edad en que tendrían derecho al voto, se hacían con dinero fácil a base de saquear los camiones cargados de vestidos de seda procedentes de los talleres de confección de la Calle Treinta y uno. Luego vendían los lujosos vestidos casa por casa a precios sin competencia. Algunos llegaron a «graduarse» en delincuencia, pues las distintas bandas estaban siempre dispuestas a utilizar sus «cualidades». Sin embargo, la mayoría se convirtieron en hombres honrados, contentos con los cincuenta dólares semanales que les proporcionaba el empleo de conductores de camión, de recaderos o de oficinistas de cuello blanco en el Servicio Civil.

Ardía yo en deseos de ir por el mal camino, pero nunca tuve la oportunidad. La estructura familiar italiana era demasiado fuerte.

En casa nunca faltó la comida; al llegar, mi olfato me anunciaba siempre los guisos que mi madre preparaba en la cocina. La buena mujer estaba siempre en casa, aunque a veces me recibía con una porra de policía en la mano (nadie de mi familia supo nunca dónde la consiguió). Y si alguna vez ella no estaba, me abría la puerta su representante autorizada, mi hermana mayor, que disfrutaba echando botellas de leche —vacías— a sus hermanos menores cuando llegaban de la escuela con malas notas. Durante la gran Depresión de los años treinta, aunque éramos los más pobres de entre los pobres, no recuerdo haberme ido ni un solo día a la cama sin cenar. Muchos años más tarde, invitado a un club de millonarios, me di cuenta de que en nuestra familia se comía mejor, aún en la época en que tuvimos que vivir casi exclusivamente de la beneficencia, que en algunas de las casas más ricas de América.

A mi madre nunca le pasó por la cabeza emplear otro aceite que el mejor de los importados, y el queso que entraba en casa era todo italiano y de primerísima calidad. Mi padre tenía acceso a la fruta de los buques, a las verduras de los vagones de ferrocarril, antes de que llegaran los

intermediarios; y mi madre, como la mayoría de las mujeres italianas, era, si bien al estilo campesino, una excelente cocinera.

Lo que más destacaba en ella, sin embargo, no eran sus dotes culinarias, sino su carácter. No se la podía ignorar, y no admitía desdenes. Mi hermano mayor tenía a los dieciséis años un viejo Ford que utilizaba como ayuda en su carrera de «Don Juan» de la Décima Avenida. Un día, mi madre le pidió que la acompañara al mercado, situado en la confluencia de la Novena Avenida con la calle Cuarenta, a unos cinco minutos en automóvil. Mi hermano, que tenía otros planes, le dijo que tenía que ir al ferrocarril. El trabajo era una excusa aceptable, incluso para ahorrarse asistir a un entierro. Pero una hora después, al salir mi madre a la puerta de casa, vio a mi hermano dentro del coche acompañado de tres muchachas del barrio, dispuestos los cuatro a dar un paseo. Desgraciadamente, sobre la acera había una piedra de buen tamaño. Mi madre dejó en el suelo el bolso de cuero negro que utilizaba para ir a la compra y cogió la piedra con ambas manos. Ante nuestro miedo y asombro, golpeó con fuerza el guardabarros del automóvil, arrancándolo. Luego tomó su bolso y se dirigió a la Novena Avenida, a hacer la compra. Aún hoy, transcurridos ya cuarenta años, en la voz de mi hermano se nota un resto de horror y sorpresa cuando cuenta la historia. Jamás ha podido comprender el motivo que impulsó aquella acción materna.

Mi madre tenía sus propias teorías acerca de cómo amasar una fortuna. Uno de nuestros tíos trabajaba como ayudante de cocinero en un famoso restaurante italiano. Cada día, durante seis días a la semana, el hombre traía a casa, debajo de su camisa, seis huevos, una barra de mantequilla y una bolsita de harina. Después de haber hecho esto durante treinta años, mi tío consiguió ahorrar lo suficiente como para comprar una casa de quince mil dólares en Long Island, amén de dos casas más pequeñas, una para su hijo y otra para su hija. Un primo, graduado universitario, trabajaba de químico en una firma industrial. A base de utilizar materiales de la empresa, el joven fabricó una cera para los suelos de muy buena calidad que vendía por los pisos a horas libres. Como el producto era bueno y la fabricación resultaba barata, el precio era también razonable. Mi madre y sus amigas no consideraban que lo del primo tuviera nada que ver con robar. Sólo sabían que la cera resultaba económica…

El primo vendedor de cera, que tenía fama de ahorrativo, destruyó su reputación en este sentido al comprarse un balandro; era, más o menos, como si el hijo de un judío de Boston hubiera dilapidado cien de los grandes en un prostíbulo.

Del mismo modo que los hombres ricos escapan de sus esposas yéndose al club, finalmente logré escapar de mi madre frecuentando el Centro Comunitario Hudson. Son muchas las personas que ignoran que un centro comunitario es un club combinado con servicios sociales. El Centro Hudson, un oasis de alegría para niños de los barrios bajos, ocupaba un edificio de cinco pisos, y tenía salas de *ping-pong* y billares, un teatro de aficionados y un gimnasio dedicado a la práctica del boxeo y del baloncesto. Había también habitaciones individuales donde uno podía reunirse en privado con sus amigos. A quienes observaban una conducta inadecuada o dejaban de pagar la pequeña cuota se les expulsaba del centro. Para cualquier muchacho era una penosa experiencia ver su nombre en el tablero de anuncios, seguido de una comunicación de suspensión o expulsión, firmada por el Comité de Gobierno.

A algunos de los jóvenes que actuaban como consejeros nuestros los recuerdo aún hoy con verdadero cariño. Más que adultos encargados de vigilarnos, eran verdaderos amigos. Todavía recuerdo a uno que más que reprocharnos el hecho de haber robado una caja de bombones nos ayudaba a comérnoslos. Se demostró que su actitud fue la más acertada; desde aquel día tuvimos en él una confianza absoluta. El Centro Hudson logra mantener fuera de la cárcel a mayor número de niños que un millar de policías. Existe todavía en la actualidad, y del mismo se benefician los nuevos inmigrantes, los negros y los portorriqueños.

Una noche, la gente rica de Nueva York, incluida la Sociedad de Cultura Ética, asistió a una función social en el Centro Hudson con objeto de que contribuyeran con buenas sumas de dinero a la financiación de las actividades del centro. Creo recordar que se celebró una cena y una función de teatro, y que el precio por persona fue de cien dólares. Los chóferes estacionaron los lujosos automóviles en los flancos de las aceras de la Calle Veintisiete y de la Décima Avenida. Los chicos, naturalmente, quedamos fuera, y, capitaneados

por mí, nos pasamos la noche deshinchando los neumáticos de los vehículos de nuestros benefactores. *Noblesse oblige*…

Pero no éramos malos del todo. Un año, en nuestras escuelas públicas, se hizo un llamamiento al efecto de que cada uno de nosotros trajera una lata de comida para llenar las bolsas del Día de Acción de Gracias destinadas a los pobres. Los profesores parecían no darse cuenta de que nosotros éramos pobres. Ni nosotros. Todos y cada uno de los alumnos de la escuela, por pura bondad, robamos una lata de comida en una tienda del barrio. Nuestra escuela fue sin duda la que más latas recogió de toda la ciudad.

En el Centro Hudson pasé algunos de los días más emocionantes de mi vida. A los once años fui nombrado capitán del equipo de fútbol de mi sección, cargo en el que me mantuve durante siete años, y me designaron también presidente del Star Club, función que desempeñé a lo largo de cinco años. Disfruté de este éxito más de lo que después he disfrutado con ningún otro. Y me enseñó mucho. A los quince años, el poder me había corrompido tanto como a cualquier dictador, hasta que fui derrocado en una votación; mis mejores amigos se unieron a mis peores enemigos para deponerme. No es frecuente recibir una lección así a tan temprana edad.

El Star Club estaba formado por chicos de mi edad. En realidad constituíamos una pandilla, que había sido pacificada por el Centro Comunitario Hudson. Teníamos un equipo de fútbol, uno de béisbol y otro de baloncesto. Publicábamos un anuario. Teníamos nuestra propia sala de reuniones y un consejero, que solía ser un joven universitario. Tuvimos uno, llamado Ray Dooley, a quien aún hoy recuerdo con afecto. Nos llevaba a pasear por el campo, y algunos fines de semana, en invierno, íbamos a la finca que el Centro tenía en Nueva Jersey. Enganchábamos nuestros trineos al coche de nuestro guía y nos deslizábamos a cincuenta kilómetros por hora. Le pagamos echándole lejía en polvo al rostro, y a punto estuvo de perder la vista. Pensábamos que era harina. Nunca nos hizo el más ligero reproche. Debo decir que sus heridas sanaron por completo. Después de esta diablura, el joven se convirtió en el ídolo de todos nosotros. Le apreciaba porque en ningún momento trató de usurparme el poder, o al menos no me di cuenta de que lo hiciera.

Al Centro Hudson debo también los días más felices de mi infancia. Cuando contaba nueve o diez años comencé a beneficiarme de un programa consistente en el envío, durante dos semanas, de un grupo de niños a casas particulares de lugares tales como New Hampshire, por ejemplo.

Hasta entonces había conocido sólo las piedras de la ciudad. No tenía idea alguna de cómo podía ser el campo. Cuando llegué a New Hampshire, cuando olí por vez primera la hierba, las flores y los árboles, corrí descalzo por los polvorientos caminos vecinales, guié las vacas desde los pastos hasta el establo, pasé por entre campos de trigo y crucé riachuelos cristalinos…, cuando de la ponedora, tomé con mis manos los huevos dorados y calientes y conduje un carro de heno tirado por dos soberbios caballos…; cuando hice todas estas cosas creí volverme loco de contento. Era como si un cuento de hadas se hubiese convertido en realidad.

La familia que me tocó en suerte, compuesta por un matrimonio de edad mediana, sin hijos, era de religión baptista. El domingo era para ellos un día tan sagrado que no podía ser mancillado ni siquiera por algo tan inocente como, por ejemplo, el juego de damas. Los domingos por la mañana estábamos tres horas en la iglesia, y por la noche, a la iglesia otra vez. Los jueves por la noche asistíamos a rezos colectivos. Por escrúpulos religiosos, nunca habían visto una película cinematográfica. No aprobaban el baile, y estoy seguro de que, políticamente, eran reaccionarios; representaban todo lo que años más tarde me dediqué a combatir.

Y, sin embargo, a ellos les debo aquel tiempo mágico y feliz que los niños nunca olvidan. Desde los nueve hasta los quince años, durante dos semanas cada verano, fui más feliz de lo que nunca antes había sido y de lo que nunca volví a ser desde entonces. El hombre, que era muy mañoso, me construyó un columpio y un tobogán. La mujer tenía un jardín muy hermoso y me dejaba coger flores y fruta. Un pepino o un fresón, nacidos de la tierra, eran un milagro. Y luego, al darse cuenta de lo mucho que disfrutaba con los *picnics*, con las salchichas asadas al fuego de leña y con el maíz tostado, los domingos por la tarde me llevaban a una encantadora montaña de laderas cubiertas de intenso verdor. Sólo que a estas salidas domingueras no les llamaban *picnics;* se trataba únicamente de «comer fuera». Lo consideraba —y lo considero— una inocente hipocresía.

El predicador baptista vivía en una casa situada a menos de un centenar de metros, y a veces nos acompañaba a «comer fuera», junto con su esposa y sus hijos. Fuera de la iglesia, el clérigo era un hombre alegre, un comediante reprimido. Como era también un padre muy amante de sus hijos, compraba a éstos gran cantidad de juguetes. Me dejaban jugar con ellos siempre que lo deseaba. Un día de finales de agosto me fui a un riachuelo cercano con una canoa —de juguete, naturalmente— del hijo del predicador, y cuando encalló en un banco de hierba, escondí el juguete allí, con la esperanza de encontrarlo el año siguiente. Pero no lo encontré.

Llegó el momento, a los quince años, en que me dijeron que era ya demasiado crecido para beneficiarme del programa de vacaciones del Centro. Fue el primer aviso real de que debía entrar en el mundo de los adultos, estuviese o no preparado. Pero siempre recordé con afecto a aquel matrimonio. Durante mis visitas me compraban ropa, y mi primer pijama, concretamente, me lo dieron ellos. Al llegar la Navidad me enviaban regalos, y cuando estaba yo a punto de ingresar en el ejército, a los veintiún años, les hice una visita. Los jóvenes eran entonces excesivamente respetuosos, por lo que no fumé en su casa y me guardé de perseguir a una chica vecina que me pareció bastante fácil.

Creía entonces, de niño, que el Estado de New Hampshire tenía una especie de puertas que no se atrevían a traspasar los ladrones y las gentes de mal vivir. Creía esto, supongo, debido a que la puerta de la casa quedaba abierta cuando, los domingos y los jueves, íbamos a la iglesia. Lo creía porque en ninguna ocasión oí una maldición o una palabra más alta que otra. Lo creía, en fin, porque era hermoso creerlo.

Cuando, después de las vacaciones de verano, regresaba a casa, disfrutaba haciendo una pequeña jugarreta a los míos. Antes de comer los spaghetti y las albóndigas, inclinaba la cabeza y rezaba una corta oración. Como la cosa duraba poco, mi madre lo toleraba. Después de todo, el verse libre durante dos semanas de su hijo más revoltoso «bien valía una misa»…

Llegó el día en que tuve que abandonar este paraíso para entrar en el infierno. Es decir, tuve que ayudar al sostenimiento de mi familia. En otras palabras, tuve que entrar a trabajar en el ferrocarril. Después de las horas de escuela, naturalmente. Era el mismo ferrocarril que había suministrado

carbón y hielo gratis a toda la Décima Avenida, cuando yo era lo bastante joven como para robar impunemente. Después de las tres de la tarde, hora en que salía de la escuela; me iba a la estación de mercancías, a trabajar como chico de recados. Cuando había mucho trabajo, mi labor continuaba el sábado y el domingo.

Odiaba mi tarea. Una de mis primeras historietas cortas versaba sobre mi odio por el trabajo en el ferrocarril. Ahora me doy cuenta de que lo que en realidad aborrecía era entrar en el mundo de los adultos. Para mí, el mundo de los adultos era algo extraño, antinatural. Tan antinatural como lo es la muerte para los sueños humanos. Y tan inevitable.

Los jóvenes son impacientes, y ello es debido a que no son capaces de comprender el poder del tiempo; es el más poderoso enemigo de la carne, lleva en sí el germen de la muerte, es como cáncer benigno. Como sea que los jóvenes no pueden realmente darse cuenta de que el amor debe ser víctima del tiempo, también están imposibilitados para comprender que las injusticias y los problemas económicos y familiares pueden, asimismo, ser víctimas del tiempo.

Así, pues, no es de extrañar que pensara que iba a pasarme el resto de la vida como funcionario del ferrocarril. Que creyera que nunca llegaría a ser escritor. Estaba convencido de que me casaría y tendría hijos, de que iría a bautizos y entierros, y de que las tardes de los domingos las dedicaría a visitar a mi madre. Estaba seguro de que nunca sería propietario de un automóvil o de una casa. De que nunca vería Europa, y que París, Roma y Grecia, por ejemplo, serían ciudades y países sólo conocidos por mí a través de los libros de la biblioteca pública. De que estaba atrapado sin remedio en las garras de mi familia, de la sociedad, de mi falta de conocimientos y educación.

Pero escapé nuevamente. A los dieciocho años comencé a soñar en la dicha de mi niñez. Como más tarde, a los treinta años, soñaría en la felicidad de mi perdida adolescencia; como, a los treinta y cinco, gozaría pensando en la época maravillosa de mi servicio militar, servicio que tanto había aborrecido en su día.

Y como, a los cuarenta y cinco, soñé en los felices años de lucha, en mis primeros tiempos de buen marido y padre. Poseía el más preciado de los

bienes humanos, el de la falsificación del pasado, el de recordar sólo lo bueno.

Soñaba todavía en un futuro glorioso. Seguía escribiendo narraciones cortas, una o dos por año. Aún sabía que llegaría a ser un gran escritor, pero empezaba a darme cuenta de que podían ocurrir cosas y que mi segunda elección, la de ser un gran criminal, podía ser más fácil que la primera. Pero como para los jóvenes todo va tan despacio, podía tomar una decisión más adelante. El mundo esperaría. Todavía podía seguir soñando un poco más.

Durante el verano era uno de los mejores atletas de la Décima Avenida; pero en los meses de invierno me convertía en una especie de damisela. Leía libros. A una edad muy temprana descubrí la existencia de las bibliotecas, la del Centro Hudson y las públicas. Especialmente me gustaba leer en la del Centro Hudson, cuyo bibliotecario se convirtió en un buen amigo mío. Me gustaban las narraciones de Joseph Altsheler (me sé el apellido de memoria) acerca de las guerras de las tribus indias del Estado de Nueva York, los sénecas y los iroqueses. Descubrí a Doc Savage y a *La Sombra*, y luego al gran narrador Sabatini. Aún hoy, en mi carácter hay, creo, bastante de Scaramouche.

Y después, entre los catorce y los dieciséis años, descubrí a Dostoievski. Leía cuantos libros caían en mis manos. Lloré por el príncipe Myshkin en *El idiota*, me sentí tan culpable como Raskolnikov. Y cuando terminé *Los hermanos Karamazov* comprendí por vez primera qué era lo que me sucedía a mí y a la gente que me rodeaba. Ya desde niño había odiado la religión, pero entonces me convertí en un verdadero «creyente». Creía en el arte. Una creencia que me ha ayudado tanto como hubiera podido hacerlo cualquier otra.

Mi madre veía mis lecturas con escepticismo. Las consideraba totalmente inútiles, pero como todos sus hijos eran grandes lectores, su instinto de general le decía que era inútil luchar contra aquella especie de insubordinación. Y hasta pienso que tal vez nos envidiaba. Si hubiese sabido leer seguro que hubiera devorado más libros que todos sus hijos en conjunto.

Lo más probable es que mis antepasados de los últimos mil años fueran analfabetos. Italia, la tierra dorada, tan hermosa para los ingleses de vacaciones, de lengua y tesoros culturales tan majestuosos (la llaman, creo, la

cuna de la civilización), nunca se preocupó de sus hijos pobres. Lo mismo mi padre que mi madre eran analfabetos. Ambos crecieron en el campo, en tierras rocosas cercanas a la ciudad de NápoIes. Mi madre no recuerda haber comido jamás un trozo de jamón, a pesar de que cada año sacrificaban un cerdo. En el mercado lo pagaban bien, y como el dinero era tan necesario… Sus padres le dijeron que no podrían, cuando se casara, darle dote ni ropa, a pesar de la tradición. Esto fue lo que la decidió a emigrar a América para casarse con su primer marido, un hombre al que apenas conocía. Cuando éste murió, en un trágico accidente laboral en los muelles, se casó con mi padre, quien asumió la responsabilidad de sacar adelante a una viuda con cuatro hijos, quizá por ignorancia, quizá por compasión, tal vez por amor. Nadie lo supo jamás. Era un misterio, un italiano meridional de ojos azules, que salió del escenario familiar tres hijos más tarde, cuando yo contaba doce años. Pero odiaba Italia aún más que mi madre. Por otra parte, tampoco le gustaba mucho América. Mi madre nunca había oído hablar de Miguel Angel; las grandes hazañas de los Césares no habían llegado a sus oídos. Nunca había escuchado las grandes composiciones musicales de su país natal. No sabía ni escribir su nombre.

Por todo ello, a mi madre le resultaba difícil creer que su hijo pudiera llegar a convertirse en un artista, en un escritor. Después de todo, su único sueño al llegar a América había sido ganar el pan de cada día: casi una quimera. Y es preciso reconocer que tenía razón. Su hijo, ¿un artista? Aún hoy mi madre mueve negativamente la cabeza. Y yo muevo la mía, también.

América puede ser, incluso hoy, un país fascista, belicoso y lleno de prejuicios raciales. Es posible que merezca el odio de sus jóvenes revolucionarios. Pero ¡cuántos milagros han tenido lugar en él! Lo que ha sucedido aquí no ha tenido lugar jamás en ningún otro país. Los pobres, que habían sido pobres desde siglos atrás —desde los tiempos de Cristo, de hecho —, cuyos hijos habían heredado su pobreza, su ignorancia, su desesperanza, lograron un cierto grado de dignidad económica y de libertad. Naturalmente, todo ello se obtenía a cambio de algo, había que pagar un precio, un precio compuesto de lágrimas y sufrimiento. Pero ¿no valía la pena? Además, algunos incluso llegaron a convertirse en artistas.

Ni siquiera mi capacidad para falsificar el pasado puede lograr que me parezca dichoso el tiempo transcurrido entre mis dieciocho y mis veintiún años. Odiaba mi vida. Estaba cayendo en la trampa que había temido y entrevisto ya desde mi niñez. Todo estaba allí, el empleo fijo, la graciosa muchachita que de cuando en cuando se dejaría sobar un poco, y luego el matrimonio y la lucha por llegar a fin de mes. Me daba cuenta de que cada día me estaba apartando más y más de mi ideal. Me veía obligado a mentir todo el tiempo, en pura reacción de autodefensa; no perdonaba fácilmente.

Pero conseguí liberarme. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial sentí una gran alegría. Es la expresión exacta, por terrible que pueda parecer. Me llamó mi país. Me liberé de mi madre, de mi familia, de la muchacha de la que me parecía estar apasionadamente enamorado. Y libre sin culpa. Heroicamente. Mi país me llamaba, me ordenaba defenderlo. Debo haber sido uno de los millones —hijos, maridos, padres, amantes— que se despidieron de sus desconcertados seres queridos (fue una verdadera escapada). La guerra hizo realidad todos mis sueños. Conduje un *jeep*, viajé por Europa, tuve aventuras amorosas, encontré una esposa y «viví» el material para mi primera novela. Pero, naturalmente, aquélla fue una guerra justa, al contrario que la del Vietnam, y así, hoy, pienso que tal vez debamos alegrarnos de que los jóvenes revolucionarios realicen su escapada atacando a sus propios gobernantes.

Entonces, ¿por qué cinco años más tarde volví a meterme en la trampa, con esposa, un hijo y un empleo en el Servicio Civil, empleo que estuve contento de conseguir? Después de cinco años de llevar la vida que había soñado, llena de mujeres, de alcohol, de dinero, de compañeros interesantes, de viajes y de poco trabajo, ¿por qué me metí en aquella caja herméticamente cerrada, constituida por la familia, el deber y un trabajo fijo?

Por la sencilla razón, naturalmente, de que nunca había en realidad escapado, ni de mi madre, ni de mi familia, ni de las presiones morales de nuestra sociedad. Una vez más, el tiempo había realizado su trabajo. Volvía a hallarme encerrado en mi caja, y era, supongo, feliz. En los veinte años siguientes escribí tres novelas. Dos de ellas tuvieron un buen éxito de crítica, pero no me dieron mucho dinero. La tercera, no tan buena como las otras, me hizo rico. Y libre, al fin. O al menos, eso pensaba.

Luego, ¿por qué imagino que aquellos inmigrantes italianos fueron felices? Recuerdo cómo hablaban de sus antepasados, que se pasaron la vida cultivando las áridas laderas de las montañas de la Italia meridional. «Murió en la misma casa donde había nacido», decían, en tono de envidia. «En toda su vida no estuvo jamás a más de una hora de distancia de su pueblo». Suspiraban. ¿Qué significado podía tener para ellos una frase tal como «falsificación del pasado»?

No, realmente, somos más felices ahora. Es una vida mejor. Y, después de todo, es lo que decía mi madre: «No corras detrás de la felicidad. Conténtate con estar vivo».

Cuando comencé mi «novela autobiográfica», inevitable en todo escritor, pensaba presentarme como el héroe sensible e incomprendido, presionado y limitado por su madre y familiares. Ante mi asombro, mi madre se convirtió en el personaje central del libro, por lo que en lugar de conseguir vengarme, logré sólo acumular una nueva, digamos, frustración.

Pero es, en mi opinión, mi mejor libro. Y aquellos italianos anticuados y conservadores a los que odiaba, y a quienes luego llegué a compadecer, se convirtieron en héroes. No pude evitar una tremenda sorpresa. Lo que más me maravillaba de ellos era su valor. ¿Dónde estaban sus Medallas de Honor del Congreso? ¿Dónde sus Cruces a los Servicios Distinguidos? ¿Cómo se atrevieron a casarse, a tener hijos, a salir a ganarse la vida en un país extraño, sin conocer oficio alguno, ignorando el idioma? Y lo hicieron sin tranquilizantes, sin píldoras para dormir, sin psiquiatras, sin sueños. Héroes. Estaba rodeado de héroes. Nunca los había visto…

¿Cómo hubiera podido, sin embargo? Llevaban ropas de trabajo grasientas y bigotes como guías de bicicleta, se metían los dedos en la nariz, y eran tan bajos, que su estatura se veía superada por la de sus hijos de doce o trece años. Hablaban un inglés muy cómico, y su horizonte más lejano era ganarse el pan de cada día. Eran hombres y mujeres de gran valentía, seres que luchaban sin descanso y que no podían permitirse el lujo de soñar. Concentrados en su supervivencia, en sus mentes no había sitio para otra cosa.

No es de extrañar que en mi juventud los considerara dignos de lástima. Y, no obstante, habían dejado Italia y cruzado el Océano para llegar a una

nueva tierra, habían venido a dejar sus cansados huesos en América. Colonos analfabetos, se atrevieron a buscar la tierra prometida. Y, en consecuencia, también ellos tuvieron su sueño.

Hace cuarenta años, en 1930, cuando yo tenía diez, recuerdo la luz de gas, fantasmal, que hacía que las habitaciones de las casas parecieran pobladas por espectros.

Teníamos el mejor piso de la Décima Avenida, un piso alto de seis habitaciones, en el que el salón hacía las veces de bodega, y cuyo suelo era nuestro patio de juego. Desde el piso se observaban dos panoramas diferentes: uno, el de las vías férreas, respaldadas por la playa de Jersey; el otro, un patio lleno de gatos, los cuales eran blanco favorito de nuestras pedradas. Entre las dos habitaciones con vistas al exterior había tres dormitorios sin ventanas: el clásico piso de ferroviarios. La cocina tenía una escalera de incendios, la cual utilizaba para mis escapadas nocturnas. Aquel piso me gustaba, a pesar de que carecía de calefacción central. Teníamos una estufa de carbón en un extremo y una de petróleo en el otro. Recuerdo que era confortable, a despecho de su modestia.

Mis hermanos mayores escuchaban una radio de galena cuyos auriculares habían fabricado ellos mismos. Yo disfrutaba montando a caballo o subiéndome a los vagones de mercancías; mis hermanos, en cambio, preferían subirse a los tranvías, que era más peligroso y emocionante. Pero ocurre que cuarenta años del calendario representan, cuando menos, mil años en términos del cambio experimentado por nuestro mundo físico. Existen ahora los aviones a reacción, la televisión, penicilina para la sífilis, cobalto para el cáncer, igualdad sexual para las mujeres solteras. Lo que no ha cambiado es el desdén de los jóvenes respecto a sus mayores.

Pero es posible que los jóvenes tengan razón, ahora. Tal vez saben que los sueños de nuestros padres eran nocivos. Quizá sea cierto que el único refugio está en el mundo mágico de las drogas. Todos los italianos que yo había conocido y con los que me había criado han triunfado. Todos somos ahora americanos, todos hemos tenido éxito. Pero, sin embargo, el italiano que más éxito ha tenido de cuantos conozco admite que, aunque el único acto humano que nunca había podido comprender es el suicidio, lo comprendió en cuanto consiguió triunfar. No es que vaya a hacer una cosa así, pues es tan raro que

un italiano se suicide como que se convierta en homosexual. Pero la idea del suicidio ha cruzado por su mente. Así, pues, ¿a qué conduce la realización del sueño? Regresó a Italia y trató de vivir nuevamente como un campesino. Pero ya no puede desconocer la existencia de trampas más sutiles que la pobreza y el hambre.

Existe una cierta diferencia entre pasarlo bien en la vida y ser feliz. La vida de mi madre fue siempre una lucha continua y terrible, pero pienso que fue feliz. Prueba de cuanto digo es que hoy, a los ochenta años, se indigna ante la idea de que la muerte se atreva a acercársele. Pero esa clase de vida no es para todo el mundo.

Al pensar en tiempos pasados, me pregunto por qué me he convertido en escritor. ¿Fue a causa de la pobreza o debido a los libros que leí? ¿Qué fue lo que me traumatizó, mi madre o los hermanos Karamázov? ¿El hecho de ser italiano? ¿O la muchachita sentada a mi lado en el puente, mientras el vapor de la locomotora nos envolvía? ¿Hubiesen cambiado las cosas si en vez de ser italiano, hubiese sido irlandés o negro?

No importa. Está comenzando mi buena época. Soy otro italiano que ha conseguido el éxito. No tan grande como el de DiMaggio o el de Sinatra, claro está, pero suficiente. Pero puedo escapar nuevamente. Dispongo de mi «falsificación del pasado» (¡cómo me gusta esta expresión!). Ahora puedo soñar en lo feliz que fui durante mi infancia, allí en nuestro piso, jugando en aquellas calles tan sucias como mágicas, viviendo en la pobreza, en aquella pobreza que ponía lágrimas en los ojos de mi madre. Fui un dictador derrocado a los quince años de edad, es cierto, pero también lo es que no me colgaron. Y ahora desfilan ante mis ojos todos aquellos sueños imposibles, de entre los cuales yo podía entonces elegir, sin saber que la vida mía de entonces, la de los años de mi niñez, se convertiría en mi sueño final, en mi mejor y mayor sueño.

«PLACAS EN LA CABEZA»: UNA HISTORIA DE GEORGE MANDEL

George Mandel es escritor y amigo mío desde hace muchos años. Durante la Segunda Guerra Mundial fue herido en la cabeza, y a consecuencia de ello tuvieron que colocarle una placa de metal en la cabeza. Debido a —o a pesar de— esto escribió tres brillantes novelas, las cuales no le convirtieron en un hombre rico. Pero sus ocurrencias le han hecho famoso y me han dado mucho qué pensar. En Hollywood, cuando en un grupo se hablaba de diversas ideas, maravillosas todas, para hacer películas fuera de serie, me acordaba siempre de la mejor de las ocurrencias de George. Voy a contarla.

En la sala del hospital, la cabeza de cada paciente estaba coronada por un turbante de blancas vendas. Todos los ocupantes del pabellón habían sido heridos en la cabeza. George estaba esperando a que le colocaran la placa metálica. Una mañana, uno de los pacientes se levantó entusiasmado. Durante la noche se le había ocurrido una idea maravillosa, una idea que le haría ganar millones. Fue hasta la cama más próxima y explicó su idea al ocupante de la misma. El hombre le escuchó, hizo gestos afirmativos con su enorme cabeza blanca y exclamó, maravillado: «Es una gran idea ya lo creo. Ganarás un millón de dólares».

El entusiasmado paciente siguió hasta otra cama y explicó su idea a otro de los heridos. La respuesta fue idéntica: «Es una gran idea, ya lo creo. Ganarás un millón de dólares».

En el colmo del entusiasmo, el futuro millonario se acercó a George. Volvió a explicar su idea. George hizo un gesto afirmativo, pero no pronunció palabra.

«Todos los muchachos piensan que voy a ganar un millón de dólares», dijo el paciente. «¿Qué opinas tú?».

«Bien, sí, puede que los ganes», respondió George, «pero ¿por qué no se lo preguntas a alguien que no haya sido herido en la cabeza?».

LA REALIZACIÓN DE «EL PADRINO»

La verdadera razón por la que decidí escribir lo que sigue supongo que se debe a que en la Paramount se negaron a dejarme ver el guión definitivo de la película en el momento que yo quería y como yo deseaba. No me gusta admitir que tengo mucho amor propio; pero ¡qué le vamos a hacer!, nadie es perfecto…

Ese incidente me hizo tomar la decisión de no volver a permitir que una obra mía fuera llevada a la pantalla, a menos que se me dejase decir la última palabra en todo lo referente al guión. Y en este sentido instruí a mi agente. Lo que en la práctica significa que he quedado fuera del mundo cinematográfico.

Antes de que todo esto ocurriese me comprometí a escribir otras dos películas las cuales están ya casi terminadas. Por ello me creo capacitado para decir que escribir para el cine es lo que menos puede satisfacer a un escritor. Pero, como ocurre con casi todo, es interesante probar, al menos, una vez.

La mayoría de las películas son pésimas, y lo son porque las personas que tienen la última palabra desconocen la trama y el carácter de los personajes de la obra. Hollywood todavía no se ha dado cuenta de que elevar al escritor a la misma categoría que el productor, el director y (me atrevo a decirlo) el jefe del estudio, es como tener dinero en el banco seguro.

EL LIBRO

He escrito tres novelas. *El Padrino* no es tan buena como las dos primeras; la escribí para ganar dinero. Mi primera novela, *La arena sucia* (1955), fue objeto de muy buena crítica, y se decía de mí que era un escritor al que no convenía perder de vista. Creí, naturalmente, que iba a verme rico y famoso. El libro me dio tres mil quinientos dólares; ignoraba a la sazón que tendría que aguardar todavía quince largos años.

Mi segunda novela, *La Mamma*, fue publicada diez años más tarde, en 1965, y me hizo ganar tres mil dólares. Me deslizaba rápidamente por la pendiente. Y, sin embargo, el libro recibió algunas críticas excelentes. El *Times* neoyorquino lo llamó «un pequeño clásico». A mí, personalmente, me gusta, y considero, sin falsa modestia, que es una pequeña obra de arte.

De todos modos, era un héroe, pensaba. Pero mi editorial, Atheneum, considerada como más atenta a las buenas letras que al dinero, no quedó muy impresionada. Pedí un anticipo sobre mi nuevo libro (que iba a ser un gran clásico), pero la editorial no abrió boca. Fueron muy corteses. Se mostraron amables. Me acompañaron hasta la puerta…

No podía creerlo. Volví a leer todas las críticas favorables acerca de mis dos primeros libros. (Rompí las desfavorables). Debía de haber algún error. Se me reconocía un cierto talento, al menos. Era un verdadero escritor, honrado, un artista, con dos novelas bien consideradas detrás de mí, dos libros cada una de cuyas palabras había sido escrita por mí, sin ayuda de nadie. No podía ser cierto que mi editor se negara a concederme un anticipo sobre otra novela.

Tuvimos otra conversación. A los editores no les gustaba el argumento de mi nueva novela. Les parecía que iba a ser otro fracaso. Un editor comentó, con perspicacia, que si en *La Mamma* hubiese habido algo más de «salsa

mafiosa», el libro hubiese dado dinero. (Uno de los personajes secundarios era un jefe de la Mafia).

Tenía cuarenta y cinco años y estaba cansado de ser un artista. Además, debía veinte mil dólares a familiares, financieros, bancos, corredores de apuestas y usureros. Había llegado el momento de madurar y de agotar las ediciones, como en cierta ocasión me había aconsejado Lenny Bruce. Por ello, dije a mis editores que de acuerdo, que iba a escribir el libro sobre la Mafia, pero que debían avanzarme algún dinero. Me contestaron que no vería ni un dólar en tanto no les entregara las cien primeras páginas. Realicé un esbozo del libro, diez páginas, concretamente. Volvieron a acompañarme hasta la puerta.

No me es posible explicar la frustración, el daño que experimenta un escritor al ser tratado de este modo. Pero este incidente me enseñó mucho. Había sido suficientemente ingenuo como para creer que a los editores les preocupaba el arte. No les preocupa en absoluto. Querían ganar dinero. (Por favor, no me digan: «No bromee»). Eran hombres de negocios. Habían invertido un dinero y tenían que hacer frente a una nómina. Si algún lunático quería realizar una obra de arte, allá él.

Había creído devotamente en el arte. No creía en la religión, en el amor, en las mujeres ni en los hombres como tampoco creía en la sociedad ni en la filosofía, Pero durante cuarenta y cinco años había creído en el arte. Me había dado satisfacciones que en ninguna otra cosa había podido encontrar. Pero sabía que no podría volver a escribir otro libro, si el próximo no resultaba un éxito. La presión psicológica y económica sería excesivamente fuerte. Nunca había dudado de mi capacidad para escribir una novela comercial en cuanto me lo propusiese. Mis colegas, mi familia, mis hijos y mis acreedores me decían que había llegado el momento de jugar la carta de lo comercial, ya que, de no hacerlo, me iba a pique.

Estaba dispuesto. Tenía un esbozo de diez páginas, pero nadie me lo aceptaba. Pasaron los meses. Estaba trabajando en una cadena de semanarios de aventuras, corrigiendo y escribiendo historietas cortas. El editor, Martin Goodman, me trataba mejor de lo que ningún otro editor me había tratado hasta entonces. Estaba dispuesto a olvidarme de las novelas. En todo caso volvería a ellas al llegar a la ancianidad, como distracción. Pero un día vino a

verme a mi oficina de la editorial un amigo escritor. Como cortesía a un colega le regalé un ejemplar de *La Mamma*. Una semana más tarde vino a verme de nuevo. Dijo que me consideraba un gran escritor. Le invité a un opíparo almuerzo. Durante el ágape le conté algunas historias acerca de la Mafia y le mostré mis diez páginas. Se mostró entusiasmado. Me concertó una entrevista con la editorial G. P. Putnam's Sons. Los editores estuvieron una hora escuchando mis historias mafiosas y me dijeron que adelante. También me dieron un anticipo de cinco mil dólares. Así comencé a encarrilarme. Salí de allí casi creyendo que los editores eran humanos.

Tan pronto como tuve en mi bolsillo el dinero de Putnam dejé de pensar en el libro. (Afortunadamente, parte del anticipo era pagadero a la entrega del manuscrito completo. De lo contrario, nunca lo hubiese terminado). La verdad es que no deseaba escribir *El Padrino*. Era otra la novela que yo quería escribir. (No la escribí ni la escribiré. Los argumentos, como todo lo demás, se estropean y corrompen).

Todos mis compañeros de la editorial de Martin Goodman me aconsejaron que me concentrara en el libro. Estaban seguros de que me iba a convertir en un hombre rico. Tanto insistió todo el mundo, que me puse a escribir. Y dejé mi empleo.

Tardé tres años en terminarlo. Durante ese tiempo escribí cada mes tres historias de aventuras para Martin Goodman, a tanto la historia. Me publicaron un libro infantil, el cual mereció una crítica horrenda por parte de *The New Yorker*, la primera vez que esta revista se dio cuenta de que yo existía, y escribí un buen número de comentarios acerca de libros de otros autores. Alumbré también diversas historietas cortas, dos de las cuales se publicaron en el *New York Times Sunday Magazine*, que si bien no llena de oro el bolsillo de sus colaboradores, trata con enorme respeto el trabajo literario. Es también, en mi opinión, el mejor lugar en el que puede uno aparecer, si se desea influir en nuestra sociedad. De cualquier modo, en el curso de aquellos tres años escribí más que en el conjunto de todos los años precedentes. Y me divertí de veras. Recuerdo esa época como la más feliz de mi vida. (La familia y los amigos no están de acuerdo).

Me avergüenza admitir que escribí *El Padrino* enteramente a base de indagaciones y datos. Nunca me he encontrado con un gángster digno de tal

nombre. Conozco muy bien el mundo del juego y las apuestas, pero nada más. Cuando ya el libro se hubo hecho «famoso» —me presentaron a algunos caballeros del hampa—, sus palabras fueron muy halagadoras. No podían creer que fuera tan por completo ajeno a su mundo. Les parecía imposible que ningún Don me hubiese favorecido con sus confidencias. Pero a todos ellos les gustó el libro.

Escuché, en diferentes partes del país, una bonita historia: que la Mafia me había pagado un millón de dólares al objeto de que el libro actuara para la organización a modo de relaciones públicas. No frecuenta mucho los ambientes literarios, pero sé que algunos escritores pretenden que soy un mafioso, pues consideran que es imposible que el libro fuera escrito sólo a base de investigación, datos e imaginación. Les agradezco el cumplido, desde luego.

Finalmente, me vi obligado a terminar *El Padrino* en julio de 1968. Necesitaba de Putnam los últimos mil doscientos dólares del pago anticipado, puesto que me había comprometido a llevar a mi esposa e hijos a Europa. Mi esposa no había visto a los suyos desde hacía veinte años, y yo le había asegurado que no pasaría otro año sin verlos. No tenía dinero, pero sí una buena colección de tarjetas de crédito. A pesar de ello, me eran necesarios los mil doscientos dólares en efectivo, por lo que entregué el manuscrito. Antes de partir hacia Europa, recomendé a mi editor que no mostrara el libro a nadie: tenía que pulirlo.

Mi familia lo pasó muy bien en Europa. Las oficinas de la American Express pagan cheques de quinientos dólares contra sus tarjetas de crédito. Utilicé sus oficinas de Londres, Cannes, Niza y Wiesbaden. Mis hijos y yo jugamos en los mejores casinos de la Riviera francesa. Si tan sólo uno de nosotros hubiese tenido suerte, hubiera podido cubrir aquellos cheques que la American Express envió a los Estados Unidos. Pero todos perdimos. Había fracasado como padre. Cuando, finalmente, llegamos a casa, me encontré con una deuda de ocho mil dólares en tarjetas de crédito. Pero no estaba preocupado. En el peor de los casos quedaba el recurso de vender nuestra casa. O el de ir a la cárcel. A fin de cuentas escritores mejores que yo han estado en prisión. No había por qué desesperarse.

Fui a Nueva York a ver a mi agente, Candida Donadio. Tenía la esperanza de que me daría algo para ayudarme a salir del apuro, como otras veces. Me informó que mi editor había rechazado una oferta de trescientos setenta y cinco mil dólares por los derechos de *El Padrino* en edición de bolsillo.

A pesar de que había dado órdenes concretas de que el libro no fuese ofrecido a nadie, no protesté. Llamé a Bill Targ de Putman, quien me dijo que estaban dispuestos a aceptar cuatrocientos diez mil dólares, porque el récord estaba en cuatrocientos mil. ¿Deseaba yo hablar con Clyde Taylor, el ejecutivo encargado de los derechos de reedición, que era quien llevaba las negociaciones? Dije que no; contesté, concretamente, que tenía absoluta confianza en un hombre que era capaz de rechazar una oferta de trescientos setenta y cinco mil dólares. Di una vuelta por Nueva York, almorcé, muy tarde, con Targ, y mientras estábamos tomando el café, el hombre de Putnam recibió una llamada telefónica. Ralph Daigh, de Fawcett, había adquirido los derechos para la edición de bolsillo por la suma de cuatrocientos diez mil dólares.

Me dirigí a las oficinas del semanario de aventuras al efecto de cancelar mi trabajo de colaboración y, al mismo tiempo, para comunicar la buena noticia a mis amigos. Tomamos algunas copas juntos y luego decidí irme a casa, a Long Island. Mientras esperaba mi coche, llamé a mi hermano, quien tenía el diez por ciento de *El Padrino,* pues me había ayudado siempre, aparte de que últimamente me había dado una buena cantidad de dinero que me permitió completar el libro. Desde hacía años, cuando necesitaba algunos centenares de dólares para pagar la hipoteca o para comprar zapatos para los niños, se los pedía, y él, sin hacerse rogar, me los daba. Llegaba a su casa en taxi, cuando él, lloviera o nevara, nunca tomaba uno. Pero no me lo reprochaba. Es por ello que ahora quería decirle que, dado que mi cincuenta por ciento de los derechos de la edición de bolsillo importaban doscientos cinco mil dólares (los editores de la edición en tela se quedan el otro cincuenta), a él le correspondían algo más de veinte mil.

Es de esos individuos que siempre están en casa cuando uno va a pedirles dinero, por lo que no es de extrañar que estuviera fuera en el momento en que

tenía billetes para él. Llamé a mi madre. Habla un inglés muy deficiente, pero lo entiende a la perfección. Le expliqué todo.

«¿Cuarenta mil dólares?», preguntó. Le dije que no, que eran cuatrocientos diez mil. Tuve que repetírselo tres veces antes de que respondiera: «No se lo digas a nadie». Mi coche salió del garaje, por lo que tuve que colgar. El tráfico era intensísimo, y el viaje hasta casa me tomó más de dos horas. Al atravesar la puerta, mi esposa estaba pendiente del televisor, mientras que los niños estaban fuera, jugando. Me acerqué, le di un beso en la mejilla y le dije: «Ya no deberemos preocuparnos más por el dinero, querida. He vendido el libro por la cantidad de cuatrocientos diez mil dólares».

Me sonrió y siguió con la vista fija en la pequeña pantalla. Bajé a mi cuarto de trabajo, dispuesto a llamar a mis hermanas y hermanos. La razón de esto es que todas las familias italianas tienen su tonto particular, es decir, el idiota familiar, del que todos saben que nunca será capaz de ganarse la vida, y al que todos se consideran obligados a ayudar, sin reproches ni rencor. El tonto de mi familia era yo, por lo que estaba impaciente por comunicarles mi renuncia a tan ingrato papel.

Llamé a mi hermana mayor. «¿Me has oído?», le dije.

La voz de mi hermana era fría como el hielo. Empezaba a irritarme. Nadie parecía pensar que la cosa valía la pena. Mi vida entera iba a cambiar, ya no tendría preocupaciones monetarias. Ya no debería preocuparme la vida ni, casi, la muerte. Luego, mi hermana dijo: «Te han dado cuarenta mil dólares por el libro. Me lo ha dicho mamá».

Estaba realmente exasperado con mi madre. Después de repetírselo tantas veces, aún lo había entendido mal. Sus ochenta años no eran excusa. «No», dije a mi hermana, «han sido cuatrocientos diez mil».

Inmediatamente obtuve la reacción que yo deseaba. A través del hilo oí una exclamación, seguida de un torrente de palabras. Luego volví a llamar a mi madre. «Pero ¿cómo es posible que no me hayas entendido? Te he dicho cinco veces que no eran cuarenta mil dólares, sino cuatrocientos diez mil. ¿Cómo puedes equivocarte así?».

Hubo un largo silencio. Después, mi madre, en un murmullo, contestó: «No ha habido equivocación. No quería que ella lo supiera».

Cuando hube terminado las llamadas telefónicas mi esposa estaba ya dormida, y también los niños. Me metí en la cama y dormí como un tronco. Cuando, a la mañana siguiente, desperté, mi esposa y los niños rodearon mi cama. Mi esposa dijo: «¿Qué es lo que dijiste anoche?». No se había apenas enterado.

Era un final feliz, ciertamente, pero nadie parecía creerme. Así, pues, llamé a Bill Targ y le pedí un anticipo de cien mil dólares. Pagué mis deudas, las comisiones de mis agentes, entregué a mi hermano su bien merecido diez por ciento, y luego, tres meses más tarde, pedí más dinero a mis editores y agente. Quedaron atónitos. ¿Qué había sido del cuantioso cheque que me habían dado tres meses antes? No pude resistir la tentación. ¿Por qué tratarles de modo diferente a como ellos habían tratado a mi familia durante aquellos difíciles años? «Cien mil dólares no duran siempre», contesté. Los papeles habían cambiado.

El Padrino había conseguido, hasta entonces, un millón de dólares, pero yo todavía no era rico. Parte del dinero lo invertí en bonos y acciones para mis hijos. Hubo comisiones de agentes y honorarios de abogados. Hubo impuestos federales y del Estado. Todo ello convirtió el millón en menos de la mitad. Pero transcurrieron muchos meses antes de que me diera cuenta de esto. El dinero salía de mis bolsillos con la misma facilidad que llegaba. Lo que ocurría era que me parecía anormal estar sin deudas. No debía ni un solo céntimo.

El dinero me gustaba, sí, pero no, en cambio, ser «famoso». La fama me producía tremenda congoja. Nunca me habían gustado mucho las fiestas, ni tampoco hablar con más de dos o tres personas a la vez. Me desagradan las entrevistas y ser fotografiado (con razón).

Me vi presionado a aceptar la aparición en el programa televisivo Today Show. Uno de los editores de Putman me dijo: «¿Cómo puedes saber que no te gusta aparecer en la televisión si no tienes experiencia?». El argumento me pareció razonable. Acepté. Y no me gustó. Por eso no me he dejado tentar nuevamente cuando me han hecho ofertas para aparecer en otros programas. No considero que sea snobismo a la inversa. Tampoco falsa humildad. Es, simplemente, que me encuentro incómodo ante las cámaras. Y casi todos los

escritores que he visto en la pequeña pantalla me han parecido ridículos; no es un medio adecuado para los literatos.

Al verme, en diferido, apenas si me reconocía; y no me quedaba ni siquiera el recurso de culpar a los cámaras ni a los entrevistadores. Había pronunciado aquellas palabras, sí, pero no las dije en aquel tono. ¿Me explico? En consecuencia, dejé de lado la televisión y la publicidad, incluyendo las entrevistas. Y, gracias a Dios, no me dediqué a ir de una punta a otra del país, en esos viajes que se supone ayudan a que un libro se venda mejor. No a causa de los demás, sino a causa de mí mismo. Conocer a una persona extraña representa siempre un *shock* para mi sistema nervioso, y lo mismo creo que le ocurre a mucha gente.

En el ínterin cometí lo que resultó ser un gran error. Poco antes de terminar *El Padrino* vendí los derechos para la edición de bolsillo de *La Mamma* por un anticipo de mil quinientos dólares sobre los royalties normales. Los vendí a Lancer Books, y uno de los socios, Irwin Stein, fue tan amable que me envió toda la suma de una vez, en lugar de demorar el pago de la segunda mitad hasta la fecha de publicación del libro.

Anteriormente, cuando sólo tenía escritas las cien primeras páginas de *El Padrino*, cometí una equivocación todavía mayor. La agencia William Morris aprobó un contrato con la Paramount para los derechos cinematográficos del libro. Concertó unos derechos de opción por doce mil quinientos dólares, a cuenta de cincuenta mil, si ejercían la opción. Candida Donadio era ya mi agente, pero el contrato inicial del libro había sido firmado por William Morris, quien, en consecuencia, me representó en las negociaciones con la Paramount. Me aconsejaron que no aceptara, que esperara. Pero era como si a uno que estuviera con la cabeza bajo el agua le aconsejaran que respirara profundamente. Necesitaba el dinero, y los doce mil quinientos dólares me parecían algo así como Fort Knox. Debo reconocer que la culpa fue sólo mía. No puedo culpar a la Paramount por haber conseguido *El Padrino* a un precio tan bajo.

A través de todo este capítulo mencionaré hechos que parecen dar a entender que una serie de personas jugaron sucio conmigo, por lo que el lector puede obtener la impresión de que estoy resentido u ofendido. Ni pensarlo. En el mundo y en la sociedad en que vivimos casi todas estas

acciones son el pan de cada día. El hecho de que considere que la agencia William Morris me vendió muy barato a la Paramount Pictures no significa que desapruebe o condene su acción. Considero que su conducta fue perfectamente normal y razonable, comercialmente hablando.

Abreviemos. *El Padrino* se convirtió en el *best-seller* número 1 de los Estados Unidos; se mantuvo durante sesenta y siete semanas en la lista del Times neoyorquino; también fue número 1 en Inglaterra, Francia, Alemania y otros países. Ha sido traducido a veinte idiomas. Me dicen que es el libro de bolsillo que se vende mejor y más rápidamente de todos los tiempos, o que lo será cuando se proyecte la película. De todos modos, uno no puede creer todo lo que los editores dicen a sus autores. Aunque Ralph Daigh, de Fawcett, demostró ser un hombre muy competente y promocionó el libro de modo fenomenal. Incluso me pagó todo lo que dijo haber vendido. Es un verdadero éxito, y ahora recuerdo una anécdota de cuando estaba trabajando en él. Mi esposa me pidió que fuera al supermercado; mi hija me rogó que la acompañara a casa de una amiga suya; mi hijo quería que lo llevara hasta el campo de fútbol. Exploté. Dije: «¡Por Dios, hijos míos! ¿Es que no sabéis que estoy trabajando en un libro que me hará ganar cien mil dólares?». Todos nos reímos.

El libro obtuvo críticas mucho mejores de lo que yo esperaba. Me arrepentí de no haberlo escrito mejor. El libro me gusta. Tiene «gancho», y su personaje central fue considerado y aceptado por todo el mundo como un ser mitológico. Pero no le dediqué la atención debida, no puse en él todo mi esfuerzo.

LA PELÍCULA

Había leído muchas cosas acerca de Hollywood, y me constaba el modo en que se habían conducido con Fitzgerald, con Nathanael West y con los novelistas en general.

Había tenido ya una provechosa experiencia con los productores cinematográficos de Hollywood. A principios de aquel año, mi agente me llamó pidiéndome que acudiera a Nueva York, para ponerme en contacto con John Foreman, productor de la mayoría de las películas de Paul Newman. Vivo a unos noventa kilómetros de la gran urbe, y Nueva York no me gusta. Pero mi agente dijo que John Foreman había leído *El Padrino,* que el libro le había encantado y que quería hacer del mismo una película. Era un personaje importante. Me convenía hacer el viaje.

Lo hice. Y valió la pena. John Foreman era dinámico. Se pasó tres horas hablando de mi libro, de cómo le gustaba, de lo decidido que estaba a llevarlo a la pantalla. Citó los pasajes más interesantes. Me demostró conocerlo a fondo. Yo estaba asombrado e impresionado. Podía decirse que la película era ya un hecho. Al despedirnos, aseguró que al día siguiente llamaría a mi agente, al efecto de discutir los detalles financieros del contrato. Ni mi agente ni yo hemos vuelto a saber nada de él.

No estaba en absoluto interesado en lo que Hollywood pudiera hacer con el libro, ya que no iba yo a intervenir para nada en la realización de la película. Pero un día, al coger un periódico, leí que Danny Thomas quería para sí el papel de *El Padrino*. Eso me llenó de pánico. Siempre había pensado que el papel sería perfecto para Marlon Brando. A través de un amigo común, Jeff Brown, mandé una carta a Brando, quien tuvo la delicadeza de llamarme. Hablamos por teléfono. No había leído el libro, pero me dijo que, de cualquier modo, los estudios no le contratarían, a menos que

un director de primera fila insistiera. Se mostró amable, aunque no muy interesado. Y eso fue todo.

Lo que por entonces no sabía yo era que la Paramount había decidido no realizar la película. El motivo residía en el hecho de que la película *The Brotherhood* («La Hermandad»), también sobre la Mafia, estaba resultando un fracaso económico y de crítica. Cuando vi *The Brotherhood* tuve la sensación de que habían entregado las cien primeras páginas de mi libro a un guionista semianalfabeto, dándole, además, carta blanca. Luego encargaron a Kirk Douglas el papel de protagonista, y para que todo el mundo le viera en plan de gángster encantador, hicieron que besara a cuantos niños se le ponían delante. Al final, su propio hermano le mataba, siguiendo órdenes de los de arriba.

Al ver la película me irrité, pero no por considerar que la Paramount me había atropellado. Eso no me importaba demasiado. Cuando trabajaba para las revistas, en más de una ocasión había escrito cosas de muy escasa calidad. Lo que me disgustaba era la patente estupidez de aquella película, el guión, su concepción, el completo desconocimiento del mundo de la Mafia. Lo que yo ignoraba por entonces era que el desastre financiero del film había hecho creer a los jefazos del estudio que las películas sobre la Mafia no daban dinero. Fue sólo cuando *El Padrino* se convirtió en un super *best-seller* (los financieros de la compañía lo supieron por las sesenta y siete semanas en las listas del *Times*), que decidieron rodar la película.

Finalmente, Al Ruddy, el productor, fue encargado de llevarla adelante. Vino a Nueva York, vio a mi agente y dijo que la Paramount quería que yo hiciera el guión. El presupuesto sería bajo, dijo, por lo que no podían pagarme mucho. Rechacé la oferta. Luego, cuando me hablaron de más dinero y un porcentaje, accedí a entrevistarme con Al Ruddy. Quedamos citados para almorzar juntos en el Plaza. Es un hombre alto, delgaducho, con una buena dosis del típico encanto neoyorquino.

Se mostró tan amable que pensé que sería agradable ir a California. Recibió algunas llamadas en el salón eduardiano del Plaza y supo disculparse con verdadera gracia. «Parece una escapatoria de película», dijo, «pero es de veras que he recibido estas llamadas».

Estuve charlando con su esposa y quedé asombrado al ver que del interior de su bolso de mano asomaba un minúsculo perrito. El animal emitió un agudo ladrido, y cuando el enojado maître descubrió de dónde procedía el perruno sonido, la cabeza del animalito volvía ya a estar en el interior del bolso. Parece ser que Al y su esposa se llevaban al perro dondequiera que fuesen. Al final del almuerzo, la simpatía del matrimonio y la del perrito me habían conquistado por completo, por lo que acepté escribir el guión.

Mis colegas escritores se preguntaban por qué quería dedicarme al cine. No me gustaba el mundo del espectáculo. Era novelista; tenía bastante con dedicarme a escribir novelas.

¿Cómo acepté? Cuando era pobre y escribía en una habitación de mi casa, hice a mi esposa la solemne promesa de que si algún día tenía dinero compraría un estudio. A ella no le gustaba tenerme en casa todo el día. Estorbaba. Deshacía la cama. Ensuciaba la salita de estar. Iba por el pasillo diciendo palabrotas. Chillaba como un condenado cuando los niños se peleaban. En resumen, la ponía nerviosa. Para empeorar las cosas, mi esposa nunca me había sorprendido dándole a la máquina de escribir. Está convencida de que lo único que hice durante tres años fue dormir en el sofá, y que *El Padrino* fue escrito por arte de magia. Y como las promesas no pueden romperse, en cuanto el éxito y el dinero llegaron tuve que pasar fuera de casa las horas de trabajo.

Lo probé. Alquilé estudios espaciosos y elegantes Fui a Londres. Estuve en la Riviera francesa, en Puerto Rico y en Las Vegas. Contraté secretarias y compré dictáfonos. Nada. Necesitaba los gritos y las pelea de los chicos. Necesitaba que mi esposa me interrumpiera para mostrarme las cortinas que acababa de comprar. Necesitaba aquellos viajes al supermercado. Algunas de mis mejores ideas las tuve mientras ayudaba a mi esposa a llenar el carrito de la compra. Pero había prometido solemnemente que trabajaría fuera de casa. Muy bien, pues iría a Hollywood.

Es cierto, el éxito estropea a un escritor. Durante un año había ido de un sitio a otro, pasándolo «bien». No fue lo que esperaba. No lo pasé mal, pero quedé un poco decepcionado. Y no hay que olvidar que durante veinte años había llevado la vida de un ermitaño. Algunas veces había cenado con unos pocos amigos íntimos. Habíamos ido de visita a casa de amigas de mi esposa.

Había ido al cine. Había ayudado a mis hijos en las matemáticas. Pero lo que más había hecho era vivir dentro de mí mismo, con mis sueños, con mis fantasías. Había estado viviendo al margen del mundo. No me daba cuenta de cuánto habían cambiado los hombres, y las mujeres, y las muchachas, y los muchachos, e, incluso, la sociedad entera y el mismo gobierno.

Por otra parte, en las escasas fiestas a las que había asistido mi papel había sido el de simple observador. Raramente había iniciado una conversación o una amistad. Pero, de pronto, todo cambió. La gente parecía estar encantada con mi conversación; todos eran muy amables conmigo, y eso me gustaba. Me convertí en el individuo quizás más satisfecho del hemisferio occidental. Y lo cierto es que la mayor parte de la gente era genuinamente encantadora, de un modo natural, sin hipocresías. No sólo no me fue difícil dejar de ser un ermitaño, sino que encontré en ello verdadero placer. Así, pues, tuve el valor de irme a Hollywood.

El contrato para el guión era verdaderamente ventajoso: quinientos dólares a la semana, para gastos, más un porcentaje del 2,5 sobre los beneficios netos. Digo que era ventajoso, teniendo en cuenta que Al Ruddy había conseguido autorización para producir la película a base de argumentar que no costaría más de un millón de dólares.

Pero el contrato no era tan ventajoso como a primera vista parecía. De un lado, una *suite* en el Beverly Hills Hotel costaba quinientos dólares semanales, lo que representaba el cien por cien de mi asignación para gastos. Era evidente, además, de que mi dos y medio por ciento iba a representar cero dólares, a menos que la película fuese un éxito como *Love Story*. Lo normal es que los estudios usurpen, legalmente, eso sí, los beneficios de quienquiera que trabaje a porcentaje sobre los beneficios. Lo hacen a base de trampas contables. Si la película cuesta cuatro millones de dólares, añaden un millón más en concepto de gastos generales. Los gastos del departamento de publicidad los cargan sobre las películas que producen dinero. Tienen contables que hacen desaparecer el dinero con una facilidad que el mismo Houdini habría envidiado.

Nuevamente quiero hacer constar que no considero que Hollywood sea menos honesto que el mundo editorial. Una firma dedicada al libro de bolsillo, la Lancer Books, hace que los estudios hollywoodenses sean algo

parecido a Diógenes. La Lancer Books anunció que había vendido casi dos millones de ejemplares de *La Mamma*. Me pagó solamente la parte correspondiente a más o menos el treinta por ciento de dicha cifra.

Todavía, de acuerdo. En América nadie mira mal al hombre de negocios que hace esas cosas. Pero luego.

Lancer sacó un libro titulado *La madrina*. Imaginé que a pesar de todo lo que había oído contar, sería difícil que Hollywood llegara a tales extremos. (Pero no sólo ocurren cosas en Hollywood. En Italia habían rodado una película, protagonizada por mi ídolo, Vittorio De Sica, titulada *El ahijado*).

Consecuencia de todo ello fue que partí hacia Hollywood convencido de que nada podía sorprenderme Estaba acorazado. *El Padrino* era su película, no la mía. Permanecería impasible. No dejaría que hirieran mis sentimientos. Como no era cosa mía, debía mantenerme al margen. No era más que un empleado.

California tenía sol a raudales, un aire purísimo y muchas pistas de tenis. (Acababa de descubrir el deporte del tenis y me gustaba con locura). Me mantendría sano y esbelto…

Considero que el Beverly Hills es el mejor hotel del mundo. Es un sueño. Tiene tres plantas y está dotado de jardines, una serie de bungalows, piscina y el famoso Polo Lounge. Posee también pistas de tenis, y su profesor, Alex Olmedo, me llamaba campeón. Naturalmente, llamaba campeón a todos. Pero…

El servicio es perfecto y amistoso, sin permitirse, sin embargo, familiaridades. Es el único hotel en el que me he sentido realmente a gusto. Pero se llevaba mis quinientos dólares semanales, e incluso algunos más.

Mi oficina era bonita. Me gustaban los estudios de la Paramount, con su poblado del Oeste, sus callejuelas, sus barracones y su atmósfera, que me hacían sentir transportado a otro mundo. Mi lugar de trabajo estaba en el tercer piso, y era tranquilo, como a mí me gustaba. Al Ruddy tenía su despacho, más espacioso y lujoso que el mío, en el primer piso, y no nos resultaba difícil ponernos en contacto, bien bajando yo, bien subiendo él.

Luego vi que mi oficina no era tan grande ni bonita como al principio me había parecido, pero no me importaba. Tenía un refrigerador, y en su interior, gran cantidad de botellas de refrescos. Mi oficina comunicaba con la de mi

secretaria. Y tenía también un teléfono, con zumbador y cuatro líneas. No podía pedir más.

Pasé las dos primeras semanas jugando al tenis y viendo a antiguos amigos neoyorquinos que se habían establecido en California. Además, me entrevisté varias veces con Robert Evans, jefe de producción de la Paramount Pictures, y con Peter Bart, su mano derecha.

Tiempo atrás había leído en el *Life* un artículo sobre Evans. Le dejaban como un trapo. Por ello fue grande mi sorpresa al encontrarme con un hombre cordial y nada afectado. Hubo un hecho que me hizo sentir simpatía por Evans. Estaba, con otras cuatro personas, reunido en su oficina. Le llamaron por teléfono, para un asunto particular. El hombre se levantó y se fue a hablar desde otra habitación. Louis B. Mayer, por ejemplo, nos hubiera hecho salir a nosotros y, además, habría cerrado la puerta para asegurarse de que no podíamos oírle.

Evans era un hombre sin pretensiones, y solía decir —lo parecía, al menos— lo que pensaba. En cierto modo hablaba como los niños, con una curiosa inocencia, que convertía en inofensiva la crítica más dura. Se mostraba invariablemente cortés en sus relaciones conmigo. Si este retrato del jefe de producción de unos estudios cinematográficos puede parecer excesivamente lisonjero, puedo añadir que era tan avaro de sus cigarros habanos, que me veía obligado a entrar a escondidas en su oficina, cuando él no estaba, para robarle algunos.

Evans estaba siempre dispuesto a discutir las cosas, y no era difícil influir en su ánimo. Era simpático, como, de hecho, son simpáticos todos los que se mueven dentro del ambiente cinematográfico, y como lo son, me atrevería a decir, todos los californianos, con una sola excepción: Peter Bart, que es un individuo de inteligencia extraordinariamente fría y que, como he dicho, es el único ser antipático que he conocido en el mundillo del cine. Nunca hablaba mucho. El motivo era (aunque por entonces yo lo ignoraba) que le gustaba pensar bien las cosas antes de emitir una opinión, y el hombre todavía no dominaba la habilidad típicamente californiana de mostrarse simpático y pensar simultáneamente.

La primera conferencia transcurrió de un modo perfecto. Estaban Evans, Al Ruddy, Peter Bart y Jack Ballard, además de yo mismo. Ballard, con su

cabeza a lo Yul Brynner, es el encargado de controlar los costos de producción de las películas. Es aparentemente débil, pero los productores y los directores se encuentran con un muro si se trata de hacerle salir del programa financiero previamente trazado. Evans dirigió la reunión. Se habló de generalidades, en honor, estoy seguro, a mi persona. Iba a ser la gran película de la Paramount. Tenía que convencerme de ello. La película «SALVARÍA» a la Paramount. Me gustan estos elogios, pues me hacen sentir importante y trabajo el doble. (Me hubiera gustado «SALVAR» la Paramount, pero llegué tarde. *Love Story* lo había hecho ya). Luego hablamos de los intérpretes. Para el papel de Padrino sugerí el nombre de Marlon Brando. La reacción de los otros fue muy educada, pero tuve la impresión de que mis acciones habían bajado cincuenta puntos.

Al Ruddy apuntó el nombre de Robert Redford para el papel de Michael, y sus acciones, a pesar de lo simpático que era, descendieron cincuenta enteros también. Consideré que se equivocaba, y al decirlo, Evans y Bart se mostraron de acuerdo conmigo. Se lucharía con limpieza, pensé.

No tenían director. Antes de elegir uno, el guión tenía que estar terminado. A los directores les gusta leer el guión antes de firmar. Bien, para eso había venido a California. Les aseguré que era uno de los mejores técnicos del mundo occidental. (No es jactancia, pues la técnica puede ser medida. El arte es otra cosa).

Todo esto sucedió en el lujoso cuartel general de la Paramount, en Canon Drive. Cuando Al Ruddy y yo regresamos a nuestros, por comparación, humildes despachos del interior de los estudios, nos sentíamos como soldados de vuelta al frente después de haber estado en las oficinas del estado mayor.

—Usted puede hacer lo que desee —dijo Ruddy—. Por algo es el escritor. Pero hágame un favor. Empiece con una escena de amor entre Michael y Kay. —Todavía quería a Redford.

—Al —respondí, mientras me bebía su *whisky* y me fumaba sus cigarros —, no se puede empezar *El Padrino* con una escena de amor. No le va a la obra.

Pareció comprender y se echó a reír. Parecía un neoyorquino típico, y me sentía a gusto en su compañía.

—Mire —insistió, a pesar de todo—, usted trate de empezar con la escena de amor. Siempre estaremos a tiempo de cortarla.

—Muy bien —contesté—. Subí a mi oficina y leí el contrato. En el mismo se especificaba claramente que el productor podía decir al escritor cómo realizar el guión. Tenía que empezar con una juvenil escena de amor. La escribí. Me pareció desastrosa. La dejé leer a Al, y éste la encontró perfecta.

Eso me satisfizo. Pero seguía pensando que Al Ruddy estaba equivocado. Los tres días siguientes los pasé jugando al tenis. Luego decidí irme a pasar un par de semanas a casa. Añoraba a mi esposa y a los niños. Estábamos en abril, y la primavera es una buena estación para pasarla en Nueva York.

Ruddy acogió mi decisión como un perfecto caballero. Incluso me mantuvo la asignación de quinientos dólares para las semanas que estuviese con los míos. Permanecí en casa durante dos semanas, las cuales aproveché para trabajar un poco. Luego volé a California, con parada en Las Vegas, donde perdí el dinero que había ahorrado de los mil dólares.

De abril a agosto viví una existencia ideal: California, tenis y sol. Luego volvió a invadirme la añoranza por lo que volví a casa. Después, cuando la vida hogareña comenzó a atacarme los nervios, regresé a California. Vivía totalmente incontrolado. Entre la gente de California me sentía como el pez en el agua. Socialmente, todo marchaba sobre ruedas, pero, en cambio, no podía decir lo mismo de mi trabajo, que avanzaba con extrema lentitud. Pero nadie parecía preocuparse lo más mínimo.

A pesar de que durante los últimos veinte años había vivido como un ermitaño, distaba mucho de ser un hombre ingenuo e inocente. Pero el hecho es que la gente del mundo del cine es verdaderamente simpática, si bien su simpatía no siempre es desinteresada. Una de las mayores sorpresas la tuve al toparme con actores y actrices realmente sencillos y encantadores. Los guionistas, los directores y los productores no suelen valorar mucho a actores y actrices. Los actores son considerados como badulaques. Las actrices tienen que ser siempre tratadas con dureza, lo mismo personal que profesionalmente. Se supone que carecen de inteligencia y de sensibilidad.

Pero comprobé, por experiencia, que las cosas eran a menudo a la inversa. Encontré actores y actrices inteligentes, educados, sensibles y tímidos.

Observé que al principio de sus carreras —y después— eran explotados sin disimulo por productores, estudios, agentes, etcétera, etcétera. Para dedicarse a su arte tienen que sufrir las más profundas humillaciones. Después de ver las cosas por las que tienen que pasar en los inicios de su carrera, y teniendo en cuenta los largos años de espera, es fácil excusar sus excesos cuando se convierten en famosos y poderosos.

Desde abril a agosto de 1970 viví entre Nueva York y Los Angeles, trabajé en el guión, jugué al tenis y conocí la vida social de Hollywood. Todo perfecto. Para un escritor, el tiempo que precede a la entrega del guión es una especie de luna de miel. Se ve rodeado de amor.

Me gustaba ver cómo las jóvenes y bellas actrices iban a los despachos de los productores a declamar sus papeles. Todos los estudios tienen grupos de productores que alquilan despachos mientras preparan la producción de una película. Novecientas noventa y nueve de cada mil de estas películas nunca llegan a ser rodadas, pero mientras, los productores ven sus oficinas siempre llenas de gente que va a declamar o ensayar su papel. Allí estudian los guiones y discuten sobre la forma en que debe interpretarse tal o cual escena. Fuera de los estudios hay otras diez mil personas, llenas de esperanzas, que han escrito guiones y llevan tres rollos de película, y que se disponen a rodar su film en plan independiente. También ellos se dedican a entrevistar al millón de jóvenes de ambos sexos que en América se han trasladado a Los Angeles para intentar entrar en el mundo del cine. Todo esto, combinado con el clima y el sol, da a Hollywood un ambiente que a mí, al menos, me pareció interesante.

A veces asistía a la proyección de una película en sesión privada. Pero no me divertía. Mientras duraba la proyección la gente atendía llamadas telefónicas, bromeaba y charlaba. Cuando voy al cine me concentro en la película. Y si no me gusta, me marcho.

Al atardecer bajaba a la oficina de Al Ruddy y tomaba una copa con él y su equipo de producción. Al era un buen conversador, y sus subordinados gente muy agradable. Era uno de los mejores momentos del día. Ruddy estaba trabajando en la producción de *Little Fauss and Big Halsey*, protagonizada por Robert Redford y Michael Pollard, y no se cansaba de hablarnos de lo bien que quedaría y de los muchos «Oscar» que ganaría. Los

que habían visto la parte ya realizada se mostraban de acuerdo. Dije que me gustaría mucho verla, y Ruddy me prometió que a la primera oportunidad haría que asistiese a su proyección parcial.

Cumplió su promesa al día siguiente. El trozo proyectado duró diez minutos, y me gustó. Mi amigo de Nueva York, George Mandel, a quien la revista *Life* encargó que hiciera un reportaje sobre mí, disintió. Expuso sus razones, y como le considero la persona más lista del mundo, le escuché. Pero seguía gustándome lo que había visto. Una de las cosas más duras de la vida es escuchar a la persona más lista del mundo.

Little Fauss and Big Halsey resultó un fiasco. Todo lo que George Mandel había dicho del trozo aquel de diez minutos resultó ser válido para toda la película. Me di cuenta al verla entera, pero sólo el hombre más listo del mundo lo vio en sólo diez minutos.

Por entonces tenía yo verdaderos deseos de ofrecer a la Paramount un guión excelente, un guión que sirviera de base a una gran película. Estaba cambiando. Cada día más, la película me parecía cosa mía. Naturalmente, sabía cuál era mi lugar (el octavo), pero lo había tomado todo con tanto interés que les dije que el primer borrador no me convencía, lo que equivalía a volver a escribirlo gratis. Pero quería que me apreciaran y, al mismo tiempo, demostrarles que la película me interesaba tanto como a ellos. Y es que entonces no sabía que en cuanto les dijera que el primer borrador ya estaba listo, nadie se molestaría en leerlo.

Luego sucedieron dos cosas que me hicieron dejar de molestarles con tales sentimentalismos.

Una noche entré en la oficina de Ruddy cuando éste hablando por teléfono. Mientras hablaba, rehizo un guión que proyectaba producir para otro estudio. Yo miraba, fascinado. Estaba escribiendo mientras hablaba. Siempre he admirado a las personas que saben hacer dos cosas al mismo tiempo. Pero esto era algo especial. Sus últimas palabras ante el auricular fueron: «Tengo el guión a punto».

Con esto que acabo de contar no pretendo enojar a los escritores. Y tampoco deseo presentar una imagen desfavorable de los productores. Pero la conversación telefónica de Al Ruddy sirvió para devolverme la perspectiva.

Los cinco días siguientes los dediqué al tenis, sin preocuparme del guión. No era Mi película.

Pienso que debería explicar por qué no consideré que este incidente fuese enojoso o, cuando menos, peligroso, en lo que a mi carrera de escritor se refiere. A menudo es posible leer que tal o cual estrella ha modificado alguna frase de su papel en un film, que un director «arregla» un guión, o que un productor pule las palabras de una determinada escena. Si uno comprende realmente cómo ocurren tales cosas, no puede tomarlo a mal. Por ejemplo:

Durante la Segunda Guerra Mundial estuve agregado al ejército británico, y en una ocasión nos encontramos con elementos del ejército soviético en una ciudad del norte de Alemania. Todo parecía indicar que aquella división rusa, formada por hombres de alguna remota provincia asiática, desconocía la existencia de las cañerías de conducción de agua. La vista del agua manando de un grifo les fascinaba. Un ruso cuya cabeza estaba cubierta por un gorro de piel arrancó el grifo y lo clavó en uno de los postes de una cerca. Quedó asombrado al comprobar que no salía agua. Había imaginado que el agua estaba almacenada, o algo sí, en el grifo. Desconocía de un modo absoluto el concepto de las cañerías. Es posible que la cosa haga reír, pero considero que aquel ruso no era estúpido, sino sólo inocente.

Cuando un director, una estrella o un productor toman la pluma, pienso que sucede lo mismo. (Hay excepciones, naturalmente). Creen que las palabras salen de la pluma. Y, como en el caso del soldado ruso, no es estupidez. Inocencia, simplemente. Desconocen el arte de la novelística. Por ello, los escritores no tienen por qué tomarlo a mal. Lo único que deben procurar es sacar el máximo de jugo a su relación con el mundillo del cine.

El segundo incidente que me volvió a la realidad tuvo como protagonista a Peter Bart. Había alquilado una casa en Malibu para uno de los meses de verano, y me traje a mi familia. Después de estar holgazaneando durante cuatro meses, ahora estaba trabajando seriamente en el guión. Tenía una mecanógrafa que tecleaba para mí, y estaba concentrado en el guión. Pero había ya terminado el plazo para la entrega de la primera parte. (Si no hubiese tenido la amabilidad de darles, gratis, un primer guión en borrador, todo hubiese ido bien). Pero Bart sabía que yo había estado haraganeando durante varios meses, y comenzó a meterme prisas. Dije que de acuerdo, que a finales

de semana. Pero, naturalmente, llegó el fin de semana y no había terminado el trabajo. Insistió. Yo deseaba, además, rehacer algún trozo que no me satisfacía. Por otra parte, ni Bart ni nadie se mostró excesivamente duro; fueron siempre corteses, siempre amables. Fue entonces cuando me dije: «¿Por qué me preocupo tanto? No es MI película».

Por ello ordené a mi secretaria que mecanografiara lo que ya había escrito. Los trozos que pensaba reescribir los dejé tal cual estaban. Luego me puse el bañador, y por vez primera desde que habitaba en la casa de la hermosa playa de Malibu, me zambullí en el agua. Disfruté de mi baño como nunca.

Reconozco que obré muy mal. En vez de dejarme llevar por el amor propio herido, hubiera debido dejar que esperasen. Me siento culpable. Hubiera debido comportarme como un hombre adulto, no como un niño. Y lo peor de todo fue bañarme en el mar, cosa que nunca me había gustado.

El guión gustó mucho a todos. Naturalmente que, según lo estipulado en el contrato, debía hacer una revisión. Ahora tenían que buscar un director. Esto era en agosto de 1970. En los meses siguientes, mientras ellos se preocupaban de lo del director, me ocurrieron una serie de incidentes. El más interesante fue con Frank Sinatra, considerado como una de las diez personas más famosas del mundo, y hombre al que admiraba desde hacía muchos años. A pesar de ello, nunca había querido que me lo presentaran. Le consideraba un gran artista (como cantante, no como actor) y admiraba la forma en que había sabido hacer frente a las dificultades. Daba gran valor a su sentido de la responsabilidad familiar, especialmente teniendo en cuenta que era un italiano del Norte, que para un italiano meridional resultaba tan extranjero como un inglés.

En *El Padrino*, el cantante llamado Johnny Fontane ha sido considerado por muchos lectores como personaje basado en Frank Sinatra. Antes de que el libro saliera a la venta, los abogados de Sinatra pidieron a mi editor que les permitiera leer el manuscrito. La respuesta fue, aunque cortés, negativa. No obstante, la película era ya otra historia. En las entrevistas iniciales, el equipo jurídico de la Paramount mostró su preocupación en relación con el personaje de Johnny Fontane, hasta que les aseguré que en la película era una figura muy secundaria. Y no les engañé.

En mi libro, el carácter de Fontane estaba reflejado con simpatía, lo mismo para el personaje en sí, que para su estilo de vida. Pensé haber retratado la inocencia de muchas de las figuras del mundo del espectáculo, y su desespero por la corrupción a que les obliga el ambiente que les rodea. Estaba convencido de haber sabido reflejar la inocencia interna del personaje. Pero también me di cuenta de que si Sinatra consideraba que Fontane era él, era posible que no le gustaran ni el libro ni su autor.

Algunas personas deseaban, como es lógico, presentarnos. Una noche, en «Elaine's» de Nueva York, Sinatra estaba en la barra, mientras yo me hallaba en una de las mesas. Elaine me preguntó si tenía algún inconveniente en ser presentado a Sinatra. Contesté que si Sinatra no tenía nada que objetar, yo tampoco. Resultó que Sinatra sí tenía algo que objetar. No volví a pensar en el asunto.

Un año más tarde estaba yo trabajando en el guión, en Hollywood. No acostumbraba a salir por las noches, pero aquella noche estaba invitado a la fiesta de cumpleaños de un amigo de mi productor, en Chasen's. Una fiesta para doce invitados dada por el famoso millonario. Una cena agradable, simplemente. Todo el mundo había sido tan amable conmigo en el curso de los últimos seis meses, que había perdido buena parte de mi natural timidez. Acepté la invitación.

El millonario resultó ser uno de esos ancianos que tratan de aparentar una juventud que no tienen. Llevaba pantalones color rojo y un minúsculo Stetson, además de cinco martinis entre pecho y espalda. El alcohol le daba una afabilidad que no me hacía ninguna gracia. Mientras estábamos bebiendo en el bar, me dijo que Sinatra estaba cenando en una de las mesas y que tenía la seguridad de que me gustaría que me fuese presentado. Dije que no. Uno de los acompañantes del millonario trató de insistir. Volví a decir no. Finalmente, nos sentamos a la mesa, dispuestos a cenar.

Durante el ágape, vimos cómo John Wayne y Frank Sinatra se saludaban en el espacio equidistante entre mesas respectivas. Ambos presentaban mejor aspecto que en la pantalla; parecían veinte años más jóvenes de lo que en realidad eran. E iban elegantemente vestidos, especialmente Sinatra. Era todo un espectáculo. Parecían dos reyes. El marco era, además, adecuado, pues Chasen's es majestuoso.

La comida me devolvió a la realidad. Era miserable. Había comido mejor en muchos tugurios italianos de la ciudad de Nueva York. ¿Éste era el famoso Chasen's? Bien, después de todo, también los elegantes restaurantes franceses de Nueva York me habían decepcionado. Me sentí aliviado cuando, terminada la comida, nos levantamos para marcharnos.

Camino de la salida, el millonario me tomó del brazo y me acompañó hacia una de las mesas. Uno de sus acompañantes me tomó del otro brazo. «Voy a presentarte a Frank», dijo el millonario. «Es un buen amigo mío».

Estábamos ya casi junto a la mesa. Claro está que hubiese podido soltarme y marcharme, pero hubiera constituido un desaire demasiado evidente. Lo más fácil, física y psicológicamente, era dejarse llevar. El millonario me presentó. Sinatra no levantó los ojos del plato.

—Le gustará conocer a mi amigo Mario Puzo —dijo el millonario.

—No lo creo así —contestó Sinatra.

Comprendí de inmediato, pero no así el pobre millonario, que insistió.

—No quiero conocerle —dijo Sinatra.

Mientras, trataba de desasirme del millonario y de su ayudante, para marcharme de allí. Oí cómo el millonario presentaba excusas a Sinatra, no a mí. El millonario parecía, por el tono de su voz, a punto de echarse a llorar. «Lo siento, Frank, créame. No lo sabía, Frank. Perdóneme…».

Pero Sinatra, con su voz suave y profunda, como de terciopelo, consoló de inmediato al aturdido millonario. «No es culpa suya», le dijo el cantante y actor. Procuro siempre, por principio, evitar las discusiones, y los actos y las palabras de los humanos raramente me disgustan, pero no pude evitar el dirigirle a Sinatra con estas palabras: «La idea no fue mía». Y luego ocurrió lo más sorprendente. Sinatra no captó el sentido de mis palabras. Pensó que me estaba excusando por la creación del personaje de Johnny Fontane.

Con voz casi amable, dijo: «¿Quién le dijo que lo pusiera en el libro? ¿Su editor?».

No daba crédito a mis oídos. A mis editores no les permito quitar o añadir una coma a mis libros. Es en lo único que tengo carácter. Finalmente, contesté: «Hablo de lo de ser presentado a usted».

El tiempo se ha encargado de mitigar la humillación de lo que siguió. Sinatra comenzó a gritar que aquello era un abuso. Recuerdo que, a pesar de

su reputación, no empleó palabras groseras. Lo peor que me llamó fue rufián, lo que casi me halagó, pues nunca he conseguido que ninguna mujer trabajase para mí. Recuerdo que aseguró que si no fuese porque yo era mucho más viejo que él, me habría dado una paliza. Cuando él cantaba en la Paramount, yo era un niño, pero debo reconocer que parecía bastante más joven. Lo que me dolió fue que él, un italiano del Norte, se atreviera a amenazar a un italiano del Sur. Era como si Einstein, por ejemplo, hubiese amenazado con un cuchillo a Al Capone. Pero no ocurrió nada. Los italianos del Norte nunca se mezclan con los del Sur, como no sea para hacerlos meter en la cárcel o deportarlos a alguna isla desierta.

Sinatra persistió en sus gritos, mientras yo, delante de él, le miraba. Seguía con la vista fija en el plato. Ni una sola vez levantó los ojos. Al final, cansado de oírle, me dirigí a la salida del restaurante. La humillación debió de reflejarse en mi rostro, porque me gritó: «Sigue adelante, ahórcate». Parecía fuera de sí.

En los periódicos y en la televisión aparecieron diferentes versiones de este incidente. Fue entonces cuando me di cuenta de lo importante que era contar con un buen equipo de relaciones públicas. Sinatra cuenta con un individuo llamado Jim Mahoney, quien debe ser realmente bueno, pues siempre se las arregla para presentar a Sinatra como un héroe. Lo cual me dio qué pensar. ¿Era todo lo que yo había leído de Sinatra una invención de Mahoney?

Debo aclarar que este incidente no es achacable a Sinatra. Él estaba cenando, pensando en sus cosas. La culpa fue mía, en parte. Podía haberme marchado, y ahora me pregunto por qué no lo hice. Pero la humillación me hizo mucho bien. Estaba comenzando a pensar que era importante. Además, desde entonces tengo mi buena excusa para no asistir a fiestas. Antes de lo de Sinatra, siempre me resultaba difícil hallar una excusa para rechazar las invitaciones. Ahora, en cambio, todo lo que tengo que hacer es relatar el incidente. Todos comprenden de inmediato.

Incidentes como el relatado hacen que el sitio en el que el escritor se encuentra más a gusto sea su cuarto de trabajo. Que nadie lo dude, los escritores se convierten en escritores para evitar las frustraciones y las humillaciones del mundo y de la gente. Comencé a reescribir el guión, con

intervalos dedicados al tenis y la lectura. Si estaba destinado a ser un ermitaño, sería un ermitaño de lujo, en el Beverly Hills Hotel.

Me sentía deprimido, además, porque pensaba que Sinatra odiaba mi libro y creía que le había atacado personalmente a través de Johnny Fontane. Pero unas semanas más tarde, cuando Francis Coppola fue nombrado director de la película, también él tuvo un incidente con Sinatra. Una noche se encontraron en un club de Los Angeles, y Sinatra, posando sus manos en los hombros de Coppola, dijo: «Por ti aceptaría interpretar el papel de Padrino, Francis. Por los de la Paramount no lo haría, pero sí por ti».

Esto curó mi depresión, pero la sombra de Sinatra seguía presente en la realización de la película. Algunos cantantes bien conocidos rechazaron el papel de Johnny Fontane, y uno de ellos alegó que veía difícil evitar que, caso de aceptar, terminara en un agujero de un par de metros de largo y en posición horizontal, Al Martino estaba interesado en el papel, pero, no sé por qué, primero fue ofrecido a Vic Damone. Éste aceptó, para rechazarlo poco después. Fue debido, aparentemente a su lealtad con Sinatra y la Liga Ítalo-Americana. Vic Damone admitió, más tarde, que esto fue una excusa inventada por el gran Mahoney. Pero la raíz de su negativa estuvo en que consideró que le ofrecían poco dinero. El papel lo consiguió, finalmente, Al Martino, quien lo interpretó, en mi opinión, de un modo perfecto.

Se cuenta que Sinatra llamó por teléfono a Coppola. Cuando el primero hubo terminado de hablar, Coppola dijo, con seriedad: «No sé nada de esa frase en la que él la llama zorra». Esto se refería a una frase que aparece en el libro, en un pasaje en el que Fontane discute con su segunda esposa. Pero no figuró en ninguna de las versiones del guión, realizadas todas antes de la llamada de Sinatra al director.

Algunos directores famosos rechazaron hacerse cargo de *El Padrino*, porque la obra ofendía su conciencia social. Concretamente, porque «glorificaba a la Mafia y a los criminales». Cuando a Costa-Gavras, el director de *Z*, le fue ofrecida la película, dijo que le gustaría dirigirla, porque representaba un alegato contra el imperialismo americano. Pero no aceptó, debido a que la obra era demasiado americana y temía que, siendo él extranjero, no sabría traducir fielmente su espíritu.

La reacción de Costa-Gavras, clara y noble, me gustó. Y comprendí también a los demás. Mi primera novela fue considerada degenerada y sucia por unos pocos críticos, aunque otros la consideraron una obra de arte. En la actualidad y en lo referente a mis obras, la única opinión que me preocupa es la mía propia. Y como he sido siempre el crítico más severo de mí mismo, raramente han conseguido herir mis sentimientos. Lo que ignoraba era que los estudios tenían previsto gastar el mínimo de dinero en la película, pero que estaban dispuestos a aprovechar el máximo la popularidad del libro.

Finalmente, decidieron empezar. Bart había escrito una crítica del guión, crítica que, debo reconocerlo, estaba llena de buen sentido. Comprobé que sus respuestas a cualquier pregunta solían ser atinadas. El buen sentido no es tan agradable como la simpatía, es cierto, pero sí más útil. La idea de contratar a Francis Coppola como director partió de Bart. Las razones principales fueron que era italiano y joven. Stanley Jaffee, presidente de la Paramount Pictures, Bob Evans y Ruddy estuvieron de acuerdo. La parte cínica que hay en mi mente me hizo sospechar que si escogieron a Coppola, fue porque a sus treinta y tantos años era, en ciertos aspectos, todavía un niño, y porque, además, acababa de dirigir dos películas que fueron un fracaso económico, por lo cual se dejaría controlar con facilidad. Por entonces pensaban invertir en la realización de *El Padrino* entre uno y dos millones de dólares. (El costo real fue de más de seis millones).

Cuando Al Ruddy me dio la noticia todavía no conocía personalmente a Coppola, aunque sí de oídas. Estaba considerado como un guionista de gran destreza, y meses después, en el curso del mismo año, ganó un «Oscar» por su colaboración en el guión de *Patton*. (Él y su colaborador nunca se han encontrado frente a frente).

—Lo que Francis y yo queremos que comprenda —me dijo Ruddy—, es que no existe intención de rehacer su guión. Lo único que quiere Francis es dirigir, y todo el mundo está muy contento con su trabajo.

Inmediatamente me di cuenta de que me había nacido un socio.

No me equivoqué. Coppola rehizo la mitad del guión, y yo, la otra mitad. Luego, el uno corrigió el trabajo del otro. Le sugerí que trabajáramos juntos. Francis me miró con fijeza y dijo que no. Fue entonces cuando supe que era un verdadero director.

Se me hizo simpático. Su nombre figuraría como coautor del guión. Y me complacía que fuera así. De este modo podría culparle de las frases y escenas más flojas. Nunca se mostró dictatorial; nos llevamos muy bien. Finalmente, el guión estuvo completamente terminado.

La diversión terminó. Todo el mundo se puso a trabajar. Actores y actrices, agentes, vicepresidentes y jefes de estudio, el productor, el productor asociado, los compositores de canciones, etc. Entonces terminé de darme cuenta de que no era mi película.

La gran cuestión: ¿Quién interpretaría el papel de Padrino? Recordé lo que Brando me había dicho, por lo que, una tarde, hablé con Francis Coppola. Después de escucharme, dijo que la idea le gustaba. Le advertí que la idea desagradaba a todos. Algunos temían que Brando creara problemas, otros alegaban que no era taquillero. En fin, cada uno tenía sus propias razones para no querer a Brando. Imaginé que este director, con dos fracasos de taquilla, no se atrevería a imponerse.

Francis Coppola es corpulento, jovial y, normalmente, muy flexible. Lo que yo ignoraba era que podía ser muy inflexible en todo lo referente a su trabajo. Sea como fuese, impuso a Brando. Y debo decir que Brando no creó el más mínimo problema. A pesar de su reputación.

Comenzó la distribución de papeles. Gran número de actores acudieron a hablar con Coppola para que éste se acordara de ellos. Estuve presente en algunas de las entrevistas. Coppola se mostraba frío y cortés con todos, pero la situación, personalmente, me resultaba penosa. Salí de la oficina. No podía seguir mirando a aquella gente. Los veía tan vulnerables, tan abiertos, tan deseosos de conseguir el sí, que me daban lástima. Fue entonces cuando me di cuenta de que es preciso perdonar los excesos de todo tipo de los actores y actrices famosos. No digo que uno tenga que aplaudirlos, sino perdonarlos, tan sólo. Pero lo que me hizo dar cuenta de la realidad, en lo que al mundillo cinematográfico se refiere, fue cuando una chica, bonita, pero de aspecto ordinario, entró en la oficina y, después de charlar con todo el mundo, anunció que venía a solicitar un papel. Le pregunté que cuál era el papel al que aspiraba. «El de Appolona», respondió tranquilamente.

Appolona es una chica siciliana, descrita en el libro como muy hermosa. Pregunté a la muchacha por qué deseaba precisamente el papel de Appolona.

«Porque soy igual que ella», contestó. En aquel preciso instante comencé a darme cuenta de que todos los actores y actrices estaban locos.

Una prueba. Me llamó Sue Mengers, de quien no sabía que era una famosa agente. Quería almorzar conmigo. Le pregunté por qué. Me dijo que era representante de Rod Steiger, quien quería intervenir en *El Padrino*. Le dije que no era más que el escritor y que, por lo tanto, no tenía poder decisorio alguno. Añadí que las personas indicadas eran, evidentemente, el productor y el director. Insistió en que era conmigo con quien quería hablar. Contesté que me era imposible cenar con ella, pero que podía decirme por teléfono lo que fuera. Dijo que Rod Steiger deseaba el papel de Michael. Inicié una carcajada. Se enfadó y dijo que no hacía otra cosa que transmitir los deseos de su cliente, Me excusé.

Steiger es un buen actor, pero, vamos, estoy seguro de que le es imposible representar menos de cuarenta años. Y el papel de Michael es para un hombre que no parezca mayor de veinticinco años.

Finalmente, todo el equipo se trasladó a Nueva York. Coppola comenzó a filmar las pruebas. El problema consistía ahora en encontrar al actor que debía encarnar a Michael, el personaje más importante de la película. En un momento dado pareció que iba a ser Jimmy Caan quien se llevaría el gato al agua. Las pruebas que se le hicieron resultaron bien. Pero Caan dio bien para el papel de Sonny, el otro hijo del *Padrino*, y para el de Hagen, también. Hubiera podido interpretar la parte de cualquiera de los tres personajes. De pronto, todo pareció indicar que no conseguiría ninguno.

Robert Duvall fue probado para el papel de Hagen; resultó perfecto. Otro actor dio a la perfección el personaje de Sonny. Todo parecía indicar, en consecuencia, que Jimmy Caan sería Michael, pero nadie estaba convencido del todo. Finalmente sonó el nombre de Al Pacino. Había obtenido un gran triunfo en una obra teatral, en Nueva York, pero nadie le había visto en la pantalla. Coppola se hizo con unas pruebas que Pacino había efectuado para una película italiana. Me gustó su forma de actuar. Entregué a Francis una carta en la que le decía que, por encima de todo, Pacino debía intervenir en la película. Le dije que podía hacer de la carta el uso que quisiera.

Pero surgieron algunos inconvenientes. Pacino no tenía suficiente estatura, y además su aspecto era «excesivamente» italiano. Se suponía que

tenía que representar al americano de la familia. Debía tener un cierto aire aristocrático. Pero Coppola arguyó que un buen actor es siempre un buen actor.

Pacino realizó las pruebas. No conocía el papel. Se inventó las palabras. No comprendía el carácter del personaje. Fue un desastre. Jimmy Caan lo había hecho diez veces mejor. Terminada la escena, me acerqué a Coppola y le dije:

—Devuélvame la carta.

—¿Qué carta?

—La que le entregué diciéndole que quería para Pacino el papel de Michael.

Coppola movió la cabeza.

—Espere un poco. —Luego añadió—: ¡Será irresponsable! Ni siquiera se sabe el papel.

Siguieron haciendo pruebas a Pacino durante todo el día. Ensayaron una y otra vez, sin descanso, hasta casi volverle loco. Las pruebas siguieron durante todo un mes, con Pacino y con todos los demás. Había llegado el momento de pasar todas las filmaciones en la sala de proyecciones del edificio Gulf and Western.

Hasta entonces había estado jugando con la idea de ser un personaje importante en el ambiente cinematográfico. Pero al estar sentado en una sala de proyección de pruebas me hizo abandonar mi sueño, a la vez que sirvió para sentir por vez primera un cierto respeto por los profesionales del cine. Evans, Ruddy, Coppola y otros se pasaban muchas horas cada día con la vista fija en la pantalla. Yo asistí sólo a algunas sesiones, y no me quedaron ganas de seguir.

De todos modos, lo que sucede en las salas de proyección es instructivo. Una de las cosas que más me sorprendieron fue el hecho de que una escena, vista «en directo», parecía perfecta, pero no lo era tanto, en cambio, vista en la pantalla. Había pruebas de las muchachas que habían ensayado el papel de Kay, la chica de Michael. Una de las muchachas no daba bien el papel, pero su personalidad en la pantalla era tremenda. Todos hicieron de ella elogiosos comentarios, y Evans dijo: «Deberíamos hacer algo por ella, pero temo que no lo haremos». La pobre muchacha nunca sabrá lo cerca que estuvo de la

fama y la fortuna. Nadie tenía tiempo para ocuparse de ella. Yo lo tenía, es cierto, pero carecía de poder e influencia.

Algunas de las pruebas eran decepcionantes, como lo eran también algunas escenas. Pero otras eran excepcionalmente buenas. En una de las escenas, Michael hacía la corte a Kay. Francis la había escrito de tal modo, que, en un momento determinado, Michael tenía que besar la mano de Kay. Me opuse resueltamente, y Francis la quitó. Pero en las filmaciones, todos los actores que rodaron la escena aparecieron besando la mano de Kay. Francis comentó, burlonamente: «Yo no les dije que hicieran eso, Mario. ¿Cómo es que todos le besan la mano?».

Sabía que Coppola estaba bromeando, pero me enojé. «Porque son actores, no gángsters», dije.

Mi irritación no era gratuita. Me había dado cuenta de que Coppola, al rehacer el guión, había suavizado los caracteres.

En la pantalla, Pacino seguía sin impresionar a nadie —para el papel de Michael—, excepto a Coppola. Éste seguía defendiéndole. Finalmente, Evans dijo: «Creo que en este punto estás completamente solo, Francis». Me dije que aquel era el «no» más diplomático que había oído en mi vida. Deberíamos seguir buscando al intérprete de Michael.

Se hicieron pruebas con otros actores, pero todas negativas. Se habló incluso de demorar el rodaje. Coppola seguía insistiendo en que Pacino era el hombre adecuado para el papel (no me había devuelto mi carta). Pero la suya parecía ser una causa perdida. Una mañana, en una reunión con Evans y Charles Bludhorn, dije que me parecía que Jimmy Caan era la persona indicada. Bludhorn, jefe de la Gulf and Western, propietario de la Paramount Pictures, pensaba en Charlie Bronson. Nadie le hizo el menor caso. Stanley Jaffee quedó tan decepcionado y cansado al ver en la pantalla las pruebas de tantos desconocidos, que se levantó de su asiento y dijo: «¿Quieren saber mi opinión? Creo que es imposible encontrar una pandilla de inútiles tan completa como la que han conseguido reunir ustedes». Durante varios días había hecho gala de enorme paciencia y calma, pero al final explotó. Todo el mundo comprendió.

Todo esto me desconcertó. Nada de lo que había leído acerca de Hollywood me había preparado para esto. Era una verdadera democracia.

Nadie se imponía a nadie. Estaba comenzando a pensar que la película era tanto mía como de cualquiera de los otros.

Tuve que ausentarme durante una semana. Cuando regresé, Al Pacino había conseguido el papel de Michael y Jimmy Caan, el de Sonny. El muchacho al que primero le habían dado el papel de Sonny no había sido contratado, como tampoco lo había sido Jack Ryan, quien era el que mejor había quedado en las pruebas para el importante papel de Carlo Rizzi. Y eso que le habían asegurado que el papel era suyo. Fueron tan perfectas las pruebas de Ryan, que hice algo que nunca había hecho antes: le busqué para felicitarle. Fue sustituido por un actor llamado Russo, que actuaba en no sé qué espectáculo de Las Vegas. Nunca he podido saber qué sucedió. Sospecho que Coppola y la Paramount actuaron como chalanes, cosa que yo nunca hice, ni siquiera en mis épocas más apuradas.

Si bien el guión estaba ya terminado, seguía figurando en nómina, como consejero, por quinientos dolares semanales. La Liga Ítalo-Americana comenzó a meter ruido. Ruddy me preguntó si tendría inconveniente en discutir las cosas con los de la Liga. Le dije que no aceptaba. Decidió ocuparse él personalmente del asunto. Les prometió que tacharía toda referencia a la Mafia y que el honor italiano quedaría a salvo. La Liga brindó su cooperación en la realización de la película. El *Times* neoyorquino puso la historia en primera página, y al día siguiente publicó, en relación con el asunto, un severo editorial. Fueron muchos los que se consideraron ofendidos. Debo reconocer que Ruddy demostró ser un negociador muy astuto, porque la palabra «Mafia» nunca se había mencionado en el guión.

Por entonces dejé mi puesto de consejero, no por causa alguna en concreto, sino porque estaba ya un poco cansado de todo aquello. Además, últimamente se me utilizaba más como funcionario que como escritor, y eso no me satisfacía en absoluto.

El rodaje de una película es la cosa más aburrida del mundo. Asistí durante dos días a las sesiones, no vi otra cosa que hombres que salían de una casa y se metían en un automóvil, el cual se ponía inmediatamente en marcha. Decidí no volver a pisar el plató. La realización proseguía sin incidentes dignos de mención, y dejé de interesarme en ella. No era mi película…

Seis meses más tarde, la película estaba enlatada, excepción hecha de las secuencias sicilianas, que debían ser rodadas al final.

Volvieron a llamarme. Evans quería saber si las secuencias sicialianas eran realmente necesarias. Juraría que le hubiera gustado que dijese que no. Le dije que sí. Peter Bart me llamó para preguntarme si las secuencias sicilianas eran realmente necesarias. Le dije que sí. Y luego telefoneó Coppola. Estuvo de acuerdo conmigo. Los financieros consideraban que las escenas sicilianas no eran necesarias, porque, de no rodarlas, se ahorraban una buena suma de dinero.

Si las secuencias sicilianas se rodaron fue gracias a Evans, a Bart y a Jaffee. Tuvieron en cuenta el punto de vista del escritor, cuando no tenían obligación de hacerlo, y a pesar de que, seguramente, se les presionaba para que gastaran lo menos posible. Y creo que precisamente las secuencias sicilianas son lo mejor de la película.

Una vez terminadas las escenas sicilianas la película quedaba ya en disposición de ser montada. Imagen, kilómetros de película, a la que el director tiene que dar forma. Es algo así como un trozo de mármol en manos de un escultor. Luego, cuando el director ha terminado, intervienen también el productor y el jefe del estudio.

El montaje de un film se parece, en cierto modo, al trabajo de escribir un libro. Por ello me interesaba realmente estar presente.

Vi dos escenas determinadas de la película; me pidieron mi opinión, y la di. Todo el mundo volvía a mostrarse cortés y deseoso de cooperar. Mi agente cinematográfico, Robby Lantz, dijo que estaba siendo tratado como lo eran siempre en Hollywood los escritores nuevos. Así, pues, ¿por qué me sentía insatisfecho? Simplemente, porque no era mi película. No era el jefe. Pero, entonces, podía decirse que la película no era de nadie. Y es que durante los preparativos y el rodaje nadie había impuesto su criterio sobre el de los demás.

Tengo la impresión de que la película gustará y dará dinero, quizá tanto, que ni siquiera aquellos Einstein de la contabilidad podrán ocultarlo, por lo que se verán obligados a pagarme mi porcentaje. De todos modos, el montaje definitivo no lo he visto, por lo que no puedo asegurar nada.

Había deseado llevar a algunos amigos a ver el montaje de la película, pero Al Ruddy dijo: «No, todavía no». Peter Bart me contestó lo mismo. En cambio, Bob Evans me dijo que sí, si no se necesitaba la película para trabajar en su música y doblaje. Fue el segundo mejor «no» que he oído en mi vida. La realidad es que no deseaban que ningún extraño viera la película antes de tiempo. También es posible que creyeran que me opondría al final que habían dado al film. Yo quería que la escena en la que Kay enciende las velas de la iglesia para salvar el alma de Michael se prolongara otros treinta segundos, pero nadie más pensaba así. Así, pues, decidí que si mis amigos no podían ver la película, tampoco la vería yo. Tonterías, lo reconozco. Y todo porque seguía resistiéndome a aceptar un hecho básico: que no era mi película.

Me hubiera gustado de veras que el guión fuese la mitad de bueno que la interpretación, a pesar de que la mitad es mío.

Es posible que a los críticos no les guste la película, pero lo que sí sé es que no podrán poner peros a la interpretación. Brando lo hace muy bien, y lo mismo puede decirse de Robert Duvall y Richard Castellano. En mi opinión, los tres tienen opción al premio de la Academia. Son realmente buenos. Pero la gran sorpresa fue Al Pacino.

En el papel de Michael, Al Pacino fue la perfecta encarnación del personaje que le había sido encomendado. No podía creerlo. La suya era, a mis ojos, una interpretación perfecta, una obra de arte. Me sentí tan contento, que no tuve inconveniente en reconocer que había estado equivocado. Se lo dije a tantas personas, que Al Ruddy creyó oportuno darme un consejo, un buen consejo, además. «Escuche —dijo—, si no va por ahí pregonándolo, nadie sabrá que estuvo equivocado. ¿Cómo diablos espera ser productor?».

Mientras, aparecían entrevistas e historias en muy diversas publicaciones. Siempre creando problemas. Ruddy concedió una entrevista a un periódico de Nueva Jersey; una de sus partes constituía un descarado ataque contra mi persona. Francis Coppola, en una entrevista publicada en el semanario *New York*, nos dejaba a mi libro y a mí a la altura del betún. Nada de eso me preocupaba lo más mínimo, porque conocía el paño y sabía que los periódicos y revistas traducen a veces las ideas expuestas por los entrevistados de forma que se despierte el interés de los lectores. Lo que les

interesa, concretamente, es vender ejemplares. Son cosas que comprendo. Me hicieron una entrevista por teléfono, y cuando se publicó, daba la impresión de que yo me metía con Ruddy y Coppola, cosa que ni me había pasado por la imaginación. Y cuando se supo que estaba escribiendo el libro que ahora tiene el lector en sus manos, la revista *Variety* publicó que lo hacía movido por rencor contra la Paramount. Lo cual no es cierto. (De veras, no son elogios tipo Mahoney). De todos modos, no leo estos chismes, a menos que me los envíen a casa. Pero todas estas noticias siempre agraviaban a alguien del equipo de la Paramount.

La verdad es que si un novelista va a Hollywood a trabajar en su libro, tiene que aceptar el hecho de que no es su película. Las cosas son así. Y debo admitir que de haber sido el mandamás de la película, ésta hubiese resultado un fiasco. Dirigir una película es un arte o un oficio. La interpretación es un arte o un oficio. Y para ambas cosas se necesita talento y experiencia (siempre hay excepciones).

Y si bien es fácil hacer broma a costa de los jefes de los estudios, es preciso reconocer que aquellos que estudian kilómetros y kilómetros de película, año tras año, algo deben de saber.

Reconozco que una entrevista sí me deprimió. Francis Coppola explicó que si dirigía *El Padrino* era para ganar dinero con el que poder hacer las películas que realmente le interesaban. Lo que me deprimió fue el hecho de que él pudiera hacer esto a la edad de treinta y dos años, mientras que yo contaba cuarenta y cinco cuando me di cuenta de que debía escribir *El Padrino*, para luego poder escribir los libros que verdaderamente deseaba escribir.

Lo pasé bastante bien. No trabajé mucho (el escribir un guión es mucho menos pesado que escribir una novela). Mí salud mejoró, porque pasé muchas horas tomando el sol y jugando al tenis. Fue divertido. Sufrí algunas experiencias desagradables, pero todas son utilizables en una novela y, como tales, deben ser aceptadas e, incluso, saboreadas.

Se ha escrito tanto sobre la falsedad e hipocresía de las gentes de Hollywood, que casi me avergüenza admitir que a mí no me lo parecieron. No más, en todo caso, que los escritores o los hombres de negocios. Son más impulsivos, más abiertos, viven en una tensión más acentuada, eso sí. Pero

me hicieron pasar momentos inolvidables. En cierta ocasión, estaba en casa de Bob Evans viendo la proyección privada de una película. Entre los invitados estaba Julie Andrews. Acababa de sufrir un par de heridas en su amor propio, no sé exactamente por qué, aunque lo cierto es que estaba disgustada. En un momento dado, y mientras transcurría la película, se puso a silbar. Fue divertido y, a la vez, conmovedor.

Recuerdo también que, un día, Edward G. Robinson y Jimmy Durante se unieron en un estrecho abrazo, al encontrarse casualmente en una fiesta. No sé si fue «teatro» o no, pero me pareció que su gesto fue totalmente espontáneo. Son considerados dos ancianos, pero les aseguro que su vitalidad y prestancia eran superiores a las de cualquiera de los allí presentes. Habían sido los ídolos de mi niñez, y Edward G. Robinson aún volvió a deleitarme aquella noche.

Estaba yo hablando con un agente joven y bien parecido, cuando Robinson se unió a la conversación. También a él le causó muy buena impresión el joven agente, y en un momento dado le preguntó que cómo se ganaba la vida. Cuando el joven dijo que era agente, Edward G. Robinson le miró como el jefe de un gang hubiera mirado a un delator. El rostro del actor reflejó sorpresa, disgusto, desdén, incredulidad y, finalmente, resignación, como aceptando que, después de todo, estaba delante de un ser humano. Luego, Robinson levantó su dedo índice y dijo al agente: «Ame a sus clientes. ¿Me oye? Ame a sus clientes».

En mi oficina de la Paramount, mientras escribía el guión de *El Padrino*, ocurrieron una serie de cosas realmente divertidas. A veces me resultaba difícil contener la risa; otras veces, no podía ocultar mi asombro.

Un día, se presentó en mi oficina una muchacha. Era muy bonita y aparentaba unos dieciséis años. Me dijo que se llamaba Mary Puzo y que había venido para ver si éramos parientes. Pensaba que sí, porque su apellido se escribía con una sola Z, lo que es poco frecuente.

Bien, lo cierto es que si bien había llevado durante veinte años una vida de ermitaño, ahora llevaba cuatro meses en Hollywood. La chica ni siquiera tenía aspecto italiano. Se lo dije. Me mostró su licencia de conducir. Sí, se llamaba Mary Puzo. Me agradó tanto la casualidad, que llamé a mi madre, en Nueva York, y le hablé de Mary Puzo. Luego comparamos notas, hablamos

del lugar de procedencia de padres y primos, pero no nos fue posible descubrir relación alguna entre nuestras respectivas familias. Ambos nos sentimos decepcionados, pero la muchacha era tan simpática, que le di un ejemplar de *El Padrino,* con una dedicatoria.

Dos horas más tarde, quedé sorprendido al verla todavía en los estudios. Se dirigía hacia la puerta de salida. Nos paramos a charlar. Me dijo que había ido a que le anotaran el nombre, por si se presentaba la ocasión de actuar ante las cámaras. «Les dije que era su sobrina. ¿Le importa?».

Sonreí y contesté que no, que no me importaba en absoluto.

Tenía sólo dieciséis años, después de todo. Y no sabía que se había equivocado. Hubiera debido decir que era la sobrina de Ruddy, de Coppola, de Brando, de Evans o de Bart. No sabía que no contaba mi influencia.

Otra historia divertida, para mí, al menos: mientras se rodaba la película, Bob Evans dijo en una entrevista para un periódico que no creía en el cine de autor. De hecho, explicó que creía que las películas tenían más éxito cuando su director no tenía muchas cosas que decir.

Al día siguiente, Francis Coppola estaba hecho una furia. En cuanto vio a Evans, le dijo: «Bob: he leído que ya no tienes necesidad de directores». Evans se limitó a dejar que se calmara.

Me pareció gracioso, porque por entonces tampoco yo creía mucho en el cine de autor, a menos que se tratase de Truffaut, Hitchcock, De Sica y algunos más. Tampoco creía demasiado en los jefes de estudio ni en los productores. Estaba convencido de que quien debería tener la última palabra en una película era el escritor. Comprendo que no demostraba mucha imparcialidad.

Una cosa rara. Pauline Kael escribe las mejores críticas cinematográficas de América (a pesar de que no comparte mi entusiasmo por el trabajo de algunas actrices jóvenes y hermosas). Nunca oí mencionar su nombre en el curso de los dos años que estuve en Hollywood. Eso me parece extraordinario. No es que crea que deben adorarla. Sus críticas suelen ser muy duras. Pero es tan aguda y escribe tan bien, que me cae simpática, y no voy a cambiar de opinión ni aún en el supuesto de que «se cargue» la película, que es lo que probablemente hará.

Es cierto que en Hollywood las relaciones personales se basan casi exclusivamente en los ligámenes profesionales. Pero, a pesar de ello, he conocido allí personas muy agradables, y, hasta cierto punto, bondadosas y generosas. En cuanto al egoísmo, lo comprendo, porque para escribir libros, por ejemplo, es preciso ser egoísta.

Firmé un contrato para dos guiones originales, los cuales, cuando esto escribo, han sido ya entregados. Y he dicho a mi agente que no voy a hacer ninguno más, si no se me asegura el absoluto control de la película. En consecuencia, tengo la seguridad de que no volveré a escribir para el cine. Pienso también que en mi trabajo hollywoodense no supe comportarme con la debida profesionalidad.

Tengo preparado el material para mi cuarta novela. La idea de pasar los próximos tres años viviendo como un ermitaño me asusta, pero, a la vez, me hace sentir más feliz. En realidad, me siento como Merlín.

En la historia del rey Arturo, Merlín sabe que la bruja Morgan Le Fay va a encerrarle en una caverna durante mil años. De niño me preguntaba por qué Merlín le permitía hacerlo. Sabía, claro está, que era una bruja, pero ¿no era Merlín un gran mago? Bien, el ser mago no siempre ayuda, y los hechizos son tradicionalmente crueles.

Puede parecer una locura volverse a dedicar a escribir una novela. Degenerado, incluso. Pero a pesar de mis críticas a los editores y a las editoriales, ellos saben que el libro no es suyo, sino del escritor. Y es muy posible que los editores de Nueva York no tengan la simpatía de la gente de Hollywood, pero no le rebajan a uno. El escritor es la estrella, el director, el jefe del estudio. Nunca será MI película, pero siempre será MI novela. Enteramente mía, y sospecho que eso es lo único que realmente cuenta en el hechizo.

COMO EL DELITO MANTIENE A NORTEAMÉRICA SANA, RICA, MAS LIMPIA Y MÁS HERMOSA

Las páginas que siguen las escribí en 1966. Pienso que tienen un cierto interés, porque en ellas se muestra que la idea de *El Padrino* estaba ya entonces germinando en mi cerebro. Siempre me ha molestado que la mayoría de los críticos no sepan ver la ironía que hay en mis libros, y hasta llegué a pensar que la culpa no era de ellos, sino mía. Pero me desagradaba apoyarme en una idea, me desagradaba emplear en las novelas conceptos intelectuales, a pesar de que muchos escritores lo hacen, simplemente como una capa de pintura para ocultar la debilidad de los caracteres y la falta de habilidad narrativa.

Así, en este relato empleé una buena dosis de ironía, ironía que en *El Padrino*, a pesar de existir también, quedaba mucho más disimulada. Tan disfrazada, de hecho que la mayoría de los críticos no supieron descubrirla. Fue por ello, sin duda, que me atacaron por haber glorificado la Mafia. Este relato les demostrará que ya desde el principio estaba yo al lado de los buenos.

El relato, al ver la luz en 1966, fue considerado como excesivamente cínico, a la vez que injurioso para la policía y los jueces. En 1971, la Comisión Knapp, de Nueva York, al investigar sobre la corrupción de las fuerzas del orden, respaldó en buena parte lo que aquí se dice.

«El delito» es beneficioso para América. Ni más ni menos. No se trata de ningún alegato en pro de la justicia social. Mi afirmación no constituye una cínica burla de la codicia humana. Tampoco es un discurso sobre moral; tales discursos han encontrado su lugar y nivel adecuado en los sonidos metálicos del *rock and roll*. No. Lo que sigue es una explicación juiciosa de la fuerza dinámica que hace de nuestro país la sociedad más opulenta de la tierra.

Es preciso aclarar, de inmediato, que naturalmente no todos los delincuentes benefician a la sociedad: los que atacan a las mujeres para robarles el bolso; los atracadores y los secuestradores; los salvajes que cometen violaciones son, por ejemplo, gente de la que el mundo podría muy bien prescindir. No nos interesa, aquí y ahora, considerar que sus padres les abandonaron, que sus madres les pervirtieron, que el sistema social les empujó al delito. Son una minoría y, además, totalmente improductivos. Para tales tipos tenemos enormes prisiones de piedra, totalmente llenas, es cierto. Pero la economía es floreciente, por lo que podemos construir millares de cárceles más. Y la silla eléctrica no es un mueble antiguo e inservible, después de todo. Podemos olvidarnos de estos alborotadores.

Este escrito está relacionado con los delincuentes «productivos», que, como los insectos exterminados mediante el DDT, se descubre más tarde que son necesarios para conservar un misterioso equilibrio en la naturaleza. Es muy posible que el delincuente productivo sea el responsable de los millones de viviendas que brotan por doquier, de los miles de nuevos colegios que abren sus puertas a la juventud inteligente, de los incontables automóviles que vomitan las fábricas de Detroit.

Es el responsable también de la existencia de esos felices constructores de casas, de esos satisfechos educadores y de los dinámicos vendedores de autos, que continuamente se preguntan: «¿De dónde diablos sale el dinero?». No se explican que un funcionario del Servicio Civil, con un sueldo de ciento cincuenta dólares a la semana, pueda pagar doscientos cincuenta dólares mensuales en concepto de plazo para obtener la propiedad de su vivienda; que un contable o un empleado de una gasolinera, con salarios muy bajos, puedan enviar a sus hijos a colegios que cuestan un ojo de la cara; que el dependiente de unos almacenes pueda pagar al contado un Buick nuevo… Voy a ser más concreto:

Todos los días aparecen en los periódicos noticias de que el FBI ha descubierto empleados del gobierno que se dejaban sobornar; de fiscales de distrito que llevan ante el gran jurado a inspectores municipales; de funcionarios que dimiten, para aceptar de inmediato un cargo diplomático en un país remoto. Otras noticias menos importantes hablan del procesamiento de contables, oficinistas, cajeros de bancos, etc. Todos estos individuos son

llamados delincuentes de «cuello duro» y son para nuestra sociedad lo que el abono de la mejor calidad para un huerto agotado.

Hemos de considerar que existen dos millones de empleados del gobierno federal; otros cuatro millones en la administración local y del Estado, además de muchos millones más de funcionarios y empleados mal pagados que forman la base más amplia de nuestra economía.

Contando con sólo su salario, les sería imposible convertirse en propietarios de su vivienda o enviar a sus hijos a la universidad. Si toda esta gente (no hay que olvidar que son millones) aceptara su destino, la economía quedaría estancada. El boom de los años sesenta terminaría mal. Pero, afortunadamente, la mayoría de esta gente lleva la sangre de aquellos viejos pioneros que se atrevieron a buscar su fortuna en un país nuevo. Carece de importancia el hecho de que, ya entonces, también a muchos de ellos la policía les pisara los talones.

Empezando por los empleados del gobierno federal, hay que hacer constar que en su gran mayoría son honrados, trabajadores y pobres de solemnidad. Pero en todas las cestas hay algunas manzanas podridas. Estadísticas más bien conservadoras señalan que el diez por ciento, es decir, irnos a doscientos mil, han aceptado obsequios ilegales. Incluyendo a los empleados de la administración local y de los Estados, el porcentaje se eleva al veinte por ciento, o sea, ochocientos mil, lo que da un total de casi un millón de «delincuentes» sólo en el servicio público.

¿Demasiados? Las estadísticas, naturalmente, no se pueden confirmar; pero todo parece indicar que la cifra no es exagerada. Todo el mundo sabe que muchos policías de tráfico, por unos pocos dólares, hacen la vista gorda. Un padre bastante cínico propuso —en serio— que en las escuelas de enseñanza media se enseñara el siguiente sistema para sobornar a los agentes de tráfico: colocar billetes de un dólar dentro del carnet de conducir. ¿Cuántos policías de tráfico existen en los Estados Unidos? Y no hablemos de *sheriffs* y jueces de paz demasiado ambiciosos. ¿A cuánto asciende la suma de dinero obtenida por estos medios? En la ciudad de Nueva York, donde un alcalde nuevo e inocente, John Lindsay, ha propuesto multas de cincuenta dólares por aparcamiento indebido, está previsto que algunos

policías afortunados entrarán en la categoría de los que pagan el noventa por ciento del impuesto sobre la renta…

¿Es malo esto? Sobornar a los policías de tráfico, ¿no es un delito? Y el aceptar el soborno, ¿no convierte a nuestros policías en delincuentes? De acuerdo. Lo que mucha gente no sabe es que en bastantes de nuestras grandes ciudades hay una lista en todos los cuartelillos de la policía. En esta hoja figura el nombre de cada policía, de capitán para abajo, y al lado de su nombre figura la suma que recibe mensualmente procedente del «soborno honesto» pagado por los delincuentes en ese cuartelillo.

Se entiende por soborno honesto lo que pagan los corredores de apuestas en concepto de protección, el «alquiler» de las prostitutas, la contribución de los comerciantes que quebrantan de continuo las ordenanzas municipales, el «fijo» pagado por los estafadores. (Los artistas del timo nunca operan en un territorio sin antes haber conseguido el oportuno permiso, por anticipado, de los agentes. Si el asunto es lo bastante importante, entonces hay que preparar también al fiscal del distrito y al juez local).

No es mi intención condenar tales prácticas. Todo este dinero es adecuadamente empleado y sirve a la economía americana del modo más constructivo.

Luego están los funcionarios federales. ¿Es muy alta la cifra de los que se dejan sobornar? Entre dichos funcionarios se dice, en broma, naturalmente, que debería ser posible suscribir una póliza de seguros contra denuncias.

Es hora de refutar la calumnia de que los burócratas son estúpidos. Los humoristas sabiondos y los novelistas satíricos se burlan de las montañas de papeles y de las innumerables leyes que vomitan las oficinas del gobierno, así como de las enrevesadas palabras del lenguaje oficial. Pero si todo fuese claro y sencillo, si los asuntos oficiales no fuesen tan difíciles para el profano, ¿quién intentaría sobornar a los funcionarios? Los burócratas tendrían que vivir de su salario, para lo cual necesitarían ser verdaderos genios.

Quien domina a la perfección esta técnica es el abogado especialista en impuestos, el cual, patrióticamente, trabaja por un dólar al año, y que procura, al redactar las leyes, dejar siempre, aunque disimulada, una o varias aberturas. Este mismo experto se pone a trabajar por cuenta de un cliente

rico, y «encuentra» dichas aberturas. Pero estas aberturas o grietas en las leyes fiscales no existen para los que ganan cien dólares a la semana.

Son muchas las cosas que incluso el más insignificante funcionario gubernamental puede hacer para ayudar al público, y, claro, no es de extrañar que el ciudadano desee demostrarle su agradecimiento. (Los agentes del fisco pueden sufrir una ceguera transitoria, los oficinistas pueden extraviar un determinado expediente).

En la industria, tales prácticas son tan corrientes como en los ámbitos oficiales, aunque quizá menos peligrosas. Se da por supuesto que los contables tienen que hacer algo por incrementar sus escasos salarios. Los dependientes de comercio, si no pierden la cabeza, pueden reducir considerablemente su índice del coste de vida particular. Los empleados de las gasolineras pueden retirarse a vivir a Florida a la edad de cuarenta años. Y estas personas cuentan con una ventaja adicional: si son sorprendidos no tienen por qué temer que el FBI caiga sobre ellos. Su patrón, cansado de tanto mostrar telas a la clientela y agotado mentalmente de tanto pensar en cómo pagar menos impuestos, suele mostrarse comprensivo y tolerante. Se limita a despedir al empleado infiel, haciéndole, en todo caso, algún ligero reproche.

Existe una excepción a lo dicho en el párrafo anterior. Una o dos veces al año, en la primera página de los periódicos aparece la noticia de que una oficinista con un sueldo de 85 dólares semanales ha estafado doscientos mil a su empresa. La verdadera historia es que el dueño ha estado echando mano del dinero de la caja; carreras de caballos, abrigos de piel para la amante, inviernos en Miami Beach, etc. Se da cuenta de que su contable le estafa unos pocos dólares, pero no le da mayor importancia. Le da más autoridad. Le dice que firme los cheques. Se olvida de comprobar las letras, las facturas y los cobros. Se lo deja todo a su empleada. Hasta es posible que la presente a algunos jóvenes, holgazanes y atractivos, que necesitan dinero. Luego, en el momento oportuno, generalmente cuando la chica le lleva estafados 967 dólares, el patrón despierta de repente y la denuncia por robo de medio millón de dólares.

Pero ¿cómo ayuda todo esto al fortalecimiento de la economía americana? ¿Por qué es bueno para América? Porque estos policías, funcionarios del gobierno, contables, dependientes, etc., no gastan «su» dinero en vino, en

mujeres ni en fiestas. No fanfarronean ni van de parranda. Son miembros sólidos de la sociedad. El dinero se destina a la adquisición de una casa en los suburbios, donde los hijos puedan crecer sin verse contaminados por el ambiente de los bajos fondos, y pagan las facturas de los colegios, pues todos desean que sus hijos se conviertan el día de mañana en hombres de pro, médicos, ingenieros, economistas…

En Wall Street suben las acciones de la Dow-Jones se crean millares de puestos de trabajo. Esta gente derrama adrenalina en nuestro sistema social. Devuelven los préstamos bancarios, pagando, claro está, al mismo tiempo, los altos intereses que llevan aparejados. No beben ni fornican en exceso, y apoyan nuestra política vietnamita. En resumen, no causan problemas. Lo único que le ocurre a esta gente es que no tienen suficiente dinero.

Es curioso, pero «la delincuencia» beneficia a América no sólo en su cuerpo, sino también en su mente. Supongamos que un hombre se mantiene honrado por encima de todo, por violenta que sea la presión social. Este trabajador acaba de perder su empleo, no tiene ninguna cuenta bancaria, su esposa necesita medicamentos, sus hijos necesitan zapatos. Como sabe que no es muy inteligente, ve muy negro su futuro. Todo le impulsa, en consecuencia, a convertirse en un delincuente. No obstante, la educación recibida y sus principios morales le impiden abandonar el camino recto. La lucha que se desarrolla dentro de su cerebro es, según los psiquiatras, lo que hace que la esquizofrenia sea el mal al que más expuesto está. Afortunadamente para la sociedad, tales casos extremos son relativamente raros. La gente suele saber lo que más le conviene para preservar su salud mental. El caso que sigue es muy instructivo.

Casado, padre de tres hijos, este empleado del gobierno federal ganaba menos de cien dólares a la semana. Su esposa le trataba con el mal disimulado desdén de la mujer que sabe que el amor no lo es todo en el matrimonio.

El hombre hubiera podido resolver parcialmente el problema, si hubiese buscado un empleo para su esposa, pero se daba la circunstancia de que había leído el famoso informe Glueck sobre la delincuencia juvenil, informe que demostraba que cuatro de cada cinco jóvenes con problemas procedían de hogares en los que la madre trabajaba fuera de casa.

Mientras, la personalidad del hombre se iba diluyendo. Rehusaba contar cuentos a sus hijos pequeños, discutía continuamente con su superior, hasta el punto de llegar a veces a las manos, y se estaba convirtiendo en un enfermo mental y en un resentido contra una sociedad que no había cumplido sus obligaciones con él.

Luego, por un golpe de suerte, fue trasladado a otro departamento. Su trabajo consistía en dar curso administrativo a contratos gubernamentales que le eran entregados por pequeños comerciantes e industriales. Le sorprendió y emocionó el hecho de darse cuenta de que aquellos hombres, tan materialistas en apariencia, le trataran amistosamente y con respeto. Un confeccionista le mandó para sus hijos una caja llena de prendas de vestir, en ocasión de las fiestas de Navidad. Sin mala intención, sólo por gratitud, nuestro hombre puso el contrato del confeccionista delante de todos los demás.

No tardó en tener bien montado una especie de negocio. Por cincuenta dólares tramitaba los contratos al día. Esto eliminaba una espera de tres meses. Sus clientes consideraban que aquello era una verdadera ganga.

Al cabo de cinco años, el hombre y su familia podían considerarse ya dentro de la clase media alta. Ayudó a la economía americana: se compró una casa y un Buick nuevo. Llevaba a su esposa a una sala de fiestas de Nueva York la víspera del Año Nuevo, y visitaba con sus hijos la Feria Mundial dos veces al mes. Más adelante llevaría a sus hijos a la universidad, con lo que contribuiría a hacer de ellos hombres de provecho para el país.

Pero lo más importante era el cambio que se había operado en su personalidad. Se convirtió en un hombre simpatiquísimo, amistoso, abierto, deferente con todo el mundo. En fin, lo natural cuando un hombre es respetado y valorado justamente. Además, se veía obligado a trabajar sin descanso, pues si no despachaba los contratos, no había dinero extra. Su actividad le valió el aprecio de sus superiores, quienes llegaron, incluso, a felicitarle por escrito. Es uno de tantos miles.

Pero, bueno, ¿es que no es algo despreciable el dejarse sobornar? Si uno es listo, no tiene necesidad de caer tan bajo. Porque, vamos a ver, ¿no hay quienes hacen lo mismo, a fin de cuentas, pero con el asesoramiento de un experto? Entonces la cosa no sale de la legalidad. Los almirantes y los generales retirados, todos ellos héroes de guerra, ¿qué hacen exactamente

para ganar los cien mil dólares anuales que cobran de grandes empresas industriales?

Y luego, además, están las legislaturas de nuestros cincuenta Estados soberanos. Un personaje de la obra *El gran McGinty*, dice: «Si no se dejó sobornar, no hará gran cosa en política». Cuando el comedido Thoreau oyó que se había reunido la legislatura de Massachusetts, dijo a un amigo: «Tengo que ir rápidamente a la ciudad a comprar un candado para mi puerta trasera»…

Hay que convenir que no todo el mundo cree que la mayor parte de los políticos de los Estados son tan aviesos como una serpiente con diarrea. Es evidente que no todos son deshonestos; puede tratarse simplemente del caso de las pocas manzanas podridas. Pero es del dominio común que si uno desea el permiso para explotar una mina, para abrir una tienda de licores o para crear una sociedad de inversiones, es buena política reservar algo para los más poderosos guardianes del interés público del Estado.

Otras formas «torcidas» de conducta son más difíciles de justificar. ¿Qué hay de los corredores de apuestas, de los usureros, de los inhumanos traficantes de drogas? La verdad es que los corredores de apuestas y los usureros llevan una vida terriblemente dura. Tienen que trabajar durante muchas horas y están sujetos a una tremenda ansiedad. Son tan solicitados como los médicos. Y ellos, también, sueñan el «sueño americano». Trabajan para comprar casas, para enviar a sus hijos a la universidad, y dado que suelen ser más románticos y sentimentales que los demás hombres de negocios, quieren, además, poder comprar alguna joya valiosa para sus esposas.

En *Manchild in the Promised Land*, la brillante autobiografía de Claude Brown, se encuentra una justificación hasta para el despreciado traficante de drogas. Brown explica que, según su experiencia, el drogadicto que lucha contra el hábito y acepta el mísero empleo que se suele ofrecer a los negros, vuelve al vicio, arrastrando, simultáneamente, a todos los miembros de su familia. Pero los que trafican con drogas, los que son vendedores en lugar de consumidores, se convierten en ciudadanos respetables, habitan en una casa con jardín y gozan de todos los beneficios propios de la clase media.

Incluso nuestras grandes sociedades han luchado, a su manera, para ayudar al sueño americano. El setenta por ciento de las grandes empresas estadounidenses están fuera de la ley, y sus ejecutivos son considerados culpables de intento de violación de la Ley Sherman, una ley antitrust. En el caso concreto de una estafa de trescientos millones de dólares, algunos de tales ejecutivos estuvieron encarcelados durante dos meses. Uno de ellos dijo a un compañero de cárcel que él, al menos, no había disparado contra persona alguna. Su interlocutor, un negro que cumplía una condena de diez años por robo a mano armada, le replicó: «Bueno, es que yo nunca he tenido la oportunidad de quebrantar la Ley Sherman».

Sí, debido a todo esto, centenares de miles, por no decir millones, de familias americanas han podido alejarse del semillero de delincuencia constituido por los barrios bajos de las grandes ciudades. Centenares de miles de jóvenes serán sabios atómicos, abogados, investigadores médicos, etc., en vez de chupatintas y descargadores de muelles.

La historia confirma también nuestra tesis. La prohibición convirtió a toda una generación de campesinos italianos en contrabandistas de la clase media. ¿Quién es hoy más observante de la ley? ¿En qué gran equipo de pelota base no figura algún apellido italiano? ¿En qué campo profesional no han destacado? Pero éste es quizás un ejemplo poco demostrativo. Veamos el asunto desde una perspectiva más amplia.

En 1939, América estaba en plena depresión. No había trabajo, la gente vivía mal, eran pocos los que poseían casa y automóvil propios. Luego estalló la Segunda Guerra Mundial. Murieron veinte, treinta, cuarenta millones de personas. Fue convertido en polvo el material suficiente como para construir una casa para cada familia americana. Con las horas de trabajo que se perdieron hubiera sido posible construir tales casas y muchas más. Pero, sin embargo, debido a dicha guerra, con sus pérdidas de todo orden, disfrutamos de una prosperidad nunca igualada.

Vuelvo a hacer hincapié en que no pretendo dar lecciones de moral. Intento, únicamente, buscar el por qué de ciertas cosas. Si la «delincuencia» es buena para América, ¿qué ocurre?

¿Cómo podemos adaptarnos a una sociedad que permite a los fabricantes de cigarrillos introducir el cáncer en la garganta de cien millones de

americanos?

¿Cómo podemos adaptarnos a una sociedad que posee los medios para fabricar máquinas purificadoras de la sangre que salvarían la vida de millares de enfermos del riñón, pero prefiere gastar su dinero en nuevos bombarderos?

¿Cómo podemos adaptarnos a una sociedad en la que los industriales venden píldoras deformantes, y luego, para proteger su inversión, hacen lo imposible por evitar la intervención del gobierno?

¿Cómo podemos adaptarnos a una sociedad que recluta hombres para hacer la guerra, y permite, al mismo tiempo, que sus hombres de negocios se beneficien del derramamiento de sangre?

¿Cómo podemos adaptarnos a una sociedad cuyo jefe supremo admite haber mentido a sus compatriotas, y al mundo entero, en una acción que pudo haber provocado una guerra atómica?

Estas páginas no son una denuncia, no son un tratado de moral. Tales «delitos» son inevitables. Pero, a medida que la sociedad se va haciendo más «criminal», el ciudadano bien adaptado, por definición, debe hacerse más «criminal» también. Y ahora vamos a dar el paso final.

¿No es deber de todo americano el vivir tan egoísta y deshonestamente como le sea posible? ¿Qué otra cosa puede hacer para que las ruedas de la industria no se detengan? El hombre de negocios perverso y malintencionado, que lucha por los beneficios con la misma ferocidad que emplea un tiburón para capturar a un hombre caído al mar, ¿ha estado haciendo siempre lo más conveniente? ¿Puede ser cierto que lo que es bueno para la General Motors es bueno para América? ¿Es que la carretera que conduce a la vida feliz está pavimentada con mentiras, robos y estafas? En nuestra sociedad, la respuesta debe ser afirmativa. Y es por ello que «el delito» es bueno para América.

Para los discrepantes existe sólo una alternativa. La de que la sociedad, embozada en los ropajes de la ley, enmascarada por la religión, armada con una autoridad nacida en los comienzos de la historia, es, por sí misma, la gran criminal de la humanidad.

ESCRITORES, TALENTO, DINERO Y CLASE: UNA ENTREVISTA IRREVERENTE

Ésta fue la primera reseña literaria que escribí, y pienso que Byron Dobell, él director de Book World*, es el único que podía publicarla. Tengo la seguridad, además, que nadie que no fuese él se hubiera atrevido a ponerla en primera página. Entonces no era yo más que un escritor sin éxito al que encomendaron unos comentarios acerca de una serie de escritores famosos. No creo que pusiera en dichos comentarios excesiva malicia.*

En lugar de escribir el comentario que le había sido solicitado, Mario Puzo invitó a los redactores de la *Paris Review* a hacerle una entrevista, cual hubieran hecho con un autor famoso. No obstante, es preciso aclarar que el señor Puzo es el único responsable de lo que sigue:

ENTREVISTADOR: ¿Le gustó el libro? ¿Considera que se trata de un buen trabajo?

PUZO: Un trabajo maravilloso. Y la idea en si me gusta, porque es respetuosa con el escritor, ya que le deja expresarse a sus anchas. Porque lo normal es que nadie le escuche. Y sus entrevistadores se mantienen en un discreto segundo término. Saben cuál es su lugar. Saben que no son importantes.

ENTREVISTADOR: Gracias.

PUZO: Y nunca tratan de hacer caer en una trampa al escritor, ni de humillarle. Tengo la sensación de que *Paris Review* es únicamente para el escritor. No obstante, considero que esta tercera serie no es tan

interesante como las dos primeras. Pero me gustaría ver las tres series reunidas en un volumen. Sería el regalo perfecto para quienquiera que esté interesado en la literatura, una obra que no podría faltar en la biblioteca de todo escritor.

ENTREVISTADOR: No me parece que tenga usted una biblioteca…

PUZO: Tampoco la tiene Nelson Algren. Eso prueba que ambos somos escritores honestos. ¡No, no lo ponga, es una broma! Soy muy sensible en cosas de dinero. ¿Cómo es que nunca preguntan a los escritores cosas relacionadas con el dinero? Quieren saber si escriben a máquina o si utilizan pluma, el número de páginas que escriben cada día, les hacen preguntas de tipo sexual… ¿Cómo es que nunca les preguntan cuánto cobran en concepto de derechos por la edición de sus obras?

ENTREVISTADOR: Creemos que nuestros lectores no están interesados en este tipo de información.

PUZO: Eso es debido a que ustedes ya tienen dinero. Tengo entendido que los redactores de la *Paris Review* son todos bastante ricos. No, no se enoje. Creo en el dinero y en quienes lo poseen. Pueden permitirse el lujo de ser honestos y veraces, y pueden, asimismo, ver las cosas tal como son.

ENTREVISTADOR: Cobramos sesenta dólares semanales.

PUZO: ¿Sadruddin Aga Khan sólo paga sesenta dólares semanales? Le ruego que me disculpe. Oiga, merecen más, aunque sólo fuera por la forma en que manejaron a Saul Bellow en la entrevista que le hicieron. Me gustó. Aparece como un hombre pretencioso, aunque sin malicia. ¿Puede ser que el autor de *Seize the Day* sea pretencioso?

ENTREVISTADOR: Lo dice usted, no nosotros.

PUZO: Pero es interesante. Todas las entrevistas lo son.

ENTREVISTADOR: En el libro hay catorce entrevistas. ¿Le importaría decirme cuál le gustó más?

PUZO: Haré algo mejor. Las clasificaré por números. En esta hoja de papel están los nombres de los catorce. El número que pondré delante de cada nombre servirá para señalar un orden de preferencia referido a las entrevistas en sí mismas. El número que pondré detrás de los nombres indicará la importancia que concedo a la obra de cada uno de ellos. ¿De acuerdo?

ENTREVISTADOR: Si así lo quiere…

PUZO: Quiero decir una cosa, primero. El mezclar a los novelistas con los autores teatrales es una especie de bestialidad intelectual. En la actualidad escribir obras de teatro no es literatura. El mejor dramaturgo no tiene ni la cuarta parte de capacidad artística que un novelista de tercera categoría.

ENTREVISTADOR: Los poetas dicen lo mismo de los novelistas.

PUZO: Como no entiendo de poesía, al diablo con los poetas.

ENTREVISTADOR: Está usted bromeando.

PUZO: Volvamos a las clasificaciones, pues pienso que voy a disfrutar con ellas. Antes, sin embargo, quiero hacer constar que he escrito novelas mejores que algunos de los autores que aparecen en el libro, y ustedes, en cambio, nunca han venido a solicitarme ninguna entrevista. Lo único que me han pedido es que firmara un manifiesto contra la guerra del Vietnam, pero nada más.

ENTREVISTADOR: No es usted lo bastante conocido, todavía. Francamente, nunca habíamos oído hablar de usted.

PUZO: Muy bien. No se preocupe. Aquí está la hoja de papel. Recuerde. El primer número es la clasificación que doy a la entrevista de *Paris Review*, el segundo, lo que opino de la obra del autor. Vamos allá.

1. … **LODIS-FERDINAND CÉLINE**. 1 (Fácil)
2. … **LILLIAN HELLMAN** 11

(Una mujer muy femenina, a pesar de su mente vigorosa. Lástima que se convirtiera en comediógrafa).

3. **ALLEN GINSBERG** Sin clasificar (poeta). Entiéndame.
   Lo encuentro agradable, a pesar de su mala idea. Especialmente cuando hace la apología de los vagabundos.
4. … **SAUL BELLOW**… 4
   (Está convencido de ser endiabladamente listo, y, a su modo, ha sido fiel al arte).
5. … **BLAISE CENDRARS**…
   (Impresionante).
6. … **JAMES JONES**… 7 (Regular)
7. … **EVELYN WAUGH**… 3
   (Inglés presumido, pero su obra está ahí).
8. … **HAROLD PINTER**… 8 (Inglés modesto)
9. … **JEAN COCTEAU**… 10
   (Lo que dice suena muy bien… la primera vez).
10. … **ARTHUR MILLER**… 9 (Dramaturgo)
11. … **WILLIAM BURROUGHS**… 11 (Es serio, pero parece que bromee)
12. … **NORMAN MAILER**… 9 (Parece que bromee, pero es serio)
13. … **EDWARD ALBEE**… 13 (¿Está bromeando?)
14. … **WILLIAM CARLOS WILLIAMS** Sin clasificar (poeta). Es culpa de *Paris Review*. Es mejor de lo que se deduce de la entrevista.

ENTREVISTADOR: Los números de la derecha no concuerdan; hay algunos que están duplicados

PUZO: Bueno, ordénelos a su gusto. De ese Cendrars no había oído hablar en mi vida. Le di el 5 porque habló muy bien. Me refiero a lo que dijo de

los manuscritos guardados en los sótanos de un banco sudamericano, y a lo de los poemas que no vendería ni por veinte mil dólares, ¡Y Ginsberg! Nunca hubiera pensado que diera de sí mismo esa imagen.

ENTREVISTADOR: En la clasificación de la derecha da el número 9 a Arthur Miller y a Norman Mailer.

PUZO: Ponga a Mailer un 9 y a Miller, vamos a ver, un 12. Un novelista merece siempre mejor clasificación que un dramaturgo. No. Ponga a Mailer el 8 que le había dado a Pinter.

ENTREVISTADOR: ¿Conoce usted la obra de Pinter?

PUZO: No.

ENTREVISTADOR: Esta clasificación no es honesta.

PUZO: Es deshonesta sólo la parte de la derecha.

ENTREVISTADOR: ¿Conoce la obra de Mailer?

PUZO: Conozco muy bien esa obra. Es un reventador. Antes era un escritor honesto, pero los editores le malearon cuando trató de venderles, como un buhonero, su obra *Deer Park*. Ahora es un petardista, y sus dos últimas novelas son dos crímenes cometidos a sangre fría y a la vista del público. Y eso es lo de menos. Lo que no puede admitirse es que, para cubrirse, ataque a escritores como Faulkner, Styron y Jones. Lo que debería hacer es tomar sus bártulos y marcharse con viento fresco. Ningún novelista se lo reprocharía. Incluso sus amigos se sienten embarazados cuando se dedica a lanzar ataques personales contra Faulkner. Para decirlo en pocas palabras: la carrera de Faulkner es el sueño de todo escritor; la de Mailer, la pesadilla.

ENTREVISTADOR: Es la primera cosa interesante que ha dicho. Parece poco elegante que haya estado bromeando acerca de nuestro libro, el cual es, después de todo, una presentación seria de las opiniones de autores importantes dentro de la cultura mundial. Creo que todos, ellos y nosotros, merecemos mejor trato.

PUZO: Lo siento. Yo tomo su obra seriamente. Pero ¿quién puede tomar en serio a un artista, cuando éste se quita su disfraz? Déjeme decirle una cosa. La entrevista con Dorothy Parker, en el volumen primero, me hizo llorar. Algunas otras del mismo volumen me hicieron creer que lo mejor que puede hacer un ser humano es crear una obra de arte. Pero no creo que sea posible crear muchas obras de arte cuando el autor tiene que batallar con los editores. Oiga, ¿cómo se las arreglan para conseguir que sus entrevistados sean tan sinceros?

ENTREVISTADOR: Porque saben que les respetamos. Si a una persona no la respetamos como artista, no la entrevistamos.

PUZO: Es lo que parece. Muy bien.

ENTREVISTADOR: ¿Le gustaría decir algo del prólogo de Alfred Kazin para esta colección?

PUZO: Me gusta. Dice exactamente lo que quiere decir. Pero desengañémonos, ningún escritor le va a hacer ascos a un prólogo de Kazin.

ENTREVISTADOR: Para terminar, ¿nos puede dar su opinión acerca de *Paris Review* y de George Plimpton, su director?

PUZO: ¿Dónde está Plimpton? ¿Por qué no está presente en esta entrevista?

ENTREVISTADOR: El señor Plimpton está en Sicilia, con un equipo profesional de boccie, para recoger material para su nuevo libro. De incógnito.

PUZO: ¡De incógnito!

ENTREVISTADOR: Sí.

PUZO: Muy bien, vamos con *Paris Review*. Compran historias, pero las pagan a la publicación, en lugar de hacerlo al aceptarlas. Procediendo así, creo que no pueden decir que respetan a los escritores. Y el Aga Khan debería pagarles a ustedes más de sesenta dólares a la semana. Oiga, ¿puedo darle un consejo sobre cómo mejorar su próxima colección?

ENTREVISTADOR: Si lo desea…

PUZO: La próxima vez pregunte a los entrevistados cuánto dinero ganaron con sus *best-sellers*. ¿Consiguió James Jones un millón de dólares al firmar por Dial? ¿Cuánto pagaron a Saul Bellow por su *Herzog*? ¿Puede Norman Mailer obtener un anticipo de cien mil dólares con sólo descolgar el teléfono? Eso es lo que realmente me interesa saber. No me importa saber si escriben de corrido, sin abreviaturas, o si utilizan la máquina de escribir, ni tampoco me preocupa mucho enterarme de a qué edad comenzaron. Pregunte a Truman Capote lo que gana. Se lo dirá.

ENTREVISTADOR: Está usted bromeando.

PUZO: Y escúcheme. No quiero que se ofenda, pero le aconsejo que no sea tan fino. Entreviste una sola vez a un tipo como Harold Robbins. Entonces sí se venderán bien sus colecciones. Y no se olvide de preguntarle lo que gana. Me han dicho que llega al millón anual.

ENTREVISTADOR: Se está usted burlando de nosotros.

PUZO: Le juro que no. Se lo juro por la salud de mi editor. Hablo muy en serio. Robbins gana un millón anual.

ENTREVISTADOR: A nuestros lectores no les interesan esas cosas.

PUZO: Eso es lo que usted cree. Ustedes, muchachos, son jóvenes y no saben nada de los asuntos de dinero. Pero el Aga Khan sí los conoce bien. Sabe lo bastante, de hecho, como para no pagar a los escritores a la aceptación de su obra. Háblele de lo que le he dicho, y mientras lo hace, pídale un aumento. No sean tan altruistas. Nadie, en la actualidad, puede vivir con un sueldo de sesenta dólares. Ni siquiera los escritores.

UN GRAN PERSONAJE LITERARIO TIRA CONTRA SI MISMO Y FALLA

De joven, lo que más me irritaba de determinados críticos era su condescendencia. Por ello, cuando leí el libro de Podhoretz, libro que encontré sumamente deficiente, elevé los ojos al cielo y, por vez primera en mi vida, tuve un pensamiento religioso. Eso fue lo que pensé: «El Señor lo ha puesto en mis manos».

Del mismo modo que los gladiadores romanos soñaban con ver a Nerón luchando en la arena, los novelistas están deseosos de que los críticos publiquen una obra de ciertas pretensiones artísticas. Y por la misma razón. Para verle destrozado.

Una tal actitud es, naturalmente, completamente indefendible, mezquina y antiliteraria. Pero es también una actitud muy humana. Y así, la obra *Making It* de Norman Podhoretz, un libro de memorias, será indudablemente saludada con los mismos gritos de alegría con que fue recibido Luis XVI al llegar delante de la guillotina; y es difícil, en este caso, resistir la tentación de unirse al griterío. Pues Norman Podhoretz es no sólo uno de los James Bond literarios con licencia para matar, sino también un intelectual federalizado, que recibe invitaciones de la Casa Blanca… y las acepta. Más aún. Danzó en el famoso baile de máscaras dado por Truman Capote, es el poderoso director de la revista *Commentary*, y, probablemente, en un mal momento, hizo la infame sugerencia de que el artículo periodístico podía parangonarse, desde el punto de vista artístico, con la novela.

Como quiero jugar limpio, me apresuro a hacer constar que no considero malo el hecho de que sea un crítico muy duro; es su trabajo. Y como dice el mismo Podhoretz, demuestra con ello su respeto por la literatura. (Además,

no siempre es tan severo. Sólo hace falta leer, para darse cuenta de ello, lo que dice de Baldwin y Mailer).

En lo referente a su asistencia a las fiestas de la Casa Blanca y al baile de Capote, debo decir, en su descargo, que pienso que ninguna esposa permitiría a su marido rechazar tales invitaciones.

En cualquier caso, en lo que sigue prometo no olvidarme de las palabras de un gran hombre: «Ataco el baile, no al bailarín». No quiero unirme a la masa, siempre sedienta de sangre, y es por ello que he leído el libro con la frialdad de un Salomón.

Making It es una autobiografía literario-intelectual, la cual nos dice muy poco de la vida emocional del autor. Nos cuenta algunas cosas de su persona. Nació de una familia pobre y se crió en la parte más mísera de Brooklyn. Cuando cursaba los estudios de enseñanza media, una maestra, que se dio cuenta de su inteligencia, le protegió. Guiado por ella, Podhoretz consiguió innumerables premios y diplomas, fue a la universidad de Columbia y tuvo la suerte de ser alumno del gran Lionel Trilling; estuvo luego en el Clare College, de Cambridge, donde tuvo como profesor a otro gran crítico, F. R. Leavis. Al regresar a América trabajó con Elliot Cohen, el gran director de *Commentary*.

Así, vemos a Podhoretz, a sus veinte y pocos años, haciendo crítica literaria para *The New Yorker* y *Partisan Review*. Antes de cumplir los treinta años se convierte en redactor jefe de *Commentary*. Dedica un capítulo a su estancia en el ejército, a la época —corta— en que trabajó como colaborador en varias publicaciones y a una desagradable lucha por el poder que sostuvo con uno de los jefes de la revista *Commentary*, jefe cuyo nombre no nos dice.

Y eso es todo. El resto de las páginas están dedicadas a contarnos su descubrimiento de lo importante que es la fama, de lo importante que es el dinero, y de cómo la enseñanza que se da en los colegios norteamericanos hace que los alumnos no se fijen en estas cosas, tan importantes todas. En su libro no hay anécdotas picantes ni nada que capte el interés del lector. Y es que el autor está por encima de lo que él mismo llama «sucios chismes». Se queja de que nadie le dijo cuán valiosos eran el éxito, el dinero, la fama y el poder, sin darse cuenta de que nadie se lo explicó por la misma razón que

nadie le explicó el por qué los hombres bailan con las mujeres. Todo el mundo lo sabe. ¿Es que hay algo que explicar?

Con la misma ingenuidad, Podhoretz se queja de su cuaderno de notas, que le privó durante varios años de hacer crítica literaria. No es necesario decir cuál será la reacción de los escritores: una mezcla de asombro e incredulidad.

Hay hombres que, decididos a decir siempre la verdad, hablan con la más escrupulosa honestidad incluso de las cosas menos importantes. Son insufribles. De este modo, Podhoretz hace un retrato muy poco generoso de una profesora que se convirtió en mentor suyo. Hablando de una mujer a la que amó mucho años después, la llama «zafia», sin saber que hubiera sido más amable tacharla de desaliñada, viciosa o harpía. Luego acusa a sus viejos amigos de la universidad de Columbia de envidiar su éxito, y ello hasta un extremo tal, que los celos se los comían cuando *The New Yorker* le encargó sus primeros trabajos. Señala que cuando un hombre desarrolla en su mente el sentido del gusto, ello puede convertir en extraños a los hermanos, a la esposa y a los padres. Cierto, desgraciadamente. Pero es algo que todo el mundo sabe, y Podhoretz no aporta nada nuevo a la idea. Y es raro que no se dé cuenta de que la dulzura de carácter y cualidades tales como la lealtad y la honestidad pueden hacer, por sí solas, que una persona sea digna de aprecio y respeto.

Dejémonos de cursilerías, sin embargo, y hablemos de la escritura. Podhoretz es, en sus ensayos literarios, un buen escritor, porque es un buen crítico. (Fue uno de los pocos que «crucificaron» la obra *Augie March*). Y en *Making It* hay algo de esa misma buena prosa. Pero es desigual. Es oscuro cuando emplea la expresión «No salí completamente limpio». Uno sale limpio o no sale limpio. Únicamente no se sale del todo limpio si uno sale de la ducha sin haberse enjabonado todo el cuerpo.

Y luego (al escribir acerca de *Partisan Review* y *Commentary*) hace la siguiente afirmación: «Cada revista representaba la quintaesencia de una clase diferente de sofisticación». Todavía me acuerdo de lo que sentí cuando una vez, de joven, después de leer una página de *Partisan Review*, tuve que admitir que no había comprendido una sola palabra, como si aquello estuviese escrito en chino. Como ahora no soy ya un niño, comprendo el

significado de la frase de Podhoretz. Pero encuentro que es una forma de escribir algo repugnante.

Admito que si uno quiere destrozar a un escritor, el que sea, la cosa no le resulta difícil; basta tomar una frase de una página, una palabra de otra. Pero lo cierto es que la prosa de este libro de Podhoretz no tiene la fuerza de sus ensayos. Las frases son frías, en unos casos, mientras que hay párrafos exageradamente sentimentales.

Lo peor del libro es el final, cuando, para asegurarse de que el lector no va a subvalorarlo, nos dice cuán importante es.

> *Durante varios años estuve acariciando la idea de escribir un libro acerca de Mailer en el que enfocaría el problema del éxito, pero al final decidí que si un día me atrevía a escribirlo tendría que hacerlo sin ocultarme detrás de él ni de nadie. Dicho libro, pensaba, debería escribirlo en primera persona y tendría que constituir en sí mismo un ejemplo de distinción literaria, al estilo Mailer, cosa muy necesaria al hablar de temas tales como la fama y el dinero. De otro modo sería muy difícil que el libro dejara de ser otra cosa que una relación de sucios chismes. El escribir un libro así resultaría muy peligroso, pero algún día, me decía, trataría de hacerlo.*
>
> *Acabo de hacerlo.*

Ese «acabo de hacerlo» es terrible. No lo es sólo por la expresión en sí —el tímido desafío de su solitario emplazamiento—, sino por su significado. Parece como si el autor exigiera que su libro sea tratado como una obra importante. En su libro nada hay que sea mínimamente peligroso. Sobre la fama, Podhoretz no dice gran cosa. (A quien más favorece en este sentido es, aunque sólo sea de pasada, a Mailer). Aunque habla de figuras legendarias tales como Mary McCarthy, Philip Rahv, Lionel Trilling, Mailer y otros, nada nos cuenta que sea digno de recordar, que se quede grabado en la mente. En ninguna ocasión nos presenta una imagen de la vida de sus héroes, y

tampoco nos explica qué interés pueden tener para alguien que no sea el propio Podhoretz.

Podhoretz quiere que el lector esté pendiente de él, de su mente, de las cosas que tiene que decir. Y no engaña a nadie. No nos da de sí mismo una imagen buena ni —lo que hubiera demostrado astucia— interesantemente mala. Quizás, inconscientemente, se ha mostrado, con su propia persona, más duro de lo que puede considerarse como normal. Sin apenas pincelada alguna de calor humano, ha hecho el retrato de alguien, no de sí mismo, con toda seguridad, pues él es un intelectual nebbish. Y después de escribir un libro que no es comercial, peligroso ni ambicioso, pero que es, de hecho, de un buen gusto excesivo para el nivel medio de nuestros días, se descuelga con ese último párrafo, que le convierte en reo de un crimen que hasta llegar ese último párrafo, precisamente, no había cometido.

Vamos a dedicarle los elogios que no se dedica a sí mismo. Es un hombre enamorado de la literatura, y leer sus feroces críticas (cuando está en forma) es disfrutar del trabajo de un maestro. Al criticar novelas contemporáneas se equivoca a menudo, pero esto ha podido decirse también de grandes críticos tales como Sainte-Beuve, Matthew Arnold y Henry James.

Y, finalmente, dejemos que el perdón atempere la justicia. Podhoretz hubiera podido ser, posiblemente, otro Trilling u otro Wilson. Pero fue descubierto a una edad demasiado temprana. Y ahora, a los treinta y ocho años, cuando ya no es un niño prodigio, su libro no cumple lo prometido. Su tragedia es que tenía demasiado talento para convertirse en redactor, era demasiado bueno para seguir el sendero literario que otros le marcaban. Es un Huck Finn que en vez de echar a andar por caminos desconocidos prefirió permanecer en casa.

NORMAN MAILER: HÉROE DE SUS PROPIOS COMUNICADOS

Fui el único crítico de América a quien no le gustó este libro, a pesar de que todo parecía indicar que ganaría el premio de la NBA o el Pulitzer, o ambos. El libro gustó incluso a Byron Dobell, quien, sin embargo, publicó mi crítica. En ocasión de la concesión de los National Book Awards (Premios Nacionales del Libro), estaba Dobell con un grupo de personas. Me acerqué y le dije: «¿Cómo es que su publicación es la única que ha dado un palo al libro de Mailer?». Todos miraron a Dobell, acusadoramente. Ninguno de los presentes sabía que el autor de la crítica era yo, por lo que no pudieron entender la razón por la cuál Dobell se estaba riendo a carcajadas.

Norman Mailer fue, años atrás y dentro del escalafón literario, soldado raso. Luego, al pasar a *Commentary* y *Partisan Review*, alcanzó el grado de oficial. Finalmente, se autonombró general. En octubre de 1967 acaudilló la marcha de la paz contra el Pentágono, se distinguió en una turbulenta campaña de cuatro días de duración y se retiró luego del campo de batalla para dedicarse a escribir sus memorias, al igual que hacen todos los grandes generales.

Sus memorias son este libro, en el que se incluye el episodio de la marcha de la paz. Pero es, ante todo, un estudio efectuado por un general literario, en el que se explica por qué el hecho de saludar correctamente a un oficial es más importante que el saber marchar en formación cerrada. En ese sentido, el libro de Mailer puede ser considerado como la más palpable exhibición de ostentación de nuestra literatura.

Quizá con el propósito de disminuir un poco el tremendo autoritarismo de una prosa adornada con más galones dorados que la gorra de MacArthur,

Mailer utiliza el empleo de la tercera persona del singular, en vez del pronombre «Yo». Y así, nada más comenzar el libro, nos encontramos con expresiones tales como las siguientes: «Mailer tenía una mente muy compleja…», «Mailer era enemigo de las drogas…», «Mailer no aprobaba el consumo de las drogas…», «Mailer no suele contestar personalmente las llamadas telefónicas…», expresión esta última seguida de dos páginas dedicadas a explicar detalladamente y con toda clase de razonamientos el por qué Mailer no contesta personalmente el teléfono.

Pero sabemos que la persona que dice Mailer es Mailer. Gertrude Stein utilizó la misma técnica —y con éxito— cuando escribió La autobiografía de Alice B. Toklas.

Pero sigamos con las guerras. Para asegurar su retaguardia, Mailer enjuicia sumariamente a una docena de colegas que no le han saludado con el respeto debido a su rango. A pesar de su «mente compleja», pone a sus colegas escritores delante de una corte marcial con la falta de imaginación característica de un soldado raso. Al hacer su descripción física, acentúa un rasgo determinado —el menos favorecedor—, y así resulta que un escritor da la impresión de ser un recluso, otro, un desviado de la Asociación de Jóvenes Cristianos. Y no pasa por alto un solo grano. De hecho, a la vista del acné, el enérgico estilo de Mailer presenta al lector imágenes parecidas a «cráteres lunares». Ni siquiera sus amados *hippies* escapan a ésta su manía favorita.

A escritores tales como Malamud y Feiffer les trata con más respeto, aunque no deja de tacharles —con disimulo— de cobardes, porque se negaron a marchar bajo su bandera y mando. Y así, una vez su ejército expurgado de traidores, Mailer se dispone a conducir sus tropas contra el gran enemigo de la hermandad entre los hombres, el Pentágono.

Pero vamos a olvidarnos de la marcha, como lo hace Mailer. Veámosle cómo, con la espada en alto, se enfrenta con malvados tales como mariscales de los Estados Unidos, ciudadanos anónimos, policías, los habitantes del sur, en general, y un irlandés, en particular, aparte de otros tipos declaradamente nazis: «Si los poco atractivos elementos de las pequeñas ciudades del Sur poseían un rasgo común, éste era el de una mezcla de tacañería y codicia. No era amor lo que denotaban los rostros de los blancos pobres del Sur… la parte verdaderamente belicosa de América estaba en las pequeñas ciudades…».

Otro ejemplo: «El gang de los mariscales… cuyos rostros eran semejantes a los de quienes hacen de malos en las películas del Oeste… de rasgos viles y arteros la mayoría…».

Y otro más: (Aquí el general muestra una sutileza de civil: trata de un camarada de marcha, encarcelado con él). «Un irlandés bajo y corpulento, de facciones duras y cara colorada, que tenía todo el aspecto de un joven policía… Probablemente lo era… escuchaba todo lo que se decía, con la misma mirada de aburrimiento que debía tener en la escuela, cuando no podía comprender el significado de las palabras que pronunciaba el profesor…».

Siguen los ejemplos: (Ahora habla en broma). «El joven presentaba un aspecto feo, y es que su cara era como un mapa, debido al acné de sus años de adolescente…». (Son varias las veces que sale a relucir lo del acné, y en cada caso se recrea al describir el rostro de quienes lo padecieron).

Ejemplo último: (Hablando de un negro pálido. Nada de prejuicios sociales; sólo que el hombre no saludó). «Y su cara de alcahuete, muy común entre los mozos de hotel del Medio Oeste…». (No es cierto. Su cara era como la de los niños de un coro).

El general, no obstante, es un buen hombre. Si un soldado lleva el uniforme como es debido, si saluda correctamente, etc., el ojo de Mailer aprecia en él un cúmulo de cualidades. «Kupferberg, con su rostro amable y sereno, su larga y cuidada barba…», «Nichols… cuya integridad se refleja en su mirada…», «La dorada barba de Ed Sanders…», «El ascético Chomsky…».

Durante la guerra, todos los jefes militares son indulgentes con los excesos de sus hombres. Mailer ahoga una risita cuando Ed Sanders propone, en las escaleras del Pentágono, que los presentes se hagan todos el amor allí mismo, como protesta por la guerra del Vietnam. Después de todo, Mailer, que procede de Brooklyn, se supone que conoce todas las estratagemas que los jóvenes viciosos emplean para quebrar la virtud de las doncellas.

Pero el general no siempre se muestra tan tolerante.

Hay en Las Vegas una anciana a la que me gustaría que los padres de la ciudad expulsaran de allí. Esta señora se pasa horas y horas jugando en las máquinas tragaperras, y por alguna razón capta la atención de todos los escritores sensibles que visitan la ciudad. Y todos la odian. Mailer, que la vio

también, la recuerda en el curso de la marcha. Y nos presenta una escena imaginaria: «La abuela» juega en la máquina tragaperras. Tiene delante a un chiquillo vietnamita quemado por el napalm. Las monedas hacen dentro de la máquina un ruido de mil diablos. La abuela sonríe y sigue jugando. Sigue sin preocuparle que Mailer quiera que le acompañe en la marcha hacia el Pentágono, y es hasta capaz de llamarle mandón y entremetido.

Ahora Mailer nos va a demostrar que es mucho más sensible que la anciana. Escribe: «Una de las razones por las que (Mailer) detesta el napalm… su efecto sobre los campos es comparable a los estragos que el alcohol causa en el cerebro».

Admito que la broma en relación con el «generalato» de Mailer comienza a hacerse pesada, y considero que puede ser molesta para la gente de mentalidad militar, pero creo también que Mailer resulta molesto, además de poco generoso, con sus enemigos. Mailer, después de escupir toda esta bilis, escribe lo siguiente: «Así, pues, el buen cristiano y americano medio amaba secretamente la guerra del Vietnam. Abría sus emociones». Habla en el mismo tono que lo hacen, o, mejor dicho, lo hacían, los oficiales al hablar de sus soldados.

Ahora vamos a considerar el libro en su conjunto. Es, ante todo, un estudio del propio Mailer, y, como tal, más cruel que el que sobre Hemingway escribió Ross. Esto puede, hasta cierto punto, ser intencionado. Mailer da la impresión de ser un escritor tan desorientado, que escribe, tal vez conscientemente, el equivalente del *Crack-up* de Fitzgerald; y es que tal vez él sabe que si muestra su mente con absoluta honestidad, el público comprenderá por qué no puede escribir la gran novela que se espera de él.

La prosa es, en ciertos pasajes, malísima, mientras que en otros, en cambio, es brillante. Mailer es bueno cuando no se deja llevar por la imaginación, pero se ha amanerado en exceso. Emplea al menos en veinte ocasiones una equívoca forma de alabanza, propia de críticos faltos de madurez: «No carece de talento». «No carece de inteligencia». «Su cara no es triste». El lector se confunde; ¿qué diablos quiere decir? ¿Es el hombre inteligente? Que lo diga: «Es inteligente». ¿Tiene talento? Que lo diga: «Tiene talento». Que exprese claramente lo que quiere decir.

Una parte del libro está dedicada a la marcha de la paz. Una historia simpática. Mailer trata de dar al acontecimiento una importancia que no tuvo, y a las personas que en ella participaron una estatura que no tienen. Trata de fabricar un caso de brutalidad policíaca y militar contra los participantes, y no creo que consiga convencer a nadie. Suena a falso, del mismo modo que resultaría poco convincente el leer que un Roy Cohn defiende a Sacco y a Vanzetti. Tal vez debido a que Mailer ha roto, en las páginas anteriores del mismo libro, demasiadas cabezas con su porra literaria.

La última página del libro es una poética llamada a América para que recupere su perdida y magnífica belleza. Primero: América nunca ha sido tan bella. Segundo: esta página, como prosa, como arte, es la más falsa, pretenciosa e histérica del libro, pero lo irónico es que se trata de la mejor intencionada.

Lo paradójico es esto. Es posible, muy posible, que Mailer haya sido el escritor mejor dotado de nuestra generación. Si ello es así, ha sacado de sus dones menos partido que cualquier otro escritor de valía similar. Admite, en este libro, que su trabajo de los últimos años le ha parecido excesivamente fácil, no le ha obligado a poner en juego toda su capacidad, y dice estar asombrado por el hecho de que los críticos sigan elogiándole. Quedará asombrado una vez más, y no será él solo.

Quizá sea demasiado modesto en lo que a su talento como manager de boxeadores se refiere. Hace algunos años, Mailer se ofreció para llevar los asuntos de Sonny Liston, cuando éste regresó al *ring*, pero su oferta no fue aceptada. Una lástima; Liston pudo haber sido el primer campeón del peso fuerte en conseguir el Premio Nacional del Libro.

Debo decir algo más. Mailer considera que John O’Hara no fue más que un cuentista, pero Mailer todavía no ha escrito nada de tanta calidad como *Cita en Samarra*. Mailer se ensaña con sus contemporáneos, pero hasta ahora ha sido incapaz de crear en sus novelas un personaje memorable. A pesar de que los editores lo miman y los críticos lo tratan excelentemente, no conozco a ningún novelista en activo que se moleste en discutir acerca de la obra de Mailer. Tampoco estos novelistas conceden a la misma la respetuosa atención que dedican a la de Malamud, a la de Styron y a la de otros escritores menos

conocidos. Mailer se ha convertido en lo que la televisión llama «una personalidad», más que en un artista. Este libro es reflejo de esa personalidad.

«PLACAS EN LA CABEZA»: UNA HISTORIA DE GEORGE MANDEL

En la sala de heridos de cráneo del hospital militar, George Mandel estaba jugando al póker con cuatro de sus camaradas. Los cinco habían sido heridos en la cabeza, por lo que la llevaban cubierta con vendas blancas. Los muchachos jugaban fuerte. Y cuando un soldado al que le faltaba una pierna se les acercó, andando con ayuda de su muleta, se mostraron reacios a dejarle participar en el juego. Pero el hombre les dijo que el muñón le dolía terriblemente y que necesitaba de una buena partida de póker, pues sólo así conseguiría olvidarse del dolor. Le dejaron que se sentara.

Era una buena partida, las manos eran interesantes, y todos sabían jugar. Una hora más tarde, el que carecía de una pierna se encontró con cuatro reinas; lo apostó todo, excepto su muleta. Pero George Mandel tenía aún mejor juego: cinco cartas de un mismo palo. George se embolsó la enorme suma de dinero.

El de la muleta miró las cartas de Mandel y se puso hecho una fiera. Sacó un cuchillo y empezó a gritar que se habían confabulado contra él, y ello debido a que todos habían sido heridos en la cabeza. Los médicos y las enfermeras del hospital asistieron al espectáculo de ver a cinco hombres con turbante perseguidos por un soldado armado con un cuchillo y apoyado en una muleta. El cuchillo les parecía a todos tan grande como la espada de un samurai.

La moraleja de esta historia, dice George Mandel, es que ni siquiera un hombre que ha sido herido en la cabeza puede esperar que otro hombre acepte el hecho de ser batido teniendo cuatro reinas.

«PRIMEROS DOMINGOS EN EL EXILIO»

Mi primera historieta corta la escribí a la edad de diecisiete años, y escribí varias docenas más antes de que me fuera aceptada la publicación de cualquiera de ellas. Afortunadamente, la mayoría de estas narraciones se han perdido. Me dediqué entonces a las obras de teatro, pero todavía fue peor. Finalmente, después de la Segunda Guerra Mundial, a la edad de veintiocho años, comencé mi primera novela. De inmediato supe que esto era lo que deseaba hacer durante el resto de mi vida. Esa primera novela fue publicada en 1955. Me han sido publicadas todas las novelas que he escrito. Pero mientras estaba trabajando en El Padrino, *varios amigos míos se divorciaron, y me di cuenta de que ninguno de ellos pudo superar totalmente el trauma de verse sin la esposa y los hijos. Por ello, en un momento en que mi trabajo en la novela se había atascado, escribí* «Primeros domingos en el exilio», *y quedé agradablemente sorprendido al ver que el trabajo me era aceptado a las primeras de cambio. Sigue gustándome, pero sé que nunca seré capaz de escribir una gran historieta corta.*

Cuando salieron del Café Elaine, poco después de la medianoche, George Weston pidió a Carol que se quedara a dormir en su apartamento. Carol le apretó la mano, y luego Weston le rodeó la cintura con su brazo. Ambos se sentían contentos del modo en que estaba terminando para ellos aquella agradable y civilizada noche del sábado.

Elaine's, en el East Side de Nueva York, era uno de los lugares favoritos de escritores cuya carrera seguía una línea ascendente, novelistas cuyos libros aparecían brevemente en el número diez de las listas del *Times* de Nueva

York, de autores teatrales cuyos éxitos en Broadway les valían provechosas llamadas procedentes de Hollywood, colaboradores de semanarios, cuyo nombre, en las portadas, hacía vender millares y millares de ejemplares. Weston formaba parte de este grupo.

Esta noche del sábado, concretamente, había sido especialmente agradable; la conversación, alegre y animada. El único momento poco feliz fue cuando Weston, al levantarse para despedirse, señaló que debería despertarse temprano a la mañana siguiente. Un novelista llamado Markman, también recién divorciado, miró socarronamente a Weston y le dijo: «¿Te concedió el juez los primeros domingos?».

En el café había mucho ruido, por lo que Weston pudo simular no haber oído la pregunta. Después de firmar la cuenta —otro pequeño signo del éxito de que disfrutaba—, salió del brazo de Carol.

En su apartamento, Weston preparó unas bebidas, mientras Carol se acomodaba en un sillón y se quitaba los zapatos. Se habían estado viendo a menudo desde el divorcio de Weston, tres meses antes, si bien Carol raramente pasaba la noche con él.

Carol era una muchacha joven y bonita; se dedicaba a la publicidad y parecía preferir la compañía de los hombres divorciados. Le gustaban lo suficiente como para soportar su desorientación, sus depresiones, las manifestaciones de su orgullo herido, etc. Era, en cierto modo, como una enfermera especializada en una enfermedad concreta y complicada.

Mientras bebían, Weston le tomó la mano. Se preguntaba cómo reaccionaría la muchacha si supiera por qué le había pedido que pasara aquella noche, precisamente aquella noche, con él. También era posible que no le importaran sus motivos. Quedó sorprendido cuando Carol se inclinó y le dio un beso. Un beso de enfermera, un beso frío, pensó Weston.

Cuando a las seis de la mañana siguiente sonó el despertador, Weston hacía ya un rato que estaba despierto. Se levantó al instante y se dirigió al cuarto de baño para ducharse y afeitarse. Cuando salió, Carol estaba sentada junto a la ventana, contemplando la salida del rosáceo sol de verano.

Llevaba encima de su cuerpo la vieja bata azul de Weston. Su pelo negro enmarcaba su acorazonado rostro. Se veía muy joven.

—¿Vuelve a ser tu domingo? —preguntó a Weston.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el hombre, a su vez.

—Porque pareces estar muy contento —contestó Carol.

Contra su costumbre, se colocó un pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta. Estaba mal doblado, por lo que Carol se acercó a él y se lo arregló. Como se sentía feliz, el beso que dio a Carol le pareció a ésta más dulce de lo acostumbrado. Mientras él salía, Carol le dijo:

—¿Quieres que te espere, esta noche? Podríamos ir al cine.

Se volvió para responder, impaciente, pero sin desear herir a la muchacha.

—Quédate, si lo deseas, pero probablemente regresaré tarde. —Su impaciencia le había traicionado; se sintió culpable—. Bueno, puedes quedarte. En el frigorífico hay comida, y los licores ya sabes dónde están.

Carol esbozó una sonrisa entre triste y divertida.

Weston hizo una pausa, y luego musitó un «lo siento». Parecía como si con estas dos palabras quisiera excusarse por ser diez años mayor que ella, como si deseara pedirle perdón por no desear que le esperara aquella noche. Carol no respondió, sino que se limitó a decirle adiós con la mano, mientras él se dirigía hacia la puerta.

Weston, sintiéndose feliz, echó a andar por la Quinta Avenida, hasta que se decidió a tomar un taxi que le condujo a la estación de Pennsylvania. Faltaban diez minutos para la salida del tren de las siete y quince, por lo que no le sería difícil encontrar asiento junto a una ventanilla. Dentro de cincuenta minutos estaría «en casa».

Antes de su divorcio Weston nunca había hecho este viaje en tren en domingo; era muy diferente de los viajes de los días laborables, pues en los días festivos los pasajeros eran más jóvenes y los vagones no iban tan llenos. Comenzó a sentirse nervioso; fumaba un cigarrillo tras otro, mientras contemplaba el paisaje de Long Island. Se alegró cuando el tren entró en la rústica estación de Bellmore.

En veinte minutos de andar estaría en «su» casa.

No en «su» casa, se corrigió a sí mismo, sino en la de Norma. Mientras pasaba por aquellas calles, sombreadas y tan familiares, tuvo la sensación de que este mundo no existió hasta que él entró en el mismo; era como el viejo personaje de las historietas infantiles, que mojaba la pluma en el tintero y

dibujaba una casa, entraba en ella y dibujaba muebles y personas, y entonces comenzaba la historieta. Captaba mil detalles que le eran familiares, pero, luego, de vuelta a la ciudad, se le borraban de la memoria.

Llegó a una calle cerrada por uno de sus extremos, una alameda, en realidad, sabiamente proyectada para evitar a los niños el peligro del tráfico. Vio el coche, el coche de Norma, aparcado en la calzada especial para automóviles, pero de momento no vio a su hijo, que tenía seis años. Luego, como si el dibujante hubiese trazado unas cuantas líneas con su pluma, el niño apareció, sentado en el portal. No había sido cosa de magia; el haber avanzado unos metros más le daba un nuevo ángulo de visión. Weston le saludó con la mano, esperando que el niño echaría a correr hacia él, pero el pequeño esperó sin inmutarse a que Weston se acercara al portal. Se inclinó y, en tono alegre, dijo a su hijo:

—¿Cómo estás, Joey? ¿Todo va bien?

El chiquillo hizo un gesto afirmativo. Weston se sentó a su lado. Ante sus ojos tenía a su viejo mundo: el círculo de casas alrededor de la alameda, los verdes setos, los coches aparcados en la calzada. Por el rabillo del ojo vio que su hijo estaba estudiándole. En reposo, la faz del chiquillo era inocentemente seria.

—Vayamos a buscar los panecillos y los periódicos —dijo Weston.

El niño asintió.

Norma había dejado las llaves del coche debajo del asiento del conductor. Cuando oyera el ruido del motor al ponerse en marcha, comenzaría a hacer el café.

Joey se subió al coche con su padre y habló por vez primera:

—¿Me dejas conducir, papá?

Weston le dejó el volante, manteniendo sus manos apartadas, para demostrarle que tenía plena confianza en él. Joey le miró, con una especie de duda en sus ojos, y luego condujo el automóvil a través de una serie de calles vacías, su cuerpo apretado contra el costado de su padre. Era lo de cada domingo que pasaban juntos.

En el centro comercial en forma de herradura sólo la panadería y el puesto de periódicos estaban abiertos. Apoyada contra la pared del

supermercado se veía una carretilla cromada. Weston dejó que Joey condujera el coche hasta el aparcamiento del centro.

Entraron en la panadería, donde adquirieron una docena de panecillos recién sacados del horno, y luego fueron a buscar los gruesos diarios dominicales. Los dependientes y los clientes de ambas tiendas les saludaron, como siempre, con cordialidad. Ignoraban que Weston y su esposa se hubiesen divorciado, y ahora sólo veían juntos a padre e hijo el primer domingo de cada mes.

De regreso, Weston dejó conducir nuevamente a Joey. Cuando entraron en la casa, Joey llevaba los panecillos, y Weston, los periódicos. En la cocina vio cómo el café se estaba colando, encima del fogón. Norma pensó que mientras el café se colaba, ella podría peinarse. Esto, que antes irritaba tanto a Weston, ahora le dejaba indiferente. Puso los periódicos al lado del plato de Norma y se sentó en su lugar de costumbre. Mientras, Joey fue al dormitorio a buscar a su madre.

Norma entró en la estancia con Joey asido a su falda. Era una mujer rubia y de piel muy blanca, el tipo que siempre presenta buen aspecto por la mañana, pensó Weston, o quizás ello era debido a que siempre había sido muy aseada. Norma le sonrió de un modo completamente impersonal.

—A las siete de la mañana ya estaba Joey esperándote en el portal —dijo, mientras acariciaba la cabeza del niño. Lo dijo sin malicia, pero al ver la expresión de Weston, añadió, rápidamente—: Siempre se levanta muy temprano, ¿recuerdas?

Se movía graciosamente alrededor de la cocina, echando café en las tazas, untando con manteca el panecillo de Joey; pero esta vez Weston estaba en guardia contra ella. La noche anterior Carol había hecho lo mismo, pero para él. En el curso de su primera visita, después del divorcio, Weston tuvo que hacer esfuerzos para dominar el deseo de tocar a su exesposa.

Durante el desayuno estuvieron hablando con naturalidad de temas intrascendentes. Norma dijo a Weston que para aquella tarde había invitado a un amigo a tomar una copa. ¿Le importaba? Weston negó con la cabeza, pero lo cierto era que se sentía algo molesto. Había venido para ver a su hijo, no a su posible sucesor.

Weston tomó a Joey de la mano y ambos se fueron a dar un largo paseo. El mundo que había construido y en el que durante diez años había vivido se le aparecía a cada momento como más real a medida que se iba encontrando con antiguos vecinos que le saludaban con cordialidad, y cuando iba viendo a niños que eran compañeros de juegos de su hijo. Joey tenía una pelota de goma, de color rojo, y disfrutaba lanzándola a su padre. A veces, el padre tenía que correr un poco para alcanzarla. Esto hacía reír a Joey, con la risa a la vez inocente y maliciosa de los niños cuando ven a un adulto en apuros.

—A ver si la lanzas bien, ¿eh? —dijo Weston.

—Yo la lanzo bien, papá —contestó Joey—. Eres tú quien no ha sabido detenerla.

Y ambos se miraban, sonriendo.

Cuando, finalmente, regresaron a la casa, Weston se sentía feliz, aunque cansado. Norma se dio cuenta como se había dado cuenta siempre de todo lo relacionado con él.

—¿Por qué no te echas un rato en la cama? —le dijo—. Cuando la comida esté lista, te llamaré. Joey puede entretenerse sin ti, mientras.

Weston replicó, riendo:

—Es sólo un día; puedo soportarlo.

—Pero tiene que ir a la iglesia, de todos modos —dijo Norma.

Se miraron a los ojos. La mujer estaba tranquila, serena. En sus diez años de matrimonio nunca habían puesto los pies en una iglesia; a Joey nunca le habían dado ningún tipo de instrucción religiosa. Weston comprendió: su exesposa quería darle a entender que ella y Joey harían ahora todo aquello que él les había impedido hacer.

Weston entró en el dormitorio y se quitó la chaqueta y los zapatos. Se echó en la cama. Las paredes tenían un dibujo azul sobre fondo blanco; las cortinas estaban corridas, por lo que la habitación era oscura y fría. Siempre había dormido bien aquí, y ahora se quedó rápidamente dormido, como si aquella cama fuese aún la suya.

Le pareció que había transcurrido únicamente una fracción de segundo cuando Joey le llamó. «Vamos, papá, despierta». Aturdido, Weston abrió los ojos. Y por un momento creyó que todavía era muy de mañana y que Joey le llamaba para ir a buscar los panecillos y los periódicos. Al verse solo en la

cama, se preguntó dónde habría ido Norma, tan temprano. Luego, Joey dijo: «Vamos, papá; la comida está lista».

El cuerpo de Weston sufrió una especie de dolorosa sacudida. Durante diez años había dormido en aquella habitación, había apagado la luz de la mesita de noche y había parado el despertador todas las mañanas, con Norma a su lado. En aquella habitación se había sentido siempre seguro, al despertarse. Dejó que Joey le tomara de la mano y le acompañara a la cocina.

La mesa estaba ya preparada para la comida dominical. Norma le sonrió.

—Ahora tienes mejor aspecto —le dijo—. La noche pasada debiste acostarte muy tarde.

A Weston le ofendió el tono de amistosa despreocupación con que Norma había hecho el comentario.

Después de comer, los tres pasaron a la terraza trasera, y poco después llegó el amigo de Norma. Era un hombre alto, pulcro, de aspecto agradable, y se comportó con muy buen gusto. Nada de miradas atrevidas a Norma, ni tampoco palabras de doble intención. A Joey se limitó a saludarle amistosamente. Charló con Weston de diversos temas sin importancia. Y después de tomarse dos copas, se despidió.

Cuando se hubo marchado, Norma, como excusándose, dijo:

—Le pedí que viniera. Él no quería. —Y después de una corta pausa, añadió—: ¿Qué te parece?

—Es agradable —contestó Weston.

No había prestado atención al nombre del amigo de Norma, ni tampoco a sus palabras. Sólo había estado pendiente de Norma. Era una mujer cariñosa por naturaleza, y ello era evidente incluso a través de sus gestos. Weston sabía que en ella era natural apoyar un poco su cuerpo en el hombro de un amigo, sin mala intención, por supuesto. Pero no lo había hecho con el visitante, por lo que Weston, sin saber por qué, se sintió aliviado.

Norma se retorció un poco. Era un signo de indecisión, que siempre había estimulado sexualmente a Weston. Luego añadió:

—En serio, Weston. Tú siempre has sabido ver a través de las personas. ¿Qué opinas de él?

Entonces, al acordarse los dos de la misma cosa, sonrieron. Sus discusiones más feroces se habían basado siempre en la supuesta habilidad de

Weston de «ver a través de las personas». A Norma nunca le habían gustado sus amigos escritores, debido a su ingenio rápido y malicioso, a su costumbre de buscar motivos raros a los actos más inocentes. Su crueldad verbal la encontraba inaguantable. Por otra parte, los amigos de ella siempre habían aburrido a Weston; su charla le parecía demasiado simple. En cierta ocasión reprochó a Norma la falta de calidad de sus amistades, y ella le replicó: «No puedo ver a través de ellos, porque no los miro». Y era cierto. A él nunca le había juzgado.

Ahora Weston se dio cuenta de que su exesposa estaba preocupada, por lo que le dijo:

—De verdad, Norma, parece una persona muy agradable.

De pronto, ambos oyeron a Joey en la parte trasera de la casa, llorando. Weston, como impulsado por un resorte, se levantó, inquieto. Al instante se dio cuenta de que Norma le miraba, sonriendo burlonamente. Comprendió perfectamente el significado de la sonrisa; estas crisis se sucedían sin cesar cuando él no estaba, y su inquietud merecía únicamente el desdén de Norma. Joey se acercó a su padre. Se había hecho un rasguño en la rodilla. Weston se arrodilló en la hierba y se sacó el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

Norma le detuvo.

—No lo manches. ¡Es tan bonito! ¿Desde cuándo llevas tú pañuelo en la chaqueta?

Norma tomó a Joey de la mano y lo condujo al interior de la casa. Volvieron a salir unos minutos más tarde. La herida había sido limpiada, y Norma llevaba en las manos unas vendas y una botella de tintura de yodo.

—Quiere que seas tú quien le vende la rodilla —dijo.

Weston puso yodo en la herida. Joey hizo una mueca. Weston colocó el vendaje en la rodilla del niño, y aunque nunca había sido aficionado a excesivas demostraciones de afecto, abrazó a Joey y dijo:

—Eres muy valiente, a pesar de tener sólo seis años. —Dubitativo, hizo una pausa—. Al pasar por la confitería cercana a la estación te compraré una cosa como premio a tu valentía. Te compraré lo que quieras. ¿De acuerdo? —Miró a Norma, buscando su aprobación. La mujer, con un gesto, se la dio, a pesar de que no le gustaba estropear a su hijo con regalos.

Joey fue a buscar el palo y los guantes de pelota base y Weston tomó la pelota. Vio a Norma echada en su mecedora, mirándoles, con cara inexpresiva. Antes del divorcio, cuando padre e hijo jugaban, la alegría iluminaba siempre su semblante. Pero hoy no era así. Finalmente, Norma exclamó:

—Deja descansar a tu padre, Joey. Vete a jugar con tus amigos.

Contento por el hecho de que hubiese dicho «tu padre» con tanta naturalidad, Weston sonrió mientras se acomodaba en la mecedora. Estaban tan bien, que, influidos por la magia de la hora crepuscular, se durmieron durante unos minutos, como si todavía fuesen una familia.

Nuevamente, la mente de Weston jugó a éste una mala pasada. En un tono de voz perfectamente natural, dijo a Norma:

—¿Qué hay para cenar?

Ella le miró, asombrada. Habían almorzado muy tarde, y estaba previsto que Weston regresaría a Nueva York en el tren de las siete treinta. Norma, al darse cuenta de la expresión confusa de Weston, se rió.

—Puedo prepararte algo —le dijo, cortésmente.

—No, no, perdona, es que me había confundido. —Ambos sonrieron, astutamente. Luego, Weston preguntó—: ¿Tienes intención de casarte con ese hombre?

—No lo sé —replicó Norma.

—Lo de tu asignación no debe preocuparte —dijo Weston—. Ordenaré a mi abogado que te sigan pagando lo acordado en concepto de manutención del niño, por ejemplo.

—Cuando te muestras generoso, te odio —contestó Norma.

Weston se dio cuenta de que había dado en la diana. Ahora sabía que si su exesposa dudaba en volverse a casar era por miedo a perder su pensión. Y sabía también que a ella le avergonzaba admitirlo, aunque fuese sólo en su fuero interno.

—Puedo hacerlo —siguió Weston—. Estoy ganando mucho dinero.

—Es muy pronto —replicó Norma—. Todavía no sé si me gusta lo suficiente.

Por el tono de reproche en su voz, Weston comprendió que la había desarmado, que la había puesto en una situación en que no podía hacer gala

de excesivo orgullo. No había nada más que decir y Weston se levantó, dispuesto a marcharse antes de que el día terminara mal. Norma le imitó, y ambos entraron en la casa para que Weston recogiera su chaqueta. Cuando se disponían a dirigirse al automóvil se dieron cuenta de que Joey había desaparecido.

Le buscaron por toda la casa. Había hecho lo mismo durante la última visita de Weston. Lo encontraron escondido debajo de la cama de su madre. Pero hoy había elegido un escondite mejor. Weston dijo:

—Quizá sea mejor que no me acompañes a la estación. No puedes dejarle solo en la casa.

Con cierta impaciencia en la voz Norma repuso:

—No digas tonterías. Saldrá de su escondite en cuanto oiga que el coche se pone en marcha. Además, estaré de vuelta dentro de diez minutos.

Norma dejó libre el asiento del conductor, en un gesto de aparente buena voluntad. Weston puso el coche en marcha y paró frente al centro comercial para comprar cigarrillos y alguna revista; el quiosco de la estación estarla ya cerrado. Nada más estacionar el automóvil vio a un joven que conducía, corriendo cuanto podía, la carretilla abandonada. Iba acera arriba, acera abajo, y al llegar a los extremos, daba media vuelta, sin dejar de correr. Weston se preguntaba qué diablos estaba haciendo aquel individuo. Luego recordó. Miró interrogadoramente a Norma. Ella movió la cabeza, asintiendo.

Años atrás, al irse a vivir a Bellmore, el joven de la carretilla era un niño robusto, con un gorro ruso en la cabeza y pesados zapatos militares en los pies. Mientras esperaba a que su madre saliera del supermercado se entretenía con la carretilla corriendo sin parar por la acera. La gente, al verle, se volvía a mirarle, y eso es lo que Weston acababa de hacer ahora. Sorprendido al darse cuenta de que el joven era subnormal o, cuando menos, algo retrasado, Weston clavó, sin quererlo, sus ojos en los del desgraciado.

Le vieron periódicamente durante algunos años, pero luego le perdieron de vista. Hasta ahora. Se había convertido en un joven corpulento, pero sus piernas, curiosamente, parecía como si fueran a doblarse, mientras empujaba la carretilla, corriendo y volviendo la cabeza en dirección al sol poniente, como si buscara la fuerza secreta que prolongaba su agonía. El espectáculo le resultaba doloroso, por lo que Weston entró a comprar un juguete para Joey,

pero inmediatamente cambió de idea. Compró un paquete de cigarrillos para Norma.

Norma se había mudado al asiento del conductor. Estuvieron un rato sentados, fumando, mientras contemplaban las furiosas carreras del joven de la carretilla.

—¿Por qué Joey se oculta cuando me marcho? —preguntó Weston—. ¿Es que no puedes impedírselo?

Norma, con voz tranquila, repuso:

—No te hagas el tonto. Tú sabes muy bien por que lo hace. Le resulta muy doloroso verte partir. Estuve pensando seriamente en pedirte que no vinieras más.

Weston se dio cuenta de que estaba a punto de perder los estribos, pero contestó, con calma:

—¿No puedes explicarle cuál es la situación? ¿No puedes decirle que con su actitud me estropea todo el día?

Norma dijo con frialdad:

—Nadie podrá jamás explicarle estas cosas. Deberías saberlo. Cuando decidimos divorciarnos, ambos sabíamos lo que ello representaría para Joey. Tus escrúpulos de ahora están fuera de lugar.

Weston la miró, y ella, con las manos al volante, sostuvo su mirada.

—Yo era feliz —dijo—. Tú no lo eras. Nunca lo fuiste, en realidad.

Durante sus diez años de matrimonio, ambos habían acumulado infinidad de reproches y resentimientos, por lo que a Weston no se le ocurrió otra respuesta que ésta:

—Eso no es verdad.

Norma señaló al joven de la carretilla.

—¿Recuerdas la primera vez que le vimos, cuando todavía no era más que un chiquillo? Dijiste las palabras más crueles que me has dicho desde que nos conocimos. Me heriste de verdad. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

La sorpresa de Weston no era fingida al contestar:

—No, no lo recuerdo.

—Le señalaste con el dedo y dijiste: «Así es como vive todo el mundo. La gente se casa, tiene hijos, permanece en el mismo empleo, repite siempre las mismas estupideces, “¡No son más que idiotas que se mueven

estérilmente dentro de un rectángulo muy limitado!”. Me lastimaste profundamente. Porque así es cómo yo quería vivir, así es cómo yo era feliz, y pensaba que tú lo eras también. Y nunca lo fuiste, en cambio. Fueron unas frases muy brillantes, pero sé que no las has puesto en ninguno de tus libros. Me consta, porque las he buscado».

Weston carraspeó.

—Porque ya no creo en lo que entonces dije, y no sé siquiera si lo creí alguna vez. O tal vez me olvidé de incluirlas en alguna de mis obras —miró su reloj—. Será mejor que nos vayamos. Es casi la hora.

Norma puso el automóvil en marcha. Weston le había enseñado a conducir años atrás, y lo hacía bien. Del mismo modo que le había enseñado a hacer el amor, y lo hacía bien. Como le había enseñado a odiarlo lo suficiente como pedir el divorcio. Ella se lo había dicho abiertamente, y si bien él, de momento, protestó, ahora pensaba que tal vez su exesposa estaba en lo cierto.

Pocos minutos después llegaron a la pequeña estación.

—Gracias por haberme traído —dijo Weston.

Norma no dijo nada hasta que él estuvo fuera del coche. Luego, súbitamente y de forma un tanto cruel, le preguntó:

—¿Vendrás otra vez a ver a Joey?

Weston estuvo tentado de dar rienda suelta al resentimiento y a la ira acumulados durante todo el día. Sin embargo, acercó su cabeza a la ventanilla del automóvil y, con voz fría, replicó:

—El juez me concedió el derecho de venir de visita el primer domingo de cada mes. Al divorciarnos, te lo di todo. Te quedaste con el coche, con la casa, con el dinero y con Joey. Yo, en cambio, me despedí de diez años de mi vida sin obtener compensación alguna. Pago tu asignación y la del niño, puntualmente y de buena gana. Y ahora, como si fueses una reina, me dices que me vaya. Pero ¿quién diablos te has creído que eres? Quiero seguir viendo a Joey.

La mujer no se acobardó. Con la misma frialdad, respondió:

—Tú lo quisiste. Además, Joey te importa un bledo.

Weston ya no sentía enojo.

—¿Quieres darme a entender que deseas que vuelva? ¿Es eso lo que quieres? —A su modo, Weston estaba pidiendo una respuesta afirmativa, estaba rogando a su exesposa—. Echo mucho de menos a Joey —añadió.

—Eso son cuentos, nada más que cuentos —dijo Norma, llorando, pero con lágrimas de rabia—. Ahora vives como siempre quisiste vivir. Tienes éxito y amigos, unos amigos que saben ver a través de las personas. Mis amigos ya no te molestan; ya no vives como el pobre idiota de la carretilla. Y ahora resulta que echas de menos a tu hijo. ¡Vamos, hombre!

Luego, ambos se sintieron avergonzados de sus palabras. En realidad no podían odiarse, ni siquiera intentándolo. Norma señaló el pañuelo que él llevaba en el bolsillo superior de su chaqueta, y, en un tono que quería ser despreocupado, dijo, sonriendo:

—Nunca te había visto llevar pañuelo en la chaqueta. Imagino que debes querer impresionar a alguien.

Weston no se molestó en contestar. Siempre la había ignorado cuando se mostraba irónica o decía alguna tontería.

—Te veré el próximo primer domingo —dijo.

Norma captó la muda reprimenda y, enojada consigo misma, puso el motor en marcha y arrancó. Weston miró al coche que desaparecía calle abajo. Era casi noche cerrada.

Todo le era familiar, todo le resultaba muy real: el pequeño pueblo, las calles por las que había paseado durante el día, su esposa, su hijo, el dormitorio en el que había dormido un rato antes del almuerzo. Por un momento trató de imaginar cómo el dibujante en el que había pensado por la mañana lo borraba todo, incluso al pobre idiota, con una goma o con tinta china. Pero su mente, demasiado cansada, se negaba a entrar en el juego. Entró en la estación de madera, donde sólo había otras dos personas esperando el tren para Nueva York.

A pesar de todo, le sobraba tiempo. Weston se entretuvo fumando hasta que estuvo seguro de que Norma había tenido tiempo de llegar a casa. Luego fue a la cabina telefónica y marcó su número. Contestó Norma, un poco jadeante su voz, lo que indicaba que había corrido a descolgar el teléfono, por miedo a que dejara de sonar.

—¿Está bien Joey? —preguntó Weston.

Se produjo una corta pausa. Seguro que ella había esperado oír la voz de otra persona. Luego dijo:

—Me estaba esperando en el jardín. Ahora está aquí, a mi lado. ¿Quieres hablar con él?

—Sí —contestó Weston.

Pudo oír cómo Norma rogaba, primero, y exigía después, a Joey para que éste se pusiera al teléfono. Finalmente, fue la voz de la mujer la que habló:

—Lo siento, no quiere ponerse.

Weston, con voz temblorosa, dijo:

—Dile que es importante; dile que tengo algo muy importante…

Norma le interrumpió, ásperamente.

—No le diré nada de eso. Sabes que va a pensar que hemos cambiado de forma de pensar. Es una estratagema muy sucia.

—Creo —contestó Weston—, que deberíamos reconsiderar el asunto.

La voz de Norma se había vuelto un poco más amable al responder:

—No podemos. Sabes que no podemos hacerlo. Siento haber dicho que no vinieras más —hizo una pausa—. Lo soportarás. Siempre has sido el más fuerte de la familia —a pesar de toda su amabilidad, no podía reprimir un cierto tono de satisfacción.

Weston, de momento, no respondió. Se había vuelto, y su cara se reflejaba en el cristal de la puerta de la cabina. La visión de su propio rostro sorprendió a Weston. La piel y la carne eran fofas; su boca, caída. No se daba cuenta de la intensidad de su dolor; de ahí su sorpresa. Entonces acercó el auricular a su boca y dijo:

—Muy bien Norma. Ni tú ni el niño me importáis un comino. Podéis iros al infierno —oyó como al otro lado del hilo, colgaban el aparato.

Esperó unos minutos y luego marcó el número de su apartamento de Nueva York. Al echar las monedas en la ranura Weston observó que le temblaba la mano. El teléfono sonó repetidas veces, por lo que pensó que Carol debía haberse marchado. Sin embargo, cuando estaba ya a punto de colgar, oyó la voz de la muchacha.

—Estaré ahí hacia las nueve. ¿Me esperarás? —preguntó.

Carol, con toda naturalidad, respondió:

—Desde luego.

Weston era consciente de que su voz sonaba de un modo artificial y de que, además, le faltaba aire.

—¿Por qué no vienes a esperarme a la estación? Luego iremos a cenar a alguna parte.

—Muy bien —dijo Carol—. ¿Has pasado un buen día? —Al no obtener respuesta, añadió—: ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien, gracias —replicó Weston. Colgó y abandonó la cabina.

En la mal iluminada estación, los otros dos viajeros para Nueva York estaban enfrascados en la lectura de sendos periódicos. Weston pasó por delante de ellos y fue hacia un rincón oscuro de la sala de espera. Se sentó en un banco vacío, tomó el pañuelo de seda del bolsillo superior de su chaqueta y se lo puso sobre la boca, para ahogar cualquier sonido. Luego, como en todos los primeros domingos anteriores, ocultó la cara entre sus manos y comenzó a llorar.

POR QUE SALLY RAGS GANA SIEMPRE EN EL JUEGO

El juego ha sido siempre parte importante de mi vida. Como la literatura, ha representado para mí una especie de santuario que me aislaba del mundo. Lo mismo en el juego que en la literatura, no es preciso matar a nadie para conseguir lo que uno quiere. Lo único que debe hacerse es desafiar al destino. Los jugadores, al igual que los drogadictos, a menudo pierden su hábito al llegar a la edad madura. Quizá porque es entonces cuando consiguen integrarse por completo en su mundo, tal vez porque es entonces cuando consiguen equilibrar su vida. Y éstas son quizá las razones por las cuáles algunos escritores dejan de escribir al llegar a cierta edad.

En cualquier caso, yo sigo jugando y escribiendo. Mi amigo Sally Rags no tiene que integrarse ni equilibrar su vida. Ha encontrado su vida y su mundo. Aunque él nunca lo admitiría, es, a su modo, un verdadero creyente.

* * *

Un día, en la desierta carretera que va de Los Angeles a Las Vegas, vi una enorme roca en la que alguien habla escrito, con pintura blanca: JESÚS SALVA[4] *(o «Excepto Jesús»). Debajo, otra mano había añadido:* TODOS LOS DEMÁS JUEGAN.

Salvatore Ragusin, de cuarenta y cinco años de edad, tiene el encanto reservado y vagamente aristocrático del hombre convencido de su posición en su mundo especial. A nadie le sería posible, basándose en su aspecto,

adivinar cuál es ese mundo, pues Salvatore Ragusin tiene una apariencia ascética, piel aceitunada, pelo sedoso y negro, aunque algo escaso en la parte delantera de su cabeza y un cuerpo pequeño y compacto. Tampoco su forma de vestir le traiciona. Sí lo hace —sólo un poco— su lenguaje, en cambio. Pero si decimos que asiste religiosamente a todos los grandes acontecimientos deportivos, tendrá usted una buena pista. En efecto, Salvatore Ragusin, o «Sally Rags», como se le conoce entre la gente de su mundo, es jugador profesional.

No acepta apuestas, no arregla combates, no hace trampas con las cartas o los dados. Si hiciera tales cosas, sería, en su opinión, un hombre de negocios. Se enorgullece de que cada año sus ingresos alcancen un millón de dólares, cantidad que respalda su vista y experiencia para adivinar el vencedor de una competición deportiva cualquiera. Hombre prudente si los hay, obedece siempre la regla de oro de todos los jugadores profesionales: «No apostar si no hay alguna posibilidad a favor». En consecuencia, buena parte de su tiempo lo dedica a buscar una pequeña utilidad, una «ventaja». Sin embargo, como cualquier otra persona, Salvatore Ragusin sueña en ganar una gran fortuna, y en la búsqueda de la misma, en los límites estrictos de su mundo especial, persigue constantemente la consecución de un «corazón».

Conocí por vez primera a Salvatore Ragusin hace veinte años. Como empleados del gobierno, estuvimos vegetando juntos en los cavernosos archivos de la Administración de Veteranos de Nueva York, una sala tan grande como un campo de fútbol, llena de incontables armarios metálicos de color verde. En un rincón oscuro, lejos de la mesa del jefe, Sally Rags —sólo Salvatore Ragusin, entonces— me vencía siempre en una especie de baloncesto, consistente en lanzar bolas de papel higiénico dentro de una papelera. La apuesta era el almuerzo, que me tocaba pagar siempre a mí. Ya entonces tenía las características propias del jugador nato.

Su salario era de sesenta dólares semanales, pero apostaba el doble de esta suma en diversos deportes. Nos hicimos lo bastante amigos como para que me confesara que durante los dos últimos meses no había enviado ni un centavo del dinero que su padre le daba semanalmente para transferirlo a los parientes que habían quedado en su país natal. Finalmente, se encontró con que debía tanto dinero que aceptó trabajar como corredor de apuestas en el

edificio de la Administración de Veteranos por cuenta de uno de los apostadores profesionales que operaba en la zona.

No sé cómo se las ingenió para que le instalaran un teléfono en uno de los archivadores vacíos, muy en el interior de aquel laberinto de armarios. Esto le valió que su «patrón» le concediera una prima, pero el jefe del archivo oyó en cierta ocasión el teléfono y casi se volvió loco en sus intentos de localizar el aparato. No lo localizó. Otro día, desesperado, Ragú, se vino a trabajar llevando consigo una caja enorme y cuadrada. Se trataba de un potentísimo receptor de radio, el cual instaló en uno de los armarios, y que le servía para conocer de inmediato los resultados de las carreras de caballos que se celebraban en Florida. Con ello trataba Ragusin de adelantarse al corredor de apuestas de carreras de caballos que había en el edificio, un americano de origen chino que trabajaba en la sección de créditos. Ragusin, en este caso concreto, fracasó, y mientras con las bolas de papel intentaba ganarse su almuerzo del día, me confesó tristemente que debiera haberlo pensado dos veces antes de tratar de aventajar a alguien con sangre china en las venas. «Nunca he conseguido pasar un billete falso en un restaurante chino», dijo. «Y nunca se han equivocado a mi favor al devolverme el cambio. Nunca. En asuntos de dinero, esta gente es invencible».

En mí tenía mayor confianza, sin embargo, y cuando conseguí un pároli, en una apuesta que hice con él, alegó que me había equivocado. Si bien sabía que me estaba estafando, conocía también lo desesperado de su situación en aquellos días, por lo que nuestra amistad aunque no se rompió, sí se hizo más cautelosa. De todos modos, un día en que consiguió realizar el sueño dorado de todos los jugadores, un «corazón», me dejó participar en una parte de sus ganancias.

Durante aquella vieja temporada de béisbol un periódico de Nueva York al publicar la lista de las apuestas previas a la disputa de los partidos, se equivocó en el correspondiente a dos equipos de fuera de Nueva York. Washington, en lugar de ser colocado 7-8 perdedor figuraba en la lista con 7-8 favorito. A la mayoría de los corredores de apuestas les tenía completamente sin cuidado lo que decían los periódicos. Pero aquel mismo verano, un carnicero muy próspero soñó con hacerse rico más aprisa, por lo que decidió convertirse en corredor de apuestas operando en una pequeña

localidad de Nueva Jersey. El carnicero-corredor carecía de protección y de contactos y, como es lógico, no tenía acceso a la «línea» oficial. Debía de ser, además, muy estúpido. El corrector utilizó la «línea» equivocada del periódico, y al hacerlo, aceptando apuestas y dando aquellas probabilidades falsas estaba creando un «corazón». El mundo del juego no está tan estrictamente controlado ni tan eficientemente administrado como nos hacen creer los periódicos o la Mafia. En todos los campos existen locos y seres incontrolados.

Para el temperamento de Ragusin, lo normal era intentar vencer al carnicero-apostador —era su destino—, y todas las noches viajábamos a Nueva Jersey para apostar contra Washington y conseguir apostar a 7 contra 5. Luego corríamos a Nueva York, nos dirigíamos al corredor habitual de Ragusin y apostábamos por Washington, también 7 contra 5. No podíamos perder, lo peor que podía ocurrimos era quedar a la par, y debo admitir que jamás había disfrutado tanto del juego. Al final de la semana, como no podía ser de otro modo, el carnicero volvía a estar al frente de su tienda, y nosotros habíamos ganado una muy buena cantidad de dinero. Era típico de Ragusin, cuando las cosas le iban bien, tomar a su cargo todos los gastos de viaje y comida durante la operación.

Desde hacía un tiempo el receptor de radio había demostrado su ineficacia. Si lo seguía teniendo en la oficina era porque era demasiado engorroso trasladarlo nuevamente a su casa, además, podría servir para otros menesteres, como, por ejemplo, para llevarlo a la casa de empeños. Y lo utilizábamos para escuchar las horas de trabajo, los partidos de béisbol, sobre los que apostábamos, todo lo cual era más entretenido que archivar papeles. Pero una mañana, sin saber por qué, se oyó, clara y fuerte, la voz de un locutor que hablaba en lengua eslava. Los extraños sonidos llenaron la enorme sala. El jefe, desde mucho tiempo atrás nuestro peor enemigo, llegó corriendo. Los archivos contenían material más o menos secreto, y el jefe, al oír aquella potente voz eslava, perdió el control de sí mismo. Consecuencia de ello fue que, a pesar de que inmediatamente desconectamos la radio, una hora más tarde el archivo estaba lleno de agentes del FBI. Ragusin fue despedido, pero su patrón en el asunto de las apuestas le dio empleo fijo. No volví a verle durante veinte años.

La primavera última, Ragusin vio mi nombre en un periódico y, a través de mis editores, se puso en contacto conmigo. Esto no es muy propio de él, y la única explicación que encuentro a su acción es el hecho inolvidable de haber compartido juntos un «corazón». De no haber estado yo interesado en escribir un libro sobre el juego todo se hubiera reducido a una amigable charla a través del teléfono. Por ello, al pedirle que me contara cosas de su profesión, aceptó encantado. Me prometió referirme experiencias vividas por él mismo, a condición de que silenciara su nombre. El juego no es como permanecer en el ejército, por ejemplo; existen períodos de inactividad, por lo que a Ragusin no le perjudicaba en absoluto pasar unos días conmigo. Hay que reconocer que es agradable tener a alguien con quien charlar de lo que nos gusta, tener al lado a un entendido en el asunto que nos interesa. Además, es mucho más divertido ver un partido de lo que sea al lado de un amigo, que solo.

Me hizo prometer que no le convertiría en un personaje a lo Damon Runyon (supe más tarde que leía mucho y que su gusto literario era excelente, si bien algo limitado), pero insistí en que debía emplear su apodo, no sólo para dar colorido al libro, sino para poner de relieve la utilidad práctica de tales nombres. Sally Rags es el nombre que aparece en los libros de los corredores a todos los efectos, y es el nombre que usa cuando, por teléfono, efectúa sus apuestas; es el único nombre por el que le conocen muchos conocidos. Es un alias que tiene su utilidad. De hecho, muchos apodos de personajes del mundo del hampa no son caprichosos, sino que obedecen a razones muy concretas.

En la parte alta del East Side de Manhattan, donde un magnate italiano puede encontrarse con un magnate negro, hay una pequeña confitería propiedad de un corredor de apuestas apodado «El Entrenador». Las existencias de la tienda son muy limitadas, no hay revistas ni tocadiscos, pero en esta mañana de domingo está llena de gente. Se ven coches que aparcan lo más cerca posible de ella, incluso en doble fila, dejando el espacio justo para que por la calle circule sólo un automóvil. Los hombres que salen de tales vehículos son respetables padres de familia, la mayoría de los cuales llevan de la mano a uno o dos niños. A éstos les compran un helado y una pelota de plástico, para que se entretengan mientras sus padres estudian las listas antes

de hacer sus apuestas. El hombre encargado de la confitería tiene sobre el mostrador una radio de cuyo altavoz sale una estridente música de rock’n’roll .

La sucia calle toma el alegre aspecto de un campo de juegos infantil. Algunos de los hombres se meten el periódico en el bolsillo y juegan con sus hijos. Luego, pocos minutos después de las doce, llega «El Entrenador» y entra en la tienda. De repente, en la calle sólo se ve a los niños que siguen jugando o, si son demasiado pequeños, permanecen sentados donde les han dejado. Sus padres han seguido al individuo. Ha llegado con la «línea», con las listas oficiales, por lo que ahora ya todos pueden efectuar sus apuestas.

Un coche de la policía pasa por el estrecho pasillo dejado por los vehículos estacionados en doble fila, y sin mostrar la más mínima curiosidad, sigue hasta la avenida. Nadie les dedica la menor atención.

Los padres, una vez efectuadas sus apuestas, recogen a sus hijos, entran en sus coches y se van a sus hogares a comer. Los más afortunados pasarán el resto del día delante del televisor, comprobando los resultados de los distintos partidos. Otros, obligados por sus familiares a ir a la playa o al campo, seguirán los resultados con una radio a transistores, y hacia las cuatro de la tarde, luchando con las olas y la arena, intentarán colgarse de un teléfono para efectuar sus apuestas para los segundos partidos. De todos modos, ellos han cumplido con su deber de esposos y padres; todos, pequeños y mayores, han podido jugar y tomar el sol. La familia ha estado junta.

Sally Rags llegó tarde, aunque ya me había advertido de tal posibilidad. Nos saludamos cordialmente y charlamos de mil cosas distintas, como es lógico tratándose de amigos que han estado muchos años sin verse. Luego me condujo hasta la confitería. Había una puerta que daba a una habitación trasera, y la atravesamos.

Sentado frente a una mesa blanca de formica había un empleado. Tenía delante de él una serie de hojas de papel en las cuales iba anotando las apuestas y el nombre del jugador, normalmente el nombre de pila seguido únicamente de una inicial. Nadie apostaba menos de veinte dólares; muchos apostaban cincuenta, y algunos, cien. Cuando una hoja estaba llena, «El Entrenador» la utilizaba para envolver el dinero y desaparecía. Minutos más tarde, regresaba, pero ya con las manos vacías.

En una pared había una enorme pizarra, procedente, dijo «El Entrenador», de una escuela pública demolida años atrás. En la pizarra estaban anotados los nombres de todos los equipos de béisbol que jugaban aquel día, apareados con sus oponentes, con el nombre de los lanzadores, y las apuestas estaban anotadas en tiza amarilla, al lado de cada partido. Los jugadores estaban de pie frente a la pizarra, haciendo sus cálculos. El empleado se marchó.

Me asombró la falta de secreto y disimulo con que se realizaba toda la operación, y cuando el trabajo decreció, pregunté acerca de ello al «Entrenador». Éste me contestó con evasivas. No me conocía, y aunque nos había presentado Sally Rags, no estaba dispuesto a concederme su confianza. A Sally Rags, en cambio, le trataba amistosamente, con familiaridad.

Yo había ya sospechado el origen del apodo del «Entrenador». Había enseñado a jugar a muchos de los apostadores, especialmente a los que buscaban conseguir un pleno, apostando arriesgados párolis. Un jugador hizo lo que él consideró una apuesta totalmente ilógica, y entonces sacó de su cartera unas fotografías, las cuales mostró al jugador. «Ésa es mi casa construida con las ganancias de los párolis», dijo, mostrándole una casa de los suburbios. Le enseñó otra foto, en la que se veía una casa a orillas del mar. «Esa casa la he comprado con el dinero de los “si”». En una tercera fotografía se veía una residencia campestre. «Esa casa la he adquirido con las apuestas “espalda con espalda”. Las tres expresiones, “pároli”, “si” y “espalda con espalda” se emplean para designar sistemas de apuestas en las que todo o parte del dinero ganado en una apuesta se emplea en otra apuesta, al efecto de intentar conseguir un pleno. En los meses que siguieron, Sally Rags no hizo, o al menos no lo supe, ninguna apuesta de este tipo».

En un rincón de la estancia se veía un fogón en el que hervía una olla de agua, y una olla más pequeña llena de salsa de tomate. El Entrenador nos invitó a comer, y, ante mi sorpresa, Sally Rags aceptó. Mientras estaban preparando la mesa, los dos hombres hacían sus negocios. Quedé asombrado al oír a Sally Rags decir: «Dame cien veces los Gigantes».

La razón de mi sorpresa era que aquel día los Gigantes eran favoritos por 11-13 ante los Mets. Lo cual significa que un jugador que apostara a los Gigantes debería pagar 13 dólares para ganar 5. No obstante, si el jugador apostaba a los Mets, debería pagar 11 dólares para ganar 5. Era, para el

corredor de apuestas, un verdadero «corazón», pues su ganancia sería, en cualquier caso, segura y saneada. Pero no fue eso lo que me sorprendió, pues sabía que era la regla establecida. Lo que provocó mi asombro fue el hecho de que Sally Rags dijera que apostaría cien veces por los Gigantes. Esto significa multiplicar por cien el precio unitario. Cada apuesta de 13 a 5 es una unidad. Es decir, que Sally Rags apostaba 1300 dólares contra 500 a favor de los Gigantes y contra los Mets. Desde luego, el hombre que cobraba 60 dólares a la semana quedaba muy lejos. Le miré con un cierto respeto.

Era un respeto compartido por las demás personas presentes en la sala, especialmente cuando Sally Rags abrió su cartera y contó trece flamantes billetes de 100 dólares. Lo que la corbata con los colores de su escuela es para el inglés, lo que el lazo de su fraternidad es para el universitario americano, lo que el doctorado honorario es para el político de éxito, lo que la pluma es para el escritor, eso es lo que representa el billete de 100 dólares para el jugador profesional. Indica su posición y su poder. Hay algo mágico en el 1 seguido de los dos ceros. Impresionan a muchas mujeres hermosas, aunque no tengan intención de ganar dinero. Su magnetismo es indudable. Y como sea que circulan tan poco, son siempre nuevos, de tacto agradable. Incluso los jugadores más espartanos, los que se alimentan a base de perros calientes y viajan en metro, muestran una cierta debilidad por los billetes de cien.

El encargado de la tienda, un italiano gordinflón y de mediana edad, nos sirvió la comida y se sentó a la mesa con nosotros. La salsa de los spaghetti era de primera calidad, pero las albóndigas dejaban mucho que desear. Había crujiente pan italiano, mantequilla en cantidad y una buena jarra de vino tinto casero. Una fuente de lechuga adobada con aceite de oliva y vinagre completaba la comida. Nada extraordinario, desde luego, pero la comida era buena. Felicité al italiano gordinflón, quien, evidentemente, era el cocinero. Se limitó a contestar: «Coma un poco más».

Los demás se disponían a marcharse. El Entrenador explicó que el domingo era un día de mucho trabajo. No tardaría en llegar más gente para las apuestas de los segundos partidos, y luego, por la noche, vendrían todos los clientes del establecimiento; unos, a pagar sus deudas de la semana; otros, a cobrar sus ganancias. Fue interrumpido por un hombrecillo delgado que

acababa de entrar en la trastienda. El recién llegado tenía los rasgos propios del bebedor habitual, necesitaba un buen afeitado, y llevaba una raída chaqueta sport. Era, indudablemente, habitual del establecimiento, y se dirigió, en primer lugar, al italiano rechoncho: «¡Eh, John, hazme fuerte!». El italiano no le hizo el menor caso. Nos miró a todos y añadió: «¿Quién va a hacerme fuerte? Todo lo que necesito es una libra».

Sólo cuando Sally Rags se sacó de la cartera un billete de diez dólares y lo dio al hombrecillo, caí en la cuenta de que lo que éste pedía era dinero. «Sólo una libra», dijo el hombrecillo, y devolvió el dinero a Sally Rags, quien le dio cinco dólares. El hombre se puso delante de la pizarra y la estuvo estudiando durante unos minutos; luego puso los cinco dólares junto al plato del Entrenador y dijo: «Déme Mets Wash espalda con espalda».

El Entrenador, por alguna razón, se puso furioso «Es la apuesta más estúpida que ha realizado en su vida. Márchese inmediatamente y cómprese ropa».

Había estado mirando a Sally Rags y me di cuenta de que estaba a punto de decir algo al Entrenador pero se contuvo. Conocía a aquella gente. El jugador insistió y, finalmente, el Entrenador aceptó la apuesta. El italiano gordinflón señaló la fuente de spaghetti que había encima de la mesa y dijo al jugador: «Coma, amigo; eso le hará fuerte». El jugador palideció y se marchó corriendo. Pudimos oír cómo, en la confitería, abría una botella de cola.

El Entrenador terminó de contarnos su historia acerca de la clientela que operaba a crédito. La norma de la casa era que todas las cuentas pendientes debían cancelarse el domingo. Pero, dijo El Entrenador, si un jugador había ganado, se presentaba el viernes, alegando que el domingo estaría fuera de la ciudad. «Nunca salen de la ciudad los fines de semana en que han perdido», comentó El Entrenador. «Nadie me ha pagado jamás el viernes por la noche».

Cuando salimos de la tienda, el italiano gordinflón estaba detrás del mostrador, y Sally Rags le pidió un paquete de Lucky. Pagó con un billete de diez dólares y rechazó el cambio. El italiano se embolsó el dinero sobrante sin demostrar sorpresa alguna.

Pasé el resto del día en la *suite* que Sally Rags tenía en un hotel. Estuvimos frente al televisor, comprobando la marcha de los partidos. El béisbol es un deporte que se puede seguir mientras se charla de lo que sea, y Sally Rags me contó lo que había sido su vida en todos aquellos años. Nada del otro mundo. A causa del juego, su mujer le había pedido el divorcio, y Sally fue a tramitarlo a Reno. Pasó unos años en Nevada, donde trabajó en un casino, como reclamo, primero, y como tallador, después. De regreso al Este, se convirtió en empleado de un corredor de apuestas, pero dado que este trabajo le impedía asistir a muchos partidos, lo dejó. Se dedicó a ver todos los partidos de fútbol, baloncesto y béisbol que se jugaban en Nueva York, y pronto se dio cuenta de que era un verdadero experto. Y si no era un experto, tuvo mucha suerte, pues en seguida comenzó a ganar mucho dinero con las apuestas. Entró en contacto con gente influyente en los ambientes deportivos, lo que le permitió conseguir información de gran utilidad en más de una ocasión. Nada deshonesto, desde luego. Y lo que no conseguía la amistad, lo conseguían algunas propinas sabiamente distribuidas.

Fue aquélla la tarde en que supe que Sally Rags no jugaba a las cartas ni a los dados más que en contadísimas ocasiones, y sólo para pasar el rato. Es un jugador profesional, y su casi exclusiva fuente de ingresos son las apuestas deportivas. Me dijo que los jugadores que se ganan la vida con las cartas o los dados son muy escasos, una especie a extinguir, como los herreros.

Argüí que se vendían grandes cantidades de barajas marcadas y de dados cargados, pero me dijo que yo no hablaba de jugadores profesionales, sino de estafadores y rufianes. Admitió, sin embargo, que a veces era difícil distinguir a unos de otros.

Desprecia de un modo absoluto el juego del póker, tan utilizado en novelas y películas. Afirmó que la diferencia entre un gran jugador de póker y uno competente a secas, era tan pequeña, que podía considerarse como inexistente. Y de contar con dicho juego para la obtención de unos ingresos fijos, nada de nada. Fue entonces cuando me definió al jugador profesional, diciendo que era el hombre que nunca apostaba contra la lógica. Aceptando esa definición, se supone que a un jugador profesional le resulta muy difícil

meterse en una partida de póker. En el actual mundo del juego no hay lugar para los románticos jugadores de película, estilo Showboat, en opinión de Sally Rags.

Su conversación estaba salpicada de expresiones propias del juego y de los jugadores. Cuando se negaba a responder una pregunta, o cuando rechazaba una taza de café o un cigarrillo, solía decir: «Creo que será mejor que pase». Esta expresión, bastante cortés, adquiría diversos matices, según el humor de Sally. Cuando estaba totalmente en desacuerdo con algo, decía: «El porcentaje es nulo». Esta frase la aplicaba lo mismo al comentar la política exterior de Johnson, que al condenar el pase de Frank Robinson al Baltimore.

Mientras, los Gigantes vencieron fácilmente, con lo que Sally Rags ganó quinientos dólares, según él mismo me dijo. Las ganancias no le dejaban en modo alguno indiferente; de hecho, su buen humor estaba en relación directa con los beneficios obtenidos. En esto no se parecía a Gaylord Ravenal ni a los románticos jugadores de las películas y novelas. De buen humor, pues, me citó para el martes por la mañana, al efecto de que pudiera pasar con él toda la jornada de trabajo.

El martes por la mañana nos encontramos a las diez. Desayunamos juntos, y después, cerca de mediodía, tomamos un taxi para dirigirnos a ver al Entrenador. Hubo muy poca conversación, pues El Entrenador no estaba de muy buen humor. Sally Rags apostó cien veces a favor de los Cardinals contra los Mets, pagando al contado. Luego tomamos otro taxi, que nos condujo al Acueducto, es decir, al hipódromo.

Las carreras de caballos es la única forma de juego que me aburre, y tampoco a Sally Rags le gustaba mucho. Estaba apostando en la ventanilla de 10 dólares —poca cosa para él—, y luego desaparecía durante una media hora, para ir a charlar con unos amigos, dijo. La última vez que hizo esto volvió muy enfadado. De hecho, nunca le había visto de tan mal humor. No tardamos mucho en abandonar el hipódromo, lo que agradecí, pues estaba cansado de permanecer horas y horas bajo los rayos del sol.

De nuevo en la ciudad, cenamos despaciosamente, y luego, cerca de las siete, nos encaminamos a la confitería del Entrenador. Sally Rags había ganado la apuesta efectuada a primera hora de la tarde, y cobró sus ganancias. Hizo una apuesta más pequeña para el partido de la noche, apostando contra los Yankees, que jugaban en la Costa. Las apuestas estaban, sorprendentemente, 7 a 5. Esta vez hizo la apuesta doscientas veces, lo cual significaba que tenía que apostar 1400 dólares para ganar 1000.

Eran ya las siete y media, y en un taxi nos dirigimos a Long Island, al Roosevelt Raceway, para las carreras nocturnas de caballos con arreos. Llegamos tarde para el doble, y cuando me quejé de esto, Sally Rags cubrió mi apuesta con su dinero. Y lo hizo con la paciencia de una persona adulta para con un chiquillo deficiente mental.

No es necesario decir que perdí, y Sally Rags se embolsó mis dos dólares sin hacer el menor comentario. Era agradable contemplar el trote de los caballos al aire fresco de la noche, pero me di cuenta de que Sally Rags estaba inquieto. Después de la cuarta carrera, Sally se fue a hablar con un hombre mal afeitado y peor vestido. El hombre hizo signos negativos con la cabeza y Sally Rags regresó a mi lado. Poco después, mientras se encaminaba a hacer una apuesta, el hombre mal afeitado pasó cerca de nosotros, y Sally Rags le llamó. «Esperaré aquí», dijo. El hombre, secamente, contestó: «Después de la sexta carrera, conforme hemos acordado».

Después de la sexta carrera, Sally Rags y el hombre mal afeitado se dirigieron a una zona en la que no había gente. Sally volvió junto a mí, y al cabo de unos minutos me dijo que tenía que ir a efectuar su apuesta. No me invitó, por lo que esperé unos minutos, y luego me encaminé a la ventanilla de las apuestas de dos dólares. Entonces vi a Sally Rags en la ventanilla de cincuenta dólares. Llevaba en la mano un fajo de tickets. No me detuve.

Al terminar la carrera se sacó del bolsillo uno de los tickets, me lo mostró y dijo: «He hecho una buena operación».

Era ya casi medianoche cuando regresamos a la ciudad, pero a pesar de lo intempestivo de la hora, Sally me invitó a subir a su habitación a tomar una copa, mientras él comprobaba la marcha del partido que se jugaba en la Costa occidental. Debido a la diferencia horaria, el partido había comenzado hacía sólo una hora, y los Yankees estaban ganando por una carrera. Estuvimos

bebiendo hasta la terminación del partido, unos minutos después de las dos de la madrugada, pues Sally Rags alegó que no podría dormir sin saber si había ganado o perdido. Los Yankees perdieron, ya que el segundo bateador no estuvo a la altura precisa. Sally Rags sonrió y dijo: «Es lo que me figuraba».

Habíamos estado «trabajando» desde las diez de la mañana. Habíamos pasado seis horas de pie. Calculé que Sally Rags había hecho apuestas por valor de unos cuatro mil dólares, y que había ganado la misma suma, aproximadamente. Si éste era su promedio diario, eso significaba que sus ingresos brutos anuales debían de superar el millón de dólares. Era una estadística alarmante, porque sabía que había centenares de Sally Rags, aparte de los muchísimos jugadores de poca monta. Por lo tanto, las cifras que se publicaban en relación con el juego en los Estados Unidos eran ridículamente bajas, a pesar de que se hablaba de miles de millones.

Llegué a casa pasadas las tres de la madrugada. Había comprobado que la jornada de un jugador profesional era de quince horas, de quince agotadoras horas. No era una profesión fácil ni descansada.

Cuando a la mañana siguiente mencioné esto a Sally Rags, éste me replicó: «Te hubieras cansado mucho más si hubieses tenido que estar pendiente, como yo, de los resultados de las carreras y los partidos. Era mi dinero lo que estaba en juego».

Durante los seis meses siguientes, dos veces al mes, pasé un día junto a Sally Rags. El día dependía de la llegada de Sally de Las Vegas. Le acompañaba cuando apostaba al béisbol, al fútbol y al baloncesto. (Al hipódromo no le acompañaba, pues era demasiado aburrido). Me fijé en algunos detalles realmente interesantes.

Ganó el 85 por ciento de sus apuestas, lo que puede considerarse como un promedio fantástico. Apostaba casi siempre por el favorito, y, casi siempre también, contra los equipos de Nueva York. Hubo una curiosa excepción: una fuerte apuesta de tres mil dólares a favor de un equipo muy débil que debía contender con uno de los aspirantes al campeonato. El equipo favorito disponía, además, de uno de los mejores bateadores de la liga. Se dio la extraña circunstancia de que el bateador se lesionó a las primeras de cambio,

si bien su equipo ganó igualmente el partido, por lo que Sally Rags perdió su apuesta. De todos modos, Sally ni siquiera se molestó en seguir el partido por radio: apenas le preocupaba.

Es más divertido presenciar los partidos de fútbol y de baloncesto, que los de béisbol. Y para apostar también los prefiero. El mecanismo de las apuestas también difiere. En estos deportes, el jugador entrega al corredor 5,50 dólares por cada apuesta de 5, prescindiendo de cuáles sean los equipos contendientes, es decir, que paga un diez por ciento al corredor. Al equipo más débil se le concede un handicap o ventaja de un número determinado de tantos, al efecto de igualar, de cara a los apostantes, las posibilidades de ambos contendientes. Así, si uno apuesta por los Gigantes de Nueva York contra los Packers de Green Bay, se empieza con una ventaja de, digamos, diez puntos. Antes de comenzar el juego, el resultado representa que es de diez a cero a favor del apostante y de los Gigantes. Para que el jugador pierda su apuesta, los Packers deberían ganar a los Gigantes por más de diez puntos. El mecanismo del baloncesto es el mismo, salvo que es muy raro que un equipo sea favorecido con más de cuatro o cinco puntos.

Sally Rags tenía siempre asiento de preferencia en todos estos acontecimientos deportivos, y en cada partido apostaba invariablemente 1100 dólares contra 1000, o sea, que dejaba 100 dólares de comisión para el corredor. De acertar cinco veces de cada diez, que es lo normal, hubiera perdido 500 dólares. Para ganar debía, necesariamente, conseguir un promedio mayor.

El baloncesto es para el espectador un juego muy emocionante, pero una noche, en el Madison Square Garden, la multitud seguía gritando y aplaudiendo, a pesar de que los Knicks estaban perdiendo claramente y quedaba sólo un minuto de juego. Lo que ocurría era que los Knicks eran los más débiles, es decir, los que tenían a su favor el handicap, y los espectadores pensaban que aún tenían oportunidad de ganar sus apuestas. «Muchos de estos espectadores deben de haber apostado, supongo», dije a Sally Rags.

«Todos, absolutamente todos, han apostado», me contestó. Y hablaba con absoluta seriedad y convencimiento.

Volvíamos a ser amigos como antes, como en los años de nuestra juventud. La confianza renació entre nosotros de un modo bastante curioso. Después de haber pasado juntos varios días, subsistían nuestros mutuos recelos. Pero un día lo hice todo mal. Aposté un «pároli» en un partido de fútbol, puse dinero en un doble descabellado, hice una apuesta «espalda con espalda» en un partido de baloncesto entre dos de los equipos más flojos de la liga, etc. Sally Rags había observado, asombrado, todas estas operaciones mías. Mi estupidez le ofendió profundamente. Por la noche, cuando llegamos a su hotel, no pudo ocultar ya más su disgusto y se dejó llevar por los nervios. Me sirvió una copa y dijo: «¿Así que tú eres un gran escritor? ¡Vamos, hombre, no me hagas reír!».

Su rudeza me sorprendió desagradablemente, tanto, que de momento no supe contestarle. Luego, con voz débil, repliqué: «Soy tan buen escritor como tú jugador». Se produjo, primero, un embarazoso silencio, pero después nos echamos a reír. Nos reímos el uno del otro, nos reímos de nosotros mismos.

Lo que había ocurrido, pienso, era que ambos habíamos sobrevalorado nuestras respectivas profesiones. Sally Rags había creído que escribir un libro era algo muy importante, y yo había pensado que el ser jugador profesional era, al menos, romántico. Ambos habíamos sufrido una decepción, y nos alegraba darnos cuenta de que, en el fondo, seguíamos siendo empleados del archivo de una gran oficina. Ahora quedaba todo aclarado.

Pero incluso después de este incidente, Sally Rags no me dio información real e importante de las operaciones de un jugador profesional. Debía apoyarme únicamente en mis observaciones, en mi captación de los detalles significativos. Uno de tales detalles consistía en el hecho de que Sally Rags solía citarme unos minutos antes de ir a realizar sus apuestas con el Entrenador. Decía que por la mañana tenía otras cosas que hacer.

Un domingo por la mañana fui con Sally Rags a apostar en un partido de fútbol profesional. Era emocionante ver a los padres de familia dando la mano a sus hijitos, vestidos todos con ropas de invierno y botas altas, apropiadas para la nieve, aguardando su turno. Como de costumbre, Sally llegó bastante tarde.

Entramos en la trastienda de la confitería. Sally Rags se situó frente a la pizarra, en actitud pensativa. Finalmente, dijo al Entrenador:

—¿Dónde están los Chiefs de Kansas City?

—Hoy no están en la pizarra, Sally —contestó el Entrenador.

Sally Rags hizo una mueca y luego se enfrascó en el estudio de su periódico.

—Tendré que apostar a algún otro equipo. Estaba seguro de que los Chiefs ganarían con facilidad.

El Entrenador, secamente, con la voz que le había valido su apodo, repuso:

—No pienses en comprarte una casa a costa de los Chiefs este año, Sally.

Los dos domingos siguientes, a pesar de que Sally se hallaba fuera de la ciudad, acudí a la confitería a hacer mis apuestas. Los Chiefs seguían sin figurar en la pizarra. En uno de esos dos domingos desaparecieron de la pizarra otros dos equipos de la Liga Americana de Fútbol. A pesar de lo pésimo jugador que era, sabía perfectamente que el ser borrado de la pizarra de un corredor de apuestas era para un equipo un síntoma de mal augurio.

Poco antes de Navidad, Sally Rags regresó a la ciudad. Fui a verle inmediatamente. Le dije que tenía suficiente material, por lo que no tendría ya que estar continuamente pegado a su lado. Mis palabras le decepcionaron, según pude apreciar, y entonces me invitó a ir a Las Vegas la víspera de Año Nuevo.

—Si no conoces Las Vegas, no puedes escribir un libro sobre el juego —me dijo—. Yo correré con todos los gastos.

—¿Por qué no me explicas el secreto de tus éxitos, en vez de hacerme viajar? —le dije—. Sé que consigues un promedio del ochenta y cinco por ciento, lo cual es mucho, aún apostando por los favoritos. ¿Cuál es tu secreto?

Con absoluta seriedad me dijo que todo ello era fruto de años de experiencia, de años de asistir a muchos partidos y de ver en acción a todos los equipos. Su caso era, en cierto modo, igual al de un catador de vinos. Tenía buen paladar para adivinar los ganadores. Entonces fui yo el sorprendido: Sally me confesó que, aparte de sus veinte años de experiencia,

poseía alguna información confidencial, lo que constituía una buena ayuda. Sonriendo, añadió:

—Tal vez me hayas dado suerte. Espero que seas tan buen escritor, como yo jugador.

No contesté, y entonces él, un poco nervioso, añadió:

—Tú mismo has hablado del ochenta y cinco por ciento, ¿no? Entonces es que soy bueno y la suerte me acompaña.

—No me hagas reír, Sally —dije. Su rostro se ensombreció.

—Bueno, vente unos días a Las Vegas. Allí podré descansar y tendremos tiempo para charlar. ¡No te enojes, hombre! Somos viejos amigos, después de todo.

Dos días antes de Año Nuevo me hallaba en Las Vegas. Todos los hoteles de gran lujo tienen las habitaciones reservadas por los casinos para la clientela procedente de los cuatro puntos cardinales de la nación, y es imposible que un particular pueda hallar alojamiento para las fechas de fin de año. No podía comprender cómo Sally Rags había podido conseguir, habiéndole avisado con tan poco tiempo, una habitación para mí en el Sands Hotel. Y, naturalmente, esperaba que una noche de fin de año en Las Vegas resultaría algo espectacular e inolvidable.

En las cuarenta y ocho horas precedentes a la Nochevieja, Sally Rags me permitió estar casi permanentemente a su lado, aunque, dijo, no ganaba nada con ello. Tenía una *suite* en otro hotel de lujo, y se excusó por haberme alojado en el Sands. El hotel había ido a menos, por lo que ni él ni sus amigos se alojaban ya allí. Pero era el único en el que había encontrado habitaciones libres. Finalmente, comenzó a explicarme cosas verdaderamente importantes de su profesión.

Sally Rags hizo de Las Vegas su hogar permanente debido a una serie de razones, todas muy buenas. Unos cuantos años atrás, los agentes federales de Nueva York comenzaron a meterse con muchos ciudadanos que hacían apuestas con los corredores. Trataban de averiguar lo que apostaba cada uno al efecto de calcular los impuestos a pagar por los corredores. A los jugadores no se les molestaría, les aseguraron.

A ningún jugador le gusta que le controlen. Sally Rags tomó un avión y aterrizó en Las Vegas. Un aterrizaje perfecto. Estaban hechos el uno para el

otro. Las Vegas es el equivalente de una «ciudad abierta» en un país en guerra. Es inmune a la mayoría de los inconvenientes que rodean al juego. Su vasta red de comunicaciones opera con impunidad bajo la barrera de los derechos de los Estados. Sally Rags dijo que era algo maravilloso poder hacer lo que más le gustaba, lo que su temperamento necesitaba, sin miedo a ser detenido. Además, como sea que ningún jugador declara que su profesión es el juego al rellenar los impresos de declaración de renta (sería un suicidio), y tenía que declarar mi empleo, se las ingenió para que le incluyeran en la nómina de un casino como consejero de relaciones públicas, que es la tapadera de mucha gente en Las Vegas, hombres y mujeres.

Mencioné que había visto a muchas personas ancianas, tullidas incluso, que, con sus sillas de ruedas, jugaban incesantemente. Sally Rags sonrió y dijo:

—Saben que la suerte, en su vida, está contra ellos, y por eso no temen en absoluto lo que el azar pueda depararles en Las Vegas.

Pero me interesaba que dejara de filosofar, pues lo que a mí me importaba era que me diera detalles concretos. Le dije que le había visto comprar un taco de tickets de 50 dólares, después de hablar con el hombre mal afeitado, allá en el hipódromo. Le hablé también de los demás detalles que había ido observando. Señalé que algunas cosas tenían para mí una explicación clara, pero que lo que deseaba era que me diera una visión de conjunto del mundo del juego.

En aquellos días que pasé con Sally Rags vi muchas cosas, pero dejé de ver muchas más. Por ejemplo: apostaba con otros tres o cuatro corredores de la ciudad. Me había dejado ver sólo lo que le había interesado o lo que había considerado poco importante.

—Muy bien —dijo Sally Rags—. Debo admitir que nunca hago una apuesta si no tengo un margen o ventaja. A veces, el margen es grande; otras, muy pequeño. El día aquel en que aposté a favor del equipo más débil sabía que el primer bateador del equipo contrario no podría hacer nada. Sabía también que mi socio californiano apostaría al revés, una vez empezado el partido. Conseguimos un pleno, no podíamos perder. Pero conseguimos apenas nada. Lo mismo se hace en el baloncesto y en el fútbol. Sé quiénes van a jugar, quién está lesionado, quién se embriagó la noche anterior, quién

abusa del amor, etc., etc. Todo eso es lo que me proporciona el margen o ventaja.

—¿Tantas cosas sabes de todos los equipos? —pregunté.

Dijo que de casi todos. Luego habló de otro factor apenas mencionado. En el último análisis, el cálculo de probabilidades de los partidos no se efectúa teniendo en cuenta la valía o méritos de los equipos, sino que lo que cuenta es el dinero que el público juega a favor de cada uno de los contendientes. La ley de la oferta y la demanda. En la ciudad de Nueva York siempre hay más dinero a favor de los Yankees, de los Mets y de los Jets del que lógicamente merecen. Dinero de casa. Y es por eso que las probabilidades de estos equipos están siempre, desde el aspecto de las apuestas, algo hinchadas.

—¿Es que el cálculo de probabilidades no es efectuado por una autoridad central? —pregunté.

—Desde luego —respondió Sally Rags—. Es por eso que los corredores pueden realizar una serie de apuestas con esa autoridad superior, con lo que pueden igualar los riesgos y asegurarse, así, una ganancia más o menos grande. Esto es válido para todas las ciudades, excepción hecha de Nueva York. Allí, la actividad de los corredores es tanta, que pueden crear su «pleno» cambiando las apuestas, cambiando su propia línea, para dirigir dinero hacia el otro equipo. Por eso, en tales partidos puedo conseguir un mejor precio o un mayor margen, viniendo a Nueva York. Eso, combinado con algunos informes confidenciales es lo que me da el margen que preciso para apostar con una cierta seguridad. A veces pierdo, naturalmente, pues el sistema no es infalible. Ya te he dicho que se trata sólo de la suerte, a pesar de mi ochenta y cinco por ciento de aciertos. Pero lo importante es apostar teniendo siempre una razonable seguridad.

En el informe Kefauver sobre el juego se dice que los corredores de la ciudad de Nueva York son los únicos que no efectúan sus apuestas sobrantes con una autoridad central, pero señala que son lo suficientemente ricos como para no tener que hacerlo.

Dado que los corredores tienen casi siempre un «pleno» automático, pregunté a Sally Rags que por qué no se había convertido en corredor. Se encogió de hombros y dijo:

—Demasiados quebraderos de cabeza. Algunos jugadores se han pasado a corredores de apuestas, pero no es lo normal. Los temperamentos son opuestos. Tales corredores suelen dejarse vencer por la tentación del juego, es decir, que vuelven a lo de antes, y entonces se juegan el dinero de los clientes, con lo que se convierten en delincuentes.

Sally Rags me dijo que éste había sido el caso del Entrenador, muchos años atrás. Afortunadamente, una buena paliza le sanó por completo, y fue entonces cuando inició el camino que le había llevado a la posesión de sus tres casas.

Pregunté a Sally Rags acerca del partido de fútbol que había sido borrado de la pizarra.

—No sé nada de eso —dijo—. Sólo que me hubiera gustado apostar en aquel partido. No tenía ningún interés especial, desde luego. Aparte de todo lo que estamos hablando, quiero decirte que tengo la seguridad de que, aún sin ventaja alguna, me ganaría la vida con el juego.

—Volvamos a lo que me interesa —dije—. Observé que aquel equipo de Kansas estuvo fuera de la pizarra también los dos siguientes domingos.

—Muy bien; si yo formara parte de un jurado y me dijeran que los corredores habían borrado el partido, no necesitaría ninguna otra prueba. Mi voto sería condenatorio.

—¿Cómo consigues tu alto margen en los partidos de fútbol? —le pregunté. Sus apuestas más fuertes las había realizado en los partidos de fútbol, y no recuerdo que perdiera ni una sola vez.

Me recordó varios casos en los que algunos jugadores famosos habían sido multados por el, en apariencia, inocente pecado de apostar a favor de sus propios equipos. Los jugadores habían protestado, naturalmente, y muchos aficionados les habían apoyado.

—Pero emplea el sentido común —añadió Sally Rags—. Si sé que el propietario de un equipo de fútbol ha apostado fuerte a favor del mismo, y que dicho equipo es favorito por tres puntos, luego sé también que el entrenador y los jugadores harán lo imposible por vencer por más de tres puntos. Harán lo que puedan por superar el handicap, al efecto de que el propietario del equipo pueda ganar su apuesta. Cambiarán la estrategia de su juego. Cuando uno apuesta no puede dejar de tener en cuenta detalles como

éste. A los jugadores no se les permite apostar por su equipo, pero al propietario del equipo, en cambio, sí. Es un contrasentido. Lo mismo puede decirse cuando los apostantes son los jugadores. Si me entero de que dos jugadores-clave apuestan por su equipo en un determinado partido, apuesto también yo, y con plena confianza, además. Si sé que a la semana siguiente, en cambio, no apuestan por su propio equipo, apuesto por el otro, no con una confianza absoluta, como en el caso anterior, pero sí con una razonable tranquilidad. Como ves, todo es cuestión de sentido común. Sólo eso.

Le pregunté acerca del hombre mal afeitado con el que habló en las carreras de trotones. Se rió al darse cuenta de que me había fijado en su adquisición del fajo de tickets de 50 dólares. No le importaba que le hubiese visto, me dijo, porque las carreras de aquel tipo estaban muy corrompidas. Las autoridades habían tenido que prohibir los dobles gemelos, porque el hecho de asegurar cuatro carreras en una sola noche por parte de jugadores excesivamente codiciosos, creaba una situación peligrosa.

Admitió que el hombre mal afeitado le había proporcionado información acerca de una de las carreras.

—Pero no se trataba de un «pleno» —dijo Sally Rags—, sino sólo de una muy buena ventaja. Pero tuve que comprometerme a cederle la mitad de los beneficios y a no apostar más de quinientos dólares. El caballo se pagaba 4 a 1, por lo que cobré 2000 dólares, pero la ganancia neta fue sólo de 750. No obstante —añadió—, el caballo no ganaba siempre. Ocurrían accidentes, cosas imprevisibles y, a veces, incluso se obraba de mala fe.

—¿Qué ocurre cuando te da un perdedor? —pregunté.

Sally Rags se encogió de hombros.

—Nunca lo hace, a menos que antes me haya dado dos o tres vencedores, por lo que siempre se lleva ventaja. Y lo que pierdo se lo descuento del próximo caballo que me da.

Quise saber qué ocurriría si el hombre mal afeitado le diera dos perdedores consecutivos. Sally Rags me dijo:

—No puede darme dos perdedores seguidos.

—¿Es que no se los da a nadie? —pregunté.

—No sé lo que hace con los demás —respondió Sally—, pero sabe que a mí no puede darme dos perdedores seguidos.

—¿Tan seguro estás? —Estaba realmente sorprendido.

Se rió. Se rió de mi inocencia, supongo.

—Sí, estoy totalmente seguro —contestó.

Estaba sorprendido porque sabía que Sally Rags no era físicamente muy fuerte, ni mentalmente vicioso, ni cruel. Le tenía por un compañero extremadamente agradable, enamorado de los espectáculos deportivos, y sabía que era amigo de algunos grandes atletas. Su capacidad de entusiasmo era propia de un joven. Y sabía, por propia experiencia, que era generoso.

Inquirí detalles de una noticia aparecida reciente mente en un periódico en relación con la amistad de Bob Cousy con un jugador.

—Cousy tiene demasiada clase —dijo Sally Rags—. Además, ni aún queriendo hubiera sido capaz de hacer una mala jugada en la pista de baloncesto. Pero en aquellos años —ahora las cosas han cambiado creo—, los corredores tenían montadas las apuestas baloncestísticas del modo que voy a explicarte: consideraban que en un partido los dos equipos sumarían un total de 230 puntos, por ejemplo. Entonces, las apuestas se hacían sobre si el total de puntos estaría por encima o por debajo de 230. Consecuencia de ello es que si, por ejemplo, Cousy decía a un amigo que su equipo se dedicaría, en un partido determinado, a controlar el balón, es decir, a jugar a la defensiva, el amigo podía apostar tranquilamente «a la baja», o sea, que sabía casi con toda seguridad que la puntuación no llegaría a 230. No es un «pleno», pero es un margen o probabilidad muy alto.

—¿Piensas que Cousy hizo eso alguna vez? —pregunté.

—¿Y por qué no? Los corredores de bolsa hablan con sus amigos de la marcha del mercado de valores. ¿Por qué no podía Cousy hablar de baloncesto? ¿Es que podía importarle que los corredores salieran perjudicados? ¿Es que perjudicaba a alguien más?

En nuestra última sesión privada, Sally Rags me dijo, con absoluta seriedad:

—Todos, escritores, políticos, psiquiatras, etc., condenan el juego. ¿Por qué no te dedicas a defenderlo tú un poco?

—¿Y cómo quieres que lo haga? —pregunté.

—Tú y yo hemos tenido suerte —dijo—. Conseguimos salir de aquel archivo. Pero ¿qué me dices de los millones de personas que no consiguen

salir de la mediocridad? Carecen de talento, de imaginación, no destacan en ninguna especialidad. Saben que no conseguirán dar un solo paso adelante. Su única esperanza está en el juego. Compran un billete de lotería, el cual les da un poco de esperanza. Es el caso de millones de personas.

—La lotería del Estado de Nueva York está montada a escala bastante reducida —dije.

—Porque hay sabotaje de por medio —contestó—. ¿Quieren las autoridades ganar quinientos millones de dólares cada año? Que me den la concesión y les garantizo estos quinientos millones. Y en Las Vegas encontrarás a cien individuos que te dirán lo mismo que yo. Esos tipos de Nueva York son de risa.

—¿Eso es lo que tú quieres? —pregunté—. ¿Una sociedad basada en el juego, que todo el mundo apueste a todo?

—¿Y por qué no? —preguntó, a su vez.

Y entonces le di el que yo pensaba que sería el coup de grace.

—Muy bien, pero ¿qué sería entonces de los hombres como tú?

De momento no contestó. Me miró, asombrado, carraspeó, y luego dijo:

—¿Lo dices porque siempre juego teniendo a mi favor un margen más o menos grande? —Hizo un gesto con la cabeza—. No comprendes nada. ¿Es que no te das cuenta de que no soy sino un hombre de negocios?

La noche de fin de año en Las Vegas resultó no ser tan espectacular como yo esperaba. A las nueve me encontré con Sally Rags y sus amigos en el Caesar’s Palace, quizás el casino-hotel más popular de la ciudad. Años atrás, la reunión se hubiera celebrado en el Sands. Se decía que si el Sands Hotel hubiese ardido durante una noche de fin de año, con todos sus huéspedes en el interior, J. Edgar Hoover hubiera tenido que despedir a la mitad de la plantilla del FBI.

A las once, una hora antes de Año Nuevo, abandonamos el comedor y nos dirigimos al salón de juego, el cual, en el Caesar’s Palace, es tan grande como la pista de un circo. Estuve hablando con la amiga de Sally Rags, y cuando los otros se situaron alrededor de una mesa en la que se jugaba a los dados, ella y yo nos sentamos en un sofá cercano.

Tenía todo el aspecto de pertenecer al mundo del espectáculo, y calculé que debía rondar la treintena. Me dijo que ella y Sally Rags eran buenos amigos, que lo suyo no era nada serio, y que Sally Rags se mostraba muy generoso. Dijo también que él la había convencido para que se matriculara en la Nevada Southern University, radicada en Las Vegas, y que le gustaba con locura asistir a las clases. Sally le daba el dinero para pagar los estudios.

Era un buen hombre, y muy considerado, me dijo. Hubo un tiempo en que ella estuvo muy enamorada de él, pero Sally no tardó en desilusionarla. La muchacha hizo una pausa y luego añadió:

—Quiero decirle algo de la primera vez que nos acostamos juntos. Me estaba diciendo lo mucho que me quería, lo bien que se sentía a mi lado. Le invité a que me lo demostrara. No es un Don Juan, pero tampoco es un novato. La cosa marchaba bien, cuando, de pronto, sacó el brazo y conectó la radio que tengo encima de la mesita de noche. El muy bruto no quería perderse los resultados de los partidos de béisbol, para ver cuánto había ganado en las apuestas…

La muchacha se echó a reír.

Era cerca de medianoche, y la amiga de Sally y yo nos reunimos con los demás, que seguían en la mesa. Me sorprendió ver a Sally Rags con un montón de fichas de cien dólares y tirando los dados. Aquí no había informes ni márgenes. El encargado de la mesa le ayudaba a apilar las fichas, lo que podía considerarse como una muy rara cortesía.

En el enorme salón de juego no había mucha gente, pues la mayoría estaban todavía en la sala de fiestas del hotel. De pronto se oyó, potente, una voz femenina, que, sin excesivo entusiasmo, anunció: «Señoras y caballeros: falta un minuto para la medianoche». Hubo una pausa. El ruido decreció un poco. Luego, la voz dijo: «Son las doce. Feliz Año Nuevo». El tono con que fueron pronunciadas estas palabras era completamente frío. Eso fue todo. Nadie se molestó en gritar o silbar.

De hecho, el juego apenas si se interrumpió. Algunas de las parejas, mujeres con vestido largo, hombres en traje de calle, se besaron. Sally Rags y sus amigos ni siquiera levantaron la vista de la mesa. Dos empleados del casino, en una mesa vacía, se besaron también, riendo. Pocos minutos después, el salón estaba lleno a rebosar. Algunos de los recién llegados

llevaban en la cabeza gorros de papel de todos los colores. Pero en las máquinas tragaperras algunas mujeres estaban utilizando estos gorros para poner en ellos las monedas que vomitaban las máquinas.

En las mesas se jugaba fuerte, pues se veía a muchos jugadores con fichas de 25 a 100 dólares. Sally Rags había perdido todas sus fichas e hizo una seña para que le entregaran más. Un empleado de la mesa atendió, con prontitud y sin discutir, los deseos de Sally. Me situé a su lado, y Sally Rags, al darse cuenta de mi presencia, me dijo, en tono casi de excusa:

—Alguna vez al año juego por el placer de hacerlo.

Al otro lado de la mesa vi a una famosa pareja de cantantes de rock-and-roll. La muchacha, con cara asustada, trataba de imitar a su melenudo compañero. Éste se impacientó y le dijo: «Hazlo a tu modo. Yo estoy haciendo algo diferente». (Palabra por palabra). La chica, temblorosa, colocó, sin mirar, fichas por valor de trescientos dólares a un número.

Salí del casino por una puerta secundaria, que conduce al enorme aparcamiento del hotel. Estaba totalmente lleno de vehículos. Seguí hasta la calle, la fabulosa Strip de Las Vegas, mucho más brillante que el Broadway de hoy o de ayer, y mucho más hermosa, sí es que «hermosa» es la palabra. Los enormes hoteles de cristal brillaban cual estrellas rutilantes, los anuncios formaban bellísimas cascadas de luz, y las colinas circundantes, negras, rodeaban, cual mágico anillo aquella locura de luces de todos los colores e intensidades. Feliz, encendí un cigarrillo.

¿Sabía Sally Rags que tal vez sería realidad el mundo que él preconizaba? En casa, el buzón estaba lleno de ofertas por un total de varios millones de dólares los cuales serían míos con sólo suscribirme a varias revistas muy respetables. Las gasolineras, los grandes almacenes, etc., etc., concedían a todo el mundo la oportunidad de ganar grandes sumas con sólo efectuar pequeñas compras. Otros Estados estaban a punto de implantar también loterías. Y toda la sociedad estaba cambiando.

Si el consumo de drogas está empezando a ser considerado como algo elegante, si las muchachas hacen el amor para pasar el rato, ¿qué puede haber de malo en jugar una partida de cartas o en apostar en un partido de fútbol? Y nadie podrá demostrar que esto sea perjudicial. ¿Y por qué a las personas que no tienen esperanza alguna de conseguir el éxito no se les puede dar la

oportunidad de soñar, la oportunidad de conseguir en un momento lo que saben que no lograrán en todos los años de su vida?

Allí, rodeado por aquellas colinas más allá de las cuales empezaba el desierto, pensé en otro misterio más importante.

La noche de fin de año se habían reunido en Las Vegas los elegidos de América: políticos enriquecidos gracias al soborno, tejanos convertidos en potentados gracias al petróleo. Había magnates del ramo de la alimentación, los cuales, pocos años antes, no eran sino vulgares tenderos. Había visto a una figura legendaria del mundo del deporte, y a la pareja de cantantes de rock (¿quién hubiera podido imaginar que jugaran tan fuerte?), y había también muchas bellas mujeres cuya naturaleza amable había sido la base de su fortuna. Millonarios retirados, criminales de categoría, estrellas de cine, jugadores… Todos gente bien, habían encontrado un «pleno» en la vida. Serían ricos y estarían seguros siempre, hasta el fin de sus días.

¿Por qué, pues, habían atravesado el continente en rapidísimos jets? ¿Por qué, en sus lujosos automóviles, habían devorado kilómetros y más kilómetros, hasta llegar a esta ciudad corrompida, con el solo objeto de ponerse a merced del destino? En el interior de aquellos arcoíris de neón se inclinaban sobre el verde tapete de las mesas, consultaban oráculos en forma de cubo, desafiaban la rueda de la ruleta, con sus fatales cero y doble cero. Incluso aquel mago astuto, mi Merlín personal, el gran Sally Rags. No tenían necesidad alguna. Por lo menos, aparentemente.

Del Caesar’s Palace salieron dos muchachas elegantemente vestidas, escoltadas por dos hombres de mucha más edad que ellas. Las muchachas cantaban *Auld Lang Syne* («Tiempos que fueron») y simulaban —o tal vez no — haber olvidado la letra. Un joven que corría, más que andaba, en dirección opuesta, ávido de acción, gritó las palabras, burlonamente, y las chicas las cantaron, obedientemente, mientras el joven se sumergía en la cascada de neón.

Una de las muchachas, al pasar, me deseó un feliz año nuevo, y yo se lo deseé también. No obstante, menos experto que Sally Rags, mi estancia en Las Vegas la saldé con pérdidas. Esperaba que Sally Rags se defendiera bien con sus fichas de cien dólares, jugando sin su margen.

Salvatore Ragusin había alcanzado su actual posición a partir de un modesto empleo en los archivos de la Administración de Veteranos. El hecho de que el hombre mal afeitado no pudiera darle un perdedor dos veces seguidas no era, quizá, importante para nadie excepto para mí. Pero Salvatore Ragusin, o Sally Rags jugador experto donde los haya, buena persona y todo lo demás, nunca encontraría su tan buscado «pleno». Como todos los demás, debería conformarse con un margen pequeño y temporal.

SUPONGO QUE NO GANO NI PIERDO, PORQUE NECESITO EL DINERO

Mientras todo el mundo, horrorizado, arremetía contra las drogas y la revolución sexual de los años sesenta, el juego público, el juego en los casinos, se convirtió en el vicio más generalmente aceptado de la década. La American Farm Bureau Federation, un millón y medio de las personas más conservadoras y devotas de los Estados Unidos, celebró su 48.º convención anual en Las Vegas. Llegaron, dijo alguien, con un billete de diez dólares en una mano y un ejemplar de los Diez Mandamientos, en la otra, y apenas ninguno de ellos soltó el billete ni quebrantó el Decálogo.

Puede ser cierto. Pero es un hecho comprobado que otros catorce millones de visitantes de Las Vegas, en 1967, no siguieron su ejemplo. Dejaron más de quinientos millones de dólares para ayudar a construir los templos dedicados al juego por los que es famosa Las Vegas.

Son cada vez más numerosos los Estados de la Unión que autorizan loterías, y el cardenal Cushing de Boston, declaró en cierta ocasión públicamente qué sería el primero en comprar un boleto cuando en Massachusetts fuera legalizado el juego. San Juan, con sus casinos de juego, está disputando a Miami Beach la adhesión de los adoradores del sol, que desean emociones fuertes en cuanto llega la noche. El juego se está convirtiendo rápidamente en algo tan respetable, que, en futuras elecciones, puede ser casi obligado que los candidatos a la presidencia se hagan fotografías tirando los dados, más que empuñando un palo de golf.

Hoy, el único aspecto pecaminoso del juego está en el modo cómo apuesta la mayoría de la gente. Si uno se da una vuelta por la Riviera francesa, las Bahamas, Puerto Rico, Las Vegas o los clubs de Londres, ve

cómo millares de personas ricas e inteligentes juegan ingentes sumas de dinero sin saber lo que hacen.

Muchos jugadores hacen apuestas que dan al casino un margen del 15 por ciento, cuando fácilmente podrían reducir esta ventaja a menos de un 2 por ciento. Hay jugadores de blackjack que son verdaderos suicidas, pues piden carta cuando tienen un valioso 16 y el tallador, un vulnerable 3, 4, 5 o 6. Los que sólo buscan el placer aceptan sistemas de ruleta completamente suicidas, tanto, que destruyeron a la nobleza francesa y empobrecieron a riquísimos rusos blancos. Existen incluso algunos personajes de sangre azul, cargados de buena fe, tan déclassés, que tiran los dados en Montecarlo y juegan al bacará en Las Vegas.

Evidentemente, es muy necesaria una guía elemental del juego, es decir, unas sencillas instrucciones que permitan al aficionado inteligente no ganar ni perder, al menos. (Prescindiendo de lo que digan los expertos, la única forma de ganar es tener mucha suerte).

Así, pues, a continuación van algunos buenos consejos —no sé si útiles— sobre cómo y dónde practicar los cuatro juegos más importantes: ruleta, blackjack, dados y bacará.

Perversiones tales como el keno, el bingo (lotería de cartones) y las máquinas tragaperras no pueden tener lugar en una digresión seria acerca del juego, y deben, por consiguiente, ser ignoradas.

Ruleta. El mejor sitio donde jugar: Londres.

La ruleta en Londres es hoy la mayor ganga de la historia del juego. Cuando escribo esto, la casa no tiene ningún porcentaje a su favor que le dé ventaja sobre el jugador.

Esta situación, realmente única, se produjo cuando los tribunales ingleses preceptuaron que la National Gaming Act (Ley Nacional del Juego) prohibía a los casinos tener una ventaja matemática sobre el jugador. Por consiguiente, en las ruletas, el cero fue declarado ilegal. Las ruletas londinenses, como todas las del Continente, tienen sólo un único cero, que supone para el casino una ventaja del 2,7 por ciento sobre el jugador. Las Vegas, Puerto Rico y las

Bahamas tienen un cero y un doble cero, que presupone una ventaja del 5,25 por ciento sobre los jugadores.

Los clubs de juego londinenses están apelando contra la decisión de los jueces. Mientras, el cero se mantiene, pero, si sale ganador, lo pagan en fichas de plástico. Se supone que los clientes, como verdaderos caballeros que son, no cambiarán tales fichas por dinero (deben de imaginar que las guardarán como recuerdo), de modo que el casino pueda conseguir un buen beneficio. Pero ocurre lo que es lógico que ocurra. Todo el mundo las cobra, con lo cual se va por la ventana el porcentaje de la casa. A pesar de todo, los casinos siguen manteniendo las mesas de ruleta porque no quieren perder sus valiosas licencias en espera de que la ley cambie. En el ínterin, las pérdidas de la ruleta son enjuagadas con los beneficios de las mesas de dado y bacará.

Sin embargo, a pesar de las increíbles ventajas de jugar en Londres, no es aconsejable hacerlo en un club o casino que emplee como croupiers o talladores a bellas muchachas. Estas vistosas muñecas sirven para alegrar la vista, pero son desesperadamente ineptas para llevar una mesa de juego. Es descorazonador ver cómo el croupier se olvida de pagarnos cuando ganamos, y lo es todavía más ver correr alguna que otra lágrima por su cara maquillada, mientras dice: «Si ya había ganado». Después de todo, los hombres van a los casinos para huir de las lágrimas de las mujeres, no para provocarlas.

Otra ventaja de la ruleta en Londres es que las casas usan el sistema americano, en el cual cada jugador utiliza fichas de distinto color; no puede haber confusión alguna. En Europa, donde todos los jugadores tienen las fichas del mismo color, uno puede verse enzarzado en una agria discusión con una marquesa o una duquesa, cuando se trata de cobrar una apuesta. Y si antes no se ha dado una propina al croupier, éste no se pondrá del lado de usted.

Aún y teniendo en cuenta el hecho de que la ruleta en Europa da a la casa sólo un 2,7 por ciento de ventaja sobre el jugador, no resulta mucho más ventajoso que en Las Vegas, donde el porcentaje de la casa es de un 5,25. En Las Vegas, las propinas a los croupiers son prácticamente desconocidas, y, además, la bebida y el tabaco son gratis. En el Continente, los distinguidos croupiers van como locos a la caza de propinas, y ello incluso en el mismísimo Montecarlo.

El mejor lugar de todos para jugar a la ruleta es Crockfords, en Londres. El ir allí es como visitar la fastuosa mansión de un tío muy rico. Es, tal vez, el único lugar del mundo donde se juega confortablemente.

El peor lugar, en cambio, es Wiesbaden, en Alemania. Los croupiers se burlan de los americanos allí presentes, y, más que aceptar, exigen propinas.

Para jugar a la ruleta no se necesita habilidad alguna. La única apuesta que puede incrementar las probabilidades contra el jugador, en las ruletas americanas, es la combinación de los números 0, 00,1, 2 y 3, en la cual el porcentaje de la casa pasa del 5,5 al 8, aproximadamente.

Es importante, en el juego de la ruleta, no dejarse tentar por sistemas caprichosos, tales como la Martingala, la Gran Martingala y la Labouchére. Todos los sistemas se basan, más o menos, en la vieja teoría de doblar las apuestas perdidas y en la superstición de que el rojo o el negro no pueden salir diez veces seguidas. (Pero salen, y a menudo).

De acuerdo con tales sistemas, se empieza apostando 1 dólar al rojo o al negro. Se insiste en el mismo color. Si se pierde la primera apuesta, la siguiente se hace de 2 dólares. Si se vuelve a perder, se apuestan 4 dólares. Luego 8 dólares, 16, 32, 64, etc. Lo malo de este sistema es que el jugador sólo puede ganar 1 dólar, o dicho en otras palabras, la cantidad de la apuesta inicial, pero si la suerte falla, puede perderse mucho dinero.

Blackjack. Mejores sitios dónde jugar: Las Vegas y Puerto Rico.

Éste es un juego en el que un poco de experiencia y habilidad puede hacernos ahorrar un montón de dinero. Las computadoras han analizado de un modo tan completo el método correcto de jugar, que los tribunales ingleses han sentenciado que los casinos y los jugadores deben disfrutar de las mismas posibilidades de vencer. La ley, con su majestuoso aplomo, ignora la diferencia existente entre el cerebro de un jugador y el de una computadora. Pero las sencillas reglas que siguen permiten a un jugador reducir el porcentaje de la casa desde el 16 a menos del 1 por ciento. Lo cual no está mal.

Todo el mundo sabe, o debería saberlo, que la idea principal del blackjack es procurar que la suma de las cartas de uno no dé más de 21. La gran ventaja del tallador sobre el jugador es que éste debe ser el primero en «hablar» o decidirse, y cuando el total de las cartas del jugador da más de 21, el tallador vence antes incluso de jugar su mano.

CUÁNDO PARARSE

Pararse (es decir, no pedir carta) siempre que se tenga 17 o más.

Pararse siempre que se tenga 12 o más y el tallador muestre un 2, 3, 4, 5 o 6. Pararse cuando uno tiene sólo un 12 cuesta, pero la computadora dice que hay más probabilidades de «pasarse» que de mejorar la mano.

CUÁNDO PEDIR CARTA

Si la figura del tallador es un 7 o un número más alto, y usted tiene 12, 13, 14 o, incluso, 16, pida carta. Desde luego, es fácil que «se pase» del 21, si tiene un número alto como es el 16, pero la computadora dice que el no pedir carta en tales circunstancias aumenta las probabilidades del tallador de batirle a usted, en un 11 por ciento, aproximadamente.

Si sus dos cartas son del mismo valor, dos ases, dos diez, etc., puede dividirlas en dos manos separadas, doblando así su apuesta original. Así, pues:

Divida siempre en dos manos los ases, los ochos y los nueves, y pida carta.

Nunca divida en dos manos un 20 «frío» (dos 10 o dos figuras). Hacerlo equivaldría a cambiar una acción de IBM por dos acciones de empresas en quiebra. Es, indiscutiblemente, la peor jugada que puede hacerse. No obstante, algunos de los más sagaces hombres de negocios americanos lo hacen en los casinos de Las Vegas.

DOBLAR LA APUESTA

El jugador puede doblar su apuesta, si está de acuerdo en tomar sólo una carta.

Doble siempre que tenga 11.

Doble siempre que tenga 10, excepto cuando el tallador muestre un valor total de 10 o más.

En Europa, jugar al blackjack es un fastidio. Los talladores son lentos y encuentran dificultades para contar hasta 21. Además, en Europa, el tallador no toma su carta hasta que todos los de la mesa han jugado su mano. La casa no consigue con esto ventaja alguna; se hace sólo de cara a una mayor seguridad, para evitar que un tallador desleal señale sus cartas a un cómplice. Pero es algo enervante el ver que el destino de uno sea decidido por dos cartas, mientras que el del tallador es momentáneamente ignorado. Es cosa puramente psicológica, pero ¿por qué sufrir en el juego, cuando se supone que lo que el jugador busca es divertirse?

Éste es otro juego en el que el conocimiento de las probabilidades correctas es extremadamente importante. Es, en realidad, un juego para profesionales. Los afortunados no tienen nada que hacer, porque el de los dados es el más rápido de todos los juegos. Y es esto que el mejor lugar para jugar a los dados es Las Vegas. Una mesa de dados exige de los cuatro hombres que forzosamente deben estar a su servicio una gran competencia. Esta competencia se encuentra sólo en Las Vegas, y cuando falta, el juego pierde toda su emoción, convirtiéndose en un verdadero fastidio.

En los dados, lo más importante es no dejarse tentar por las apuestas engañosas. Prescinda de las apuestas a base de una sola tirada. Prescinda asimismo de las apuestas Hara Way y de las Field. No quiera saber nada de las Big Six y de las Big Eight. En estas apuestas el porcentaje de la casa va del 5,5 al 16. Quédese con las apuestas Pass Line, en las cuales la ventaja de la casa queda reducida a menos del 1/50 por ciento.

La más traicionera de todas las apuestas es la llamada Field, que es de una sola tirada. Es atractiva, a primera vista. Uno gana si sale 2, 3, 4, 9, 10, 11 ó 12. Además, si sale 2 ó 12, el jugador gana el doble. Son siete los números que tiene a su favor. Sólo son cuatro los números que pueden hacerle perder, el 5, el 6, el 7 y el 8. Es estupendo. Lo único que ocurre es que esos cuatro

números saldrán con más frecuencia, matemáticamente hablando, dando al casino una ventaja del 5,5 por ciento.

Otras apuestas decididas con una sola tirada de los dados son las llamadas Any Crap, donde si sale 2, 3 ó 12, el jugador consigue 7 a 1 para su dinero. Pero las probabilidades reales son 8 a 1, con lo que el casino tiene una ventaja del 11 por ciento.

OTRAS APUESTAS ENGAÑOSAS

Un 7 a una sola tirada, donde la casa paga 4 a 1 y obtiene una ventaja del 16 por ciento; el doble as y el doble 6, donde la casa paga un roñoso 30 a 1, mientras que las probabilidades son 35 a 1, obteniendo un margen del 11 por ciento.

APUESTAS HARD WAY

Una forma de masoquismo. El jugador apuesta a que el tirador conseguirá un 10, pero sólo con dos 5, o un 8, sólo con dos 4, etc. El 10 paga 7 a 1, y la casa obtiene un margen del 11 por ciento, pues debería pagar 8 a 1.

Todos los casinos de juego de Las Vegas se aseguran un beneficio, gracias a que son muchos los que hacen estas apuestas estúpidas en las mesas de dados. La única forma de apostar a los dados es haciéndolo en la línea Pass o Don’t Pass, apoyando luego la apuesta original (suponiendo que el tirador consiga un «punto») con otra apuesta. (El jugador obtiene 2 a 1 en el punto 10 o en el punto 4; 3 a 2, en el punto 9 o en el punto 5; 6 a 5, en los puntos 6 y 8.) El margen del casino se reduce a un 1,50 por ciento. Por ejemplo, usted apuesta 10 dólares en la línea Pass, o sea, que da por supuesto que ganará el tirador. Cuando el tirador obtiene su punto —digamos que es un 9—, usted apuesta otros 10 dólares a que hará el 9, y consigue 3 a 2, es decir, 15 dólares por los 10 que ha apostado. El casino tiene margen en esta segunda apuesta, por lo que en su inversión de 20 dólares, el casino tiene sólo una ventaja del 1,50 por ciento como máximo.

Bacará. Mejor lugar para jugar: La Riviera francesa.

El bacará es ese juego que aparece en muchas culas, donde siempre hay alguien que dice: «Banco», y todo el mundo palidece. Bueno, la verdad es que en las películas hay mucha exageración. Es el que podríamos llamar más tranquilo de los cuatro juegos más importantes; algo así como el vals vienés en el mundo «rock-and-rollesco» de los casinos. Vamos a explicar cómo se juega en los Estados Unidos, o, más concretamente en el Sands Hotel.

CÓMO SE JUEGA

Se juega con ocho barajas. Las cartas son barajadas por los jugadores —y luego por el croupier— y luego colocadas en una caja de madera, llamada «zapato» o cajetín.

El objeto del juego es acercarse lo más posible al número 9. Los diez y las figuras, y cualquier combinación de cartas que totalicen 10, no cuentan. El as vale por uno, el dos, dos, y así sucesivamente.

Los jugadores pueden jugar como banqueros o contra el banco. Se sacan dos cartas del cajetín, las cuales son entregadas al jugador que tiene la apuesta más fuerte contra el banco, y otras dos cartas son entregadas al jugador que actúa como banquero. Primero actúan los jugadores. Si la norma es que se dé una tercera carta, todos deben tomarla. En caso de empate, la mano debe jugarse otra vez.

Si el banquero hace un «pase» y gana, conserva el cajetín. Cuando el banquero pierde, el cajetín pasa al jugador de la derecha, teniendo así cada jugador la posibilidad de tener el cajetín. Un jugador puede pasar el cajetín siempre que lo desee.

Los diez y las figuras no cuentan.

Éste es el estilo de Las Vegas, y una de las razones por las cuales este juego es más divertido en Europa es que allí la acción no está tan

estrictamente controlada; el jugador tiene más libertad para tomar sus decisiones.

El bacará es un juego descansado, un juego confortable, que se juega sentado. Si uno lo desea, puede permanecer «inactivo» la mayor parte del tiempo. Es muy divertido, sin embargo, y si se tiene suerte, se puede ganar mucho dinero. La casa se queda con aproximadamente un 3 por ciento de cada banco ganador. La ventaja del banquero sobre el jugador es tan insignificante, que no cuenta.

Voy a dar un ejemplo ilustrativo de la atracción del bacará. En Niza, en cierta ocasión, tuve una racha de suerte y conseguí que 100 francos se convirtieran en 2000. Entonces podía pasar el cajetín y embolsarme el dinero, o conservar el cajetín y dejar que el dinero corriera. No me estaba permitido retirar parte de mi dinero.

Un italiano, del tipo de Vittorio Gassman, evidentemente un veterano del bacará, vio que era un novato y se apiadó de mí. En inglés, me dijo:

—Pase la mano, amigo mío. La próxima vez perderá. Llevo quince años jugando al bacará. Sé lo que digo.

Le di las gracias, pero le dije que seguiría con el banco.

Sobre su nariz romana tenía unos brillantes ojos negros, los cuales relampagueaban, imperativos.

—Pase el cajetín, amigo —repitió—. Va a perder todo su dinero. Quiero ayudarle, créame.

Dije que no con la cabeza, pero agradecí con una sonrisa su interés.

Irritado, preguntó:

—¿Va a pasar el cajetín?

—No —contesté.

—Banco.

Lanzó el desafío con rabia, y luego me ganó los 2000 francos. Mientras acercaba las fichas hacia sí, dijo, amablemente:

—Lo siento, amigo. Pero tenía usted que perder.

Despojado de toda confianza en mí mismo, salí a dar una vuelta y regresé al casino horas después. El italiano seguía jugando. Pero ahora tenía una fea señal rojiza en la frente.

Por alguna razón, desconocida para mí, había comenzado su banco con sólo 50 francos. Ganaba todas las manos, pero su banco crecía muy lentamente, debido a la pequeña cantidad con que lo había iniciado. Y así, cada vez que vencía, se golpeaba la frente con los nudillos, en señal de autorreproche. Cuando llevaba ya rato venciendo y golpeándose, la señal presentaba un aspecto bastante feo. Hubo un momento en que sus ganancias se elevaron a unos 5000 francos, pero lo normal es que hubiesen ascendido a 100 000, al menos. Finalmente, para alivio de todos, perdió su banco y pasó el cajetín al siguiente jugador. Un camarero le trajo una toalla húmeda para que se la colocara en la frente.

Eso demuestra que nadie sabe realmente jugar al bacará, por lo que no pueden darse consejos.

Saber cuál es el mejor lugar para jugar es quizá más importante que dominar la técnica del juego. El lugar depende del tipo de juego que uno prefiera. El juego en Las Vegas tiene el ritmo febril del amor ilícito. Europa es más pausada; es el lugar ideal para la nobleza y los ricos desocupados, con tiempo de sobra. Las Bahamas y Puerto Rico son algo diferente, de segunda categoría, lugares para los amateurs.

Aún a riesgo de ser comparado a esos tejanos incivilizados que piden un filete y patatas fritas en un restaurante parisién de tres estrellas, debo admitir prefiero jugar en Las Vegas que en cualquier otro del mundo.

ASÍ SOLÍA SER… EN CAMELOT

Cuando me ofrecieron hacer una crítica de este libro, me indigné. ¿Un novelista juzgando la obra de otro novelista? ¡Jamás! Dijeron que me pagarían cien dólares. Como cualquier muchacha virgen, cedí. ¿Cien dólares por leer un libro? ¡Fabuloso! Cedí hasta tal punto que pasé una buena temporada leyendo libros sin cesar. ¿Por qué no, si me pagaban?

Haciéndolo, disfruté. Cuando dejé de hacerlo, disfruté todavía más. Trabajé mucho escribiendo mis críticas, y para mi satisfacción algunas fueron publicadas en las primeras páginas de Book World *y del* New York Times Book Review.

Hice algunas para la revista Time, *pero no me produjeron satisfacción alguna. Cuando hacía un buen trabajo, a los del* Time *no les gustaba, y cuando realizaba alguna chapuza, estaban encantados. Mi nombre no aparecía para nada, lo que ayudaba a darme la sensación de que estaba haciendo el «primo». Pero me pagaban 300 dólares por cada crítica, y eso era para mí lo más importante. Ninguna de las críticas para el* Time *se reproduce aquí. En la actualidad, las críticas literarias que aparecen en el* Time *van firmadas, lo que ha contribuido a mejorarlas sensiblemente. Pero supongo que todavía siguen pagándolas a 300 dólares.*

Como muchas de las cosas que en un tiempo me gustaron, la crítica literaria no volvería a hacerla. Aunque algunas de estas críticas puedan hacer pensar lo contrario, nunca me ha gustado meterme con la obra de otro escritor.

El Camelot literario de Norteamérica fue, sin discusión, el París de los años veinte. Aquella corte romántica estaba formada por escritores

legendarios tales como Ernest Hemingway, Kay Boyle, William C. Williams, Robert Coates, Gertrude Stein (una muy improbable Guinevére), y un irlandés renegado, James Joyce, quien, con sus gafas torcidas, fue sacado de sus casillas más a menudo que las víctimas de Lancelot.

Fue el joven escritor americano Robert McAlmon el cínico pero vulnerable Merlín que creó y guardó este Camelot. Empleó la moderna alquimia de casarse con una mujer rica, empleando luego el dinero de ella en apoyar el arte y a los artistas. Publicó la obra de Ernest Hemingway, James Joyce, Gertrude Stein y muchos otros. Muchos de ellos, incluido Hemingway, fueron editados por vez primera bajo su patrocinio. McAlmon corrió también con los gastos de algunas «expediciones» a España, para asistir a corridas de toros, y a Suiza, para visitar sanatorios antituberculosos; financió abortos y mecanografió las últimas cincuenta páginas de Ulises. (El marido de la mecanógrafa de Joyce purificó la obra del gran hombre quemando el manuscrito).

Being Geniuses Together es la historia, escrita por McAlmon, de aquellos días, mitad dolorosos, mitad gloriosos, pasados en París. Además, en el libro hay algo que no se puede despreciar: una serie de capítulos escritos por Kay Boyle en los que ésta explica su visión de aquellos mismos días. Ha ordenado también la parte escrita por McAlmon, en prueba de amor y respeto por su memoria. Dado que Kay Boyle es una escritora de primera fila además, y celosa de su talento, sus capítulos constituyen un testimonio convincente de la valía de McAlmon y del afecto que inspiraba. Esto es importante, ya que en la literatura de los grandes escritores a quienes ayudó, McAlmon es a veces presentado únicamente como un hombre rico al que le gustaba la compañía de los artistas.

En su parte de esta autobiografía dual (una experiencia interesante y positiva), McAlmon cuenta fascinantes historias acerca de los grandes hombres de nuestra literatura… antes de ser grandes. El magistral Ezra Pound, que escribió sobre música, a pesar de su sordera (confirmado por William C. Williams en uno de sus libros); el enorme egocentrismo de Gertrude Stein («Cristo, Spinoza y yo somos los tres únicos verdaderos genios judíos»), quien, sin embargo, declaraba no comprender cómo había gente que leía sus libros; el popular conferenciante que, hablando de Joyce,

dijo que no había podido entender ni una sola de sus palabras hasta el día en que fue atropellado por un camión.

McAlmon muestra en algunas ocasiones, muy poca… una disculpable malicia. Hemingway premió su generosidad derribándole de un puñetazo. McAlmon se venga recordando que Hemingway llamaba a su primera esposa «Gatito Suave», y que ella le apodaba «Papá Cerveza», y que ambos llamaban a su perro «Muñeca de Cera».

La mejor de las historias de McAlmon es la referente a cómo mecanografió las postreras cincuenta páginas de Ulises. Joyce le dio, además del manuscrito cuatro libretas llenas de notas, las cuales McAlmon debía intercalar en el texto. Al comienzo, McAlmon las fue intercalando de acuerdo con las instrucciones de Joyce, pero después las colocó donde mejor le pareció, pues no recordaba exactamente lo que el escritor le había dicho. Tiempo después, McAlmon confesó a Joyce lo que había hecho. Joyce, que, según se desprende del libro, era un hombre de buen humor, le tranquilizó, diciendo que Molly hubiera podido pronunciar aquellas frases en cualquier punto de su famoso soliloquio. Si la certeza de esta anécdota pudiese probarse, los muchísimos estudiosos de Joyce deberían cortarse la cabeza.

A pesar del hecho de que no da la debida importancia a Hemingway y a Fitzgerald, muchos de los comentarios críticos de McAlmon son exactos, y lo que no puede ponerse en duda es que es siempre absolutamente honesto. El lector no podrá evitar el sentir aprecio por el hombre y por el libro, y es sólo por una de esas dolorosas ironías de la vida que a uno le resulta imposible considerar a McAlmon como un escritor de verdadero talento.

Y algo que vale por sí solo el precio del libro: Nora Joyce, hablando de su marido, dice: «Supongo que es un genio, pero como hombre tiene unas aficiones muy indecentes».

Por otro lado, Kay Boyle es una escritora deliciosa, con un estilo que puede ser deslumbrador, pero, no obstante, duro como el acero. Todavía hoy recuerdo algo que escribió en 1941 acerca de la derrota de Francia, y ahora escribe aún mejor. Tampoco su carácter ha cambiado. En los años veinte, con un hijo pequeño, abandonó a su marido francés y se fue en busca de su destino como escritora. En 1967, transcurridos más de cuarenta años, y

siendo profesora de inglés en el San Francisco State, fue arrestada en una manifestación en pro de los derechos civiles.

Cuando apareció en el escenario de París, todos aquellos caballeros andantes corrieron a rescatarla, incluso McAlmon. Aunque Kay Boyle no intenta autofavorecerse, el lector piensa que hubiera sido una gran cosa poder estar allí para luchar también por ella. Es mucho más interesante que la famosa Lady Brett, y su encanto femenino es insuperable. Cuenta, sin adorno alguno, la historia de una amiga suya que gustaba de contemplarla en el baño. Esta amiga miraba fijamente su cuerpo y luego, moviendo la cabeza murmuraba: «No lo entiendo». El lector (masculino) no tiene esa dificultad.

Es Kay Boyle quien nos da la magia vaporosa de Camelot-París, sólo con contarnos la historia de su romántica vida (únicamente Audrey Hepburn sería capaz de interpretar el papel), con la prosa lírica, pero controlada, de un maestro del estilo, con la dulzura de su carácter literario, el cual no es nunca azucarado.

Una prueba de lo extraordinaria que es Kay Boyle está en el hecho de que es capaz de apreciar a las demás mujeres. Escribiendo acerca de una bella muchacha norteamericana expatriada, posiblemente su rival, dice, en relación con su encuentro con McAlmon en un café de París:

> Un sombrero verde, de paja, con una ala enorme, cubría casi uno de sus ojos, y alrededor de las conchas marinas de sus orejas tenía sedosos bucles anaranjado su voz, al pronunciar el nombre de McAlmon era como la voz del mar. Le abrazó y el carmín de sus labios dejó en las sienes de él la huella de sus besos.

«¿Qué es demasiado romántica, demasiado generosa que hay en sus palabras algo que recuerda un crepúsculo irlandés», que diría McAlmon? Desde luego. Pero así solía ser en Camelot.

LO VULGAR DE LA GRANDEZA

El hacer crítica literaria sólo es agradable cuando el libro nos gusta. Cuando un libro me gustaba, lo daba a entender en mi reseña. Y trataba de hacerla tan favorable como me era posible, prescindiendo de pequeñas imperfecciones que, por otra parte, no me interesaban. Agradecía el hecho de que un escritor hubiese trabajado durante años para hacer más agradables unas horas de mi vida.

A pesar de su título y de los encabezamientos en latín de cada capítulo (transcripción de frases de la misa), no se trata de un libro «religioso». Presentado como autobiografía, en realidad es una demostración del amor que William Gibson profesa a sus padres es su acto de contrición por los inevitables pecados que cometió contra ellos; es su grito de agonía contra su destino; todo, finalmente, suena como un himno a la vida. Como tal, es un libro tan bellamente escrito tan tocado por la gracia, que el lector debe interrumpir su lectura de vez en cuando para llorar por su propia condición mortal y pecadora. Y no hablo de moral, sino de arte.

Utilizando únicamente la arcilla de la vida diaria y de la gente sencilla, Gibson ha escrito nada menos que una tragedia del hombre. Su prosa es tan engañosamente simple, su pensamiento, tan claro, que es muy posible que los críticos consideren que *A Mass for the Dead* (Una misa por los muertos) es una obra sin importancia; tal vez tengan razón, pues en mi opinión no es una obra importante, sino una obra de arte.

Al mirar cómo crecen sus hijos, Gibson recrea el mundo perdido de su propia niñez, adolescencia y juventud. Recuerda a un padre temeroso que buscaba «permanecer en un lugar apacible», a los fantasmas de tíos que tocaban el banjo, a unas tías misioneras, a borrachos y a personas de toda

condición, católicos y protestantes; y del modo más vivido, a sus padres, cuyo destino selló con su venida al mundo.

Son la clase de gente que muchos escritores inexpertos inventan para escarnecerlas, y que tienen, para ellos, la misma consideración que las bestias de carga. No son muy inteligentes, carecen de cultura y algunos son incluso algo «cortos». Millones y millones de hombres y mujeres como ellos han pasado por este mundo sin que nadie haya escrito acerca de sus vidas. La poesía de Gibson da a las vidas vulgares un toque de grandeza; esta misa literaria que ofrece en honor de sus seres queridos va dedicada, gracias a la magia de su arte, a toda la humanidad.

Gibson nos cuenta una historia muy sencilla. Nacido en 1913, supo por vez primera lo que era el sufrimiento, al morir, en la Primera Guerra Mundial, su tío Jim, que era su ídolo, y su sufrimiento fue todavía mayor al ver el dolor de su padre por la pérdida de su hermano favorito.

Su madre, católica, tiene una salud tan delicada que pasa incontables horas en los bancos de los hospitales de caridad; tiene buena experiencia de lo que es el bisturí de los cirujanos. Antes de dos de las más peligrosas de estas operaciones, envía a su marido, protestante, a la iglesia católica a pedir que le den la extremaunción. Se la niegan ambas veces, porque «no dejará a su esposo e hijo». El marido hace que un sacerdote vaya a verla, a tranquilizarla. Vive hasta una edad más que madura, se alegra del éxito de su hijo en el teatro, pero se niega a perder su independencia, a abandonar la casa en la que había vivido con su marido, y no quiere abandonar su empleo de fregona. Su consuelo lo constituyen la misa y el misal; conserva la devoción hacia su Iglesia. Su hijo no olvidó con tanta facilidad. Casi medio siglo después, es decir, hoy, es absolutamente ateo, y recuerda muy bien que muchos años atrás negaron un sacramento a una virtuosa mujer.

La muerte, ese táctico genial (la estrategia no le preocupa), siempre toma al hombre por sorpresa. El padre de Gibson, empleado en un banco y pianista, era algo manirroto, por lo que la familia no salía de la pobreza. Nunca estuvo enfermo, pero murió a los cincuenta años de edad, de cáncer. Y Gibson, a la edad de cincuenta años, mientras escribe sobre la muerte de su padre, tiene que dejar de trabajar durante seis meses, quizá por el dolor del recuerdo, quizá por miedo al asalto de tan terrible enfermedad.

Sin embargo, el ojo del artista es incorruptible, pues ni el amor puede sobornarlo. Gibson señala que el temperamento de su padre era «bestial», aunque no con las mujeres y los niños; que el padre que quería que su hijo fuera un héroe, un luchador, un hombre activo, pasó muchísimas horas viendo jugar al béisbol a los equipos de la vecindad, pero nunca jugó. Pero un día, su padre hizo un círculo en el calendario y juró que estaría un año entero sin dejarse llevar por su temperamento; y cumplió su palabra, por amor a su esposa.

Tragedias vulgares, triunfos ordinarios; y ahora Gibson, a sus cincuenta años, vuelve a vivirlos en la persona de sus hijos. La peor parte, como hijo y como padre, se la reserva para sí mismo, por lo que debe perdonársele que no idealice a sus padres; ni siquiera pretende haberlos amado siempre, pues nos dice: «No tuve padres hasta que tuve hijos».

Sus padres nunca le comprendieron, del mismo modo que, lo sabe muy bien, él no comprende a sus hijos; una tragedia ordinaria de la condición humana. Pero sus padres le amaron del modo que los padres suelen amar a sus hijos. Gibson no se muestra sentimental ni exigente; considera que el amor normal, el amor ordinario, es suficiente. Trataba desconsideradamente a los autores de sus días, hasta que un día su padre le pegó, sólo para después pedir que le perdonara. Veinte, treinta años después, Gibson revive esta dolorosa escena con su propio hijo.

Al recordar a su madre, sufre: le duele que el destino la condenara a llevar una vida tan dura; la pobreza, las enfermedades, la temprana viudez, la fatiga de su trabajo fregando las casas de los demás. El éxito de Gibson como autor teatral tardó en llegar, por lo que sólo pudo gozar de una vida más fácil durante muy pocos años. Pero la verdad era que su madre siempre le ponía nervioso; no había remedio, y un día ella le preguntó tímidamente, por qué tenían tan pocas cosas que decirse. La madre quería al hijo, el hijo quería a la madre, pero eran como dos extraños.

Pero tampoco esa tragedia era importante. Ella tenía a sus nietos; él, su arte. Después que la anciana hubo muerto, de un cáncer también (muerto el marido protestante, y el ateo de su hijo con edad suficiente como para ser responsable de sus actos y de su condenación, finalmente recibió la

extremaunción), Gibson escribe este elogio filial, que envidiaría una emperatriz:

> *No es la muerte, sino la vida lo que es enigmático, la luz que entregó el alma a la tierra desnuda, y puso el ojo en mi cabeza, y tengo el privilegio de ver, de sufrir, de saber, y pienso que igual podría haber nacido, haber sido una piedra; casi puedo creer que la Creación es lo que puedo ver y alabar. Y fue gracias a esta capacidad de asombro, que hace tres días, en su lecho de muerte, mi madre luchó valerosamente, un esqueleto de setenta y dos años, y así dio gracias a Dios por su vida.*

Proclama su verdad, y ello por respeto a todos los muertos. Al protestar contra los superhombres que envían a sus semejantes a la muerte, escribe lo que hubiera aterrorizado a su madre: «Ahora soy el mayor, y os digo que ninguno de los muertos está herido, la conciencia lo es todo».

Al comenzar este libro me dominaba el escepticismo debido al éxito del autor en el teatro y a causa de las frases latinas al comienzo de cada capítulo. Tampoco el título me hacía gracia. Digo esto sólo para persuadir a los lectores con prejuicios similares, de lo mucho que les interesa leer *A Mass for the Dead*. En su búsqueda de la redención como hijo, como padre, como artista, William Gibson ha realizado un acto de constricción perfecto. Ha escrito un hermoso libro.

«PLACAS EN LA CABEZA»: UNA HISTORIA DE GEORGE MANDEL

Una de las cosas más irritantes en relación con el hecho de ser herido en la cabeza era la simpatía de la gente. Cada vez que George Mandel y sus compañeros de hospital conseguían un pase e iban a la ciudad a tomar una comida decente, los clientes del restaurante no ocultaban la simpatía que les inspiraban. Y eso a pesar de que se habían recuperado ya lo suficiente como para que sus turbantes blancos, mucho más pequeños que tiempo atrás, les permitieran ponerse el gorro militar.

Un día, George Mandel envió un «explorador» al restaurante. Se trataba de un soldado que llevaba en el cuerpo múltiples heridas, tantas que era un milagro que pudiese andar. Llevaba abrazaderas de acero en las piernas, sus brazos estaban retorcidos. La cabeza parecía bailarle sobre los hombros, y hacía poco que le habían tenido que operar la nariz. Las manos le temblaban violentamente. Parecía talmente un palillo andante. Cuando entró en el restaurante todos dejaron de comer y le dedicaron vivas muestras de simpatía Le miraban fijamente mientras pedía un enorme plato de carne con guarnición.

Cinco minutos más tarde entraron en el establecimiento George Mandel y sus amigos. George estudió el menú. Ninguno de los platos le apetecía. Discutió con la camarera. Gritó. Llamó la atención de todos los presentes. Luego pasó la vista por todo el amplio comedor, hasta que vio al soldado, que se estaba comiendo su carne. Señaló al condecorado soldado y gritó: «Déme lo que come este baldado».

Se desmayaron setenta personas. George y sus amigos se sintieron algo culpables, pero tenían una excusa. Habían sido heridos en la cabeza…

Y allí, porque era la última Navidad, recogió todos sus juguetes, esparcidos por las cuatro esquinas del dormitorio, sin olvidar sacar los que había debajo de la cama, e hizo un círculo con todos ellos, quedándose él dentro. Allí, más tarde, cuando la señora Kelly hubo terminado de llorar en la sala de estar, lo encontró jugando en silencio.

UNA PROPOSICIÓN MODESTA

Los editores siguen siendo tacaños

Durante años han sido muchos los escritores que han citado los Premios Nacionales del Libro como prueba de que los editores son los hombres de negocios más estúpidos y tacaños de Norteamérica. ¿Quién más, dicen, menospreciaría su producto con un miserable «mejor» premio de 1000 dólares? ¿Quién más obtendría tan poca publicidad de un acontecimiento cultural tan importante? En la ciudad de Nueva York, donde se celebra la ceremonia anual, el *Times* abrió el fuego al publicar el día antes el nombre de los ganadores, pero ni siquiera entonces pensaron que la noticia mereciera algo más que un pequeño espacio en una de las últimas páginas.

Es de señalar, no obstante, que los escritores —todos algo paranoicos— suelen culpar de casi todos sus problemas a los editores. Robert Bly, ganador en 1968 del Premio Nacional del Libro, en la especialidad de poesía, Utilizó su discurso de aceptación para acusar a su editor de ayudar a prolongar la guerra del Vietnam, y luego donó los mil dólares del premio a una organización antimilitar. Otro ganador, Jonathan Kozol coincidió con Bly, pero donó su premio a la causa de los negros. Un editor quiso subir al estrado, para replicar; otro editor declaró que la ceremonia debía tener un carácter estrictamente literario. Después de todo, el dinero del premio era su dinero, dado por ellos para ayudar a los escritores que lo merecían.

La concurrencia, con su aplauso, aprobó la actitud de Bly y de Kozol, pero los medios de comunicación; que dedican toneladas de papel a glosar la sabiduría de los jefes de bandas juveniles, no publicaron apenas una palabra de lo dicho acerca de la guerra del Vietnam por unos hombres considerados

como la flor de nuestra cultura. Esto no es un reproche, sino la constatación de un hecho.

Robert Bly (un poeta, a fin de cuentas, con la cabeza en las nubes) se mostró muy poco realista al pedir que las casas editoras evadieran el pago de impuestos, en protesta por la guerra vietnamita. Debería haber sabido que si una compañía empleara este truco, el gobierno buscaría de inmediato la forma de tapar esos agujeros que existen en la legislación fiscal, gracias a los cuales se enriquecen muchas empresas.

Pero mi propósito consiste en tratar de acercar al autor y al editor, y, al mismo tiempo, convertir la ceremonia de los Premios Nacionales del Libro en un acontecimiento armonioso y, a la vez, útil desde el punto de vista publicitario. La solución es sencilla.

Dotar cada uno de los premios con 50 000 dólares, en lugar de con los miserables 1000 de la actualidad. Las organizaciones patrocinadoras, editores, libreros, etcétera, engloban al menos doscientas firmas, cada una de las cuales podría contribuir con unos 1500 dólares, es decir, una bagatela. Tal como se hacen las cosas ahora, los premios les cuestan no más de diez dólares, o sea, lo que un editor se gasta en el regalo de bodas del chico del ascensor. Sé que es delicado decir a la gente cómo debe gastar su propio dinero, pero es que el dinero está en el corazón mismo del asunto.

Los expertos en relaciones públicas pretenden que los premios de 50 000 dólares producirían muy buenos intereses en publicidad. El Daily News neoyorquino, por ejemplo, es seguro que enviaría a sus mejores hombres a la ceremonia; el *Times* hablaría del acontecimiento en primera página y haría, a la vez, una crítica juiciosa del acto. Y es muy posible que Ed Sullivan les pidiera que acudiesen a su estudio de la televisión.

Otra cosa: los ganadores seguramente no se decidirán a entregar 50 000 dólares a causas tales como la lucha contra el reclutamiento o contra la guerra del Vietnam. Después de todo, cincuenta billetes de los grandes es mucho dinero. Pero si se da a un autor un mezquino premio de 1000 dólares por escribir el mejor libro del año (la televisión da cada día premios de esta cuantía a las amas de casa sólo por adivinar el nombre del Padre de Nuestra Nación), lo menos que un editor puede hacer es no escandalizarse cuando el ganador aprovecha la ocasión para proclamar su fe política y moral.

Con la esperanza de promover esta idea de los premios de 50 000 dólares, entrevisté a algunas personas interesadas en un cocktail celebrado con motivo de la entrega de los premios. Bernard Geis, un editor poco ortodoxo, y digo poco ortodoxo en el sentido de que le gusta anunciar, estuvo de acuerdo en que el premio debería ser de mayor cuantía, de 10 000 dólares, tal vez. Tuve la sensación de que iba a decir cien mil, pero su lealtad para con sus colegas le impidió pronunciar la cifra. Me presentó a su bella esposa (paranoia aparte, ¿cómo es que los editores tienen mujeres más bellas que los escritores?) y a Morton Cooper, el autor de *The King*.

La señora Geis declaró que Morton Cooper hubiera debido ser nombrado candidato al premio de novela y apoyando esa opinión, una periodista rubia hizo inmediatamente una serie de interesantes preguntas a Cooper, relacionadas todas con la literatura. Morton Cooper, con toda amabilidad se salió por la tangente.

Peter Jennison, director ejecutivo del Comité Nacional del Libro, me escuchó pacientemente, primero y luego, cortésmente, dijo no estar de acuerdo conmigo, basándose en que el prestigio del premio era tan valioso, que el dinero quedaba eclipsado. Poco después en el curso de la misma noche, agradecí la cortesía. Concretamente cuando unos editores amigos míos se enteraron de mi idea. Se echaron a reír, sin malicia, a carcajada limpia, sólo de pensar que los editores pudieran dar premios de 50 000 dólares a los escritores.

Esta risa me puso en el sendero correcto. La prueba de que los editores no son tacaños está en la aparente paradoja de que no quieren dar dinero a los escritores, ni aún cuando ello pueda representar una buena ganancia para sus empresas. La razón, por consiguiente, debe ser de tipo freudiano.

La teoría siguiente puede parecer fantasiosa para el lego, pero tengo la esperanza de que sea considerada por quienes están dentro del mundo del libro. De ser así, creo que el abismo que separa al escritor del editor podrá llegar a reducirse en buena parte.

Ya desde que se inventó la imprenta, el escritor ha sido el más desamparado de los artistas. Dedica diez años de su vida a escribir un libro, y total para nada. Con tal de ver publicada su obra maestra, firma, sin discutir, cualquier contrato. Y cuando algunos críticos hayan alabado su «prosa

incisiva» y sus «profundas ideas», volverá a aislarse del mundo durante otros diez años. Permite que las librerías regalen su obra, su trabajo da fama y dinero a las estrellas de cine. Durante cientos de años, los escritores se han entregado fácilmente, cual muchachas campesinas y ardorosas en la gran ciudad, y no es de extrañar que sus amantes (es decir, los editores) se resistan a darles abrigos de visón, cuando les basta con unas medias de nailon.

Si eso es excesivamente imaginativo, a continuación va otra explicación, ofrecida sin malicia. El arte es obra de un puñado de seres peligrosos a los que se debe dar cuartel; la edición de libros es un negocio.

Pero, a pesar de todo, sigo pensando que la elevación de la cuantía de los premios hasta 50 000 dólares sería beneficiosa para todos. Por una parte, esas dos bandas mafioso-literarias, la Gótica Meridional, simbolizadas por Capote, y la «familia» de Nueva York, descrita por Podhoretz, estarían tan absorbidas en la lucha por el control de los sustanciosos premios, que tal vez dejarían de interesarse en los jugosos premios Guggenheim y Ford durante algunos años, lo que aprovecharía a algunos escritores de calidad, que pasarían a entrar en el reparto del dinero.

Pero lo que se necesita es una solución práctica. Los que abogan por el mantenimiento de los premios en su cuantía actual, citan a un semanario, cuando dicen que el prestigio que les acompaña es «incalculable». Yo digo que el premio es «incalculable», del mismo modo que lo es un jarrón lleno de monedas; es decir, uno no puede saber el número de monedas que hay en su interior, pero lo que es seguro es que no hay 50 000 dólares. No obstante, aceptando esta premisa, ¿por qué no paga el editor del libro ganador los 50 000 dólares él mismo? El dinero regresaría en forma de mayores ventas, pero es que, además, no perdería nada, pues el dinero del premio podría ser deducido de los derechos futuros del autor, como se hace en el caso de los premios concedidos por algunas editoriales.

De cualquier modo, la revolución está en el aire. Es evidente que tiene que haber cambios, y el primero debe consistir en aumentar el dinero de los premios. Si no, es posible que en alguna ceremonia futura ocurra una tragedia. Puede darse el caso de que un novelista ganador que tenga la sangre caliente, a la vista de aquella asamblea de cabezas coronadas del mundo literario, editores, críticos, etc., se olvide de su discurso y lance un pedazo de

dinamita contra la concurrencia. Así, al menos, se conseguiría que los Premios Nacionales del Libro apareciesen en primera página.

LA ÚLTIMA NAVIDAD

Ésta es la primera narración corta que me fue publicada. He escrito muchas, pero se trata de un tipo de trabajo que no acaba de gustarme y, por otra parte, no puedo decir que me haya proporcionado gran éxito. No obstante, la lectura de las historias cortas me gusta muchísimo. Dubliner's *de Joyce, las narraciones de Kafka, y las obras cortas de Thomas Mann, por ejemplo, son preciosas obras de arte. Sigo pensando en lo bien que resultarían por televisión. Realizadas a conciencia, el público disfrutaría con ellas. Otro sueño…*

Mr. Kelly subió hasta el segundo piso, cuidando que su hijo no se enredara en las escaleras mecánicas, tan traicioneras a veces que una persona se encontraba de súbito sentada en el suelo sin darse cuenta. «No tengas miedo de pedirle a Santa Claus todo lo que quieras», dijo Mr. Kelly. El muchacho elevó la vista y le sonrió. Como el piso estaba lleno de gente Mr. Kelly se palpó el bolsillo de la chaqueta, para asegurarse de que no le hubiesen quitado la cartera. Sintió su grosor, el grosor de los últimos billetes que había sacado del banco. Pero, a fin de cuentas, pensó, es la última Navidad; ya no habría ninguna más. Se preguntó sobre la conveniencia de decírselo a su hijo. Pensaba que se acercaba la hora de decírselo, pero al mirar a aquella criatura de cinco años, supo que no tendría valor.

Pasaron junto a las muñecas, los trineos, los barquitos de vela, los instrumentos musicales de juguete, y al final del pasillo, justo antes de llegar a Santa Claus, vieron los aviones de plástico, los soldados de estaño y los proyectiles de cera amarilla. Entonces, Mr. Kelly vio algo que le hizo

detenerse un momento: era un lanzallamas, que disparaba inofensivos destellos de un color rojizo.

Se encontraba en el comienzo de la rampa que conducía hasta Santa Claus. Delante de ellos había una especie de cabina con un letrero que decía, tickets regalo 24 c. Un muchachito negro, de ocho o nueve años de edad, se adelantó a Mr. Kelly y, a través de la ventanilla, entregó una moneda de 25 centavos. Al recibir el boleto, no se movió. «¿No hay cambio?», preguntó a la mujer. La mujer se limitó a señalar con el dedo una inscripción, que, en letras muy pequeñas, decía: Y 1 c. de impuestos. El muchachito comenzó a subir la rampa.

Mr. Kelly adquirió su ticket y, con Julián de la mano, echó a andar. El pasamanos les guió hasta el estrado en el que estaba sentado el gordo Santa Claus, cuya nariz pintada de rojo hacía juego con su traje.

El negrito había subido al estrado y estaba de pie frente a Santa Claus. Mr. Kelly vio cómo el muchacho hacía un tímido ademán y murmuraba unas palabras. Luego, Santa Claus cogió al chico y lo sentó sobre sus rodillas, pero de modo que el rostro del niño mirara a la pared más lejana. El resplandor de un *flash* dijo a Mr. Kelly que un cámara oculta había registrado la escena. Santa Claus, con un experto movimiento de rodilla facilitó el que el niño pudiera descansar sus pies en el suelo. El muchachito, azorado, sin mirar a Santa Claus, le entregó el ticket y recibió una cajita envuelta en papel multicolor. Luego se dejó empujar amablemente hacia la salida.

Había llegado el turno de Julián, y Mr. Kelly subió con él al estrado.

—Dile a Santa Claus lo que quieres —dijo Mr. Kelly. Pero Julián no dijo una sola palabra.

—¿Quieres una bicicleta? —preguntó Mr. Kelly. Julián hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

Santa Claus inclinó la cabeza hacia el niño y preguntó:

—¿Verdad que comes todo lo que te dan y que no haces enfadar a tu madre?

Julián volvió a decir que sí con la cabeza. Sin más palabras, Santa Claus sentó al niño sobre sus rodillas, apareció nuevamente el resplandor del *flash*, y un momento después el niño volvía a estar en el suelo. Míster Kelly había obedecido la orden de Santa Claus: «Apártese, por favor». Mr. Kelly entregó

el boleto, y Julián recibió su caja. Mientras se alejaban, les dieron el resguardo con el que podrían adquirir la fotografía que les habían hecho.

Julián desenvolvió el paquete y lo abrió. Dentro había un juego de bingo en miniatura. Mr. Kelly, que vio la decepción pintada en el rostro de Julián, se irritó. Estaba cansado de toda aquella mentira. Tomó la caja en sus manos y echó a andar rápidamente en dirección al lugar en que estaba Santa Claus. Llegó en un momento inoportuno, pues estropeó una fotografía.

—Déme otro regalo —dijo Mr. Kelly, con voz temblorosa—. Déme un regalo apropiado para un niño de cinco años.

Santa Claus, asombrado, pidió ayuda con la mirada.

—¿Va usted a cambiarme esto por algo más apropiado? —preguntó Mr. Kelly, ahora casi a gritos.

—Yo no sé lo que hay en estas cajas —dijo el hombre, furioso, pero en voz baja—. Bájese del estrado. Vea a un empleado.

El muchachito que estaba en el estrado comenzó a gritar, y Mr. Kelly se encontró, de pronto, rodeado de hombres. Le empujaron hacia la salida, y uno de ellos, sonriendo burlonamente, dijo:

—¡Pelear con Santa Claus! Debería darle vergüenza. Un hombre que llevaba una flor en el ojal le asió del brazo, mientras decía:

—Si tiene usted alguna queja, señor, dígamelo. Mr. Kelly se soltó. Tomó a Julián de la mano, y mientras bajaban por la escalera mecánica, vio que su hijo le miraba de un modo raro y casi con el miedo reflejado en sus ojos.

La calle era toda un ascua de luz. La masa de gente se movía rápidamente, a empujones; todos luchaban para hacer las últimas compras de Navidad. Arriba, entre las estrellas del firmamento, daba vueltas un enorme avión incandescente, con bombillas amarillas en los lados. Sus luces se encendían y apagaban, y su chorro atravesaba el firmamento.

Mr. Kelly, de pie, indeciso, era empujado por gente cargada de paquetes, y hasta donde le alcanzaba la vista, los árboles de Navidad formaban un bosque de bombillas eléctricas azules y amarillas. Entre el ruido del tráfico y el murmullo de la gente, los vendedores callejeros pregonaban su mercancía. Los arrogantes mendigos, vestidos con sus raras armaduras, que se colocaban sólo para las fiestas navideñas, dividían el torrente humano en una serie de corrientes diferentes.

«No hay humildad», pensó Mr. Kelly. Y mientras dejaba que su hijo se deslizase desde sus brazos hasta el suelo, sintiendo que el calor del cuerpo del niño abandonaba su pecho, sintió una enorme desolación.

Estaba cansado, tan cansado, que no se sentía con ánimos de subir a un autobús lleno de gente. En el taxi, sin pensar, esperando sólo que su hijo le hablara, dijo al niño:

—Ésta es la última Navidad.

El muchacho permanecía en silencio, mirando a través de la ventanilla, como si no le hubiese oído. Y mientras Mr. Kelly pronunciaba las palabras, trataba de pensar en lo que significaban. Se dijo que la palabra Navidad significaba, en realidad «Misa de Cristo»[7]. Luego, en voz alta, pero como hablando para sí, dijo: «Misa de Cristo». Su hijo volvió la cabeza y le miró, fijamente. Y Mr. Kelly volvió a sentir aquella enorme desolación. Una voz, dentro de su cerebro, seguía repitiendo las palabras: «Una misa para Cristo», y entonces él pensaba: «No hay humildad».

Cuando dejaron el taxi, Mr. Kelly pudo ver todavía el dirigible en el cielo. Julián, que iba de la mano de su padre, levantó también la cabeza, dio un traspiés y se cayó.

—Mira por dónde andas —dijo Mr. Kelly.

Pero al ver que el niño estaba cansado, lo tomó en brazos. Poco después llegaban a casa.

El apartamento estaba caliente y lleno de vaho. La señora Kelly, el rostro encarnado y sudoroso, se inclinó para besar a su hijo.

—¿Has visto a Santa Claus? —preguntó.

El muchacho dijo que sí.

—¿Te prometió una bicicleta?

La mujer sonrió. La bicicleta estaba en casa, pendiente de que montaran las piezas.

Mr. Kelly se dirigió a la sala de estar. En el rincón junto a la ventana, el árbol de Navidad llegaba casi hasta el techo. Estaba excesivamente lleno de lentejuelas, de pequeñas bombillas multicolores, de algodón blanco y de bastoncillos azucarados blancos y rojos. El cable del que pendían las bombillas quedaba bien disimulado entre los adornos.

Se acomodó en el sofá. Estaba muy cansado. Debió de quedarse dormido, ya que, de repente, se dio cuenta de que su esposa le sacudía, y luego vio a Julián, que, detrás de ella, estaba llorando.

—¿Qué es lo que le has dicho al niño? —gritaba la mujer.

Vio que estaba furiosa, pero como estaba todavía medio dormido, no alcanzó a comprender la razón. Le dio otra sacudida y gritó:

—Me ha contado que le has dicho que ésta era la última Navidad.

Mr. Kelly le dio un empujón, y aunque la mujer era corpulenta, la fuerza del hombre la lanzó casi hasta el pie del árbol. Estaba aterrorizada, pues era la primera vez que su marido le había hecho una cosa así. Pero en seguida se sobrepuso.

Mr. Kelly se levantó. Su rostro, el rostro de un hombre de mediana edad, mostraba las huellas de una indecible fatiga.

—Mira las calles —dijo—. El niño debe saber la verdad.

El chiquillo comenzó a llorar, y la mujer dijo a su marido, lenta y cruelmente:

—Eres demasiado viejo para ser un buen padre. Entonces, Mr. Kelly y su hijo se miraron fijamente, y el hombre se dio cuenta de que el niño jamás olvidaría las palabras de su madre. Y no sintió sorpresa. Sólo que el dolor era ahora más fuerte de lo que podía soportar, mas fuerte que cuando vio al muchachito negro entregar su boleto a Santa Claus, más fuerte que cuando había sido objeto de las burlas de los empleados del almacén y vio aquella extraña mirada en los ojos de su hijo.

—Hablaremos de esto cuando haya acostado al niño —dijo la mujer.

Pero cuando el niño estuvo en la cama y Mr. Kelly comenzó a montar la bicicleta, no hubo discusión alguna. Ambos estaban demasiado ocupados. Terminado el trabajo y con todos los regalos alrededor del árbol, la mujer preparó una bebida para su marido y le dijo:

—Feliz Navidad, querido. —Se inclinó para darle un beso, pero el hombre apartó la cara.

Sentía el mismo embarazo que había sentido horas antes, al salir de la oficina. Todos se daban palmadas en la espalda, mientras, en tono alegre, se deseaban felices navidades.

—No nos peleemos esta noche —dijo su esposa, amable—. Es Nochebuena.

Mr. Kelly trató de esbozar una sonrisa.

—No —dijo— no nos peleemos.

Y mientras pronunciaba estas palabras, recordó el día, muy lejano, cuando, en el curso de una guerra, se declaró un armisticio de veinticuatro horas, para que ambos bandos pudieran recoger a sus heridos y enterrar a sus muertos, pues eran tantas las bajas, que no había casi espacio en el que luchar. Y pensó que aquel día los muertos no habían vuelto a la vida, y que los inválidos no habían sanado. Y sabía que para él un día no era suficiente.

Cuando su esposa se hubo acostado, Mr. Kelly se sentó en una silla junto a la ventana. Tomó la botella de *whisky*, que estaba todavía encima de la mesa, y se sirvió un poco. Debió de estar sentado allí durante mucho rato, pues se dio cuenta, de pronto, de que la nieve cubría la calle, formando una enorme alfombra inmaculadamente blanca. Y ahora que era ya muy tarde, ahora que los suyos estaban todos en casa, tranquilos y seguros, las luces del dirigible se apagaron. «Julián se pondrá muy contento», pensó Mr. Kelly. Y repasó mentalmente todas las cosas que debería hacer a la mañana siguiente, para hacer feliz a su hijo.

A la mañana siguiente, cuando la señora Kelly entró en la sala de estar, vio con desagrado que durante la noche su marido había conectado las luces del árbol de Navidad. Vio que el sofá estaba vacío, y luego a Mr. Kelly, sentado todavía junto a la ventana. A la luz verde y amarilla del árbol, su rostro parecía de cera. La mujer miró la botella de *whisky*, pero vio que estaba casi llena. Sacudió a su marido, que abrió los ojos. Y luego, en el rostro del hombre apareció una mirada de un terror y un desespero tales, que la señora Kelly dio un grito y salió de la estancia. La cara de él no cambió, y temblando, la mujer salió del piso, corriendo, a pedir ayuda a su vecina.

Una semana más tarde, la señora Kelly firmó los papeles de internamiento, y al regresar a casa, al caer la tarde, vio que los muchachos de la calle estaban saltando por encima del árbol de Navidad, que estaba quemándose. Con sus gorras y sus chaquetas de lana o cuero, parecían animalitos adornados con pieles, pero enmarcados en el resplandor del fuego sobre el que saltaban, se convertían en una especie de enanos deformes.

La señora Kelly pensó: «Debo bajar mi árbol». Pasó por el apartamento de su vecina a recoger a Julián, deteniéndose el tiempo justo de comunicar a su vecina que lo de su marido era definitivo. La mujer se mostró comprensiva.

Una vez en su piso, la señora Kelly dijo a Julián:

—Ayuda a mamá a bajar el árbol de Navidad, querido.

Necesitaba que el niño estuviera a su lado. Quedó sorprendida al ver que el niño se echaba a llorar y, entre sollozos, decía:

—No quiero llevarlo abajo. —La Navidad ha pasado ya, hijo mío. Mira. Le llevó hasta la ventana, y ambos estuvieron mirando como los niños jugaban con el árbol que se estaba consumiendo. El niño dejó de llorar, y luego, mirando a su madre, dijo:

—¿Tendremos otro árbol el año que viene, aunque no haya Navidad?

Su madre le devolvió la mirada, sin comprender, y luego le dio una violenta bofetada, y cuando, llorando, el niño trató de acercarse a ella, le empujó dentro de su habitación.

Y allí, porque era la última Navidad, recogió todos sus juguetes, esparcidos por las cuatro esquinas del dormitorio, sin olvidar sacar los que había debajo de la cama, e hizo un círculo con todos ellos, quedándose él dentro. Allí, más tarde, cuando la señora Kelly hubo terminado de llorar en la sala de estar, lo encontró jugando en silencio.

LOS ITALIANOS ESTILO AMERICANO

Después de que el New York Times Sunday Magazine *publicara este articulo, recibí un diluvio de cartas. Algunas, buenas; otras, malas. Algunos italianos estaban furiosos, pero conseguí salir con vida, porque sabía lo suficiente como para no negar que fue Cristóbal Colón quien descubrió América.*

La recién fundada Liga Antidifamatoria Ítalo-americana, encabezada por el señor Frank Sinatra, ha anunciado una campaña para reclutar aproximadamente un millón de personas, cada una de las cuales pagará una cuota de 10 dólares. Los diez millones de dólares serán utilizados para convencer a los editores de libros, a los estudios cinematográficos, a los productores de televisión y a los editores de revistas, de no publicar el nombre de los delincuentes cuyo apellido termine en «i» o en «o».

No deberían molestarse en absoluto en la captación de mi octogenaria madre, nacida en Italia, naturalizada en los Estados Unidos y, por consiguiente, en mi opinión, ítalo-americana. Aún hoy está plenamente convencida de que el infame Alfonso Capone fue un irlandés mascalzone, que, con toda mala fe, adoptó su alias napolitano para dar mala fama a los italianos. Naturalmente, debido a lo que los sociólogos llaman «el síndrome de la Cruz Roja», la liga conseguirá los diez dólares de mi madre.

La Liga jura solemnemente defender contra todo tipo de difamación «a los 22 000 000 de ítalo-americanos trabajadores y patriotas y promete que presionará a los editores, escritores, semanarios, etc., etc., para que dejen de producir material perjudicial para la reputación y dignidad de los ítalo-americanos». Eso es lo que se dice en un folleto elegantemente impreso.

Como novelista que a veces escribe sobre los italianos, considero mi deber examinar la lista de miembros del comité de dirección; caballeros que han decidido convertirse en censores de mi trabajo. Quizá carezca de importancia el hecho de que entre ellos no haya un solo intelectual, un solo escritor. No obstante, tres de los directores ponían el título «Esquire» (título honorífico) después de su nombre. Para un artista, esto era una especie de aviso.

Que una organización de este tipo haya podido ser fundada, produce, a primera vista, asombro. La cultura de Italia está estampada en toda la ancha faz de América. Desde las colinas de Vermont hasta las llanuras ganaderas de Texas, desde la brumosa Nueva York hasta la soleada San Francisco, la grasienta *pizza* de tomate ha sustituido al perrito caliente. El gran Joe DiMaggio (su hazaña de batear sin fallos en cincuenta y seis juegos seguidos está considerada como un récord imbatible en el béisbol) no sólo llenó las enormes botas de Babe Ruth, sino que se casó con la diosa sexual del mundo civilizado: un cúmulo de fantasías que ni siquiera Horatio Alger se hubiese atrevido a imaginar. Y el presidente de la Liga Antidifamatoria Ítalo-americana, el mismo señor Sinatra, no es solamente la figura más solicitada del mundo del espectáculo, sino el ídolo secreto de millones de americanos.

Ningún otro hombre famoso ha conseguido divorciarse de su esposa manteniendo, sin embargo, el control no sólo de la vida de ella, sino de la de sus hijos también, y, además, consiguiendo que todos fueran felices y lograran el éxito. Y todo ello manteniendo celosamente su libertad personal.

Está también Dean Martin, cuyo *show* televisivo fue el número uno el pasado año. Está Jack Valenti. Estaba, no lo olvidemos, Rodolfo Valentino. En resumen, parece que todo el mundo quiere a los ítalo-americanos. Entonces, ¿qué objeto tiene la Liga? ¿Por qué cada vez que el FBI hace alguna redada de traficantes de drogas o de delincuentes de diversos tipos, Mr. Hoover explica que ha sido asestado un nuevo golpe a la Mafia? Y, desde luego, el nombre de los encarcelados suele terminar en «i» o en «o». Los libros y los periódicos, las revistas y las películas, nos presentan imágenes caricaturescas de hombres corpulentos y morenos que controlan el juego en Las Vegas, la prostitución en los centros turísticos del Este y el tráfico internacional de drogas.

La Liga Antidifamatoria Ítalo-americana quiere, naturalmente, que los delincuentes sean castigados. Pero como dijo uno de sus representantes en una entrevista: «Meyer Lansky es el gran personaje del juego, pero, sin embargo, nadie se mete con él». La Liga ha protestado también ante el alcalde John Lindsay por el hecho de que hayan sido escogidos veintitrés comisionados de entre la población judía de Nueva York, contra un solo ítalo-americano. La ciudad de Nueva York es judía en un 25 por ciento, e italiana en un 20. (La Liga Anti… difamatoria Judía puso recientemente un pleito a la Liga Antidifamatoria Ítalo-americana, debido a la similitud de nombres). Pero no sería lógico acusar de antisemitismo a la Liga italiana. La rivalidad es entre dos comunidades (en esto coincidieron la inmigración judía y la italiana), la menos afortunada socialmente atacando a la otra.

Es cierto que la constante repetición de las palabras «Mafia» y «Cosa Nostra», mientras son arrestados algunos picaros y truhanes de poca monta, irrita a muchos ítalo-americanos. Pero no a veintidós millones de ellos, simplemente debido a que no hay tantos. El censo de 1960 dice que en el país viven algo más de 1 100 000 ítalo-americanos nacidos en el extranjero, mientras que otros 3 280 000 son americanos de la primera generación, aunque descendientes de italianos (de la parte meridional de Italia, en su mayoría), y yo soy uno de ellos.

Siempre me he considerado americano, pero debo admitir una cosa: cuando tengo que pasar una semana sin comer spaghetti, siento una especie de malestar físico. Las arias de Puccini y las canciones napolitanas me hacen llorar. Cuando veo una película italiana no puedo evitar sentir algo así como añoranza, pero esto, creo, puede dejarse a un lado. Un chino-americano, jefe de un restaurante, muy conocido mío, dice también que las películas italianas le hacen sentir añoranza de su país.

Así, pues, contando a los nacidos fuera del país y a los americanos de la primera generación, llegamos a un total de 4 500 000 ítalo-americanos. ¿Dónde están los otros 17 000 000 de los que habla la Liga? Evidentemente, cuentan a los americanos de la segunda y de la tercera generación. Nadie puede impedírselo, pero me pregunto cuál sería la reacción de mis hijos si alguien les llamara ítalo-americanos. Considerarían que la Liga es, como mínimo, muy poco imparcial. Si fuesen de más edad, y, por lo tanto, menos

generosos, quizás acusarían a la Liga de difamación contra 17 000 000 de americanos inocentes.

Un error todavía más serio por parte de la Liga es su esperanza de cobrar una cuota de 10 dólares. Esto es una locura, una absoluta falta de realismo de la parte menos favorecida, es decir, la italiana, deseosa de emular el éxito de su rival, la comunidad judía: la Liga, evidentemente, nunca ha oído hablar del estudio sociológico hecho para averiguar por qué los italianos de este país no podían, psicológicamente, contribuir a las campañas hechas por la Cruz Roja para recaudar fondos. Esto se refería únicamente a los inmigrantes del sur de Italia, lo que supone como se ha dicho antes, englobar a la mayoría de los ítalo-americanos. (De los 2 300 000 que entraron en los Estados Unidos entre 1900 y 1910, más de 1 900 000 procedían del Sur). Los ítalo-americanos del mezzogiorno («mediodía», literalmente, pero, en realidad, meridionales) habían sido pobres durante cientos y cientos de años, y, además, habían sido a menudo traicionados por organizaciones creadas, supuestamente, en su beneficio. Por ricos que hayan llegado a ser en los Estados Unidos, nunca han querido que su dinero, tan duramente ganado, pasase a las manos de los burócratas, para que, en última instancia, beneficiara a gente extraña, que, por muy necesitada que estuviera, no tenía lazos de consanguinidad con ellos.

A menudo, los italianos ni siquiera aceptan dinero. Años atrás, un periódico habló de un rico ítalo-americano que regresó a su pueblo natal dispuesto a enriquecer a todos y cada uno de sus habitantes, dándoles una gran suma de dinero en efectivo. (Nótese que no pidió a la Cruz Roja que se encargara de distribuir el dinero, pero éste no es el punto principal). Ante el asombro del generoso donante, algunos de los pueblerinos no se presentaron a recoger su dinero. Ni siquiera sirvieron de nada las recomendaciones del cura del pueblo. Pensaban que todo era un truco, y, en todo caso, no querían saber nada con un extranjero loco. (En el sur de Italia quienquiera que viva fuera del pueblo es considerado extranjero).

Es dudoso que gente así envíe 10 dólares a una organización del tipo que sea, por elevados y nobles que sean sus fines.

La Liga, sin embargo, está en lo cierto cuando pretende que los ítalo-americanos son los ciudadanos más patriotas de los Estados Unidos. Jamás ha existido un ítalo-americano traidor, y en la Segunda Guerra Mundial nunca

fue discutida su lealtad a toda prueba. Los ítalo-americanos quieren a América, y tienen sus razones para ello. América ha sido su salvación. La historia de la inmigración italiana ha sido una epopeya, una epopeya que ha terminado felizmente, pero que tal vez no ha sido convenientemente explicada fuera de la literatura sociológica. Es, en algunos aspectos, una amarga y triste historia.

El más pobre de los italianos es el más orgulloso de los hombres. Nunca se queja de que le nieguen la entrada en un club de categoría; cuando consigue el éxito económico, nunca trata de forzar su entrada en un grupo social elevado. Siempre ha sabido donde no era aceptado, y uno de los lugares donde supo que no era querido era, en primer lugar, Italia.

Ninguna otra nación ha perdido, sin el recurso de las persecuciones religiosas o políticas, tantos de sus ciudadanos como Italia. En los primeros años del siglo dieciocho, más de 2 000 000 se trasladaron a la Argentina, donde engrandecieron la ciudad de Buenos Aires, mientras que otros 2 000 000 marcharon al Brasil. Centenares de miles de italianos atravesaron el Canal de Suez y colonizaron, para Francia, la ciudad de Túnez.

En la segunda década del siglo dieciocho comenzaron a embarcar para América (es curioso señalar que la primera oleada de emigrantes considerara que el país que mejores oportunidades podía ofrecerles era la Argentina), y en el año 1930, el total de italianos entrados en los Estados Unidos había alcanzado la fantástica suma de 4 628 000.

De los 1 900 000 que emigraron del mezzogiorno entre 1900 y 1910, sólo el 0,50 por ciento pertenecían a la clase profesional; el 15 por ciento tenían alguna especialización. El resto estaba constituido por mano de obra sin cualificar. Estos campesinos eran considerados por la clase dirigente y por la mayoría de los italianos del Norte, como seres incivilizados, como animales; en realidad, el gobierno de Roma llevaba dos estadísticas separadas, del mismo modo que los americanos llevan estadísticas especiales para los negros. (Las similitudes entre la situación actual de los negros y la de los italianos analfabetos de 1890 son sorprendentes). Los periódicos de los Estados Unidos llamaban a estos campesinos italianos «la escoria de Europa», y sugerían, en sus editoriales, que debía prohibírseles la entrada en

el país. Se les acusaba de ser excesivamente violentos, demasiado morenos, muy aficionados a la bebida y tremendamente sexuales.

La razón principal de este enorme fluir de seres humanos desde un país llamado a menudo la cuna de la civilización occidental era la forma de proceder de la clase dirigente, que durante siglos había explotado a sus compatriotas meridionales de un modo increíblemente indigno. Y, así, ellos huyeron de la soleada Italia del mismo modo que los niños de los cuentos de hadas se van al oscuro bosque para verse libres de una madrastra cruel.

En aquel glorioso día de la historia italiana en que el gran Garibaldi, después de haber conquistado Sicilia y Nápoles, las unió a la monarquía de Cerdeña, que se convirtió en el primer reino de Italia, los campesinos echaron una mirada a estos ahora centralizados poderes, corruptos y explotadores, y comenzaron a marcharse todavía en mayor número. Los gobernantes, sin embargo, corrieron más que ellos. El gobierno italiano firmó un tratado por el cual trasladaría todos sus prisioneros al Brasil y a Portugal, para que estos dos países los utilizaran como una especie de mano de obra esclava. El tratado incluía hasta a aquellos que habían sido sentenciados a menos de un año. Pero esto, a la larga, resultó excesivo. El clamor del público obligó a la cancelación del tratado.

Cuando a los inmigrantes italianos del siglo dieciocho les preguntaron de un periódico americano, si todavía amaban a Italia, respondieron: «Estados Unidos es, para nosotros, el país que nos da de comer», con lo que significaban que su lealtad era para la nación que les llenaba el estómago. En esta amarga respuesta estaba todo el desdén de los campesinos para con los gobernantes que les negaban lo más esencial, que les dejaban, a ellos y a sus hijos, indefensos contra la rapacidad de una iglesia fría e indiferente, de unos burócratas corrompidos, de unos bandidos desesperados, de una clase media insensible y pérfida, y que no les protegía ni siquiera de su propia debilidad humana.

Algunas de estas personas siguieron a los inmigrantes a la Tierra de Promisión. En los muelles, algunos italianos educados esperaban a sus paisanos, al efecto de reclutarlos para formar parte de cuadrillas de trabajadores. El padrone, o jefe, alquilaba su cuadrilla a una empresa americana, cobrando a la vez de la firma y de cada uno de los trabajadores.

Los periódicos escritos en italiano se opusieron rotundamente a la formación de las uniones de trabajadores y atacaron las reformas que hubieran ayudado a sus compatriotas menos afortunados. En esto, la actitud de la clase media y profesional italiana, así como de la prensa interesada, contrastó notablemente con la actitud, socialmente mucho más consciente, de los judíos. Pero debe admitirse que la culpa la tuvo, en parte, el carácter italiano, su confianza en la familia más que en la estructura social, y su dependencia feudal del padrone, porque él era, también, de sangre italiana.

Los que hoy hablan de que los negros y los portorriqueños «viven como los animales, tres o cuatro familias en un apartamento», deben saber que los inmigrantes italianos vivían, en la ciudad de Nueva York, en condiciones mucho peores, a base de 1100 personas por acre, 10 personas por habitación. Los que reprochan a los negros que se compren Cadillacs, contando sólo con los 30 dólares semanales de la seguridad social, deben saber que a los primitivos inmigrantes italianos se les reprochaba igualmente que desperdiciaran su escaso dinero, procedente, en buena parte de sociedades de socorros mutuos (los Hijos de Italia llegaron a tener 350 000 afiliados en los Estados Unidos, pero fue siempre un instrumento primordialmente político y social), organizando festivales religiosos o dando su voto a los políticos en cuya mano estaba el conceder el permiso para que tales festivales se celebrasen en las calles de la ciudad.

La ciudad de Nueva York, el más natural puerto de entrada, era el lugar más alejado hasta el que podían llegar la mayoría de los inmigrantes italianos. Se crearon Pequeñas Italias en Mulberry Street, en Harlem, en la Calle 108 y en la Primera y Segunda Avenidas, en Greenwich Village (alrededor de la Plaza Washington), en la Arthur Avenue (en el Bronx), en la entonces zona rural de Staten Island, que fue el primer distrito ítalo-americano que tuvo un presidente italiano. Es curioso, pero la mayor parte de estas Pequeñas Italias existen todavía. Es como si el sistema inmigratorio italiano fuera incambiable, como si ellos, una vez asentados en un lugar, no pudieran ya moverse jamás; o quizá más sencillamente, debido a que los italianos, a pesar de sus continuas quejas, son el pueblo más tolerante de la tierra. En cualquier caso, ni el alud de negros y portorriqueños, ni los *hippies*, ni los aficionados a las drogas, han podido desalojarles de sus barrios de Harlem, East Side y

Greenwich Village. Las vecindades se hacen más zarrapastrosas, pero el interior de los hogares de los ítalo-americanos son cada vez más confortables a medida que se van adentrando en la clase media pero, de todos modos, se niegan rotundamente a salir dé sus viejos barrios.

No obstante, la inmigración era demasiado fuerte como para que pudiera absorberla una sola ciudad. En 1914 había ya importantes colonias de italianos en Filadelfia (donde llegaron a ser una potencia dentro de las fuerzas de limpieza de la ciudad), en Chicago, en Baltimore, en Detroit, en Cleveland y en Boston. Se convirtieron en mineros, fundidores, limpiabotas y barberos. Inundaron el ramo de la construcción, trabajando como albañiles, carpinteros, fontaneros y electricistas. En Tampa se estableció una colonia italiana de fabricantes de cigarros (a mano). Algunos de los más atrevidos abrieron pequeños restaurantes, y dado que la comida italiana es probablemente nutritiva y barata, estos establecimientos tuvieron un éxito inmediato. Muchas jóvenes italianas entraron en la industria de la confección, donde eran utilizadas como rompehuelgas, hasta que los unionistas judíos, con suma paciencia, consiguieron educarlas. Algunos italianos, como el joven La Guardia, eran reclutados como capataces. Un producto marginal de este intercambio, no señalado por ningún comentarista social, ni siquiera por el extraordinariamente sensible Daniel Moynihan, es que sus colegas judíos enseñaron a las jóvenes ítalo-americanas a respetar y valorar la educación. Estas jóvenes italianas lucharon contra el desdén de sus padres por la cultura y, en muchos casos, consiguieron que sus hermanos y hermanas más jóvenes estudiaran. De no haber sido por ellas, la cifra del 4,8 por ciento de ítalo-americanos con estudios de grado superior, seria todavía más baja.

Si bien la mayoría de los inmigrantes italianos se asentaron en centros urbanos, debe recordarse que la mayor parte de ellos habían sido campesinos, y a algunos de ellos les resultó imposible resistir la tentación de la tierra virgen. En 1910 había ya al menos treinta y cinco Pequeñas Italias en los Estados del Sur.

Pero la cabeza de playa hacia la clase media americana fue inicialmente establecida por las fuertes espaldas y los picos y palas de los trabajadores. Las palas, para los italianos pretenciosos, son lo que para los negros pomposos las sandías. Sin embargo, una de las leyendas más conmovedoras

es la del ítalo-americano que entregó a su hijo mayor, como parte de la herencia familiar, la pala que él había utilizado.

Para el ítalo-americano, la pala ha quedado muy atrás. Ahora está sólidamente afincado en la clase media. Muchos de ellos son contratistas de obras, cuando antes habían sido sólo peones de albañil; otros, importadores de aceites y quesos. Muchos son funcionarios importantes del servicio civil, y en el mundo del espectáculo son algo así como napoleones.

En la actualidad no está bien visto decir que los Estados Unidos es un gran país. Es cierto que tiene sus fallos. Y sueña en un cambio. Pero ninguna otra nación de la tierra se ha mostrado tan generosa con los hombres armados únicamente, para luchar por la vida, con espaldas robustas y picos y palas.

Si se echa la vista atrás, parece un milagro increíble. ¿Cómo fue posible? Daniel Moynihan y Nathan Glazer, en su valioso libro *Beyond the Melting Pot*, consideran que fue la fuerte estructura familiar de los italianos lo que dio a sus hijos la confianza y la fuerza psicológica suficientes para luchar por su entrada en la corriente de prosperidad de América. Opinan también que los negros nunca lograrán penetrar fuertemente en la clase media, a menos que sea reforzada su estructura familiar, tan desintegrada hoy en las grandes ciudades. En resumen, dicen, a los negros de las ciudades debe convencérseles de que no abandonen a su familia.

Los terroristas intelectuales de izquierdas, siempre a punto para discutir lo que sea, y algunos hombres honorables, aunque llenos de prejuicios, atacaron lo que ellos llamaron intrusión en la vida sexual de una minoría ya demasiadas veces penosamente puesta a prueba. Los terroristas intelectuales de derechas adulteraron la teoría, con sus estupideces habituales. Pero en el libro se dice claramente que sus autores no pretenden realizar ningún juicio moral. Demuestra, asimismo, que en el problema negro intervienen muchos otros factores. Pero queda el hecho de que el fuerte y arraigado sentido familiar fue uno de los factores clave del éxito ítalo-americano, y cualquier nuevo Moisés negro que desee conducir a su pueblo a la tierra de promisión de la clase media hará bien en tenerlo en cuenta.

Es obligado, en un artículo acerca de un grupo étnico, citar a sus personajes más distinguidos. La Liga Antidifamatoria Ítalo-americana, como muchas otras organizaciones propagandísticas italianas, comienza

recordándonos que Cristóbal Colón descubrió América. Cuando asistía al parvulario, yo estaba convencido de que Colón era Satanás debido a que muchos italianos adultos maldecían su nombre cuando, por ejemplo, se golpeaban los dedos con un martillo, o cuando sus hijos, corrompidos por descabellados sueños americanos, se negaban a empuñar el pico y la pala.

No puede negarse que los italianos han prestado su modesto concurso a la labor de engrandecimiento de la nación. Filippo Mazzei fue íntimo amigo de Thomas Jefferson (y con verdadero estilo mañoso pudo muy bien haber aconsejado la inclusión en el Acta de Derechos de algunos puntos tendentes a disminuir los poderes de la policía). William Paca firmó la Declaración de Independencia y llegó a ser gobernador de Maryland. (¿Por qué no me enseñaron esto en la escuela?).

Fiorello La Guardia ha sido tal vez el mejor alcalde que ha tenido la ciudad de Nueva York, y los ítalo-americanos, orgullosamente, le señalan como una de las mejores aportaciones que su grupo ha hecho a la causa de la democracia americana. Sin embargo, La Guardia fue elegido gracias al voto judío.

La Guardia ha sido el único político ítalo-americano que ha tenido una cualidad especial. Si no se hubiese adelantado a su época, hubiera podido convertirse en una verdadera figura nacional. Todos los demás políticos ítalo-americanos —y hay muchos, senadores, miembros del Congreso, legisladores, alcaldes y jueces— no han causado gran impacto entre los votantes de fuera de sus Estados.

En literatura, los escritores de sangre italiana apenas si han causado impacto alguno en el público americano. Esto no es sorprendente en un grupo cuyos padres no sólo eran analfabetos, sino que miraban los libros escolares de sus hijos con el mismo horror con que una madre de familia de la clase media mira hoy la afición de su hijo *hippie* por las drogas.

Sólo la primera novela de Pietro Di Donato, *Christ in Concrete*, puede decirse que es bien conocida. Un verdadero campesino italiano, Di Donato empleó el dinero de sus derechos, en la creación de una firma constructora. No ha vuelto a escribir nada que pueda compararse a su primer libro, publicado en 1939.

No obstante, hasta hace veinte años hubo la misma carestía de escritores judíos de verdadera talla. En diversas revistas literarias aparecieron ensayos mediante los cuales se pretendía demostrar que era imposible que un judío pudiera escribir una gran novela americana. Hoy tenemos a Malamud, Bellow, Bruce Jay Friedman y Joseph Heller. Si el modelo es válido, es muy posible que el día del novelista ítalo-americano esté muy cerca. Lo que es menos probable es que los ítalo-americanos compren sus libros. (De nuevo el síndrome de la Cruz Roja).

Los escritores ítalo-americanos se quejan de no recibir de su grupo étnico el mismo apoyo que los escritores judíos reciben del suyo. Es cierto que existen en América revistas en inglés apoyadas por organizaciones judías, y tales publicaciones, como es lógico, ayudan a los escritores judíos que luchan por hacerse un nombre y por encontrar un público. Los escritores ítalo-americanos no cuentan con tales bazas, pero tampoco tienen que soportar los inconvenientes derivados de las mismas. Por ejemplo, una revista tan respetada como *Commentary*, si bien alaba a Malamud, le critica por su forma de entender el judaísmo. Y un crítico judío-americano que echara por tierra la obra de un novelista judío-americano haría estremecer de horror a un árabe.

Los artistas ítalo-americanos no tienen por qué temer tales molestias por parte de su grupo. Hace unos años, un novelista de sangre italiana publicó un libro que fue muy bien recibido por los críticos. De hecho, el *New York Times Book Review* lo consideró un pequeño clásico de los italianos y sus hijos en este país. El libro no tuvo éxito de público, y ni siquiera fue publicado en edición de bolsillo. No obstante, el director anglosajón, de una casa editorial propiedad de un ítalo-americano, tuvo mucho interés en comprarlo. Astutamente, decidió reunir en una pequeña fiesta al editor y al autor (dos paisanos, después de todo). El editor seguramente querría un público más amplio para un ítalo-americano que había inmortalizado a los de su sangre en una obra de arte. El escritor, un desconfiado ítalo-americano, cuyos ascendientes habían vivido durante siglos en el sur de Italia, se sentiría, con toda seguridad, halagado, por lo que probablemente se avendría a rebajar sus pretensiones económicas lo suficiente como para hacer posible la publicación de una novela muy poco comercial. (Cualquier novela a la que se haya

etiquetado como pequeño clásico es automáticamente clasificada como no comercial).

Y así, el editor, un hombrecillo elegante, vestido de gris, por ser éste un color que muchos ítalo-americanos de la clase media consideran que borra cualquier trazo de rusticidad, se vio frente al desconfiado y ceñudo escritor. Ante el asombro del director —anglosajón—, los dos paisanos se trataron, desde el primer momento, con indecible rudeza. El editor, un padrone, después de todo, no estaba interesado en promocionar un «perdedor». El escritor, con toda la insolencia de un campesino siciliano, preguntó al editor que si guardaba todavía la pala de su padre, y le dijo que, de ser así, que la empleara para cavar la fosa de su empresa. El «pequeño clásico» sigue fuera del alcance del gran público. (Por culpa de Cristóbal Colón).

Y ahora debemos olvidarnos del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, pues tenemos que entrar en materia. ¿Controlan los italianos el crimen organizado, en los Estados Unidos? Bien, es cierto que los americanos de origen irlandés beben más que cualquier otro grupo. (Un estudio demuestra que el 44 por ciento de los borrachos de Bowery son de sangre irlandesa). Y es también cierto que los judíos son los más expertos en hacer dinero. (Las estadísticas correspondientes a 1957 demostraron que los ingresos de los judíos americanos eran más elevados que los de cualquiera de los demás grupos, pero la presión de las organizaciones judías, que temían despertar sentimientos antisemitas, consiguió que tales estadísticas no llegaran al público).

Pero ¿controlan los italianos y los ítalo-americanos el crimen organizado? La respuesta, por mucho no nos duela, debe ser afirmativa. Las pruebas son concluyentes. Están una serie de libros, tales como *77, Green Felt Jungle, The Honored Society y Revolt in the Mafia* (uno de los libros más divertidos que he leído acerca del crimen), diversas investigaciones del Senado (muy divertidas, también), Joseph Valachi, y toda la serie de individuos que va arrestando el FBÍ y cuyos apellidos terminan en «i» o en «o».

Pero la culpa no es de los ítalo-americanos. Cada oleada de inmigrantes sustituye a la anterior en campos tales como el boxeo, el béisbol, el fútbol y el crimen. Y en todos los terrenos, excepto en el del crimen la participación de los italianos ha seguido un curso normal y lógico. Los negros y los

portorriqueños son más numerosos que los italianos en el terreno de los deportes, pero estos grupos recién llegados (a los negros les consideramos como inmigrantes, pues sólo muy recientemente han entrado en la corriente de la sociedad americana) se han mostrado asombrosamente ineptos en el campo de la delincuencia de categoría, por lo que no han sustituido a los italianos, como hubiese sido lógico, de acuerdo con la ley histórica.

Debe admitirse que los italianos han hecho gala de una cierta habilidad en el campo de la delincuencia. Lo cual no es sorprendente, pues durante siglos han logrado sobrevivir, en circunstancias muy difíciles, únicamente gracias a su talento. Casi todos los personajes de la Mafia son sicilianos (Al Capone, napolitano, fue la gran excepción), y en Sicilia la Mafia nació como una especie de Robin de los Bosques. Las clases dirigentes de la isla estaban formadas por raptores y ladrones. El pueblo debía tomarse la justicia por su mano.

Siglos después de su nacimiento, la Mafia degeneró en una serie de grupos más o menos organizados, los cuales se alimentaban lo mismo de los ricos, que de los pobres. Hubo momentos en que, astutamente, se aliaron con las clases dirigentes, que se veían impotentes para mantener el orden social. Pero la historia de la Mafia es tan familiar, que no es necesario explicarla aquí.

Es preciso señalar que la inmensa mayoría de los italianos —el 99,999999 por ciento, al menos— son honrados y fieles cumplidores de la ley; del mismo modo que la mayoría de los irlandeses no son borrachos; de igual manera que la mayor parte de los negros se ocupan de su familia. Por otra parte, es innegable que la mayoría de los miembros de la delincuencia organizada llevan sangre italiana en sus venas. Esto debe ser aceptado, y los grupos de presión ítalo-americanos que han hecho suprimir el libro de Valachi, por ejemplo, y la Liga Antidifamatoria Ítalo-Americana, prestan a todos los ítalo-americanos un flaco servicio. El FBI tiene sus defectos, pero su integridad es única en la historia de las fuerzas encargadas de velar por el cumplimiento de la ley, y no debiera ser estorbado en su lucha contra un imperio criminal, que, penetrando en el cuerpo de la economía americana, inocula un virus mortal en los órganos vitales de nuestra sociedad.

A su vez, el FBI no debería enviar espías a los funerales de los jefes mafiosos. Y ello debido a que los delincuentes son seres humanos, no animales, y en los seres humanos es el respeto por los muertos una de las formas sociales que hacen soportable la condición humana.

Los editorialistas del *Times* neoyorquino, tan entendidos en los asuntos del Extremo y Medio Oriente, no saben nada de la forma de ser de los ítalo-americanos, y es por ello que deberían abstenerse de proclamar en letras de molde su desaprobación del hecho de que Frank Sinatra haya sido nombrado presidente de la Liga Antidifamatoria Ítalo-Americana. El *Times* citó su amistad con Sam Giancana, un supuesto jefe de la Mafia. Pero subestiman a la Liga y cometen una injusticia con Sinatra. La Liga sabe muy bien lo que se hace. Sinatra es, en este país, el más poderoso americano de ascendencia italiana. Es también, según parece, un hombre de extraordinaria energía, pues comenzó como cantante y ha logrado convertirse en el ejecutivo más rico y más listo del mundo del cine. Y es interesante señalar que ha acomodado su conducta personal a la de los grandes jefes mañosos que reinaron en Sicilia. Quiero señalar, además, que les ha imitado en lo mejor.

Estos jefes de la Mafia fueron hombres que inspiraron una lealtad absoluta, respeto y miedo, mucho miedo. Lo consiguieron ayudando en todo a aquellos seguidores suyos que les eran completamente fíeles, tratando con «respeto» a tales seguidores, por humilde que fuese su condición. Sinatra, también, ha ayudado a gente de talento a escalar el éxito, y ha prestado su apoyo a aquellos de entre sus amigos que se han visto en apuros. Asimismo, parece poseer aquella cualidad especial que tuvieron todos los grandes jefes de la Mafia: la habilidad de inspirar respeto y afecto en hombres de su mismo poder y categoría.

Se deduce, pues, que Sinatra puede ser muy útil a la Liga. Es leal para con sus amigos, vuelca su generosidad en las causas en las que interviene, y, sobre todo, logró lo que parece imposible: seguir siendo buen marido y padre aún después de haberse divorciado. Este hecho le ganó la voluntad y el aprecio de millares de ítalo-americanos, y si hay una persona que pueda ganarles para la Liga, que pueda librarles del síndrome de la Cruz Roja, persuadiéndoles para que colaboren con sus 10 dólares, esta persona es Frank Sinatra.

La Liga supo lo que hacía, pero ¿lo sabía Sinatra? Ha demostrado ser un hombre temerario e impulsivo.

(En esto difiere de los jefes de la Mafia a los que imita). Hace veinte años luchó por la causa de los negros, en unos momentos en que ello no era aconsejable, lo que le valió enemistarse con los más poderosos productores de Hollywood. Recientemente, a los cincuenta años de edad, se casó con una muchacha casi treinta años más joven que él. En el asunto que le hizo perder su participación en un rentable casino de juego de Nevada se negó a renegar públicamente de su amistad con Sam Giancana.

Hubiera podido evitar todas estas situaciones, sin excluir la relativa a su joven esposa. Desgraciadamente, debe llegarse a la conclusión —especialmente en lo que respecta a sus relaciones con la Liga— de que Sinatra pertenece a ese tipo de italianos, raros y muy especiales, a quienes los campesinos del mezzogiorno llaman «cabezas entremetidas». Es un hombre que, careciendo de preocupaciones suficientes, se mete, para no aburrirse, en problemas que no le importan y que no pueden reportarle beneficio alguno.

Los ítalo-americanos no necesitan que la Liga les ayude; para nada necesitan el apoyo del famoso Frank Sinatra. Los ítalo-americanos han ganado, con su esfuerzo, un lugar seguro en el país. No porque sean un «gran» pueblo —puede que lo sean—, sino porque han soportado años y años de lucha y sufrimientos, convirtiéndose, en mi sincera opinión, en el más humano de los pueblos. Como el personaje de un poema de Sandburg, que hizo grabar en su tumba, «Comió lo que le pusieron delante», el ítalo-americano ha aceptado siempre la vida con enorme apetito. Y hasta cuando ha llegado a lo más alto, tiene siempre presente que ser humano es correr el riesgo constante de ser ridículo.

El Papa Juan produjo, con esta clase de humildad, un tremendo impacto lo mismo en los no católicos que en los anticlericales. La anécdota siguiente es, para el caso, de lo más ilustrativa. Cuando paseaba por los jardines del Vaticano, la gente, a veces, interrumpía su sencillo placer. Para evitarlo, algún funcionario hizo construir una cerca. El Papa Juan, al ver la barrera preguntó: «¿Es que no estoy presentable?».

Otro ejemplo, algo diferente del anterior, de lo bien que los italianos saben amoldarse a la condición humana, lo constituye la historia de la muerte

del jefe principal de la Mafia siciliana. Responsable de un millar de asesinatos, aparte de una infinidad de otros delitos, al final fue traicionado por el destino, y se encontraba moribundo, víctima de un ataque cardíaco. Sus familiares estaban alrededor del lecho para escuchar sus últimas palabras, las cuales fueron después repetidas a la policía por un confidente. Fueron éstas: «¡Que hermosa es la vida!».

Por extraño que parezca, ambas historias son, para mí, igualmente confortantes, igualmente expresivas del espíritu italiano.

LA REVOLUCIÓN DEL DINERO: LUCHAR CONTRA LA POBREZA, IR A LA BANCARROTA

Esquire *me encargó este artículo, dándome una garantía de 250 dólares, si no lo compraban. También me dieron, creo rerecordar, unos 500 dólares para gastos. Cuando rechazaron el artículo, se negaron a pagar la garantía, alegando que estaba cubierta por él dinero que me habían entregado para gastos. Todo esto no me sorprendió.* Esquire *tiene fama, entre los escritores, de ser la más tacaña de las publicaciones. Este artículo fue escrito en 1967, pero la ley no ha cambiado mucho desde entonces.*

Hombres y mujeres
Cargados de deudas
No os preocupéis
No tembléis.
El Tío Sam
Os da la solución:
En vez de pagar
Liquidad.
Lucha contra la pobreza.
Ir a la bancarrota.
Unase a
Los Quebrados Anónimos.

Los autores de este alegre y paradójico poema son un joven matrimonio, Tom y Anyce Hutchinson. Lo han esparcido por todos los rincones de su ciudad de residencia, Fresno, California; lo han publicado, previo pago, en la

sección de anuncios de los periódicos locales. También, escrito a mano, lo han hecho colocar en los escaparates de las tiendas, y hasta lo han distribuido, en forma de folleto ciclostilado, en las esquinas de las calles. A mucha gente, el poema le ha gustado, pero no a todos.

Fueron tantas las protestas de las compañías de financiación, de los bancos, de los grandes almacenes, de los grupos emisores de tarjetas de crédito, etc., que un funcionario judicial se sintió obligado a telefonear a los Hutchinson, para advertirles que podían ser culpables de conducta ilegal. La Asociación de Abogados de Fresno, pensando que el joven matrimonio podía estar tal vez haciéndoles la competencia, sin poseer la debida licencia, inició una investigación. El poema fue retirado de los escaparates. Poco después, Anyce Hutchinson se dio cuenta de que su salón de esquilado de perros tenía cada día menos clientes, y Tom Hutchinson se quedó sin trabajo.

La rápida represalia no puede ser considerada como muy democrática, pero hay que reconocer que es lógica. El público consumidor americano debe a las entidades de créditos más de un millón de millones de dólares, y el 10 por ciento de esta enorme suma en mercancías irrecuperables y en préstamos en efectivo. En resumen, las entidades crediticias tienen cien mil millones de dólares bailando en la calle. ¿No es lógico que se pusieran todos nerviosos?

Pero lo que parecía una violencia judicial, legal y económica, creó una enorme publicidad. Peor aún, los Hutchinson demostraron ser unos soberbios tácticos, al aprovechar las entrevistas periodísticas para difundir su mensaje. Y lo consiguieron.

Cualquiera. Cualquiera. Cualquier americano que no quiera pagar sus deudas, cualquier persona que anhele comenzar una nueva vida sin deber un céntimo, lo único que debe hacer es llegarse hasta el tribunal federal más próximo y declararse en quiebra o bancarrota. Ni siquiera necesita de los servicios de un abogado; debe sólo rellenar los impresos correspondientes, abonar unos gastos de 51 dólares (pagaderos a plazos), olvidarse de todos sus acreedores, y a disfrutar de su sueldo íntegro, sin embargos de ninguna clase (quedan exceptuados, claro está, los impuestos), y nadie puede impedírselo.

Aunque parezca increíble, ninguna revista popular, ningún libro tipo «cómo administrar su dinero», ha explicado claramente todo esto a los numerosísimos americanos que están empeñados hasta las orejas.

Además, y ello es más increíble todavía, jueces y abogados han cooperado en el mantenimiento de este delicioso y pequeño secreto. De hecho, un juez, en un artículo publicado en un periódico financiero, lamentó la publicidad dada al estatuto de la bancarrota individual.

Hay que admitir que esta conspiración de silencio tiene su fundamento: el temor de que el empleo masivo de la ley de la bancarrota pueda dar al traste con la economía del país. Y, naturalmente, hay precedentes. Hasta hace muy poco, a muchos ciudadanos acusados de delitos serios no se les advertía de su derecho a tener con ellos un abogado en el momento de ser interrogados por la policía; muchos delincuentes hubieran escapado al castigo. Durante la Segunda Guerra Mundial los oficiales procuraban que los soldados no tuvieran acceso a las Regulaciones del Ejército, ya que si los soldados hubiesen conocido todos sus derechos legales, la disciplina militar hubiera podido quebrarse.

Al principio, el asunto Hutchinson me interesó desde un punto de vista totalmente académico. Recuerdo las palabras de un profesor alemán refugiado, que decía, lenta y solemnemente: «El hombre que no conoce la historia mundial de los últimos doscientos años, es-un-hombre-que-vive-en-la-oscuridad».

Fue tal vez el fuerte acento, pero desde que oí estas palabras, he buscado siempre los paralelismos históricos, especialmente en lo referente a la derrota de fuerzas poderosas por parte de seres individuales, por parte de personas aparentemente locas. Martín Lutero, con su actitud rebelde; John Brown, al seguir los signos que le conducirían a Harpers Ferry; la mujer negra que se negó a trasladarse a la parte trasera del autobús, en Montgomery, Alabama. ¿Cuántas veces estos Walter Mittys habían soñado en sus hazañas? ¿No podían los Hutchinson ser de la misma pasta que aquellos destructores de sueños? En resumen, quería conocer la revolución y a los revolucionarios mientras seguían escondidos en las sombras de la historia.

Comencé por comprobar lo que se había escrito. Luego hablé con abogados y economistas, tratando de obtener respuestas concretas de los expertos. Pero se negaron a hablar. Uno de los jefes de la Asociación de Árbitros de las Bancarrotas no quiso verme, por miedo a ser mal interpretado. Volé de un lado a otro del país, frotando, cual lámparas de Aladino, mis

tarjetas de crédito, pensando que si gastaba demasiado, siempre me quedaría el recurso de acogerme a la bancarrota. (Estaba equivocado. Soy una de las pocas personas que, de declararme en bancarrota, saldría perdiendo). Gradualmente, vi claro un hecho espantoso.

La ley de la bancarrota personal es una bomba mortal empotrada en el sistema económico americano, una bomba que puede destruirlo todo. Y gran número de buenos y honrados ciudadanos americanos están haciendo todo lo posible para que esa bomba explote.

El Artículo 1, Sección 8, de la Constitución da al Congreso el poder de aprobar leyes concernientes a la bancarrota. Y el Congreso hizo uso del mismo. La bancarrota puede ser voluntaria o involuntaria, colectiva o individual. Es una ley federal, y la bancarrota, por lo tanto, debe ser solicitada a un tribunal federal. Cuando uno solicita ser declarado en bancarrota, su solicitud no puede ser rechazada. Y no puede ser rechazada ni siquiera en el caso de que el solicitante pueda pagar sus deudas a base de serle descontada una cantidad de su salario.

a menos que usted haya cometido un fraude.

a menos que usted se niegue a decir dónde ha ido a parar el dinero. (No tema, no importa que usted se gastara el pago mensual al First National City en un viaje a Puerto Rico o que utilizara su carta de crédito para hacerse acompañar a Las Vegas por una muñeca rubia).

a menos que usted se niegue a decir dónde está su activo. Y eso es lo que asusta a mucha gente, que teme que el juez le incaute de todos sus bienes. Pero el trabajo de un buen abogado consiste precisamente, en los casos de bancarrota, en salvar tales bienes, haciéndolos pasar por los agujeros que existen en todas las leyes. Naturalmente, una vez uno se ha declarado en bancarrota, los genios mágicos que aparecían al frotar las tarjetas de crédito, dejan de hacer acto de presencia. Durante algún tiempo, el quebrado deberá pagarlo todo en efectivo. No durante mucho tiempo, sin embargo, uno puede declararse en

bancarrota sólo cada séptimo año. Esto, para mí, era un misterio. ¿Por qué siete? Pero resultó que se trataba de un misterio de fácil solución.

Sólo debe recordar esto. Una vez declarado en quiebra, ya no tiene nada que temer. Desaparecen los descuentos, por lo que usted cobra íntegro su salario. Y si un acreedor se atreve a reclamarle su dinero, dígaselo al juez. La primera vez, el juez le avisará, pero a la segunda denuncia, caerá sobre el individuo el peso de la ley. La ley prohíbe a los acreedores ponerse en contacto con un deudor declarado en bancarrota. Es una ley poéticamente sensible.

Ahora, para completar el cuadro, vamos a dar algunas estadísticas. Antes de la Depresión, las bancarrotas se producían a razón de unas 70 000 cada año. En 1946, la cifra bajó, nadie sabe por qué, a 11.000. Pero desde entonces ha ido creciendo de un modo constante, estimándose que en 1967 las declaraciones de quiebra serán unas 200.000. Los consiglieri financieros de la Mafia se quejan de que esto les cuesta dos mil millones de dólares anuales, pero debe recordarse que el interés real de los préstamos en efectivo y para la compra de bienes de consumo va del 12 al 25 por ciento, a pesar de lo que se diga en los anuncios publicitarios. Y así, sobre los cien mil millones de dólares que «están trabajando en la calle», según expresión de los usureros, el beneficio bruto es de dieciocho mil millones, cifra que minimiza los dos mil millones de pérdidas. Para el trabajo de hacer trabajar el dinero, además de contarlo, el beneficio no es despreciable. Más: el tipo de interés de los préstamos crece más aprisa que el número de quiebras. Más: no se pone a la venta ningún banco. Y en algunos estados del Sur hay políticos que, si pudieran escoger entre una llave de Fort Knox y el permiso para establecer una firma de préstamos, despreciarían la llave.

Me trasladé al Oeste, por cortesía del Diners Club. Los Hutchinson habían desaparecido de Fresno, pero conseguí localizarles en una ciudad llamada Madera, situada a unos treinta y cinco kilómetros hacia el Norte. Mientras estuve en Fresno, decidí ponerme en contacto con el árbitro de quiebras que había advertido a los Hutchinson del peligro que corrían al dar consejos

legales. Pensaba que el juez podía haber intimidado al joven matrimonio de una forma reñida con los principios democráticos de nuestra nación. Por ello, mientras me dirigía a ver al juez, preparé mentalmente una serie de preguntas, con las cuales poner en un aprieto a aquel instrumento de las entidades financieras.

Rara vez me he topado con un hombre más agradable. El juez era relativamente joven, y su sonrisa nada tenía de judicial. Además, por sus gestos y formas de hablar, se veía que ignoraba lo que era la afectación. El juez recordaba a los Hutchinson y admitió de inmediato que había recibido múltiples quejas, por parte de los comerciantes, en relación con las actividades de la pareja. Él, personalmente, temía que los Hutchinson pudieran hacer más mal, que bien. Por dicha razón, les llamó a su presencia y les advirtió de los peligros de practicar la abogacía, careciendo de permiso, pues, les dijo, podría darse el caso de que fueran ellos los que necesitaran un abogado. Pero el incidente hizo que el juez se diera cuenta de que había gente que necesitaba ayuda. Fundó un Centro de Ayuda Legal, para proporcionar asesoramiento gratis a quienes, habiendo decidido solicitar la declaración de quiebra, no podían pagar los honorarios de un abogado. En consecuencia, ya no era necesario que nadie se gastase 25 dólares consultando a los Hutchinson. El juez me aseguró que los formularios legales eran numerosos y complicados. Tenía la seguridad de que los Hutchinson no estaban preparados para rellenarlos correctamente, y había que tener en cuenta, añadió, que si se cometía algún error, el interesado corría el riesgo de perder algunos bienes valiosos, los cuales, un abogado medianamente competente podría, muy posiblemente, salvar.

El juez, con toda amabilidad, me entregó un paquete de literatura legal, me estrechó cordialmente la mano y me despidió. Había detenido los disparos más peligrosos con una gracia insuperable. Comencé a desconfiar de los Hutchinson. A 25 dólares la consulta, seguramente que debían de darse la gran vida.

Madera, en California, dista de San Francisco unas pocas horas por carretera, pero está a miles de años-luz de la cultura *hippie*. Tiene 17 000 habitantes,

pero sólo en la Calle Mayor conté cinco compañías de financiación. Las casas son pequeñas, mal pintadas; no vi piscina alguna, y los hombres vestían, para su trabajo, monos azules.

Como faltaban todavía unas horas para mi cita con los Hutchinson, entré en las oficinas del periódico local. Quería saber por qué se habían negado a aceptar anuncios de los Quebrados Anónimos. Me dijeron que hablase con el director general, pero como no podía recibirme en aquel momento, me puse a charlar con la encargada de la sección de anuncios.

Era una de esas mujeres maduras, pulcras y bien vestidas, a quienes se les nota que aman su trabajo y que preferirían morir antes que convertirse en una carga para sus hijos. Se mostró muy amable, y resultó que era la persona que habla rechazado los anuncios de los Hutchinson. Los había rechazado debido a que consideraba que eran una inmoralidad. Estaba plenamente convencida de que cada uno debe pagar todas sus deudas, y que nadie tiene derecho a ayudar a la gente a estafar a los demás. Su acción había sido aprobada por el director general.

Casualmente, se había relacionado brevemente con Anyce Hutchinson.

La mujer del periódico pertenecía a una organización llamada las Maestras de Ceremonias, y había invitado a Anyce Hutchinson a una de sus reuniones. Nunca había oído hablar de dicha organización; es más, ni siquiera había imaginado que pudiese existir. Al notar mi incredulidad, la mujer me aseguró que estaba extendida por toda la nación, y que era la organización hermana de los Maestros de Ceremonias. (Ahora la creí, pues carecía de elementos para contradecirla). Ambas organizaciones son sociales, apolíticas, y sus actividades consisten únicamente en reuniones donde los socios son preparados para pronunciar los discursos de presentación, cuando se celebra algún acto en honor de algún personaje más o menos célebre.

La mujer me dijo que Anyce Hutchinson había asistido a una de las reuniones de las Maestras de Ceremonias, pero la cosa no resultó un éxito, precisamente. La mujer se negaba a darme detalles, pero, finalmente, se decidió a darme una opinión de los Hutchinson, haciéndome prometer antes, que la transcribiría con exactitud. Se lo prometí. Dudó unos instantes, su cabeza, perfectamente peinada, estaba inclinada, pensativamente. Quería que sus consocias entendieran perfectamente su posición. Al final, casi con

pesadumbre, declaró: «No serían admitidos en las organizaciones». Entonces supe que, históricamente, estaba en el buen camino.

Cuando me recibió el director general, lo primero que me dijo fue que todos los periódicos rechazan los anuncios que consideran contrarios al interés del público. Admitió que después de haber publicado el primero de los anuncios de Hutchinson, algunos comerciantes y financieros se quejaron, pero que esto no influyó en su decisión. Sólo que pensaba que la gente debía hacer honor a sus deudas. ¿No estaba de acuerdo? Dije que sí.

Dijo que consideraba una inmoralidad el hecho de que la gente utilizara la ley para dejar de pagar lo que debía. Señalé que la ley de la bancarrota era un derecho legal que todos los americanos deberían conocer cómo deberían conocer también lo que la ley prohíbe. Dijo que era un punto de vista digno de ser tenido en cuenta.

Mencioné que en la ciudad de Madera había cinco empresas de financiación, y que su periódico había publicado aquella misma mañana un anuncio de gran tamaño de una de ellas. Si ellos podían publicar su mensaje, ¿por qué no podían hacerlo los Hutchinson?

El director general dijo que era un punto de vista digno de ser tenido en cuenta. Le pregunté si aceptaría un anuncio de los Hutchinson acerca de los Quebrados Anónimos, si se lo traía yo. Dijo que sí, siempre que el texto fuese correcto. Lo dejamos así.

El director general mostró un cierto asombro al ver mi interés por los Hutchinson. Le expliqué que mi interés era puramente académico. Sonrió y luego me explicó que Tom Hutchinson se había mostrado «un poco belicoso» al tratar de que le fuera aceptado su último anuncio. Dije no sé qué acerca de la rudeza de la gente intensamente sincera. Dijo que era un punto de vista digno de ser tenido en cuenta.

Durante toda aquella tarde había notado en la atmósfera de Madera algo que me era familiar, pero fue al ver por vez primera a Tom y Anyce Hutchinson, en el brumoso crepúsculo californiano, cuando lo percibí claramente. Estaba en el país de Steinbeck.

Ambos hubieran podido muy bien salir de las páginas de *Las uvas de la ira*. Tom Hutchinson es alto y delgado, y tiene treinta y cinco años, si bien parece más joven; su cara tiene la dignidad y la serenidad de un Henry Fonda. Su esposa, Anyce Hutchinson, es baja y morena, y sus rasgos son atractivos; si iba maquillada, no me di cuenta. Con ellos estaban sus hijos, un niño y una niña, ambos entre los once y los trece años. Toda la familia se movía y actuaba con evidente independencia, pero se veía claramente que formaban un grupo muy unido. En todos ellos podía apreciarse una cierta reserva, un vago aislamiento. Eran la clase de gente a la que la sociedad traiciona siempre, pero eran, sin embargo, eternamente rebeldes.

Había otros paralelos «steinbeckianos». Tom Hutchinson había nacido y se había criado en Oklahoma, y tenía el ingenio que, según se desprende de las obras de Steinbeck, tienen todos los nativos de Oklahoma. Anyce Hutchinson era muy sociable, había participado en las elecciones para el ayuntamiento de Madera y, si bien había sido derrotada, lo fue sólo por ochenta y cinco votos, y eso que su campaña fue hecha, primordialmente, a base de poemas. Los Hutchinson eran religiosos, lo que me sorprendió. No imaginaba que unas personas que abogaban por la bancarrota, asistieran regularmente a las ceremonias religiosas.

Durante la cena, el hijo varón habló un poco, pero su madre le reprendió por decir tonterías. Para paliar el disgusto del niño, dijo algo así: «Un niño de tu edad no tiene necesidad de decir cosas con sentido. Claro que cuando seas mayor, las cosas serán diferentes». Su padre añadió, amablemente: «Cuando seas mayor, será mejor que todo lo que digas tenga sentido».

Pregunté a la niña acerca de las escuelas de Fresno y de Madera. Prefería la escuela de Fresno. Me sorprendió observar que la niña, al pronunciar una frase se paraba a la mitad, como si temiera decir algo que pudiera molestar a sus padres. Y me sorprendió todavía más el ver que la niña, sin que nadie dijera una sola palabra o hiciera el menor gesto, después de mirar a su madre, terminara la frase, tranquilamente, sin volver a interrumpirse.

Después de la cena, fuimos al grano. Hablé a los Hutchinson de las objeciones del juez a sus actividades de que eran personas que podían hacer más mal, que bien. De que su actividad sobraba ahora que había sido creado un Centro de Ayuda Legal y que los que deseaban declararse en quiebra eran

asesorados, gratis, por un abogado. Les hablé de las objeciones de la Asociación de Abogados, de los escrúpulos morales de la gente del periódico local. Les hice saber que, a base de veinticinco dólares por consulta, el negocio era redondo, pero sonreí al decir esto último. Y es que era evidente que los ingresos de los Hutchinson eran muy limitados.

No me interrumpieron ni una sola vez. Cuando hube terminado, Tom Hutchinson sonrió y dijo, secamente:

—¿Sabía usted que en las mil primeras películas del Oeste realizadas por Hollywood, el abogado era el malo o el mejor amigo del malo?

Dicho esto, amplió sus explicaciones. ¡Comenzó por contarme parte de su historia personal! Siete años antes, Tom Hutchinson se vio envuelto en una huelga de camioneros, y luego cayó enfermo. Se encontró sin empleo y empeñado. Le habían presionado desde los más diversos ángulos para que comprara a crédito, a pesar de que nunca había ganado más de cien dólares a la semana. No pudo pagar, y el cobrador de una empresa atosigó y vejó tanto a su esposa, que ésta enfermó. Al final, un amigo les habló de la bancarrota. Tom Hutchinson nunca había imaginado que existiera una solución tan simple. La solicitó, previo pago de trescientos dólares a un abogado. Por alguna razón, el asunto resultó una chapuza, y los Hutchinson lo perdieron todo —su hogar, los muebles, la batería de cocina, los cubiertos de plata y la ropa—. Quedaron lo que se dice desnudos. Anyce Hutchinson, que lee el movimiento de los labios (nunca he podido saber por qué), dice que leyó cómo su abogado dijo al abogado de la parte contraria que podían ganar el caso, pues a él no le iba nada.

Los Hutchinson explicaron que sus Quebrados Anónimos siempre enviaban a un abogado los casos complicados. Los Quebrados Anónimos se limitaban a animar y a asesorar, exponiendo claramente los derechos que concedía la ley de las bancarrotas. Se ocupan de rellenar los documentos e impresos. Nunca dan consejos de tipo legal. Eso significaría practicar ilegalmente la abogacía. Tom me mostró seguidamente el fajo de documentos y formularios que había que llenar para presentar una solicitud de bancarrota. Me pareció que 25 dólares era muy poco dinero por aquel trabajo.

Hasta aquel momento, Anyce Hutchinson apenas si había abierto la boca. Ahora comenzó a hablar, y en seguida reconocí la retórica del orador nato. Su

voz era femenina, pero fuerte y demagógica. Era vibrante y apasionada hasta un punto tal, que el oyente no podía dejar de prestar atención a todas y cada una de sus palabras. Y no era sólo su voz, pues, además, su cara y sus ojos tenían algo magnético.

—¿Cuándo se ha preocupado esa gente de que los pobres sean aconsejados correctamente? —dijo—. ¿Cómo es que nunca les han hablado de la ley de la bancarrota? Los abogados no se la explican a nadie. Y en las compañías de crédito nunca dicen a los clientes el interés que les van a cobrar. ¿Cómo es que no les explican el interés que van a pagar por las cosas que compren? Nunca dicen que los préstamos bancarios —los más baratos— cuestan el trece por ciento anual, y luego, si uno renueva el préstamo antes de cancelarlo, el interés es del cuarenta y ocho por ciento anual.

Ese 48 por ciento me pareció una exageración de Anyce Hutchinson, pero comprobé que era real.

—El juez habla del Centro de Ayuda Legal. Los pobres no acuden allí. Los pobres tienen miedo de ir allí. Los abogados les aconsejan no solicitar la declaración de quiebra. Los abogados y los tribunales tratan de llevar a la gente al Capítulo Trece, que trata de los pagos parciales, los cuales duran años y años. Procuran únicamente proteger a los acreedores, porque los acreedores son los hombres de negocios que dan a los abogados todo su trabajo. ¿Qué es lo que puede darles un hombre en bancarrota, una vez conseguida la declaración de bancarrota? ¿Y sabe usted qué es lo que preocupa a la Asociación de Abogados? Les preocupan los trescientos dólares que obtienen de cada bancarrota. Si a un pobre hombre a punto de declararse en quiebra le cobran trescientos dólares, es porque saben que no puede hacer frente ni siquiera a deudas por un total de seiscientos dólares. Y algunos de estos abogados no tienen ni idea de su trabajo. He estudiado todos los libros. Lo sé todo sobre el asunto. Sé tanto como ellos. Tratan incluso de evitar que uno encuentre las leyes acerca de la bancarrota.

Quise saber a cuántas personas habían ayudado a conseguir la declaración de quiebra. Me dijo que a cincuenta. Me sorprendió que la cifra fuera tan escasa.

—La gente tiene miedo —dijo Anyce Hutchinson—. La ley y los tribunales les aterrorizan. Nuestra misión principal es darles valor. Tenemos

una hoja, ciclostilada, que damos a leer, y, además, les animamos también con palabras. Recibimos cartas en las que nos agradecen nuestra ayuda, pero nosotros les decimos que nuestra ayuda no es tan importante, pues lo que hay escrito en la hoja ciclostilada se encuentra en la Biblia, Éxodo 21.2: «Si adquieres un siervo hebreo, te servirá por seis años; al séptimo saldrá libre», y el Deuteronomio nos dice: «Cada séptimo año harás la remisión. He aquí cómo se ha de hacer la remisión: todo acreedor que haya prestado condonará al deudor lo prestado; no lo exigirá ya más a su prójimo, ni de su hermano, pues es la remisión del Señor y el Señor te bendecirá en la tierra que el Señor, tu Dios, te ha dado».

El eco de su voz no se había apagado todavía en la pequeña habitación, cuando vi que alargaba la mano hacia su marido, quien le dio un pañuelo blanco. Fue entonces cuando me di cuenta de que Anyce Hutchinson estaba llorando.

Entonces se excusó:

—Siempre que hablo demasiado, me emociono.

Su marido, con profundo respeto, exclamó:

—Es una predicadora.

También esta escena y estas palabras me recordaron el mundo de Steinbeck.

—¿Por qué no se dedica a la predicación, pues? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Al Señor se le puede servir de muchas maneras.

Dijo esto sin petulancia ni afectación, y luego, como juzgando su propia ambición, añadió, casi tímidamente:

—La gente, si no consigue triunfar, no vale nada, ¿no es cierto?

Luego, con voz azorada, dijo:

—Las iglesias son culpables de enseñar a la gente que es malo no pagar las deudas, todas las deudas. Yo quiero que todos sepan que no tienen por qué hacerlo, que no hay nada malo en no pagar, cuando se es demasiado pobre. Quiero que todo el mundo sepa que tienen el derecho legal y moral de no pagar. Y tratan de evitar que diga todo esto. No lo conseguirán.

Pregunté, medio en broma:

—¿Quién es el jefe de los Quebrados Anónimos?

Tom Hutchinson sonrió y dijo:

—Anyce.

Es Anyce Hutchinson quien escribe los poemas, lee los textos legales, planea la estrategia, pronuncia discursos, y su marido está —se nota— orgulloso de ella Sin embargo, a Anyce le aterroriza la sola idea de ir a parar a la cárcel, según propia confesión, y por ello tratan de hacerlo todo dentro del marco de la más estricta legalidad, lo que dificulta su trabajo. (En cuanto a Tom, es evidente que la cárcel no le inspira temor alguno).

Sospechan que en la oficina de correos les abren las cartas. Las autoridades locales prohíben a los Quebrados Anónimos efectuar su labor en su domicilio particular. A pesar de que la legalidad de esta prohibición es muy discutible, los Hutchinson tienen que dedicar una parte de sus limitados fondos a pagar el alquiler de una oficina. Lo que más temen es que la Asociación de Abogados se meta con ellos. Ahora están tratando de conseguir fondos para hacer una campaña publicitaria.

—¿Creen ustedes que vale la pena todo esto? —pregunté.

Anyce Hutchinson dijo a su marido:

—Enséñale las cartas.

Sacó una carpeta de debajo de la mesa. Estaba llena de cartas de todos los tamaños, formas y colores, cartas en las que se pedía consejo a los Hutchinson, cartas de sincero agradecimiento por la ayuda recibida. Las leí.

Me encontraba lejos, muy lejos, de la tierra de los *hippies*. Nunca había sabido —nunca hubiese querido saber— que todavía existían en América gente así. La historia no estaba guardando su distancia. Había encontrado a algunas de estas personas en el mundo creado por Steinbeck, naturalmente. Pero muchas de estas personas, la mayoría, eran fantasmas de la obra maestra de Nathanael West, *Miss Lonelyhearts*.

Las cartas expresaban una angustia y un temor infinitos; eran una desesperada petición de ayuda contra la pulverizadora maquinaria económica de nuestra sociedad. En ellas se apreciaba un odio y una desconfianza tales respecto a los tribunales y a los abogados, que el buen juez hubiese quedado petrificado.

Los Hutchinson y alguna de esta gente estaban, según supe después, contra las leyes referentes al control de las armas de fuego, también, y

comprendo su manera de pensar.

Pasamos el resto de la velada charlando de mil temas diversos. Anyce Hutchinson, a pesar de su rostro serio, resultó ser una mujer que se reía con frecuencia al hablar de sus ideales, pero ello era debido, según propia confesión, a que no quería tomarse demasiado en serio, pues entonces se echaría a llorar. En un momento dado, Anyce soltó una risita y dijo:

—Siento un verdadero malestar cuando, después de pensar algo que considero importante, descubro que alguien lo ha pensado y dicho antes.

Otra vez, en respuesta a una de mis muchas preguntas, comentó:

—Cuando leí en los labios de aquel abogado traidor, me eché a reír. Ahora no lo comprendo, aún a pesar de que entonces tenía siete años menos. No sé cómo pude ser tan tonta, pero lo cierto es que me limité a reírme. Supongo que debió de ser porque no podía imaginar que un ser humano hiciera algo tan falto de toda ética.

Me despedí tarde. Tom Hutchinson me acompañó fuera, para acallar los ladridos de los perros.

—Parece que tiene usted muchos animales —dije.

—Más de veinte —respondió—. Los criamos para venderlos. —Sonrió, sarcásticamente—. Servirían para alejar a los cobradores, si tuviésemos deudas. —Luego, ya en plan serio, añadió—. Lo que ocurre es que quiero que alguien pueda molestar a Anyce.

Julius Hobson es negro, veterano de la Segunda Guerra Mundial (lisiado), economista al servicio del gobierno, en Washington, D. C., y jefe de un grupo militante que actúa en pro de los derechos civiles, llamado ACT. Regenta un programa piloto destinado a enseñar a la gente de ingresos bajos cuáles son los derechos que les concede la ley de la bancarrota. Sabe muy bien que cuanto más éxito tenga, tanto mayor será el daño a la economía del país. Hobson ha sido objeto también de ciertas presiones. Algunos miembros del Congreso han tratado de conseguir, variando las leyes, que Hobson no tuviera derecho legal a percibir su salario. Pero es un hombre que no se arredra con facilidad.

Había algo que me inquietaba en la idea de llamar a Hobson. Como todos los caucasianos en 1967, tenía un concepto falso de los muchachos del Poder Negro. Esperaba que mi solicitud de entrevista fuera acogida con palabras parecidas a éstas: «Oiga, hermano, no tengo tiempo para los bízmeos». De todos modos, telefoneé a Washington. Mis temores, sin embargo, se demostraron carentes totalmente de base. Mr. Julius Hobson fue, en el curso de nuestra conversación, el más amable de los hombres.

Sí, su organización para los derechos civiles tenía un consultorio dedicado a asesorar a los posibles solicitantes de la declaración de quiebra. Dicho consultorio funcionaba la noche de los lunes, martes y miércoles. El equipo estaba formado por treinta y cuatro abogados y empleados. Había otros centros parecidos en diversos puntos del país, incluso en una localidad tan alejada como Alameda, en el estado de California. De hecho, su éxito había ya atraído la atención del Congreso, y ello hasta un punto tal, que tres representantes habían propuesto una ley que aboliera el derecho de las personas Individuales a ser declaradas en quiebra. Los sindicatos y el ACT combinaron sus esfuerzos para evitar que el proyecto de ley fuera presentado al Congreso. Quise saber si había oído hablar de los Hutchinson, y entonces fue la única vez que noté un tono de impaciencia en su voz. Dijo que sí, pero que no les consideraba importantes. Estuvimos hablando de lo necesario que era para los negros conocer sus derechos en relación con la bancarrota, ya que es el negro el más perjudicado por el crédito. Tiene que pagar el interés más alto, y los tenderos del *ghetto* suben el precio inicial de todas las mercancías. Hobson señaló que Robert Kennedy y Sargent Shriver declararon ante el Congreso que el alto costo del crédito era una de las causas de los disturbios raciales. Mencioné haber leído que los saqueadores buscaban fichas-registro de crédito, al efecto de destruirlas, mientras arrasaban las tiendas.

Hobson no sólo se mostró muy cortés, sino que me dio algunos detalles valiosos e interesantes. Me habló también de la artimaña favorita de las compañías de financiación, de la cual nunca había oído hablar con anterioridad. Los empleados de las compañías de crédito animan a los clientes a falsificar sus solicitudes de crédito, y, de hecho, en los formularios impresos hay sólo dos o tres líneas para detallar las otras deudas, espacio

evidentemente demasiado pequeño para cualquier deudor americano. Una vez el solicitante omite el detalle de una sola de sus deudas, incurre automáticamente en el delito de fraude, y entonces no puede ya incluir el nuevo préstamo en la bancarrota. «Cuando usted compra un televisor al hombre de la parte baja de la calle», dice Hobson, «no le dice cuánto debe al hombre de la parte alta». (De acuerdo. Yo, al menos, no lo hago). Pero lo que no advierte la mayoría de la gente, siguió diciendo Hobson, es que todas las demás deudas sí pueden incluirse en la declaración de quiebra. Además, usted no será perseguido por esa falsificación.

Durante la conversación, Hobson mencionó que incluso la Biblia estaba a favor de la bancarrota, y me citó el pasaje de la remisión de los siete años.

Acordamos que me trasladaría a Washington el lunes siguiente, para observar sobre el terreno el funcionamiento de su oficina de asesoramiento. No obstante me dijo que le llamara el lunes por la mañana, para asegurarme de que podría recibirme.

La revolución de la bancarrota estaba, según todas las apariencias, en marcha. Los Hutchinson representaban a una clase rural muy condicionada por inhibiciones religiosas y morales, por lo que todo indicaba que les costaría mucho conseguir que la gente se uniera al club de los quebrados.

Pero con los negros la cosa cambiaba radicalmente.

Los negros, finalmente, eran visibles. Y potentes. Y estaban desilusionados. Y alienados. Tenían fama de tirar por la calle de en medio, ¿no es cierto? Su nivel de vida era bajo, compraban Cadillacs, pero no pagaban la factura de la cesta de la compra. Harían cola para presentar su solicitud de declaración de quiebra. ¿No están de acuerdo? Pues no fue ni es así…

El lunes por la mañana llamé a Mr. Hobson a su oficina de Washington. Quedé sorprendido cuando me pusieron en comunicación con su secretario. El origen de mi sorpresa estaba en el hecho de que no esperaba que, siendo negro, ocupara un cargo tan elevado en el Servicio Civil. No había imaginado que un funcionario negro pudiera tener secretario.

Un momento después, el secretario me comunicó que Mr. Hobson estaba en una reunión, y añadió que me llamaría en cuanto estuviese libre. Me quedé sorprendido por segunda vez. Realmente, Hobson había alcanzado un nivel

muy alto. Estuve sentado junto al teléfono durante todo el día. Pero no me llamó.

A la mañana siguiente, llamé de nuevo. Me pusieron otra vez al habla con el secretario, quien me dijo que Mr. Hobson estaba muy ocupado, pero que me llamaría. Volví a pasarme horas y horas junto al teléfono. No me llamó. Y entonces, de repente, comprendí.

No quería recibirme. A pesar de mi desencanto, estaba contento. Por vez primera supe que el Poder Negro no era únicamente fuerza bruta, sino que sabía también actuar con suavidad y estilo. Ahora estaba convencido de que la igualdad de los negros no era una utopía.

A pesar de no haber logrado ver a Hobson, en Washington me enteré de que, a despecho de los treinta y cuatro abogados y empleados del servicio de asesoramiento del ACT, a despecho del programa educativo de nueve meses de duración, habían sido pocos más de cien los negros que habían rellenado su solicitud de quiebra y habían pagado los 51 dólares.

Así, pues, todo parecía indicar que los negros no eran mejores que los blancos pobres de Steinbeck y de los Hutchinson. El negro luchaba a pecho descubierto contra los tanques, era abatido por los disparos de la Guardia Nacional, veía cómo le incendiaban su hogar, pero no era capaz de llenar una solicitud de quiebra. Era tan orgulloso como el más puro anglosajón.

Fue entonces cuando se me ocurrió que la revolución en pro de la bancarrota podría muy bien ser la menos costosa de todas. Nada de rutinas oficinescas, nada de trabajadores sociales ni de grupos o comités de estudio. Y la gente que la financiaría sería el pueblo acomodado. ¿Pero cómo poner en marcha el movimiento?

Había un último, y sumamente improbable, revolucionario esperando en las sombras del futuro de la historia.

Steven Prindle es un hombre robusto y de baja estatura cuyo cerebro es una computadora. Se adentró en la jungla de nuestra sociedad económica completamente desarmado, sin educación, sin recursos materiales, Pero cuando salió de la selva era rico. Hoy, a la edad de cincuenta años, está en disposición de retirarse. Sus tres hijos han pasado por la universidad, vive

muy bien en Miami, en un lujoso apartamento cara al mar, y posee bienes de diversas clases, todos a nombre de sus hijos. Recientemente fue a una bancarrota social o corporativa, de la cual obtuvo 200 000 dólares. Pero tanto él como su esposa han ido también varias veces a la quiebra individual. De hecho, se han declarado en bancarrota tantas veces como la ley se lo ha permitido. Lo primero que me dijo fue:

—Vi a un abogado que llevó ante el tribunal a un cliente que debía solamente seiscientos dólares; aquel hombre hubiera debido ser excluido del foro.

Prindle se dedica ahora a escribir un libro acerca de la bancarrota, destinado al hombre de la calle. El libro considera la ley de la bancarrota del mismo modo que los abogados tratan la ley del impuesto sobre la renta: prescindiendo por completo de toda consideración de tipo moral. Pero no escribe para ayudar a la humanidad; sino porque cree que el libro le dará, como mínimo, un millón de dólares.

A pesar de que llegué a su casa en el momento en que la televisión pasaba su programa favorito, Prindle, muy amablemente, colocó un registrador visual, el cual se encargaría de grabar el programa, y lo vería después, sin interrupciones. Dedicó buena parte de la noche a explicarme todo lo referente a la bancarrota y a demostrarme por qué Hobson y los Hutchinson tenían tan poco éxito.

Por dos razones muy sencillas, me dijo Prindle. La gente sentía vergüenza, pues el asunto afectaba a su honor personal. Todavía pensaban que el hecho de deber dinero era un asunto personal, no de negocios, y, en consecuencia, se dejaban gobernar por la ética personal. Pero los de las empresas de crédito no tenían tales escrúpulos. Así, pues, todo quedaba reducido a una lucha en la que uno de los contendientes, por decirlo así, pelea con nobleza, con los puños, mientras que el otro emplea una pistola, un cuchillo, una porra y un variado surtido de venenos.

—El médico de la familia me enseñó el camino —dijo Prindle—. Me dediqué desde muy temprana edad al comercio. Caí enfermo. El médico me dijo que la culpa de mi enfermedad la tenían las preocupaciones monetarias. Y me aconsejó que fuera a la bancarrota. Dije que no, que no podía. El médico me acompañó hasta el vestíbulo del edificio y con el dedo señaló

diversas oficinas afelpadas. «El hombre que ocupa esta oficina ha ido a la quiebra en seis ocasiones distintas», dijo, «y el que ocupa esta otra no llegó a ser alguien hasta después de haber quebrado ocho veces». (Prindle tiene la habilidad, al igual que muchos hombres dinámicos, de recalcar las palabras). Finalmente, me convenció. Pero debiera haber oído sus lamentaciones cuando en mi solicitud de quiebra incluí la factura de sus honorarios. Y es que importaban quinientos dólares.

Prindle fue a su dormitorio y regresó con un enorme álbum de recortes. Había toda clase de recortes de periódicos, en relación con el crédito, los impuestos y las más diversas sutilezas económicas. En uno de ellos se decía que una pobre viuda había tenido que pagar 1300 dólares por una enciclopedia valorada en sólo 250, y que la misma le había sido vendida a domicilio por un individuo cuya profesión durante el día era la de profesor de humanidades. Otro de los recortes era un informe sobre cómo seguía bloqueada en la Cámara de Representantes una ley acerca de la declaración de bienes previa a la concesión de préstamos, y cuyo pase trató el presidente Johnson de forzar en su discurso acerca del Estado de la Unión, del año 1968. Otro se refería a la investigación del representante Wright Patinan en relación con las fundaciones libres de impuestos. Parecía ser que eran muchos los médicos, expertos en relaciones públicas y otros profesionales de elevados ingresos, que, a través de las fundaciones, procuraban evitar el pago de impuestos. Completamente inmoral dijo el representante. Perfectamente legal, dijo el abogado especializado en impuestos. Había muchos otros recortes, entre ellos algunos que hablaban de cómo los bancos permitían, a través de su negativa a conceder créditos, que la gente se quedara sin hogar, porque preferían invertir en países sudamericanos.

Prindle me estaba decepcionando. Había leído antes cosas parecidas, y me habían parecido intrascendentes, derrotistas. Los delitos de la Mafia del crédito son delitos únicamente a los ojos de la gente económicamente inocente. Lo que yo deseaba era información práctica.

Prindle, que notó mi irritación, me explicó, pacientemente:

—A la gente, a la gente ordinaria, debe convencérsela de una cosa elemental: que el dinero no tiene vergüenza. —Recalcó las últimas palabras —. No quiero utilizar estos recortes para despotricar contra la inmoralidad.

Esto sería, en nuestros días, una ridiculez. Lo que yo quiero es que la gente vea lo que hacen los mejores. La primera parte de mi libro está dedicada a eliminar la vergüenza. Tengo centenares de ejemplos. El resto del libro tratará de cómo conseguir que la bancarrota dé dinero. Mire qué bien suenan estos títulos: «Para conseguir más derechos, vaya a la bancarrota», «Vaya a la quiebra, líbrese de sus deudas y consiga un beneficio». La bancarrota individual es un asunto muy personal, por lo que deberían existir incentivos muy personales. Ése ha sido siempre el sistema americano, eso es lo que significa la libre empresa, «luche contra la pobreza vaya a la bancarrota» es un slongan muy bonito, pero excesivamente fino para el gusto de la gente de nuestros días, viva como un rey —acostúmbrese a ir a la bancarrota, eso sí que es un slogan.

Con la misma excitación de un artista al hablar de su proyectada obra maestra, me explicó algunos detalles de su libro. Capítulo 1: Cómo salvar su casa. Cómo salvar su coche y hasta conseguir un modelo nuevo. Una vez leído mi libro, nadie va a necesitar de un abogado para ir a la bancarrota individual. A menos que hubiese complicaciones raras, como sería el caso de un escritor, —por ejemplo, que podría perder los derechos sobre sus obras ya publicadas—. Era evidente que a los escritores no les interesaba declararse en quiebra. Pensé que estaba de muy mala suerte.

—¿Qué puede decirme de las exenciones legales? —le pregunté.

Se mostró desdeñoso. Es el cuerpo legislativo de cada estado el que indica cuáles son los bienes que, en las bancarrotas, quedan legalmente exentos. Unos estados son, para con el deudor, más generosos que otros. Nevada es el estado más tolerante, quizá por razones evidentes. Allí, el deudor puede quedarse con los bienes necesarios para vivir de un modo razonable. Pero Prindle dijo que las exenciones están, en muchos estados, controladas por la camarilla de las empresas de financiación. «California exime setenta y cinco colmenas, Connecticut exime trescientos cincuenta litros de grano indio. La mayoría de los estados eximen un caballo y un carro, sillas, máquinas de coser y una estufa de hierro. ¿No le parece que esto es una broma? ¿Cómo se atreven a burlarse así de la gente? Esos chicos de las cámaras legislativas harían mejor presentándose con un rifle y el rostro enmascarado. Pero cuando la gente haya leído mi libro, podrá quedarse con

todas sus pertenencias». Parecía un novelista asegurando a su editor que le entregaría un *best-seller*, mientras mendigaba otro anticipo. Reaccioné como lo hubiera hecho un editor y le pedí detalles concretos. Me dio muchos, pero para que usted se haga una idea, bastarán algunos.

Los embargos son fáciles de evitar. Haga que un amigo de confianza embargue su salario hasta el límite legal máximo, adelantándose a todos los acreedores. Lo único malo es que, a veces, a los dueños de las empresas les da por despedir a los empleados que se dejan embargar. Lo mejor de todo es ir directamente a la bancarrota. Me dio algunas estadísticas.

En Oregón, donde los acreedores pueden embargar el 50 por ciento de los salarios, hay 200 bancarrotas por cada 100 000 habitantes. En Nueva York, donde puede embargarse sólo el 10 por ciento, las bancarrotas son 31 por cada 100 000 habitantes. Y en estados tales como Florida, Carolina del Norte, Pennsylvania y Texas, donde el embargo no está permitido, las bancarrotas son 10 por cada 100 000 habitantes.

Luego pasó a explicarme algunos detalles más importantes.

—Inmediatamente antes de ir a la bancarrota, cambio mis coches por otros nuevos. En mi familia tenemos siempre dos, como mínimo. Los automóviles viejos algo valdrían para los acreedores, fuere cual fuese su estado, porque están pagados. Los nuevos, sin embargo, sé que no los van a tocar. Tendrían que hacer los pagos, lo cual no les interesa, ya que un automóvil, por el solo hecho de haberlo estrenado es ya de segunda mano, perdiendo, al menos, quinientos dólares de su valor. En consecuencia, los acreedores perderían dinero. Naturalmente, no detallo los plazos de los coches en los formularios de solicitud de quiebra; como excepción, sigo efectuando tales pagos. Nadie puede tocar mis coches nuevos. Luego, a determinados amigos les hago un favor. Los pongo en la lista de mis acreedores, por una cantidad de, digamos, cinco mil dólares. Así, ellos obtienen una deducción legal del total a pagar por impuesto sobre la renta, a la vez que me deben un favor. Son gente que luego puede ayudarme a recuperar mi crédito. Claro que es preciso esperar algún tiempo, un año tal vez, pero no resulta excesivamente duro. Especialmente en los casos de bancarrota personal, pues el acreedor sabe que uno tiene que esperar seis años para volver a declararse en quiebra. Si las cosas se hacen con la cabeza, las

cosas son muy fáciles de salvar. Lo único que la bancarrota no borra son los impuestos que uno debe. Téngalos pendientes de pago tanto tiempo como le sea posible, porque luego las autoridades realizan un embargo preventivo de todo, y eso evita que los acreedores puedan forzarle a la bancarrota involuntaria, es decir, les priva golpearle a usted antes de que usted les golpee a ellos. Cada vez que abro un nuevo negocio, llamo a los federales y se lo digo todo. Lo embargan todo de inmediato, y ello me sirve de coraza.

Hice otra objeción. Las asociaciones de abogados de todo el país se opondrían a la publicación del libro. Otro libro similar, *Cómo evitar la homologación de un testamento*, había sido llevado a los tribunales, si bien la editorial había ganado el caso, aunque después de una larga lucha. Después de todo, 200 000 bancarrotas anuales a 300 dólares cada una, representaban 60 000 000 de dólares. Prindle enarcó las cejas y dijo que con tanta basura como era publicada, no veía por qué no podría él publicar su libro.

La respuesta me pareció tan ingenua, que me eché a reír, y Prindle, ofendido, me citó el pasaje bíblico de la remisión de los siete años. (Como habían sido ya tres las veces en que me habían hablado de este pasaje, abrí la Biblia para comprobarlo. Y, en efecto, allí estaba).

En tono no muy seguro, hice una última objeción:

—¿No son ilegales todas estas estratagemas de las que usted me ha hablado? ¿No puede ser que los abogados, basándose en la ética profesional, rehúsen emplear estas tácticas por cuenta de sus clientes?

Nunca había visto en el rostro de un hombre una expresión de tan sincero asombro. Prindle me miró fijamente, como si dudara de mi salud mental, de mi inteligencia y de mi seriedad.

—¿Qué diablos creyó usted que trataba de decirle el juez? —dijo—. ¿Qué demonios cree usted que están haciendo los treinta y cuatro abogados de Hobson? Todo lo que yo le he dicho es lo mismo que los abogados, directa o indirectamente, dicen a sus clientes. ¿Por qué cree usted que la gente les paga trescientos dólares? ¿Para llenar algunos impresos?

Al irme, Prindle me lanzó un último disparo.

—Ahora que en las escuelas se enseña todo lo relativo al sexo, deberían procurar enseñar a los niños todo lo referente al dinero.

Steven Prindle es, desde luego, demasiado cínico, y tengo la seguridad, además, de que es injusto con los jueces, las asociaciones de abogados y los letrados. (Es un hecho curioso que las compañías de financiación consideran que los abogados son los deudores que ofrecen menos riesgos). Pero aunque parezca paradójico, Prindle me pareció el más potente y fuerte de mis tres cruzados.

Los Hutchinson son todavía muy inocentes y poco retorcidos, pero ésta es una enfermedad que en nuestros días se cura con suma facilidad. La combinación de misticismo y mundología podría resultar formidable, y es evidente que, si se dieran las circunstancias adecuadas, podría seguirles un verdadero ejército. También ellos están escribiendo un libro.

Julius Hobson dispone ya de un ejército regular. Es un hombre indiscutiblemente inteligente y sofisticado. Sería el más indicado para hacer triunfar la revolución de la bancarrota. La ley de la bancarrota podría ganar la guerra de los derechos civiles en una brillante batalla ofensiva.

Pero aunque mi corazón está con los Hutchinson y mi cabeza, con Hobson, mi instinto de jugador me dice que apueste por Steven Prindle. Su sueño es, en mi opinión, el más verdaderamente americano.

Postscripto

Todos estos personajes han dejado de ser noticia, y la revolución de la bancarrota no ha tenido lugar. Pero aunque no me pagaron este artículo (fue una de las pocas cosas que no logré vender) y a pesar de haberse demostrado que estaba equivocado, la experiencia resultó positiva. Conocí a los Hutchinson.

LOS AMIGOS DE DAVIE SHAW

La selección siguiente apareció primero, en dos capítulos, en mi novela infantil, *The Runaway Summer of Davie Shaw*. Este libro fue favorablemente comentado por el *New Yorker*. Pero nunca comentaron mis novelas.

Aquella tarde, Davie Shaw pasó junto a una señal que decía: Nueva York: 1500 millas. Luego vio otro letrero, con una flecha, en el que podía leerse: el centro exacto de los Estados Unidos. Lo consideró tan interesante, que decidió seguir el camino indicado por la flecha. Mustang le siguió, muy lentamente. Un rato después llegaron a una mansión rodeada de letreros, en todos los cuales podía leerse lo siguiente: esta casa está situada en el centro exacto de los Estados Enidos: Lat. 39º 50`, N; Long. 98º 35` O. SMITIH COUNTY KANSAS.

De la casa estaba saliendo un hombre de mediana edad, con una maleta en cada mano. Al ver a Davie dijo:

—Hola, joven. ¿Desea usted ver el centro exacto de los Estados Unidos?

—Sí, señor —respondió Davie.

—Entre en la casa —dijo el hombre.

Condujo a Davie al salón. Había una mesita, y encima de la misma, un pequeño pedestal con la bandera americana. En la mesa había un pequeño letrero en el que podía leerse esta inscripción: éste es el centro exacto de los estados unidos de américa.

Davie Shaw estaba emocionado. Pero luego se dio cuenta de que el hombre de mediana edad estaba sentado en el sofá, llorando.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Davie.

—Que ya no es cierto —dijo el hombre—. Ésa es la razón de que me vaya de aquí. Era verdad antes, pero ahora que Alaska y Hawai han pasado a ser nuevos Estados, el centro ha cambiado, naturalmente. Van a sacar todos

los letreros, y yo dejaré de ser famoso. Y ahora, como es lógico, ya no viene nadie por aquí. ¡He sido tan feliz en esta casa! Nunca había envidiado a nadie, ni siquiera al desconocido que viva en el centro del mundo. Pero ahora no tengo nada, no soy nadie, y por eso me marcho.

Davie sintió pena de aquel hombre.

—Tengo un caballito que lleva maletas y bultos —le dijo—. ¿Quiere que le lleve sus cosas?

—Es usted muy amable —dijo el hombre—. Ni siquiera sé dónde ir. Iré un rato con usted. ¿De acuerdo?

—Desde luego —respondió Davie Shaw.

Ambos salieron de la casa, y colocaron las dos maletas en el carrito tirado por el pequeño caballo.

—Vámonos —dijo Davie Shaw a Mustang.

Tan pronto como el animal echó a andar, el hombre subió al carrito. Mustang se paró. Davie Shaw tuvo que explicar que Mustang nunca quería llevar a nadie que pudiera andar por su propio pie.

—¡Ah! —exclamó el hombre—. Comprendo, no está dispuesto a pasear gratis a la gente, ¿no es así?

—Supongo que está usted en lo cierto —contestó Davie Shaw.

Estuvieron todo el día en la carretera. En un momento dado, el hombre dijo:

—Si vendiera el caballo, llegaría a Nueva York en mucho menos tiempo que andando.

Pero Davie no se dignó siquiera contestar. Lo que decía aquel hombre era una tontería.

El hombre de mediana edad se llamaba Harry Hobbs, y no era un compañero muy agradable. Él mismo lo admitió.

—No soy muy agradable —dijo—. La gente que tiene problemas no suele serlo. Es por eso que los demás los tratan con arrogancia. No es que la gente no sea amable, no. La gente desea ayudar a los que se encuentran en apuros. Pero no desea su compañía, porque los que están en apuros no suelen ser muy agradables.

—¿Tan importante es ser agradable y simpático? —preguntó Davie.

—Le aseguro que sí —respondió Harry Hobbs—. He conocido hombres que no eran honrados, ni valientes, ni dignos de confianza, ni veraces. Pero como eran tan agradables, todo se les perdonaba.

—Las cosas no debieran ser así —comentó Davie Shaw.

—Naturalmente que no —dijo Harry Hobbs—. ¿Es que he dicho lo contrario?

Estaba cayendo la noche cuando vieron una casa enorme, situada muy cerca de la carretera. Decidieron pedir permiso para dormir en su interior. Llamaron a la puerta. Cuando se abrió, quedaron sorprendidos al ver a un hombre de *smoking* y con sombrero de copa como si estuviese preparado para asistir a un baile de disfraces.

Le explicaron lo que deseaban, y el elegante caballero les dijo: «Han venido ustedes a parar al sitio más indicado. Pero primero cenarán un poco, ¿verdad?».

Una vez hubieron terminado de comer, el elegante caballero les acompañó a un espacioso salón en el que había numerosos sillones y grandes retratos de hombres famosos, como Napoleón y Jorge Washington, entre otros. Davie quedó sorprendido al ver que en la estancia había otros cinco hombres, todos muy bien vestidos, como preparados para ir al teatro o a dar la vuelta al mundo.

Harry Hobbs, también muy asombrado, preguntó:

—¿Es que se va a celebrar una fiesta aquí, esta noche?

—No, desde luego —dijo el caballero del *smoking*—. Sólo vienen a dormir. Son parte de mi culto, de mi círculo. Todos creemos en una cosa. Se los voy a presentar, pero no por sus nombres, sino como grupo. Lo que interesa no es cómo se llaman, sino lo que creen. Yo soy escritor, y estos cinco caballeros tienen también elevadas aspiraciones. Yendo de izquierda a derecha, nuestra izquierda a derecha, naturalmente, no su izquierda a derecha, tienen ustedes a un pintor, a un escultor, a un audaz corredor automovilista, a un explorador y ese joven es un jugador de baseball, que espera jugar con los Yankees. Ustedes se estarán preguntando por qué están todos aquí, en esta casa solitaria, sin hacer nada. Se lo voy a explicar. Cuando estaba tratando de escribir libros, me invadía un enorme nerviosismo. Me sentaba en mi mesa de trabajo, pero me resultaba imposible escribir una sola línea. Pasaban los días,

pasaban los años, pero nada, no conseguía nada. Cuando hablaba de mis planes, la gente solía reírse de mí. Y es que no se daban cuenta de lo mucho que cuesta hacer algo. Luego encontré a mi amigo el pintor. Tenía el mismo problema. Lo pasábamos muy bien, hablando del trabajo que realizaríamos, trabajo que nos haría ricos y famosos. Luego encontré al escultor, cuyo problema, debo reconocerlo, era mucho peor que el nuestro. ¿Saben ustedes lo mucho que cuesta encontrar un gran bloque de mármol, y lo fatigoso que resulta estar golpeándolo todo el día, tratando de darle forma? Y luego conocimos al atrevido corredor automovilista, quien todavía no ha obtenido la licencia de conducción. Y el jugador de baseball tiene que entrenar diariamente, repitiendo siempre lo mismo. En cuanto al explorador, no puede soportar el frío ni el calor. Esta casa tiene aire acondicionado y calefacción, por lo que a él le gusta mucho vivir aquí. Los periódicos hablan a menudo de cómo un artista se levanta una mañana y, sin saber por qué, se encuentra rico y famoso. A Ernest Hemingway le ocurrió una cosa así. Y a Mickey Mantle, y a Stanley, y a Livingston. Nadie les conocía, y una mañana se levantaron de la cama y se encontraron con la fama y la riqueza. Así de sencillo. Y entonces nos dimos cuenta de que eso es lo que todo el mundo quiere. No tiene nada de divertido trabajar sin descanso, ser rechazado una y otra vez, preguntándose cada día, con preocupación, cuál será el resultado de tantos esfuerzos. Así que decidimos reunimos en mi casa, para hablar de nuestros libros y esculturas, esperando que llegue la mañana en que todo cambie para nosotros, la mañana en que nos despertaremos ricos y famosos.

—Pero ¿por qué van tan bien vestidos? —preguntó Davie Shaw.

—Comprenda que no queremos despertarnos ricos y famosos, vistiendo descuidadamente.

Por vez primera, Davie Shaw se mostró algo rudo y burlón.

—Es la tontería más grande que he oído en mi vida.

—¡Oh, no! ¡De ningún modo! —dijo Harry Hobbs, con entusiasmo—. A mí ya me ocurrió una vez. Siempre había querido ser rico y famoso. Vivía solo en mi casita, y nadie me había prestado jamás la menor atención. Quería ser rico y famoso, pero nunca había tenido tiempo de trabajar para conseguirlo, y estaba esperando el momento adecuado. Un día llegaron al lugar donde yo vivía un equipo de ingenieros y varios camiones cargados de

material topográfico. Yo les miraba desde el portal. Hasta desconecté la radio. Y como saben ustedes, averiguaron que mi casa estaba situada en el centro exacto de los cuarenta y ocho estados de los Estados Unidos de América. A la mañana siguiente, la noticia estaba en todos los periódicos. De todos los rincones del país comenzaron a llegar gentes deseosas de ver el centro exacto de los Estados Unidos. Para dejarles pasar al salón, les cobraba una pequeña cantidad. Puse una mesa especial y una bandera, y vendía souvenirs. Entonces sí comencé a trabajar. Y es que, como no ignorarán ustedes, cuando uno es rico y famoso, trabaja mejor. No es tan duro. Quiero decir que si uno es ya rico y famoso, le es mucho más fácil hacerse rico y famoso en otras cosas. Canté en teatros de revista, di conferencias en diversas universidades, incluso fui elegido alcalde. Y todo ocurrió del modo que estos caballeros esperan que ocurra.

Los seis caballeros rodearon a Harry Hobbs y le estrecharon la mano, pidiéndole, al mismo tiempo, que se quedara con ellos. Cuando les explicó que la adición de Alaska y Hawai le habían hecho perder la fama y la riqueza, todos le golpearon amistosamente el hombro y dijeron:

—Si ocurrió una vez, ocurrirá de nuevo.

Davie Shaw no supo por qué habían hecho esta afirmación, la cual, evidentemente, era falsa. Eran muchas las cosas que sucedían sólo una vez.

Rogaron a Davie Shaw que se quedara con ellos, pero Davie tenía la cabeza sobre los hombros. Sabía que si no se ponía en marcha en dirección a la ciudad de Nueva York, nunca llegaría allí. Pero Harry Hobbs se quedó, por lo que, a la mañana siguiente, Davie Shaw y su caballito, Mustang, se marcharon. A decir verdad, no le entristecía haber perdido a Harry Hobbs. Era un buen hombre, y Davie Shaw sentía pena por él, pero no era un compañero muy agradable.

«PLACAS EN LA CABEZA»: UNA HISTORIA DE GEORGE MANDEL

George Mandel y yo, veteranos ambos de la Segunda Guerra Mundial, fuimos juntos a la escuela terminada la gran conflagración. Éramos escritores, éramos amigos y salíamos juntos. Una clara noche de verano subimos todos a la azotea de la casa en la que vivía George, para contemplar las estrellas. Nos acompañaban nuestras esposas. Ensimismados, estábamos de pie junto al borde de la azotea, contemplando el mágico firmamento neoyorquino. Todos, a excepción de George.

Su esposa, al darse cuenta, dijo:

—Ven con nosotros, George.

—No —respondió George.

Le pregunté el porqué de su negativa.

—¿Y si me da un empujón? —preguntó George, a su vez—. Después lo sentiría, pero ¿qué pasaría, si en un momento dado se le ocurre empujarme?

—Sabes muy bien que te quiero, George —dijo su esposa.

—Lo sé —dijo George—. Sé que después no para rías de llorar, pero tu arrepentimiento no me serviría de mucho.

Estábamos todos dominados por el asombro y el desconcierto. Una de las esposas comentó: —Eso es una tontería, George. ¿Cuál es la verdadera razón? Dínoslo.

Traté de explicarlo.

—Durante la guerra, George fue herido. Tiene una placa metálica en la cabeza. Ésa es la razón.

—No, no lo es —dijo George.

Ahora, transcurridos veinte años, millones de hombres americanos, yo entre ellos, sabemos que George Mandel tenía razón.

Lo que no conduce a…

LAS CONFESIONES DE UN HOMBRE CHOVINISTA

Mi interés por la liberación de las mujeres despertó mientras buscaba datos para mi próxima novela, una parte de la cuál estará dedicada a las relaciones entre hombres y mujeres.

Lo primero que me enseñó mi búsqueda fue que tendría que variar por completo mi forma de pensar en relación con los dos sexos. Siempre había sabido que a las mujeres les había tocado la peor parte, pero nunca había imaginado que fuera por culpa mía. El delito lo había cometido la biología, pensé. Siempre consideré que las mujeres eran la parte mejor de la vida de un hombre. Siempre me había avergonzado la forma cómo los hombres trataban a las mujeres en relación con el sexo. Estoy contento de que mis hijas puedan, hoy, exigir una forma moderna de libertad sexual y no sean ya victimas de los tabúes de antaño. Pero sé también, que no podría encontrarme a gusto sin un sentido de posesión sexual. Es mala suerte la mía. Y, sin embargo…

Pero las relaciones entre hombres y mujeres deben cambiar. No importan, ahora y aquí, las mujeres desgraciadas. Tampoco los hombres son muy felices bajo las presentes circunstancias. La verdad es que las mujeres ya no hacen felices a sus maridos durante un largo período de tiempo. La mayoría de los matrimonios de mi generación se están distanciando, aparentemente sin razones serias para ello. Incluso los buenos matrimonios. La única esperanza para los hombres de mi generación puede estar en la adopción del siguiente slogan: El sexo no es serio ni importante.

Me divertí bastante escribiendo este artículo, pero en el mismo no se da ninguna respuesta. Espero, sin embargo, que el lector se conforme.

A través de toda la historia de la civilización el hombre ha sido lento en reconocer y adoptar las ideas nuevas y beneficiosas. Prueba de ello es que muchos años después de haberse inventado el automóvil, el caballo y el carro están aún en boga. Y, ¿quién hubiera podido imaginar que los viajes aéreos desterrarían casi al ferrocarril? Todavía hoy existen tipos primitivos que no admiten transfusiones de sangre, vacunas contra la viruela, inyecciones antipolio y la música de los Beatles. Así, pues, no es de extrañar que el hombre, la mitad de la especie humana, no se dé cuenta de que el Movimiento de Liberación de la Mujer es una espada de dos filos. Puede liberarlas de la servidumbre de la cocina, es cierto. Pero puede hacer también que el hombre encuentre, por fin, el tan buscado Jardín del Edén.

Para convencer de mi buena fe a aquellas mujeres que pudieran sospechar de mis motivos, debo afirmar que soy un chovinista «liberal», y que, además, las opiniones que voy a exponer son las de un hombre que tiene las manos y la conciencia limpias. Nunca me he «aprovechado» de mujer alguna ni he sido culpable de ninguno de los delitos que tanto preocupan e irritan actualmente a las mujeres. Nunca he sido culpable de haber utilizado a una mujer sólo como objeto de placer sexual. Pero no quiero alabarme de esto último, pues el mérito pertenece más que a mi buen corazón, tal vez a mi falta de habilidad. En mi juventud invité a muchas chicas al teatro y a cenar, fui con ellas en el metro hasta los puntos más lejanos del Bronx, pagué abortos a chicas a las que apenas conocía, y nunca recibí a cambio más que un amistoso beso en la mejilla. Para conseguir mis propósitos con una muchacha jamás se me ocurrió decir mentiras. No puede haber otro hombre más inocente que yo…

En mi juventud escuché conversaciones femeninas que me daban dolor de cabeza. Me enamoré de mujeres que me dijeron, tiernamente, que era su mejor amigo, y que, por consiguiente, nunca podrían acostarse conmigo. Estas mismas mujeres hubieran ido hasta el fin del mundo para meterse en la cama con individuos a los que yo hubiera ganado fácilmente jugando al fútbol y al ajedrez, y cuyo coeficiente intelectual era muy inferior al mío. Un Don Juan amigo mío trató de enseñarme. Riendo, citó algunas frases de lo más chovinista, como, por ejemplo, «lo malo del joder es que lleva al besuqueo». Me tapaba los oídos. Otro Don Juan se cansó de su amante y se

ofreció a traspasármela. Me horroricé, pero luego sentí curiosidad. La muchacha le amaba locamente. ¿Cómo conseguiría librarse de la chica? El Don Juan sonrió y dijo: «Seré amable con ella».

Como chovinista «liberal» que soy, rechazo de plano tales actitudes. Pero rechazar lo que nos viene dado por la herencia y las condiciones de vida de nuestros antepasados, es mucho más difícil. Los italianos del Sur nunca dieron mucha beligerancia a sus esposas. Su tiranía y su desconfianza eran absolutas. Un huésped masculino en una familia italiana, suponiendo que saliera de su trabajo a las cinco de la tarde, no podía entrar en la casa hasta las seis, hora en que llegaba el marido. Para justificar tales costumbres los italianos meridionales tienen el siguiente proverbio: «Una mujer es capaz de acostarse hasta con un pollino». Esto es no solamente una flagrante injusticia, sino que resulta físicamente imposible… No es necesario decir que los hombres americanos han superado por completo este chovinismo.

Pero existe todavía otro obstáculo que el chovinista «liberal» debe vencer. Es indiscutible que los hombres albergan un fuerte sentimiento de hostilidad contra las mujeres. Algunos amantes desilusionados pretenden que el camino hacia el corazón de una mujer es verla partida en dos mitades. Otro Don Juan (de la Costa Occidental) vio que una muchacha embarazada estaba escribiendo con tiza, en una pared, las siguientes palabras: «¿Por qué yo, Señor? ¿Por qué yo?». El Don Juan escribió debajo: «No lo sé, encanto, pero supongo que tú lo provocaste».

Más pruebas de hostilidad. Tres hombres conocidos míos, maduros, con mucha mundología, pero con las cosas raras de la generación de los años cincuenta, estaban comiendo en el apartamento de una hermosa mujer. Encantada con sus invitados, hombres de un gran ingenio, educación y buen humor, y como que era mujer cariñosa por naturaleza, no cesaba de acariciarles y besarles. Luego les dijo: «Para que tengamos un buen recuerdo de este día, ¿por qué no nos vamos a la cama todos juntos?». Añadió que ella se encargaría de «contentarles» a todos…

Uno de los hombres habló por los tres. «Si nos metiéramos en la cama», dijo, «¿para qué la necesitaríamos a usted?».

Pero algunos hombres son más comprensivos. Esta misma hermosa señora fue a un quiosco de la ciudad de Nueva York atendido por un hombre

muy viejo, tanto, que parecía que tuviese cien años. Compró toda una serie de revistas pornográficas. Cuando entregó el dinero al viejo, éste le apretó la mano, la miró con profundo respeto y le dijo: «Dios la bendiga».

Lo verdaderamente importante del Movimiento de Liberación de la Mujer es que su éxito borrará esas absurdas hostilidades. Los hombres deberían dar a las mujeres todo lo que éstas quieran, dejarlas en completa libertad, y ello por motivos puramente egoístas. Tolstoi dijo que las grandes batallas de la humanidad se libran en el dormitorio. Y debe reconocerse que los hombres las están perdiendo todas. Asimismo, es preciso decir que si bien la guerra entre los sexos es el más importante dilema de nuestra época, tiene más de cómico, que de trágico.

Hablemos en serio. Incluso cuando era un chovinista «reaccionario», tenía el convencimiento de que el sexo masculino se excedía al aprobar leyes contra el derecho de las mujeres al aborto. ¿Igualdad de salario a igualdad de trabajo? ¡Nada de eso! Más salario para la mujer. Lo cual es, desde luego, una actitud chovinista. ¿Una mujer por jefe? ¡Estupendo! Así, al menos, uno podría, al ser despedido, pegarle un puñetazo en la nariz. Los jefes masculinos son, a veces, excesivamente corpulentos. De hecho, como muchos chovinistas, estaba dispuesto a conceder a las mujeres todo lo que pidieran, excepto lo que realmente deseaban, es decir: libertad para acostarse con cualquiera, en cualquier momento. Lo mismo que, piensan ellas, hacen los hombres. En resumen: igualdad sexual.

Se ha frustrado el proyecto, caballeros. Ahora me veo precisado a hablar de mí. Tampoco yo soy inocente, pues he explotado a una mujer.

Fui durante muchos años el chovinista más ignorante del país. A pesar de ser padre de cinco hijos y de llevar veinte años casado con la misma mujer, no sabía una palabra de la teoría sexual. Tampoco sabía nada de las mujeres, pero este desconocimiento puede ser considerado como algo perfectamente normal.

Digo que exploté a mi esposa porque subordiné sus deseos a mi deseo de escribir libros. Mi ambición era lo primero. Ella lo aceptó bien, pero me prometió que se vengaría en cuanto llegáramos a los sesenta. (Estaba tan ocupado con los cinco críos, que no pudo planear una venganza más temprana. Y yo estaba tan ocupado trabajando para mantenerlos a todos, que

no confiaba en vivir tantos años). Me disculpaba alegando que nunca había ido detrás de mujeres, que jamás me había emborrachado, que siempre había traído dinero a casa, y que nunca me olvidaba de hacerle un regalo por Navidad y Pascua, el día de nuestro aniversario de boda, el día de su cumpleaños y cada vez que traía un hijo al mundo. Más: trabajé durante veinte años en empleos que no me gustaban.

Pero ahora sé que ella tiene razón, y que yo estoy equivocado. Su vida era una vida muy limitada. Nunca ha visto a un psiquiatra, es cierto. Y también es cierto que nunca ha sufrido trastornos de tipo nervioso. Cierto también que nunca he abandonado mi hogar. Pero, al estilo de los italianos del Sur, reconozco que la tuve durante años encerrada en una jaula, y que ella nunca pudo poner en juego todas sus facultades.

Y ésta es una de las más graves quejas que el Movimiento de Liberación tiene contra el sexo masculino.

El librarme de mis condicionamientos me costó tres años de lectura de la literatura especializada. También mi esposa, con los hijos ya crecidos, disponía de algo más de tiempo, y todo parecía indicar que no tardaría en ir preparando la venganza que me había anunciado. Su caso era, evidentemente, el caso de millones de mujeres americanas. Entonces decidí que debía convertirme en un chovinista «liberal».

La posesión sexual está siendo superada. Es más, ya ni siquiera puede ser defendida. Lo que los hombres deben comprender es que les conviene más no ser sexualmente posesivos. Las mujeres están decididas a tener la igualdad sexual; y no sólo amantes masculinos. El tabú contra el lesbianismo está siendo también vencido. Esto puede ser debido a que una de las puntas de lanza del Movimiento de Liberación de La Mujer es un contingente lesbiano, orgulloso —así lo proclaman— de su «desviación». (La palabra desviación la empleo en un sentido puramente descriptivo). Este contingente está haciendo una gran labor en pro de las mujeres, y el hecho de que su principal objetivo sea reclutar compañeras de cama puede considerarse secundario. Estas mujeres son, en su mayoría, tan poco atractivas para los hombres, que no les queda otra solución. Que puedan explotar sexualmente a las demás mujeres tan cínicamente como el peor Don Juan, es un problema que solamente a las mujeres concierne, pero que a nosotros, a los chovinistas masculinos, nos

debe tener completamente sin cuidado. Los hombres deben apoyar decididamente la cruzada del Movimiento de Liberación de la Mujer.

Es preciso tener en cuenta algunas cosas: el hombre posesivo siempre ha tenido que procurar descubrir la existencia de posibles rivales de su mismo sexo.

Y siempre tenía algunos indicios, siempre había alguna señal que lo alertaba, por lo que podía tomar las precauciones necesarias para mantener a los demás hombres alejados de la mujer objeto de su amor. Pero ¿qué va a hacer ahora que han entrado en escena rivales femeninos? Imaginemos que unas cuantas parejas mixtas van juntas a una cena. Los hombres pueden, hasta cierto punto mantener a raya a los demás hombres. Pero el hombre posesivo que tenga que preocuparse cuando dos mujeres deciden irse al lavabo está condenado. Se volverá loco.

El hombre debe conceder a la mujer la igualdad sexual, pues de ello obtendrá grandes beneficios. El sentimiento de culpabilidad aparejado a las relaciones sexuales ilícitas, desaparecerá.

A decir verdad, para los hombres lo más importante es conseguir una buena posición, alcanzar el éxito profesional. El amor a las mujeres queda en un segundo plano. Sus celos de su sentido de la rivalidad con los demás hombres. Lo peor no es que una esposa haya sido profanada por otro hombre, sino los «cuernos». Si las mujeres son sexualmente libres, en cambio, los hombres no tendrán esa preocupación, ni se verán obligados a acompañar a sus esposas a las fiestas ni a los bailes.

Cuando los hombres no posean a las mujeres, no tendrán que mantenerlas. Podrán olvidarse de los seguros de vida. El seguro de vida es, aunque casi nadie se dé cuenta, el principal asesino de la especie masculina.

Imaginemos a un joven ejecutivo que gana veinticinco mil dólares al año. Tiene una póliza de seguro de vida por cien mil dólares. Cae gravemente enfermo. Está luchando por su vida. En su lecho del hospital, se da cuenta de que si se recupera quedará endeudado hasta el cuello. Se acumula el pago de las hipotecas. Los plazos del coche. Las facturas del médico. Las facturas del hospital. Deja de percibir su salario. Puede perder su empleo. En otras palabras, si sana, no le faltarán problemas.

Pero si muere… la cosa cambia. Su familia recibe un montón de dinero en efectivo y libre de impuestos. Las deudas hipotecarías suelen estar aseguradas, por lo que no deberán preocuparse de terminar de pagar la casa. Y lo mismo ocurrirá con el coche. Y mientras el pobre sujeto va pensando en todo esto, nota que va perdiendo las fuerzas… ¡Y se muere!

A los hombres siempre les ha resultado difícil entender los resentimientos de las mujeres, sus deseos, sus celos. Pero ahora, para alivio de muchos todo es más claro y diáfano.

Las mujeres quieren salir a trabajar. No quieren permanecer encerradas en casa. Una revista del Movimiento de Liberación de la Mujer publicó recientemente el contrato matrimonial ideal que deberían firmar las mujeres. Incluye, entre otras cosas, una duración de tres años, renovables, y unas horas de trabajo limitadas. Es un contrato que me gusta. Lo firmaría con los ojos cerrados. Un contrato así lo daría yo a una mujer que me acompañara un fin de semana a Las Vegas. Es un contrato de «amante».

No importa. Si las mujeres consideran que es más importante trabajar en una agencia de publicidad, por ejemplo, que preparar una buena comida o formar la vida de una pequeña criatura, es cosa suya. Quiero hacer constar, de pasada, que la inversión de los papeles beneficiaría a todos los hombres en general. A ningún hombre le desagradaría abandonar su empleo, abandonar los viajes diarios, perder de vista a su jefe, si estuviese debidamente condicionado.

Piense en lo bonito que resultaría tener a todos sus amigos en casa. Piense en las tardes dedicadas a jugar a las cartas. Piense en los cigarros fumados en agradable y amistosa conversación y en los animados partidos de fútbol que de vez en cuando celebrarían a fin de mantenerse en buena forma. Y, ¿qué me dice de las repartidoras de leche y de las vendedoras de electrodomésticos, a las que, al llamar a su puerta por la mañana, podría invitar a tomar una taza de café? Y todo mientras su buena esposa está en la oficina. ¿Y los partidos de béisbol televisados?

¿La limpieza de la casa? ¿La cocina? ¿El lavado de la ropa? ¿El cuidado de los niños? No es problema. Todos los alimentos los venden enlatados o congelados. Hay máquinas para todo. Y podría darse el caso de que los hombres superaran a las mujeres en tales tareas. Cuidar a los niños es un

verdadero fastidio, es cierto, pero si tuvieran que hacerlo los hombres, ya cuidarían éstos de no tener demasiados.

La verdad es que la mayoría de los hombres trabajan en empleos que no les gustan. La verdad es que la mayoría de los hombres, si trabajan es porque la sociedad se lo exige. Si a un muchacho de dieciocho años le dicen que no es necesario que se busque empleo, verán lo poco que tarda en derrumbarse el mito del trabajo. El trabajo no es condición natural del hombre.

Las mujeres envidian a los hombres su salida al mundo exterior. Pero en este mundo exterior, a veces nieva. Y el frío llega hasta helar las entrañas. En ocasiones, el ferrocarril subterráneo está imposible. De vez en cuando, el jefe hace que a uno se le salten las lágrimas. Y hay ocasiones en que el pensamiento de soportar un día más el empleo hace que los hombres se asomen a una ventana de la oficina, con la intención de precipitarse al vacío.

Todavía son muchos los que creen que el hombre es, por naturaleza, cazador, y que los negocios son un sucedáneo de la caza. Pero lo grande de los seres humanos es que pueden cambiar y adaptarse, cosa que no pueden hacer las otras especies. Sólo el hombre ha sido capaz de inventar los instrumentos necesarios para conseguir una existencia más cómoda. Sólo el hombre ha sido capaz de adaptarse a las privaciones sexuales y psicológicas, descubriendo desviaciones tales como el homosexualismo y el lesbianismo. Sólo el hombre pudo inventar a Dios y creer en el alma. Entonces, ¿por qué no puede permutar los papeles sexuales?

Sin embargo, hay hombres altruistas que, a pesar de la evidencia de que con la igualdad sexual saldrían ganando, comienzan automáticamente a preocuparse por el futuro de la raza humana. Objetarán que son los hombres quienes han realizado la mayoría de los grandes descubrimientos. Que los hombres han escrito casi todas las grandes novelas. Que los hombres han pintado todos los grandes cuadros, y que son ellos los autores de todas las grandes composiciones musicales. Temen que, de invertirse los papeles, estos triunfos científicos y artísticos no tendrían continuidad. Pero puede ser que si los hombres consiguieron todo esto sea debido a que las mujeres adoptaron siempre una actitud pasiva, subordinando su actividad a la de los hombres. Las mujeres cuidaban de la casa, preparaban la comida, atendían a los niños y resolvían los mil detalles de la vida, detalles que distraen al artista, al hombre

de acción. Es posible que también las mujeres puedan hacer cosas grandes, si los hombres les dan igual apoyo. Hay, naturalmente, argumentos biológicos contra esta posibilidad. En casi todas las especies, el macho es más aventurero, más temerario, más curioso, más imaginativo. Esto es debido a un factor anatómico; los hombres son más fuertes, más musculosos. Algunos cínicos apuntan que en la formación de las especies que pueblan la tierra, únicamente sobrevivieron los machos más astutos y fuertes. Y en lo referente a las hembras, sólo las más sexualmente atractivas. En casi todas las especies animales el macho se apareja únicamente con una hembra de menor tamaño, debido a que durante la realización del acto sexual queda, durante unos instantes, completamente indefenso, expuesto a ser atacado. (Lo cual explica, tal vez, la inexistencia del homosexualismo entre los animales. Y constituye posiblemente, un nuevo argumento contra el homosexualismo en general). Pero dando por supuesto que el hombre y la mujer son de la misma especie, lo importante de los seres humanos es su enorme capacidad de adaptación. Las mujeres pueden llegar a ser los grandes artistas del futuro. Y los grandes científicos. Es posible. Pero los quebraderos de cabeza no serán nuestros, sino de ellas.

¿Y qué hay del sexo? ¿Es que las mujeres nos convertirán, sexualmente hablando, en menos importantes de lo que hasta ahora hemos sido? ¿Podremos satisfacer nuestros apetitos sexuales? En mi opinión, es en este punto donde los hombres más nos beneficiaríamos del éxito del Movimiento de Liberación de la Mujer.

Existe una teoría según la cual, aproximadamente doce mil años antes de Jesucristo, las mujeres eran completamente libres, sexualmente. De hecho, se pasaban las horas haciendo el amor. Los problemas comenzaron cuando el hombre se inició en la agricultura. Cuando el hombre, hasta entonces dedicado a la caza, se convirtió en agricultor, se dio cuenta de que necesitaba compañeras sexuales que le ayudaran. Pero ¿cómo conseguir que las mujeres dejaran de hacer el amor y prepararan la comida, cuidaran los niños, lavaran la ropa, ayudaran en la recolección de las cosechas? Es de suponer que lo primero que intentarían sería impedir que disfrutaran tanto de las relaciones carnales, para lo cual inventó el hombre una serie de tabúes. Y hay que

reconocer que el hombre tuvo éxito, aunque le costó cinco mil años de esfuerzos.

Siete mil años antes de Jesucristo, la mujer, llena ya de inhibiciones de tipo sexual, sucumbió. Creo que el hombre fue demasiado lejos. Muchas mujeres se volvieron frígidas. Otras se convirtieron en seres infelices. Hubo mucho trabajo de «muñeca» durante aquellos cinco mil años.

Pero los tabúes hicieron su efecto. Primero, el embarazo fuera del matrimonio se convirtió en vergonzoso, porque el padre escaparía al castigo en la lucha por mantener vivo al hijo. En aquellos días la comida era escasa; no había ciencia médica; los animales salvajes y los hombres todavía más salvajes, destruirían a los pequeños mucho antes de que pudieran defenderse por sí mismos. Había muy buenas razones para procurar que los niños no se entregaran, sin restricción alguna, a los placeres sexuales. ¿Qué joven de catorce años, varón o hembra, estudiaría ingeniería o leería a Shakespeare, si pudiera pasarse todo el día haciendo el amor? Además, algunos estudios demuestran que las experiencias sexuales prematuras son físicamente perjudiciales para las mujeres (¡desgraciadas mujeres!). Hasta la medicina abona la fidelidad. Existen pruebas de que algunas formas de cáncer son, en la hembra, de origen venéreo, un virus transmitido por portadores masculinos. Las mujeres fieles que tienen la suerte de estar casadas con hombres razonablemente fieles, están menos expuestas al cáncer cervical.

Lo que actualmente quieren las mujeres es lo que tuvieron hace miles de años. Y ahora no existe razón alguna para no dárselo. La civilización de las máquinas ha sustituido a la civilización agrícola, por lo que ya no necesitamos para nada aquellas virtudes domésticas de las mujeres. Las píldoras anticonceptivas han borrado prácticamente el temor de nuevas bocas no deseadas que alimentar, y si una mujer está en desgracia, el Estado hará lo necesario para que el niño no se muera de hambre. La verdad es que a un hombre que viva solo no le resulta difícil lavarse la ropa, hacerse la cama y prepararse la comida. Es sólo cuestión de minutos; hecho todo esto, aún le sobra gran cantidad de tiempo.

Pero ¿qué hay del asunto sexual? Cuando dominen las mujeres, ¿se negarán a hacer el amor? No hay nada que temer: en este punto concreto es en el que los hombres saldrán más beneficiados.

Recientes estudios sexuales demuestran que la capacidad orgásmica de las mujeres es muy superior a la de los hombres. Las mujeres pueden muy bien gozar de diez orgasmos al día. Un hombre, en el mejor de los casos, se queda sólo en cinco. Eso significa que a una mujer, después de haber hecho el amor cinco veces con un hombre, le queda capacidad para otros cinco actos sexuales. Así, pues, la ley de la oferta y la demanda trabajará en favor del hombre. Si mil millones de mujeres experimentan cada una cinco orgasmos diarios, ello supone que quedan disponibles cinco mil millones de orgasmos, que los hombres pueden tomar o dejar, según prefieran. Las erecciones masculinas valdrán su peso en oro. (Incluso hoy valen alguna cosa, según se deduce de algunas encuestas efectuadas entre mujeres, debido, principalmente, a las presiones de todo tipo que la sociedad ejerce sobre el hombre).

Otra ventaja. En tiempos pasados, cuando una esposa alegaba un fuerte dolor de cabeza para evitar el acto sexual, su decepcionado marido la acusaba de estar fingiendo. Cuando un hombre se niegue a hacer el amor a su dominante esposa, a causa de un «dolor de cabeza», podrá demostrarlo.

Las mujeres arguyen que poseen sustitutivos del amor masculino. Hay vibradores, amantes femeninas, etcétera. Pero hasta la más ardiente defensora del Movimiento de Liberación deberá reconocer que no es exactamente lo mismo… Y aún suponiendo que los sucedáneos fuesen perfectos, siempre sería preferida la erección masculina, aunque sólo fuese por snobismo. Hay circones cuyo aspecto es exactamente igual al de los diamantes, pero, debido a que los diamantes escasean, las mujeres los prefieren a los circones. El caso de los diamantes puede aplicarse muy bien a la erección masculina.

La biología trabaja a nuestro favor también de otra manera. Es cosa probada que los hombres envejecen más lentamente que las mujeres. Un hombre de cuarenta años es todavía físicamente atractivo, incluso para mujeres muy jóvenes. Las mujeres de cuarenta años o cincuenta años, en cambio, no son atractivas para los hombres jóvenes, salvo raras excepciones. Quiero, con la mejor intención del mundo, dar un consejo a las mujeres del Movimiento de Liberación. Deben procurar que el contrato matrimonial sea modificado de manera que el hombre quede atado, y bien atado, al llegar a la frontera de la edad madura.

Considero que nosotros, los chovinistas masculinos, debemos dar a las mujeres una libertad absoluta. Resumamos. Las mujeres desean la libertad sexual. Es lo que nos conviene. Observemos a los hombres jóvenes de hoy y mostrémonos orgullosos de ellos; me refiero a esos individuos que viven en comunidad, y que dan a las jóvenes con las que conviven una absoluta libertad. ¡Qué ganga la de estos muchachos! Las chicas de estas comunidades trabajan mucho más que cualquier esposa, visten ropa más barata, ejercen menos vigilancia sobre sus hombres y se enorgullecen de no llevar cuenta de gastos; es decir, nadie debe nada a nadie. Uno puede pegarles, hacer el amor a otras muchachas, llegar tarde a cenar, dejarlas cuando le plazca, no trabajar ni llevar dinero a casa, y, sin embargo, seguir siendo el héroe y el verdadero amor de una chica.

Ahora bien, para conseguir todo esto es preciso que uno deje de estar sexualmente celoso de una señora que limpia la habitación, le prepara la cena (en un caso de cada cien, también el desayuno), le controla el tiempo libre, absorbe todo el dinero que uno gana, y se pone furiosa en cuanto uno se permite la más mínima libertad con su mejor amiga. Y lo peor de todo es que, en noventa casos de cada cien, ya no sentimos el menor deseo de meternos en la cama con ella. Pero si, a pesar de todo, nos acostamos con ella, que es lo normal, lo más probable es que al dejarse hacer el amor no pueda disimular su repugnancia.

Pero quizás esto pueda parecer demasiado simple. Tal vez haya una trampa oculta. Después de todo, Eva, hace ya muchos años, nos tendió ya una. Así, pues, antes de prestar nuestro apoyo total al Movimiento de Liberación de la Mujer, profundicemos un poco más.

Una famosa dirigente del contingente lesbiano sostiene que el varón y la hembra son dos especies diferentes, y que, por consiguiente, las mujeres nunca deberían acostarse con hombres, sino con otras mujeres. Argumenta que la especie masculina sojuzgó hace ya mucho tiempo a la especie femenina, integrándola como una rama subordinada. Está convencida de que las mujeres se hacen el amor mutuamente mucho mejor que los hombres a las mujeres. Estupendo. Son muchísimos los hombres que a menudo han pensado que la mujer era otro tipo de animal. La diferencia está en que el hombre siempre piensa en acostarse con mujeres. No quiere dejar de hacerlo.

Otra cosa, aunque sea de pasada. Si las mujeres son para las mujeres mejores amantes que los hombres y tratan mejor a las mujeres, etc., ¿cómo es posible que desde hace 14 000 años la mayoría de las mujeres sigan persiguiendo a los hombres?

Supongamos, sin embargo, que tenga razón la famosa dirigente. Supongamos que nos convertimos en especies diferentes. Pensemos un poco. Si las mujeres tienen absoluta libertad para hacer lo que les dé la gana con su cuerpo, ¿qué ocurrirá? La venta de la satisfacción sexual se convertirá en algo perfectamente respetable, y teniendo en cuenta todos los factores hasta aquí considerados, el precio será alto.

Exactamente. Volveremos a encontrarnos en la línea de salida, es decir, en el año doce mil antes de Jesucristo. Si los hombres no perdemos la cabeza, es muy posible que estemos a las puertas del Jardín del Edén. Lo cual da que pensar. ¿Quién fue el iniciador de todo este asunto de la posesión sexual, quién ideó todos los tabúes, los contratos matrimoniales y el sentido de la obligación para con los hijos? ¿Es posible que las cosas les fuesen tan mal, que las mujeres inventaran todo esto con objeto de conseguir un mejor precio por su mercancía? Después de todo, los hombres no parimos hijos, no necesitamos casas en las que dormir, no precisamos de servilletas con las que limpiarnos los labios y ni siquiera tenemos que lavarnos la ropa ni cocinar. A los hombres tuvieron que enseñarnos a no pegar a los niños, a amarlos y a procurarles el sustento. A los hombres tuvieron que enseñarnos a no romper la cabeza de las mujeres; tuvieron que enseñarnos a considerarlas como algo «especial». ¿Y ahora ellas no lo quieren? ¿Quién lo necesita, pues? Ellas nos enseñaron lo que era la ternura, el amor, la piedad…

Estoy realmente confundido. Quizá será mejor que volvamos a considerar todo el asunto…

NOTAS DEL DIARIO DE UN ESCRITOR SIN ÉXITO

Introducción

Lo que sigue son extractos de un Diario que llevé desde 1950 hasta 1954. Mi instinto me decía que no los incluyera en este libro. Eran, para mí, dolorosos de leer, llenos de autocomprensión, embarazadoramente egoístas, sumamente Cándidos en relación con el arte y con la vida.

Finalmente, decidí repasar las notas, tachando los pasajes excesivamente personales. Pensé que estas notas podrían dar aliento a los escritores y a la gente deseosa de convertirse en artista, o, mejor aún, que las mismas les sirvieran para devolverles el buen sentido. Es un Diario pesimista. Cuando lo escribí llevaba quince años dedicado a la literatura, pero nunca había conseguido ganar más de trescientos dólares. Afortunadamente, ignoraba, que deberían pasar otros quince años antes de conseguir él éxito.

Es una vieja historia, pero pienso que puede servir de ayuda a más de uno. Lo espero, sinceramente.

No quisiera que ninguna de las personas a las que aprecio se dedicara a la profesión de escritor. No quisiera que ninguno de mis amigos construyera su vida sobre la «creación de arte». Y era, sin embargo, estoy convencido de ello, un verdadero creyente. Y dicha creencia era, tal vez, tan válida como la de creer en Dios, o en el amor, o en un paraíso político.

Para decirlo sin rodeos, directamente: Utilicé, hace años, mi Diario para exponer mi caso como artista, para excusar mis fracasos en la literatura y en la vida. Ahora, más viejo y astuto, más hábil en

la elección y redacción de las frases, resisto la tentación de rectificar mis pasos. Estas notas no han sido retocadas. Por ridículo que pueda parecer el joven que las escribió —a mí me lo parece—, y aunque yo ya no sea, en algunos aspectos, el hombre que era entonces, he decidido no corregir lo entonces escrito. De todos modos, al hombre de entonces nunca lo he enterrado. Y su inocente fantasma sigue vigilándome constantemente y me prohíbe, con arrogancia carente de base, que cambie ni una sola palabra.

Viernes, 29 diciembre 1950

La verdad es que debería esperar a Año Nuevo para empezar un Diario, pues psicológicamente sería lo correcto. Pero tengo ganas de comenzarlo ahora.

Se acerca el final de un año malo. Dos narraciones cortas, y de la novela apenas nada. Si esto sigue así será mejor que me olvide de la literatura y de mis deseos de ser escritor. Y sigo preguntándome por qué he hecho tan poco. Le he dedicado más atención y esfuerzo que a ninguna otra de las cosas que he realizado. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que es lo más real e importante de todo lo que he hecho. Entonces, ¿por qué ha sido tan escasa mi producción literaria? Pienso que mi trabajo ha consistido, en esencia, en una intensa preparación interna…, estoy pensando casi continuamente en el trabajo que estoy intentando llevar a cabo… Todo un año dedicado únicamente a escribir. Creo que estoy preparado, pero de ninguna de las maneras podré disponer del tiempo que quiero. De todos modos, pienso que, suceda lo que suceda, escribiré la obra este año. Y el año pasado no fue tan malo, después de todo. Dos buenas historias (mejores, de no haber sido tan perezoso)… casi 150 págs. de la novela…

Me gustaría, en el curso de mi vida, escribir cinco novelas realmente buenas. A razón de cinco años cada una, representaría una labor de veinticinco años. *El enemigo* (publicada bajo el título de *La arena sucia* en 1955) me ha supuesto dos años de trabajo, y no me extrañaría que llegase a ser considerada como una de las peores novelas que se han escrito. Lo peor es que todo aparece desenfocado, como una fotografía borrosa… Y, sin embargo, no puedo creer que carezca totalmente de mérito. Ésa es la razón

que me impulsa a seguir adelante con mi trabajo. Eso y la testarudez, además de mi incapacidad para mandarlo todo a paseo, lo que está en absoluta contradicción con mi forma de actuar en todas las demás cosas. No siento mucho apego por nada, es decir soy pasivo, lo mismo en lo que se refiere al dinero, a los amigos, a mi esposa y a mis hijos, etc… Si bien amo a mi esposa y a mis hijos (¡cuán falsas y carentes de sentido parecen estas palabras!), si mi esposa me dijera que no está segura de amarme, no trataría de retenerla. Si el mantenimiento de la amistad con las personas a las que conozco y admiro me supusiese un esfuerzo especial, sería incapaz de realizar dicho esfuerzo… El dinero es otra de las cosas que no me esfuerzo en retener, y eso, por raro que parezca, no me produce la menor preocupación, debido quizás a que no lo tengo en cantidad suficiente.

Económicamente, éste ha sido un año desastroso. T me firmará mañana un cheque, y así podré comprar un dormitorio. Esto me resulta humillante, pero la humillación mayor es para él. Hace que se sienta avergonzado de mí, e irritado, al mismo tiempo, por el hecho de que yo carezca del sentido de la previsión… No obstante, y por mucho que me esfuerce, estas cosas no puedo tomármelas en serio. Lo único que puedo tomarme en serio es el trabajo de escribir, por ridículo que pueda parecer a los ojos de los que no son escritores o de los que, siéndolo, no quieren escribir.

Domingo, 7 enero 1951

Hoy he hecho veinte páginas… Comienzo a sentirme un poco más esperanzado. Me ha venido a la mente otra historia para la colección… ansío ponerme a escribirla antes de que se me vaya de la cabeza.

¡Qué estupendo soy cuando he escrito algunas páginas, y qué sensación de contento…! Jugué con Tony y lo pasé muy bien; preparé la cena para E y la envié al cine, con mi bendición. Los domingos suelen atacarme los nervios, pero hoy ha sido diferente…

¿Qué es lo que esto demuestra? Que escribir es necesario para mi salud, aunque quizá sea un mal escritor. ¿Por qué será? Lo ignoro. Es algo tan inexplicable como evidente. De todos modos, voy a tratar de explicarlo.

¡Es tan triste y monótona la vida diaria…! El arte, sea o no literario, constituye un escudo contra la pobreza de la vida, y es, al mismo tiempo, algo así como una fuerza integradora.

Martes, 9 enero 1951

De Harpers me han devuelto la historia del banco de sangre…

Domingo, 28 enero 1951

Idea para una historieta corta… Dos personas deciden jugar al juego de la verdad, pero no hay forma de que encajen las versiones o retratos obtenidos. Lo que uno piensa de sí mismo es sustancialmente diferente de lo que piensa el otro…

He empezado a mecanografiar la parte ya escrita de la novela. Se lee bastante bien, pero le falta ligazón. Algunos de los fallos los rectificaré mientras la paso a máquina, pero, de todos modos, tendré que volverla a escribir del principio al fin.

Domingo, 24 junio 1951

La novela está terminada y la tienen, desde hace dos meses, los editores… Las editoriales van únicamente a lo suyo… Nunca se ponen a trabajar en una obra que no esté completamente terminada, aunque ello suponga una considerable demora en su publicación.

… Todo parece indicar que nunca lograré verme libre de deudas. Un nuevo hijo para septiembre… Descontando el tiempo que dedico a escribir, resulta que me faltan horas para ganar el dinero necesario con el que sacar adelante a la familia. Pero tengo que hacerlo, claro está… Mi empleo me ocupa toda la semana, y los domingos por la tarde los dedico a la familia, que es importante. Por lo tanto, me queda sólo la mañana y la noche de los

domingos, y, tal vez, un par de noches a la semana si no tenemos mucho trabajo (en el empleo).

He leído los *Diarios* de Kafka, que son decepcionantes… En mi opinión, además, desmienten todas las explicaciones críticas que se han hecho de su obra.

… Sobre mis notas de las historias que había planeado escribir: algunas son tan suaves y pulposas como la fruta podrida…

Domingo, 4 noviembre 1951

Este diario parece muy optimista… He detallado todos los obstáculos… pero de estas páginas se deduce que ganaré la batalla… que triunfaré como escritor, que mis hijos crecerán, que daré a mi esposa, de la que soy responsable, una vida feliz… Esta mañana, al levantarme, he leído el *Times*, he ayudado a E y he jugado con los niños, y todo esto mientras no dejaba de pensar: me estoy derrumbando. Lo he estado pensando desapasionadamente, como si todo se refiriese a otra persona.

Creo que nunca olvidaré que fue un domingo por la tarde cuando me convencí y me di cuenta de que el asunto me concernía muy directamente. Sí, realmente, me estoy ahogando, y pienso que no triunfaré. Me siento deprimido… Quiero… decir a alguien lo que sufro, pero como no tengo a nadie a quien decírselo, lo escribo, y espero que algún día, al leer estas líneas, podré echarme a reír, podré decir: «Bien, bien, fueron tiempos muy duros, ¿eh?».

Tendré que cambiar. Deberé encontrar nuevas energías. Pensaba haber encontrado ya mi camino definitivo… Pero no…

Nunca había esperado ser feliz, al menos en el sentido que la gente suele dar a esta palabra. Siempre he pensado que si hay Dios… él no es un criminal, como dijo aquel loco evangelista callejero… Tampoco yo lo soy…

Uno de mis lemas había sido siempre: «Las cosas tienen que ser difíciles, pues a mayor dificultad, mayor satisfacción». Ahora me desdigo. No se me ocurre otra cosa que exclamar: «¡Socorro! ¡Un poco de respiro!».

Ya me siento mejor…

Nunca he recurrido al engaño, especialmente en mis relaciones con las mujeres, pero no porque odiara el engaño, como solía pensar antes, sino por pereza. Y por mi indiferencia en relación con todos los seres humanos…

Un hombre tiene que amar a alguien, y dado que el amor no es duradero… y debe morir, se deduce que un hombre tiene que amar muchas veces. No estoy hablando del amor carnal y lujurioso. Hablo del deseo de amar, de la voluntad de aceptar el dolor y la humillación, y, si es necesario, sufrir en todos los sentidos. Las mujeres son más importantes de lo que yo había pensado. Y eso no deja de ser gracioso… pero a mí me entristece. Lo que yo consideraba una debilidad… es una debilidad que el hombre debe adquirir, o, en caso contrario, conservar su fortaleza.

Y esto se refiere no sólo a los hombres, sino también a las mujeres. Debe ser así. Y a las mujeres aún tiene que resultarles más doloroso el hecho de privarse del amor…

Al amor sigue el dinero. Sobre este particular, sin embargo, es indiscutible que soy incompetente. Desde el punto de vista financiero, soy un loco…

Pero puedo afirmar que el dinero lo aniquila todo. Tengo que trabajar demasiado fuera de la jornada normal; unas veinte horas semanales. Estoy tan cansado que no puedo escribir ni una sola línea… los niños dan vueltas por la casa… no tengo un lugar idóneo dónde trabajar… pero esto no es, a fin de cuentas, muy importante…

En relación con los niños, me parece que no soy lo que se llama un padre excelente, pero si me hundo… Mi vida es una «tranquila desesperación»… Haré lo que pueda para ocultárselo…

Tiempo, dinero, estabilidad emocional… Ahora mismo me faltan las tres cosas… Tal vez todo tenga un origen físico… Hoy he descansado un buen rato, y esta noche me siento bastante bien, mucho mejor que esta mañana, cuando he comenzado a escribir estas líneas.

Otro intento… Necesito más fuerza de voluntad. Aún en mis condiciones, escribir no es una tarea imposible. El problema está en mi pereza.

Domingo, 11 noviembre 1951

Es gracioso contemplar la propia desintegración…

Lunes, 12 noviembre 1951

He recibido una señal, una señal muy pequeña, que ha servido para elevar un poco mi moral…

El *New Yorker* me ha devuelto mi historia del banco de sangre. Se la mandé aún a sabiendas de que no se trataba del tipo de narraciones que ellos prefieren. El *New Yorker* es dios en lo que a la aceptación de originales se refiere. De niño, leyéndolo, aprendí mucho acerca del arte de escribir…

Me lo devolvieron con una nota impresa. Lo esperaba… no he sufrido ninguna decepción… de veras. Luego me di cuenta de que en la parte inferior de la nota alguien había escrito estas palabras: «Lo siento. Muchas gracias».

Nunca sabré quién las escribió, pero quien fuese no puede imaginarse el bien que me ha hecho, pues estaba realmente necesitado de unas palabras de comprensión. «Alguien del *New Yorker*», me digo, «me tiene simpatía, le gusta mi forma de escribir. Quizás incluso votó en favor de la aceptación de mi historia. Construyo una fantasía encima de otra fantasía… aunque… tal vez fue el botones de la oficina quien, al unir a las páginas escritas por mí la nota negativa leyó la historia… Pero no importa. Si algún día llego a conocer al autor de aquellas cuatro palabras, le brindaré mi amistad, aunque sea un mal sujeto… y soy sincero, tal vez porque no me siento seguro de mí mismo ni de mi talento».

Domingo, 25 noviembre 1951

… Me siento mejor… Familia en la cena del Día de Acción de Gracias… Estoy contento de ser quien soy, y no hay vanidad en mis palabras. Si mi esposa cayera enferma, si mi casa fuese destruida por un incendio, si mi libro fuese un fracaso, si mi hijo fuese atropellado por un automóvil… si después de sufrir las peores tragedias, alguien me dijese: «Cambiémonos; yo seré tú y tú serás yo», y me dijese que tiene un millón de dólares, una esposa bella y

fiel, y que su libro había recibido los premios Pulitzer y Nobel, yo diría no. Yo soy yo. Quiero ser yo… ¡vete a la porra! Soy ridículo no tengo dinero, no estoy seguro de mi talento, mí vida doméstica no es muy alegre, pero vete a la porra… No tengo éxito, carezco de fuerza de voluntad, todo me es indiferente, odio mi empleo, pero vete a la porra. Ofréceselo a otro…

Esto no es objetivo. Y si la semana que viene me tiro desde una ventana, espero que alguien rompa estas notas… Y así es como todo el mundo piensa…

¿Cuál debe ser el significado de esta forma de pensar?

Domingo, 9 diciembre 1951

Tal y como esperaba, Scribner me ha devuelto el libro. Tengo que rehacerlo. Espero que quede listo dentro de este mes. He hablado con H (editor) y me ha asegurado que sigue interesado en el libro.

Domingo, 16 diciembre 1951

S me llamó la semana última. Su amigo tiene problemas emocionales, y está convencida de que yo puedo ayudarle. La está volviendo loca. Pero si uno clava las uñas en la carne de un individuo, no puede esperar que éste permanezca impasible… lo que tiene gracia es que se me escoja para restañar las heridas. Estoy sangrando y me piden que cure a otros… todo el mundo tendría que resolver sus propios problemas.

Domingo, 30 diciembre 1951

Supongo que estas notas serán las últimas del año. Está demostrado que no soy un holgazán. Casi sesenta horas semanales de promedio en el empleo… pero todavía perezoso para escribir.

Programa para el Año Nuevo: terminar el libro y empezar otro. Terminar dos nuevas historias, al menos…, dejar mi empleo, si es posible… Un mal

año.

Sin fecha

Una persona que crea sinceramente en algo, no importa qué, una persona que confíe plenamente en alguien, no importa quién… nos pone lágrimas en los ojos… y a veces nos mueve a despreciarle.

Si un niño puede llorar con tanta facilidad es porque no sabe que su dolor está relacionado con el mundo, que no es arbitrario, sino una condición del vivir del hombre. Y al no saber que su tristeza es la tristeza del mundo, le es fácil olvidar su pena.

Lunes, 10 noviembre 1952

(nota: Acabo de abandonar mi empleo y me dispongo a terminar, rehacer y vender mi primera novela).

Ya no debo preocuparme por el trabajo. Aquí, en esta habitación, puedo escribir con tranquilidad. Y, sin embargo, me siento deprimido… Hacer que desaparezca todo lo material… vivir aislado y tratar de descubrir qué es lo que no va bien.

Es poco poético, lo sé, pero confieso que el problema del dinero me inquieta terriblemente. Y he tenido el valor de abandonar mi empleo. Desesperación.

En relación con mi cese voluntario: la gente como B, J y S dicen: «Muchacho, tienes mucho valor, muchísimo», y lo dicen en tono elogioso. Yo pienso lo mismo que ellos. Pero noto, tanto en ellos como en mí, algo que no encaja.

Noto en ellos un cierto resentimiento contra lo que creen mi orgullo, un ligero desdén ante mi convicción (que no es tal) de poseer talento, y esa piedad que uno siente por las personas que se engañan a sí mismas… En mi interior noto una sensación de infelicidad… imposible seguir por el camino acostumbrado… todo deberá hacerse de un modo diferente… Y ahora estoy

pensando en una habitación amueblada, por la que pago once dólares a la semana. Puedo aguantar tres meses, terminar el libro, ese maldito libro… una historieta corta… comedias… Si el dinero no llega pronto, de nuevo a la mina.

Más tarde

Esta habitación tiene dos sillas, una mesita… una cama… una ventana que da a un jardín… con suelo de cemento, en cuyo centro, como si fuese un enorme hongo, se ve un espacio color verde… De un pequeño triángulo de tierra real, de tierra verdadera, se eleva un tronco delgado y desnudo hasta una altura superior a la de la ventana. Alrededor del tronco, en el suelo, veo unas cuantas hojas muertas y amarillentas. En otro rincón hay un trono elevado, de piedra, flanqueado por macetas vacías, de latón, que brillan al sol mortecino de esta tarde de noviembre.

Viernes, 14 noviembre 1952

He abandonado la idea de trabajar en la habitación. Vuelvo a casa… no puedo estar solo… no puedo concentrarme en el trabajo… mala señal. En casa me siento más a gusto…

Los niños pueden enseñarnos muchas cosas… Estando solo, un niño puede ser feliz, puede apreciar la belleza… pero la mayoría de los hombres no está capacitados para ello. Y, sin embargo, ¡cuán dolorosa fue la niñez…! Los niños no usan, para mitigar el dolor, todas esas drogas letales que nosotros, los adultos, empleamos, y que nos hacen perder el sentido de la belleza…

Me gustaría ser un hombre malvado… robar bancos… matar y mutilar… me gustaría inspirar temor, ser infiel a mi esposa… cazar canguros. Pero soy tímido, y si hiriera los sentimientos de alguien, sé que me sentiría desgraciado… Ésta es la imagen verdadera de un hombre que está seriamente

convencido de que puede llegar a ser un gran escritor… ¡Ridículo…! ¡Ridículo…!

Sábado, 15 noviembre 1952

Ayer todo fue bien. Releí el libro, jugué con los niños, pasé una velada tranquila con E. Disfruté. ¿Por qué?

Otro día igual bastaría para volverme loco…

El final del libro deja todavía mucho que desear. Pero creo tener ya una idea concreta respecto al mismo.

Domingo, 16 noviembre 1952

El jueves pasado, J me preguntó: «Dime la verdad, ¿es confusa mi novela?, dime la verdad…». Más de una vez he hecho yo esta misma pregunta a otros escritores… «Dime la verdad, ¿es buena?». No quiero una respuesta de amigo, sino que quiero saber si puedo tener esperanza, quiero saber si tengo talento, quiero saber si mi novela es o no es una lata.

Nadie dice la verdad… ni los que me dicen que soy un gran escritor ni los que aseguran que mi obra vale muchísimo. Son respuestas sin valor. Si dicen: «Esta novela apesta; abandona la literatura», «¿que va uno de fuera de serie?», ¿qué hay que hacer? ¿Creérselo? ¿a hacer? ¿dedicarse a otra cosa? Y si dicen: «Eres ¿acaso es tan fácil juzgar la auténtica valía de un escritor?».

… Lo único que el escritor puede hacer es decirse a sí mismo: «Voy a descubrir la verdad»… releer el manuscrito… tachar lo que suene a falso… No preocuparse de nada más.

Desterrar la excesiva confianza, el orgullo, la testarudez, pero aceptando todos los golpes contra la propia estimación y la felicidad. Tener esperanza, disfrutar de lo que uno crea… El mantenimiento de esa esperanza es lo que convierte en duro el oficio de escribir… Es indudable que los editores y los autores son enemigos. El editor, aunque tenga razón, está equivocado.

Miércoles, 19 noviembre 1952

He ido a recoger el cheque. Es gracioso constatar cómo en tan sólo diez días se pierde el contacto con los que durante años han sido nuestros compañeros de trabajo…

Ayer, tomando café con A, éste me confesó su intención de casarse con una mujer rica. Cree que si se hace con un nombre como artista, podrá conseguirlo. Si consigue publicar tres libros… ése es el número mágico… Luego se queja de que no le quieren por sí mismo de que las mujeres se acuestan con él debido únicamente a que es escritor. Se duele de que no le amen por sí mismo, y siente desdén por las mujeres que te conceden sus favores… Su técnica con las mujeres… golpea su vanidad, pero mostrándose, al mismo tiempo, como un verdadero enamorado…

La consecución de un sueño puede destruir el talento…

Miércoles, 26 noviembre 1952

… el héroe de la novela tiene contacto con otras vidas… y nunca sabe cómo terminan… se le escapan…

Jueves, 11 diciembre 1952

Paralizado por las deudas… Carta del banco en relación con el préstamo. Todo parece indicar que en enero tendré que volver a trabajar.

Domingo, 14 diciembre 1952

Domingo… el día creado para rendir culto a Dios… el día hecho para el descanso… ¿Qué ocurre, si uno, el miércoles, por ejemplo, se encuentra ya tan cansado que no puede seguir adelante?…

Para poder dedicarme plenamente a la literatura abandoné un buen empleo, pero durante estas semanas sólo he escrito un libro en el que no

puedo depositar ni la más mínima esperanza. ¡Lo que son las cosas!

… Tengo que abandonar. Después de Año Nuevo tendré que buscar un nuevo empleo…

Todos mis resentimientos los vuelco ahora en este Diario, aunque sean resentimientos que tengan mucho de infantiles… Desde que abandoné mi empleo nadie me ha dado ánimos. Sé el motivo, y lo comprendo, pero…

El banco, por carta, me dice que tendrán que informar a su oficina central, debido a que no puedo pagar los 1000 dólares. «Será necesario informar a nuestra oficina central». ¿Van a matarme? ¿Me torturarán? ¿Me enviarán a la cárcel? ¿Se me van a llevar los muebles y, gracias a Dios, mi máquina de escribir? «Será necesario informar de inmediato a nuestra oficina central». Bien, ¡al diablo! Recibí la carta el jueves, pero no me presentaré en el banco hasta el lunes. No me dan miedo.

Pero si el jueves por la mañana no hubiese estado lloviendo y, además, no me hubiesen sacado una muela, habría ido inmediatamente después de leerla… El viernes, la carta de Gimbels; el sábado, la comunicación de la inmobiliaria y de la compañía de seguros… interés del préstamo, la amortización anual. Estoy asustado…

¿Cuál es el problema? Cuestión de menos de 2000 dólares. ¿Puede esta pequeña cantidad ser la causa de mi desespero, de que me mese los cabellos, de que escriba páginas y páginas de mi Diario, de que añada un final falso a la falsedad de tres finales falsos (hablo de mi libro)…? ¿Pueden, 2000 dólares, motivar todo esto?

Pero hay más… Vivir con gente que no comprende lo que uno ama, haber pasado una serie de años viendo cómo era pisoteada la propia dignidad en un trabajo odioso… mi falta de disciplina…

Pero lo peor de todo es la evidencia de que uno no inspira en quienes le rodean el menor sentimiento de confianza, o amor, o fe, o respeto… He tratado de que las cosas no fuesen así. Lo he intentado con todas mis fuerzas…

La autocompasión vertida en las páginas precedentes sería inexcusable si la hubiese expresado abiertamente a las personas implicadas. Espero que el hecho de escribir mis quejas obre los efectos de un medicamento. Lo triste es que todo el mundo es prisionero de sus propias esperanzas; igual que yo estoy

resentido contra otras personas, los demás lo están contra mí. Les decepciono, del mismo modo que ellos me decepcionan. Y la culpa, en realidad, no es de nadie. Aceptémoslo.

Sábado, 17 enero 1953

El libro está terminado y en manos de los editores. Con el peor de los finales: muerte y suicidio. ¿Por qué lo hice? Ya no hay remedio.

Puedo afirmar… que lo de dejar mi empleo para convertirme en escritor profesional está resultando un fracaso. Pero no me arrepiento. Al menos, lo he intentado.

Jueves, 21 o 22 enero 1953

Ayer recibí una carta del editor en la que me comunicaba la no aceptación del libro… Será cuestión de buscar empleo. ¿Qué más? Nada.

Sábado, 7 febrero 1953

He tenido un empleo durante cuatro horas, pero lo he dejado. Tuve una idea… vender el 20 por ciento de las ganancias de mis próximos tres libros por 30 dólares a la semana y por un período de dieciséis semanas; pero ¿quién aceptaría una oferta así? Espero respuesta de Bobbs-Merrill. Es la última esperanza. Ya no sé a quién pedir ni a quién sablear.

He tenido otros dos empleos, pero los he abandonado.

He tratado de escribir un libraco, pero he tenido que renunciar. Inmoral y falto de interés, ésa es la razón.

Está muy dolida por el hecho de que yo no pueda dejarle dinero para comprar ropa para la familia. No tengo.

Sábado, 9 abril 1953

Esto finaliza el Diario.

Hoy he recibido una carta de H rechazando el libro. Me expresa su simpatía, pero no puede aceptarlo… humillante… el saber que la gente siente compasión de uno…

He vaciado los cajones de mi mesa y he colocado todas mis notas en una maleta. Y ahora, a ganarme la vida.

Mi resentimiento es tan grande que no me atrevo a expresarlo. Sé que el culpable del fracaso soy yo mismo, pero esto no hace variar mis sentimientos. No quiero escribir, pero sé que no tardaré en volver a intentarlo. Pero no creo que ya nunca pueda volver a sentir amistad por persona alguna. Por bien que me vayan las cosas en el futuro. Y sé que ya no podré volver a tener una buena opinión de mi propia persona.

* * *

El 20 de enero de 1954 vendí mi novela a Random House, que la publicó en febrero de 1955. El título fue *La arena sucia*. En la primera crítica que leí se me tachaba de degenerado y de obsceno, más obsceno que Mailer y Jones. La segunda crítica que cayó en mis manos decía, en cambio, que yo era un verdadero artista. La mayoría de las críticas fueron buenas, y algunas, mejor que buenas. Comencé un nuevo Diario. La primera anotación sirvió para registrar la venta de mi libro. Hice anotaciones en el mismo hasta 1959, pero apenas si llenaban una libreta. Y estaba lleno de tonterías.

Es curioso el hecho de que nunca mencione que un editor me dio una opción de 500 dólares para dar al libro un «final feliz». Si hubiese hecho lo que el editor quería, el libro hubiera sido publicado en 1952, es decir, tres años antes. Pero si bien acepté el dinero, el final lo escribí a mi gusto. No fui honrado, pero se demostró que la razón era mía. El libro fue publicado, al fin, y con mi final, bueno o malo.

Lo gracioso es que mis verdaderos problemas comenzaron después de este Diario…

POSTDATA

Algunas de las cosas que, por haberlas encontrado demasiado tarde, no pude incluir en el capítulo «La realización de *El Padrino*».

1. Un actor que tiene a su cargo uno de los principales papeles de la película *El Padrino* mantiene contactos con la prensa, a la que intenta vender una historia acerca de cómo consiguió su papel en la película gracias a la Mafia.

   Soy inocente por partida doble. Primero: no conozco a ningún miembro de la Mafia. Segundo: no pude ni siquiera conseguir que a ningún amigo mío le hicieran una prueba cinematográfica. Resulta evidente, además, que el actor no conoce a nadie de la Mafia, ya que si fuese cierto lo que afirma, no se atrevería a contar su historia. Lo cual, suponiendo que no sea todo una patraña, significa que engañó a quien lo contrató.

2. La línea más citada de la novela *El Padrino* es: «Un abogado puede, con su cartera, robar más que un millar de hombres armados». Esa línea no está en la película. Se lo dije a Bob Evans, jefe de producción. Evans dijo al productor, al director, etc., que la línea debía figurar en la película. Pero, a pesar de su autoridad dentro del estudio, la línea no está. Y he hecho que diversas personas de Francia, Inglaterra, Alemania y Dinamarca me confirmaran la existencia de esta línea en la versión del libro aparecida en sus países respectivos. Algunas de estas personas son abogados de profesión.

3. Hay en el mercado un juguete infantil llamado «Juego de *El Padrino*», el cual parece ser que enseña a los niños a robar y a fastidiar a la gente. No tengo nada que ver con el juguetito, y del mismo no obtengo

ni un céntimo. Y puedo asegurar que no me importa. Me gusta que la gente se gane la vida con su cerebro más que con sus músculos.

Pero recuerdo que, hace aproximadamente un año alguien me pidió mi apoyo en relación con el juguete. Se puso en contacto conmigo, no solo, sino acompañado de un amigo. Mi amigo también intervendría en el asunto. Me mostró el juguete, que me pareció una tontería. También le dije que, aparentemente, los derechos del juguete estaban en manos de la Paramount Pictures. Pero siguió insistiendo en que los tres podríamos ganar una fortuna. Después, la conversación degeneró en chismorrería. Comenzó a explicarnos detalles de su vida amorosa; nos dijo que tenía dos amantes, cada una de las cuales desconocía la existencia de la otra. Estaba orgulloso de ello, y era evidente que nos estaba diciendo la verdad. Tenía ese encanto que tanto gusta a ciertas mujeres, pero que resulta tan desagradable a la mayoría de los hombres. Finalmente, se despidió. Mi amigo me dijo: «¿Qué te parece?».

«Si es capaz de incordiar a dos mujeres a la vez», contesté, «es también capaz de incordiar a dos hombres».

Lo sé con certeza. Mi amigo no saca ni un céntimo del juguete.

4. En *The Rolling Stone* apareció un artículo cuyo autor dice que consiguió ver una de las copias de la película *El Padrino*. Aprovechó la ocasión para entrevistar a Francis Coppola, el director de la película. Le gustó Francis y le gustó la película. Sé que es fácil simpatizar con Francis; en cuanto a la película, no puedo hablar, ya que, cuando esto escribo, todavía no he visto la copia definitiva.

   Bob Evans me llamó —desde Los Ángeles a Nueva York— para preguntarme si había leído el artículo. Estaba encantado de que al periodista le hubiese gustado. Estábamos seguros de que a la masa le gustaría, pero ahora resultaba que sería un éxito también entre la élite. Luego, en relación con lo mismo, me llamó Peter Bart, también desde Los Ángeles. Estaba muy contento. Comentó que le parecía muy interesante que el periodista del *Rolting Stone* encontrara un paralelismo entre la guerra del Vietnam y los grandes negocios en la historia de la Mafia. Al periodista le impresionaba el hecho de que un

director se hubiese atrevido a rodar la película. Horas más tarde me telefoneó Al Ruddy, el productor. Estaba aún más contento que Evans y Bart, y quiso saber también si había leído la crónica y la entrevista del *Rolling Stone*.

La había leído, naturalmente, porque cinco amigos míos se encargaron de enviarme otros tantos ejemplares. Pero no me los enviaron porque estuviesen contentos, sino porque estaban disgustados. Su disgusto tenía su origen en la afirmación del periodista del *Rolling Stone* en el sentido de que a Francis Coppola le habían bastado tres semanas para escribir el guión de la película. El periodista hacía referencia, de pasada, a la novela, lo que me parece muy bien. Pero puedo afirmar que no la leyó, pues de haberlo hecho se hubiera dado cuenta de que en el libro se habla del paralelismo del Vietnam y los grandes negocios. Mis amigos estaban disgustados porque de la lectura del artículo se deducía que el guión no había sido escrito por mí. Pero mis amigos, gente con un nombre en el mundo literario y artístico, se horrorizaban muy fácilmente. En cuanto a mí, me doy por satisfecho con que el periodista del Rolling Stone no dijera que la novela había sido escrita por Francis.

Lo más gracioso, para mí, fue que ni Evans, ni Bart ni Ruddy se dieron cuenta de que el artículo me humillaba. Pero la gente del cine es así…

5. El ayudante de dirección de la película *El Padrino* ha escrito un libro acerca del rodaje de la película. Pedí inmediatamente un ejemplar y prometí que escribiría un artículo elogioso para su autor si el libro me gustaba. Y es que me gustaría muchísimo saber qué ocurrió.

   Siempre tardo un año o dos en comprender las cosas, lo cual me beneficia como novelista, pero complica en alto grado mi vida diaria. Ahora me doy cuenta de que, aunque Evans, Bart y Ruddy me trataron muy bien, me manipularon como les vino en gana. Un día parecía que yo tenía voz y voto en todas las decisiones. Luego, de repente, prescindían de mí, me hacían desaparecer. Y me hacían desaparecer cuando estaban haciendo algo que sabían que no me gustaría. Su actitud demostraba, en cierto modo, que me guardaban una

consideración, lo admito, pero me dejó a oscuras en lo que se refiere a la verdadera historia del rodaje de *El Padrino*. Por eso espero con impaciencia leer el libro del ayudante del director. Tal vez hasta me entere de cómo quedó la versión definitiva de la película.

Nació el 15 de octubre de 1920 en Hell’s Kitchen, Manhattan (Estados Unidos) en el seno de una familia de inmigrantes italianos.

Popular gracias a sus historias sobre la mafia, como *El siciliano* (1984), *El último Don* (1996) y sobretodo la más famosa de sus novelas, *El padrino,* que le valió el reconocimiento internacional, además de dos premios Oscar para los guiones, escritos por él, de las partes primera y tercera de la película.

Cursó estudios de Ciencias Sociales en la Universidad de Columbia y tras prestar servicio en las Fuerzas Armadas durante la II Guerra Mundial, comenzó a escribir para revistas.

En 1955 apareció su primera novela, *La arena sucia*. Tras ésta pasó algunos años escribiendo historias para revistas semipornográficas, así como historias para publicaciones del género negro. En el año 1965 un editor le ofreció cinco mil dólares por una novela sobre la mafia. Sería en 1969 cuando aparecería *El padrino*, que se convirtió en un *bestseller* con más de 20 millones de ejemplares vendidos.

Las tres producciones cinematográficas originadas de la novela de Puzo fueron dirigidas por Francis Ford Coppola, representaron un hito en la

historia del cine mundial.

Mario Puzo falleció en su casa en Long Island el 2 de julio de 1999, a la edad de 78 años, a causa de un paro cardíaco. El autor estaba casado con Carol Gino y tenía cinco hijos.